Oro oscuro
Christine Feehan



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Capítulo Uno

-Joshua, ésta es una reunión de negocios muy importante- advirtió Alexandria Houton a su hermano menor mientras estacionaba su Volkswagen estropeado en el gran lote detrás del restaurante. Por un momento, apoyó la mano sobre el pelo rizado del niño, mirando sus ojos brillantes. Una ráfaga de amor la inundó instantáneamente, animándola y apartando a un lado sus miedos y frustraciones, y su boca se curvó en una sonrisa-. Creces tan rápido, Josh, que no sé por qué me repito. Pero ésta es mi única oportunidad de soñar con un puesto como este. Sabes que necesitamos este trabajo, ¿verdad?

-Seguro, Alex. No te preocupes. Me quedaré por ahí atrás y jugaré con mi camión-. Él sonrió abiertamente a su hermana, su único pariente desde que la madre y el padre de ambos murieran en un accidente automovilístico antes de su segundo cumpleaños.

-Siento que la niñera no pudiera ayudarnos. Ella estaba... hum, enferma.

-Borracha, Alex- corrigió él solemnemente mientras recogía su mochila y su juguete.

-¿Dónde oíste eso?- demandó ella, horrorizada de que un niño de seis años supiera lo que era estar borracho. Salió del coche y cuidadosamente alisó su único traje bueno. Le había costado el sueldo de un mes, pero Alexandria lo había considerado como una inversión necesaria. Se veía a menudo mucho más joven que sus veintitrés años y necesitaba desesperadamente la seriedad que un traje sofisticado y caro podría brindarle.

Josh abrazó su juguete favorito, un raído camión con volquete Tonka.

-Te oí decirle que se fuera a casa, que no era adecuada para cuidar de mí porque estaba borracha.

Alexandria le había dicho específicamente al niño que fuera a su cuarto. En lugar de eso, el chiquillo había permanecido cerca para escuchar a escondidas. Él sabía que era una forma invaluable de adquirir la información que Alexandria consideraba apropiada sólo para adultos. A pesar de eso, Alexandria se encontró sonriendo ante su cara respingona y traviesa.

-¿Orejas grandes, eh?

Él pareció avergonzado.

-Está bien, pequeño camarada. Hacemos mejor las cosas nosotros solos, ¿verdad?- dijo la joven con más confianza de la que sentía. Vivían en una ratonera, una pensión frecuentada principalmente por prostitutas, alcohólicos y drogadictos. Alexandria estaba aterrorizada por el futuro de Joshua. Todo dependía de esa reunión.

Thomas Ivan, el genio creador del *videojuego* más vendido del momento, salvajemente imaginativo y que trataba de vampiros y demonios, buscaba un nuevo diseñador gráfico. Ivan había aparecido en la portada de casi todas las revistas importantes del mercado. Y había estado lo suficientemente intrigado con sus bocetos para solicitar una reunión. Alexandria sabía que era talentosa; ahora, si él no la juzgaba sólo por su aspecto tan juvenil... Estaba compitiendo con muchos de los diseñadores más experimentados.

Alexandria sacó su delgado portafolio del coche y tomó la mano de Joshua.

-Esto podría tardar un rato. Tienes tus bocadillos en tu mochila, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza, sus rizos sedosos oscilando de arriba abajo sobre su frente. Alexandria apretó el portafolio en su mano. Joshua lo era todo para ella, su única familia, la razón para pelear tan duro para mudarse a un barrio mejor, para tener un mejor nivel de vida. Joshua era un niño listo, sensible y compasivo. Alexandria creía que merecía todo lo bueno que la vida tenía para ofrecerle, y estaba decidida a proporcionárselo.

Lo condujo a través de la parte trasera del restaurante, rodeada por una arboleda. Un camino conducía a los acantilados que miraban hacia el océano.

-No te acerques a los acantilados, Joshua. Los bordes son peligrosos. Pueden desmoronarse justo bajo tus pies, o podrías resbalarte y caer.

-Lo sé, ya me lo dijiste-. Hubo un indicio de exasperación en su voz-. Sé las reglas, Alex.

-Henry está aquí esta noche. Él cuidará de ti-. Henry era un anciano sin hogar que conocía de su barrio y que a menudo pasaba la noche en la arboleda tras ese restaurante. Alexandria frecuentemente le había dado comida y dinero suelto y, lo más importante, respeto, y a cambio, Henry estaba siempre dispuesto a hacerle favores.

Alexandria saludó con la mano al hombre delgado y encorvado que en ese momento caminaba cojeando hacia ellos.

-Hola, Henry. Es tan amable de su parte hacer esto por mí.

-Tuvo suerte de toparse conmigo en el mercado hoy más temprano. Iba a dormir bajo el puente esta noche-. Henry miró alrededor cuidadosamente, con sus ojos azules descoloridos-. Han estado sucediendo algunas cosas extrañas por los alrededores.

-¿Algunas pandillas?- preguntó Alexandria ansiosamente. No quería a Joshua expuesto a los peligros o las presiones de ese tipo de vida.

Henry negó con la cabeza.

-Ni de lejos. Los polizontes no los dejarían entrar en este lugar, por eso duermo aquí. Ni siquiera me dejarían *a mí* quedarme si lo supieran.

-Entonces, ¿qué cosas tan extrañas han estado ocurriendo por aquí?

Joshua tiró de su falda.

-Vas a retrasarte para tu reunión, Alex. Henry y yo estaremos bien- insistió, percibiendo su preocupación. Se ubicó bajo un dosel de árboles, sentándose con las piernas cruzadas en una roca al lado del débil camino que conducía hacia los acantilados.

Con un crujir de rodillas, Henry se sentó a su lado.

-Correcto. Vaya, Alex-. Él ondeó una mano nudosa-. Nosotros vamos a jugar con este buen camión, ¿verdad, chico?

Alexandria se mordió el labio, repentinamente indecisa. ¿Estaría mal dejar a Joshua solamente con ese viejo agotado y con artritis para cuidar de él?

-¡Alex!-. Como leyendo sus preocupaciones, Joshua la miró furiosamente, su virilidad claramente insultada.

Alexandria suspiró. Josh era muy maduro para su edad, expuesto a la vida sórdida que los rodeaba. Desafortunadamente, también estaba en lo correcto: esa cita era importante. Después de todo, era por el futuro del niño.

-Gracias, Henry. Tengo una deuda con usted. Necesito este trabajo-. Alexandria se inclinó para besar a Joshua-. Te amo, pequeño camarada. Cuídate.

-Te amo, Alex- repitió él-. Cuídate.

Las familiares palabras la reconfortaron mientras se hacía camino a través de los cipreses y alrededor de la cocina hacia los escalones que conducían a la terraza suspendida por encima de los acantilados. Ese restaurante era famoso por su vista de las olas que se estrellaban debajo. El viento tiró de su pelo, estirado hacia atrás en un moño, rociándolo con sal y gotitas de espuma de mar. Alexandria hizo una pausa en la puerta intrincadamente esculpida, hizo una respiración profunda, levantó la barbilla, y entró con un aire de confianza que su estómago revuelto desmentía.

La música suave, las luces de las arañas de cristal, y una selva de bellas plantas daban la ilusión de dar un paso en otro mundo. El salón estaba dividido en pequeños rincones privados, su chimenea enorme y con su oscilante fuego dándole a cada espacio un aspecto cálido e íntimo.

Alexandria dirigió al *maitre* una sonrisa.

-Tengo una reunión con el señor Ivan. ¿Ha llegado?

-Por aquí- dijo el hombre con una mirada aprobatoria.

Thomas Ivan se atoró con su escocés mientras la hermosa Alexandria Houton se acercaba a su mesa. A menudo concertaba sus citas en ese acogedor restaurante, pero esa joven mujer era decididamente una mejora. Era de pequeña estatura, delgada, pero con curvas llenas y piernas fabulosas. Sus grandes ojos de color zafiro estaban bordeados de pestañas oscuras, su boca exuberante y sexy. El pelo dorado estaba retorcido en un moño severo que

enfatizaba su estructura ósea clásica y sus pómulos altos. Varias cabezas empezaron a seguir su progreso. Ella no se mostró consciente del caos que creaba, pero el *maitre* parecía estar escoltando a la realeza. Había definitivamente algo especial en esa mujer.

Thomas tosió para despejar su garganta y encontrar su voz. Se levantó, estrechó la mano que ella le tendía, y privadamente sintió la oculta satisfacción de su buena fortuna. Esa joven y bellísima criatura lo necesitaba. Unos buenos quince años mayor que ella, con dinero, influencias y fama, él podría afianzar o despedazar su carrera. Y tenía la intención de sacar provecho de cada deliciosa posibilidad de esa posición tan favorable.

-Es agradable conocerlo, señor Ivan- dijo ella suavemente. Su voz melodiosa jugó sobre la piel del hombre como el toque de unos dedos sedosos.

-Lo mismo digo-. Thomas sostuvo la mano femenina un momento más del necesario. La inocencia dulce en los ojos de ella hacía su natural atractivo sexual aún más provocativo. Él la deseaba ferozmente y se afirmó en su intención de tenerla.

Alexandria conservó sus manos asidas juntas en el regazo, de manera que su temblor no dejara traslucir su nerviosismo. No podía creer que estaba realmente sentada frente a un hombre genial como Thomas Ivan. Más aún, siendo entrevistada para ocupar el puesto de la artista para su siguiente proyecto. Era la oportunidad de su vida. Cuando él guardó silencio, estudiándola fijamente, buscó algo educado y medianamente inteligente para decir.

-Éste es un bello restaurante. ¿Viene aquí a menudo?

Thomas sintió brincar su corazón. ¡Ella estaba interesada en él como hombre! ¿Por qué si no hacía la pregunta? Podía verse fría e intocable, incluso débilmente arrogante, pero pescaba información sobre su vida privada. Levantó una ceja y le dirigió su sonrisa cuidadosamente practicada, la que siempre quitaba la respiración.

-Es mi restaurante favorito.

A Alexandria no le gustó la mirada repentinamente presumida de sus ojos, pero sonrió de todos modos.

-Traje algunos bocetos conmigo. Una muestra de ideas y dibujos del guión que sugirió para su siguiente juego. Veía tan claramente en mi mente lo que describía... Sé que ha estado trabajando con Don Michaels para *NightHawks.* Él es muy bueno, pero no creo que capture exactamente lo que usted visualiza. Veo más detalles, más poder-. Al amparo de la mesa, Alexandria retorció sus dedos entrelazados, pero trató de permanecer exteriormente serena.

Thomas se sobresaltó. Ella estaba absolutamente en lo correcto. Michaels era un hombre conocido, con un gran ego haciendo juego, pero nunca había entendido completamente la visión de Thomas. Sin embargo, el obvio profesionalismo de Alexandria lo irritó. Se veía tan fría e intocable, y quería hablar de negocios. Las mujeres usualmente se arrojaban sobre él.

Alexandria podía ver la irritación acumulándose en la cara de Thomas Ivan. Clavó las uñas en sus palmas. ¿Qué había hecho mal? Indudablemente, había sido demasiado directa: un hombre con su reputación probablemente prefería un acercamiento más femenino. Necesitaba ese trabajo; no podía empezar a enojarlo desde el principio. ¿Qué daño había en un ligero flirteo? Ivan era un soltero rico, bien parecido, exactamente el tipo de hombre por quien debería sentirse atraída. Suspiró interiormente. Nunca se había sentido honestamente atraída por nadie. Por un tiempo, lo había atribuido a los hombres insípidos de su barrio, a sus muchas responsabilidades con Joshua. Ahora, en secreto, pensaba que podría ser verdaderamente frígida. Pero podía fingir si tuviera que hacerlo.

El siguiente comentario de Thomas Ivan probó su teoría.

-No creo que debiéramos echar a perder nuestra cena con una conversación de negocios, ¿verdad?- dijo él, esbozando una sonrisa encantadora.

Alexandria parpadeó para ahuyentar la imagen de una barracuda y le dirigió una sonrisa suave y coqueta, permitiendo que su boca se curvara. Iba a ser una noche larga.

Había negado con la cabeza cuando él había llenado su vaso de vino y se había

concentrado en su ensalada de gambas y la cháchara que parecía hacer felices a sus citas ocasionales. Ivan se inclinaba hacia ella, tocando frecuentemente su mano para enfatizar un punto.

Logró escapar una vez para verificar que Joshua estuviera bien. Bajo el sol naufragante, encontró a Joshua y Henry jugando *blackjack* con un estropeado mazo de naipes.

Henry le sonrió abiertamente, tomando con agradecimiento la comida que había logrado sacar de contrabando, e hizo gestos con las manos para alejarla.

-Estamos bien, Alex. Vaya a obtener ese trabajo que tanto quiere- la instruyó.

-¿Está enseñando a Josh a jugar a las cartas?- demandó con un fingido ceño severo. Ambos culpables rieron traviesamente, y fue todo lo que Alexandria pudo hacer para no abrazar a Joshua contra sí.

-Henry dice que probablemente podría mantenerte yo a ti con esto de jugar, ya que siempre gano- le dijo Joshua orgullosamente-. Él dice además que nunca tendrías bastante para comprarme un buen perro alguna vez.

Alexandria se mordió los labios para ocultar al mismo tiempo su diversión y su afecto abrumador.

-Bien, hasta que no seas un jugador de apuestas hecho y derecho, me ocuparé de nuestro sustento. Así que mejor regreso adentro. Si ustedes, chicos, tienen frío, hay una manta en la cajuela-. Le tendió las llaves del coche a Joshua-. Cuida bien de esto. Si las pierdes, dormiremos al aire libre aquí con Henry.

-¡Estupendo!- contestó Joshua, sus ojos azules bailando.

-Muy estupendo. De hecho, congelante- advirtió Alexandria-. Ten cuidado. Seré tan rápida como pueda, pero este hombre no es muy cooperativo. Creo que piensa que podría *anotar* esta noche-. Ella hizo una mueca.

Henry meneó un puño nudoso.

-Si le da algún problema, envíelo en mi dirección.

-Gracias, Henry. Ustedes, chicos, compórtense mientras trabajo-. Alexandria giró y comenzó a hacer el camino de vuelta hacia el restaurante.

El viento tomaba velocidad, soplando el mar hacia la tierra, escupiendo espuma a través del aire. La niebla estaba levantándose, amortajando los árboles en blancas nubes melancólicas. Alexandria tembló, pasando sus manos arriba y abajo por sus brazos. No hacía realmente mucho frío, pero el aura de niebla y misterio era inquietante.

Negó con la cabeza para disipar el presentimiento de maldad acechando detrás de cada árbol. Por alguna razón, tenía los nervios especialmente de punta esa noche. Lo atribuyó a la enormidad de esa entrevista. Tenía que obtener el trabajo.

Regresó al restaurante serpenteando a través de la selva de arbustos plantados en macetas y las colgantes vides verdes.

Ivan se puso rápidamente de pie mientras ella se sentaba, consciente de que era la envidia de los otros hombres en la estancia. Alexandria Houton tenía una magia especial que lo hacía pensar en noches calientes y pasión salvaje.

Él rozó con los dedos el dorso de la mano femenina.

-Tienes frío- dijo, su voz un poco ronca. Esa mujer lo hacía sentir como un colegial cometiendo vergonzosos errores, mientras permanecía esquiva, ligeramente arrogante, una sirena inalcanzable observándolo retorcerse.

-Me desvié por un momento de mi camino de regreso del *toilette*, y la noche era tan bella que no pude resistir mirar el océano. Parece estar un poquito levantado-. Sus ojos parecieron sostener un millar de secretos, sus pestañas largas aprisionando cada emoción tras ellas. Thomas tragó saliva y apartó la mirada. Tenía que controlarse. Buscó profundo en su reserva de famoso encanto y empezó a contar historias caprichosas para divertirla y agradarla. Alexandria se esforzó por escuchar su conversación, pero era difícil concentrarse en sus anécdotas acerca de cómo había hecho su brillante carrera, sus muchas obligaciones

sociales y la afanosa fila de mujeres persiguiéndolo constantemente por su dinero. Empezaba a ponerse progresivamente más inquieta, tanto, que sus manos comenzaron a temblar. Por un momento, sintió un escalofrío de terror, como si unos dedos helados se hubieran desplegado alrededor de su garganta. La ilusión fue tan real, que realmente levantó una mano hasta su cuello para comprobarlo.

-Seguramente querrás una copita de vino. Es una excelente cosecha- insistió Thomas, levantando la botella y llamando su atención de regreso a él.

-No, gracias, rara vez bebo-. Era la tercera vez que lo decía, y se resistió a preguntarle si tenía algún problema de audición. No iba a empañar su mente con alcohol cuando esa entrevista significaba tanto. Nunca bebía cuando conducía, y jamás con Joshua cerca. Su hermano había visto más que suficiente ebriedad en los vestíbulos y en las aceras fuera de la pensión.

Alexandria le dirigió una sonrisa para sacar el aguijón a su negativa. A medida que el camarero quitaba los platos, con decisión trató de alcanzar su portafolios.

Ivan suspiró audiblemente. Por lo general a esas alturas las mujeres actuaban sumisamente, pero Alexandria parecía inmune a su encanto, fuera de su alcance. A pesar de todo lo intrigaba, y *tenía* que poseerla. Sabía que ese trabajo era importante para ella, y usaría esa certeza si tuviera que hacerlo. Presentía que esa mujer tenía un fuego interior encerrado tras su sonrisa fácil y sus fríos ojos de color zafiro, y esperaba con ilusión disfrutar un poco de sexo caliente, húmedo y ardiente con ella.

Pero en el momento en que Thomas vio sus bocetos, se olvidó de satisfacer su ego y su lujuria. Alexandria había captado las imágenes de su mente mejor de lo que sus propias palabras lo habían hecho. La excitación lo atrapó, y casi babeó sin control sobre sus excepcionales dibujos. Era exactamente lo que necesitaba para su nuevo juego. Era un concepto novedoso, aterrador y difícil, y barrería con facilidad a la competencia. Su acercamiento fresco e inventivo era precisamente lo que le hacía falta.

-Son sólo bocetos rápidos- dijo Alexandria suavemente-, sin animación, pero espero que entienda la idea-. Olvidó que no tenía los mismos gustos de Thomas Ivan mientras contemplaba la forma apreciativa en que él miraba su trabajo.

-Tienes algo parecido a un don para los detalles. Tanta imaginación… tanta técnica. Y, mirando esto, siento como si hubieras leído mi mente. Realmente captas el sentimiento de vuelo aquí- dijo él, señalando con el dedo. Quedó impresionado porque ella causara la sensación de encogerle el estómago sólo con sus ilustraciones. ¿Qué podría hacer entonces con su conjunto imponente de computadoras y programas de diseño?

Thomas estudió una escena, sintiendo como si realmente estuviera ocurriendo. Era como si ella hubiera sacado una fotografía de un vampiro atrapado en una batalla brutal. Era tan real que resultaba atemorizante. Sus dibujos captaban el argumento de la historia y las imágenes de su mente tan perfectamente, tan completamente, que al instante creaba entre ellos la conexión que lo había estado eludiendo toda la noche.

Repentinamente Alexandria percibió el ligero roce de los dedos de Thomas Ivan contra los de ella, consciente de la fuerza de sus brazos, la anchura de sus hombros, la angularidad elegante de sus rasgos. Su corazón saltó esperanzado. ¿Estaba realmente respondiendo a alguien físicamente? Era asombroso que tener en común una misma pasión pudiera generar eso. Observó con orgullo cómo el hombre admiraba abiertamente sus interpretaciones de las criaturas de su imaginación.

Pero repentinamente un viento frío fluyó a través del restaurante, llevando consigo la sombra del mal. Se arrastró sobre la piel de Alexandria como gusanos a través de un cuerpo. La repulsión la atrapó, y ella se recostó en su silla, pálida y temblorosa. Miró alrededor con cuidado. Nadie más parecía advertir el aire de espesamiento, el hedor del mal. La risa y el murmullo bajo de las voces conversando la rodeaban. Esa normalidad debería haberla reconfortado, pero su inquietud sólo aumentó. Podía sentir las gotas de sudor en su frente, bajando por el valle entre sus pechos. Su corazón latía desbocado.

Thomas Ivan estaba demasiado distraído, ocupado en sus bocetos, para advertir su desasosiego. Continuaba murmurando su aprobación, su cabeza gacha, sus ojos deleitándose en la riqueza de sus dibujos.

Pero algo estaba mal. Terriblemente mal. Alexandria lo sabía; *siempre* lo sabía. Lo había sabido en el mismo momento que sus padres habían muerto. Lo sabía cuando tenía lugar un delito violento cerca. Sabía quién negociaba las drogas, cuándo alguien mentía; simplemente *sabía esas cosas*. Y en ese mismo momento, mientras los demás en el restaurante pasaban un agradable rato, comían y bebían y hablaban, ella sabía que el mal estaba cerca, algo tan maligno, que nunca habría concebido la existencia de tal ser.

Sus ojos hicieron un recorrido lento y cuidadoso de la vasta estancia. Los clientes hablaban, comiendo imperturbables. Tres mujeres sentadas en la mesa más cercana estaban riéndose escandalosamente, brindando entre sí. La boca de Alexandria se quedó seca, su corazón martillando. Fue incapaz de moverse o hablar, congelada de terror. En la pared detrás de Thomas Ivan, una sombra oscura avanzó a rastras hacia adelante, comenzó a gravitar sobre el cuarto, una aparición abominable aparentemente no vista por nadie más, sus garras extendidas hacia ella, hacia las tres mujeres que conversaban con animación. Alexandria se quedó perfectamente quieta, oyendo un cuchicheo horrible en su cabeza, como el roce de las alas de un murciélago, emitiendo una orden insidiosa, zumbando insistentemente, poderosa.

Ven a mí. Quédate conmigo. Déjame deleitarme en ti. Ven a mí.

Las palabras palpitaron en ella hasta que algo como pedazos de vidrio roto parecieron perforar su cráneo. Las garras en la pared lejana se abrieron, se extendieron, la cautivaron.

Una silla arrastrándose hacia su derecha rompió el hechizo. Alexandria parpadeó, y la sombra se desvaneció en el eco de una risa maníaca. Pudo moverse, voltear la cabeza hacia el sonido de dos sillas más arrastrándose hacia atrás. Vio a las tres mujeres levantarse al unísono, lanzar dinero encima de la mesa, y caminar en un repentino y extraño silencio hacia la entrada.

Alexandria quiso gritar a las mujeres que regresaran. No tuvo idea de por qué, pero realmente abrió la boca para hacerlo. Su garganta se cerró, y luchó por aspirar algo de aire.

-¡Alexandria!-. Thomas se levantó velozmente para ayudarla. Estaba cenicienta, con diminutas gotas de sudor humedeciendo su frente-. ¿Qué sucede?

Ciegamente, ella trató de guardar de un empujón sus dibujos en el portafolio, pero sus manos temblaban, y los bocetos se derramaron a través de la mesa y cayeron al piso.

-Lo siento, señor Ivan, debo irme-. Se puso de pie tan abruptamente, que casi lo hizo caer hacia atrás. Su mente se sentía torpe y espesa, como si algún aceite maligno se hubiera pegado a ella, y su estómago se revolvió.

-Estás enferma, Alexandria. Déjame llevarte a casa-. Ivan trató de recoger los preciosos bocetos y sostenerla por el brazo al mismo tiempo.

Alexandria sacudió con fuerza su brazo para liberarse, su único pensamiento el de llegar a Joshua inmediatamente. Lo que fuera esa cosa maligna, lo que fuera la criatura que acechaba en la noche, esas mujeres, Henry y Joshua estaban en grave peligro. Estaba afuera. Rondando. Podía sentir su presencia como una mancha oscura en su alma.

Giró y corrió, sin importarle las miradas curiosas o el desconcierto de Thomas Ivan. Tropezó en las escaleras, atrapó la bastilla de su falda, y oyó el rasgón. El dolor y el terror la desgarraban. Su pecho se sentía como si hubiera estallado, su corazón roto y sangrante. Era tan real, que agarró firmemente su pecho y se quedó mirando sus manos, esperando ver sangre. No. *La sangre de otra persona.* Alguien estaba herido… o peor.

Alexandria se mordió el labio inferior lo suficientemente fuerte como para lastimarse la piel. Ese dolor era real, y era sólo suyo. Le posibilitó concentrarse para continuar andando. Lo que fuere, la criatura que acechaba había encontrado una presa. Podía oler la sangre ahora, experimentar las vibraciones persistentes, la secuela de violencia.

Rezaba que no fuera Joshua. Sollozando, se precipitó por el camino estrecho que serpenteaba alrededor del edificio. No podía perder a Joshua. ¿Por qué lo había dejado solo, simplemente con un anciano para cuidar de él?

Entonces se volvió consciente de la niebla. Densa. Espesa, como la sopa. Pendía de los árboles como una extraña pared blanca. No podía ver a un pie de distancia por delante de ella. Incluso se sentía pesada, como si se estuviera abriendo paso entre arena movediza. Cuando trató de forzar aire en sus pulmones, encontró casi imposible hacerlo. Necesitaba gritar por Joshua, pero alguna intuición profunda la mantuvo silenciosa.

Quienquiera que fuera el maniático, disfrutaba del dolor y el terror de otros. Ese era su clímax, su culminación. No podía permitirse satisfacer sus apetitos macabros.

Andando a tientas cuidadosamente a través de los árboles, literalmente se tropezó con un cuerpo.

-Oh, Dios mío- murmuró en voz alta, rezando que no fuera su hermano. Acercándose, se percató de que el cadáver era demasiado grande. Frío e inmóvil, yacía en un montón patético, lanzado hacia un lado como basura-. Henry-. La tristeza fluyó mientras asía su hombro para voltearlo.

El horror aumentó cuando vio su pecho mutilado. El corazón del anciano estaba literalmente desgarrado, expuesto y quieto. Alexandria se tambaleó alejándose, se arrodilló y vomitó violentamente. Había heridas de garras en el cuello de Henry, heridas que sólo un animal podía hacer.

La risa burlona llenó su mente. Alexandria se enjugó la boca con el dorso de la mano. Ese loco depravado no se apoderaría de Joshua. Decidida, avanzó instintivamente hacia los acantilados. Las olas se estrellaban ruidosamente contra rocas dentadas debajo y el viento lanzándose a través de los árboles le imposibilitaba oír nada.

Sin vista o audición, Alexandria avanzó firmemente, cada instinto atrayéndola hacia el asesino demente. Tenía la impresión de que él sabía que ella se acercaba y que estaba esperándola. También estaba segura de que creía que la estaba controlando, ordenándole deliberadamente que fuera a él.

A pesar del viento fuerte, la niebla permanecía pesada, pero ahora, a través del espesor, percibió el vislumbre de más horror. Tres mujeres vagamente familiares, las mujeres del restaurante, avanzaban poco a poco y con dificultad hacia los acantilados. Eran las que habían estado en la mesa a su derecha; habían salido poco antes que ella misma. Podía percibir que estaban en algún tipo de trance, con la mirada fija arrobadamente en la silueta del hombre al borde del acantilado.

Era alto y delgado, pero daba la impresión de gran fuerza y poder. Su cara era hermosa, como la de un Adonis, su pelo largo hasta los hombros y ondulado. Cuando sonrió, sus dientes fueron muy blancos.

Como un depredador. En el momento que el pensamiento entró en su cabeza, la ilusión de belleza se fue, y Alexandria vio la sangre en las manos de la criatura. En sus dientes y su barbilla.

La sonrisa encantadora era una mueca cruel que dejaba expuestos sus atroces colmillos. Sus ojos, fijos en las tres mujeres, eran agujeros negros resplandeciendo con un rojo fiero en la oscuridad.

Las mujeres sonreían tontamente, extendiendo las manos hacia él. Cuando se movieron más cerca, él levantó una mano y apuntó al suelo. Obedientemente, las tres cayeron sobre sus rodillas y gatearon sensualmente hacia adelante, contorsionándose y gimiendo, desgarrándose la ropa. La niebla ocultó el despliegue obsceno por un momento, y cuando se despejó otra vez, Alexandria pudo ver que una de las mujeres había alcanzado al hombre y serpenteaba alrededor de sus rodillas. La mujer se quitó de un tirón la blusa, dejando expuestos sus pechos, tocándose sugerentemente, frotándose contra el cuerpo del hombre, implorando y rogando que él la tomara, la usara. Una segunda mujer alcanzó el borde del acantilado y se pegó a la cintura del hombre, con la mirada fija hacia arriba

provocativamente.

Alexandria quiso volver la espalda al horror que estaba a punto de ocurrir con esos títeres humanos, pero divisó a Joshua caminando lentamente hacia el hombre. No parecía advertir a las mujeres. No miraba ni a derecha ni a izquierda, simplemente caminaba hacia adelante como en un estado de ensueño.

Un trance. Un trance hipnótico. El corazón de Alexandria golpeó ruidosamente contra su pecho. En cierta forma, ese asesino había hipnotizado a las mujeres y a Joshua. Respondían a su llamada como ovejas sin juicio. Su cerebro trataba de analizar cómo habría logrado él hacer eso, al mismo tiempo que se apresuraba a interceptar a Joshua antes de que pudiera alcanzar al monstruo. Afortunadamente, Joshua se movía muy lentamente, casi como si estuviera siendo jalado a regañadientes hacia adelante.

Aunque el velo grueso de niebla los distorsionaba, Alexandria sintió el impacto de esos ojos hostiles y sobrenaturales mientras la criatura inclinaba su cabeza hacia ella, su cuello ondulando como el de un reptil.

Mientras él la examinaba a través del espesor de la niebla, aquellas alas de murciélago que había sentido antes golpearon contra su cráneo, y los pedazos de vidrio roto la estacaron repetidas veces. La voz suave y seductora murmuró insistentemente en su cabeza. Alexandria ignoró el dolor latiendo en su mente y enfocó su atención en alcanzar a Joshua. No le daría a ese monstruo la satisfacción de saber que estaba lastimándola.

Su mano intentó coger la camisa de su hermano. Los pies del niño continuaron hacia adelante, pero ella plantó sus pies firmemente y lo sujetó a pesar de todo. Envolviendo sus brazos alrededor del niño, confrontó al monstruo, a no más de quince pies de distancia.

Él estaba en el mismo borde del acantilado, sus títeres humanos adulándolo, ronroneando y mendigando su atención. Parecía no advertir a las mujeres, su ser entero concentrado en Alexandria. Le sonrió, dejando al descubierto sus colmillos.

Alexandria tembló ante la vista de la sangre de Henry en sus labios y dientes. Ese loco había matado al simpático e inofensivo Henry.

-Ven a mí-. Él tendió una mano hacia ella.

Podía sentir su voz directamente a través de su cuerpo, tirando de ella para que ejecutara su orden. Parpadeó rápidamente para mantener la concentración en los regueros de sangre en sus manos y sus uñas como dagas. Mientras clavaba los ojos en las garras, la voz vaciló en su belleza y cobró una fealdad ruda y beligerante.

-Creo que no. Déjenos en paz. Me llevaré a Joshua conmigo. Usted no puede tenerlo-. Habló con determinación, su columna vertebral tensándose, sus ojos azules resplandeciendo de desafío.

Distraídamente, una de las manos de la criatura acarició obscenamente a la mujer que se frotaba en su cintura.

-Únete a mí. Mira a estas mujeres. Me desean. Me adoran.

-Continúe engañándose a sí mismo-. Ella trató de dar un paso atrás, pero Joshua se resistió a su esfuerzo. Alexandria apretó sus brazos para impedirle avanzar, pero cuando lo arrastró hacia atrás un paso, él comenzó a moverse agitadamente, obligándola a detenerse.

El monstruo en el acantilado arqueó una ceja.

-¿No me crees?-. Él fijó su atención en la mujer en su cintura-. Ven aquí, mi amor. Deseo que mueras por mí-. Él ondeó una mano tras de sí.

Para horror de Alexandria, la mujer lamió su mano extendida, y, sonriendo tonta y servilmente, se arrastró más allá de él.

-¡No!- gritó Alexandria, pero la mujer ya caía al vacío, hasta el agua ávida y las rocas dentadas debajo. Mientras se quedaba sin aliento, él levantó a la segunda mujer por el pelo, la besó de lleno en la boca y, doblándola hacia atrás, hundió sus dientes horrendos en su cuello.

Los vívidos bocetos que Alexandria había bosquejado trabajando en las historias de Thomas Ivan saltaban a la vida ante sus ojos. La criatura se deleitó en la sangre rebosante de

la garganta de la mujer, luego la echó a un lado, sobre el acantilado, como si no fuera más que una concha vacía que había encontrado en la playa. Deliberadamente, recorrió con su lengua gruesa y lasciva sus labios untados de sangre en un despliegue grotesco.

Alexandria se encontró murmurando una oración, un cántico, una y otra vez, mientras contenía la respiración. Lo que fuera esa criatura, era peligrosa y demente más allá de la imaginación. Agarró más firmemente a Joshua y lo levantó en el aire.

Él le dio una patada y peleó, emitió unos cuantos gruñidos y la mordió. Alexandria logró retroceder dos pies más antes de que se viera forzada a ponerlo en el suelo. Él permaneció quieto mientras ella no se moviera lejos de su objetivo.

El monstruo levantó el cuello otra vez, se chupó los dedos y sonrió odiosamente.

-¿Ves? Harán cualquier cosa por mí. Me adoran. ¿No lo haces tú, pequeña?-. Él elevó a la última mujer sobre sus pies. Instantáneamente, ella se enredó alrededor de él, frotándose sugerentemente, tocando y acariciando-. Sólo quieres complacerme, ¿verdad?

La mujer comenzó a besarlo, pasando por su cuello, su pecho, moviéndose más y más abajo, sus manos a tientas sobre los pantalones masculinos. Él acarició su cuello.

-¿Ves mi poder? Y tú eres la que ha de unirse a mí, compartir mi poder.

-Esa mujer no lo adora- protestó Alexandria-. Ha usado la hipnosis para convertirla en un títere. No está en sus cabales. ¿Es eso lo que llama poder?- clavó tanto desprecio como pudo en su voz trémula.

Un siseo bajo y mortífero escapó de la boca del monstruo, pero él continuó sonriéndole.

-Quizá estás en lo correcto. Esta *es inútil,* ¿verdad?-. Siempre sonriendo, siempre con la mirada fija en los ojos de Alexandria, el hombre atrapó la cabeza de la mujer entre sus palmas y la retorció.

El crujido fue audible, y pareció vibrar directamente a través del cuerpo de Alexandria. Temblaba tanto que sus dientes castañeteaban. Con una mano, el monstruo hizo balancear en el aire el cuerpo quebrado de la mujer, sobre el borde del acantilado. Ella pendió allí como una muñeca de trapo, su cuello en un ángulo peculiar, una mujer una vez bella ahora convertida en una concha vacía, sin vida. El monstruo la descartó sencillamente abriendo su mano y permitiendo que cayera al agua insaciable de abajo.

-Ahora me tienes todo para ti- dijo él suavemente-. Ven a mí.

Alexandria negó con la cabeza violentamente.

-Yo no. No voy a ir a usted. Lo veo como es, no como hizo que esas pobres mujeres lo vieran.

-Vendrás a mí, y por tu propia voluntad. Tú eres la única. He explorado el mundo en busca de una como tú. Debes venir a mí-. Su tono era suave, pero contenía un azote de advertencia, un siseo de orden.

Alexandria trató de dar un paso hacia atrás, pero Joshua estalló en un frenesí gruñidor, pateando y mordiendo. Se detuvo otra vez e hizo más firme su abrazo para impedir que escapara.

-Está enfermo. Necesita ayuda, un doctor o algo por el estilo. No puedo hacer nada por usted-. Trataba desesperadamente de buscar una escapatoria a esa pesadilla, rogando que alguien viniera. Un guarda de seguridad. *Alguien.*

-No sabes lo que soy, ¿verdad?

Alexandria sentía su mente casi entumecida de terror. Había pasado un tiempo considerable leyendo e investigando antiguas leyendas de vampiros para trabajar en sus bocetos para Thomas Ivan. Y ese monstruo era el epítome de esa criatura mítica, alimentándose de la sangre de otros, usando trances hipnóticos para ordenar a la humanidad indefensa que obedeciera sus malignas órdenes. Aspiró profundamente para calmarse, tratando de regresar al mundo real. Seguramente eran la niebla y el viento, la noche oscura, sin estrellas, y el choque extraño de las olas debajo lo que la hacía pensar lo que posiblemente no podía ser. Ése era un sociópata del siglo veintiuno, no algún personaje

legendario de antaño. Debía mantenerse firme y no permitir al horror de la noche dar pábulo a su imaginación.

-Creo que sé lo que piensa que es- dijo ella llanamente-, pero la verdad es que es simplemente un asesino cruel.

Él se rió suave, malvadamente, como el roce de unas uñas sobre una pizarra. Ella realmente sintió los dedos helados a lo largo de su piel.

-Eres como una niña escondiéndote de la verdad-. Él levantó una mano y llamó a Joshua, sus ojos encendidos concentrados en la cara del niño.

Joshua luchó locamente, peleó y pateó, pegando mordiscos en los brazos de Alexandria en su esfuerzo para liberarse.

-¡Déjelo en paz!-. Ella se concentró en sujetar a su hermano, pero él era lo suficientemente fuerte en su condición de trance para contonearse hasta quedar libre. Instantáneamente, él corrió hacia el monstruo en el acantilado, abrazó sus rodillas, y contempló con adoración al hombre.

Capítulo Dos

El corazón de Alexandria se saltó un latido. Se enderezó muy lentamente, su boca seca de terror mientras veía esas manos como garras hundirse en los hombros de su hermano.

-Vendrás a mí ahora, ¿verdad?- inquirió el monstruo suavemente.

Alexandria levantó su barbilla temblorosa.

-¿Esto es lo que llama *propia voluntad*?-. Sus piernas se sentían tan parecidas a la goma, que podría dar sólo unos pocos pasos hacia él antes de que tuviera que detenerse-. Si usa a Joshua para controlarme, ir a usted no será por mi propia voluntad, ¿verdad?- lo desafió.

Un siseo lento y largo escapó de él, y luego la criatura cogió a Joshua por una pierna y lo sujetó sobre el borde del acantilado.

-Ya que te gusta tanto la libertad, eliminaré mi influencia sobre la mente del niño para que él pueda ver, oír y saber qué ocurre-. Sus colmillos rechinaron y chasquearon mientras pronunciaba las palabras en un tono preciso y helado.

Sus palabras impulsaron a Alexandria hacia adelante otra vez. Tropezó hasta quedar a un par de pies del monstruo, tratando de alcanzar a Joshua.

-¡Oh, Dios mío, por favor, no lo deje caer! ¡Démelo!-. Había dolor en su voz, miedo real, y eso alimentó la excitación del monstruo.

Él se rió suavemente mientras Joshua repentinamente volvía en sí gritando, su cara contorsionada de miedo. Llamó a gritos a su hermana, sus ojos fijos en su cara, su única salvación. El monstruo esquivó a Alexandria con una mano mientras fácilmente sujetaba a Joshua sobre el acantilado con la otra.

Ella se obligó a sí misma a permanecer perfectamente quieta frente al hombre.

-Simplemente démelo. No lo necesita. Es sólo un niño.

-Oh, pienso que es muy necesario para asegurar tu cooperación-. El loco le sonrió y movió a Joshua de regreso a la relativa seguridad del borde del acantilado. Ondeó una mano, y el niño cesó de pelear o gritar, otra vez bajo el control demoníaco del hombre-. Te unirás a mí, te convertirás en lo que yo soy. Juntos tendremos un poder como no puedes imaginar.

-Pero nunca he querido poder- protestó Alexandria, avanzando ligeramente más cerca para tratar de arrebatarle al niño-. ¿Por qué dice que soy quien ha estado buscando? No

sabía que yo existía hasta esta noche. Incluso ni siquiera sabe mi nombre.

-Alexandria. Es fácil leer la joven mente de Joshua. Insistes en pensar en mí como un mero humano, pero soy muchísimo más que eso.

-¿Qué es?- Alexandria contuvo la respiración, asustada de su respuesta, sabiendo que esa criatura *era* en cierta forma más que humana, *era* la bestia poderosa de las leyendas. Podía leer las mentes, controlar a otros, hacerlos sus esclavos aun a la distancia. Había arrancado el corazón de Henry. Había roto el cuello de una mujer y agotado la sangre de otra directamente frente a ella. Fuera lo que fuera, no era humano.

-Soy la pesadilla de la estúpida humanidad, el vampiro que ha venido a deleitarse en los vivos. Tú serás mi novia, compartirás mi poder, mi vida.

Lo dijo perfectamente serio, y Alexandria se sintió desgarrada entre la necesidad de llorar y la risa histérica. Thomas Ivan no podría haber escrito un diálogo más bizarro. Ese hombre creía lo que decía, y lo que era peor, ella comenzaba a creerlo también.

-Ese... realmente no es mi estilo de vida-. Las palabras salieron en un susurro ronco, y no pudo creer que estaba implorando por su vida, por la vida de Joshua, con una respuesta tan absurda. ¿Pero cómo se dirigía uno a esa clase de demente?

-¿Se te ocurre burlarte de mí y salir indemne?-. Las manos del hombre se cerraron tan duramente sobre el hombro de Joshua, que ella podía ver sus dedos casi encontrándose.

Ella negó con la cabeza, atorándose por un momento.

-No, es en serio. Me gusta el brillo del sol. Los vampiros permanecen al amparo de la noche. Rara vez bebo vino, y mucho menos sangre. Pero conozco un bar donde puede encontrar a montones de chicas que están metidas en ese tipo de cosas. Van vestidas de negro y adoran al diablo y dicen que beben la sangre de otros. Pero yo no. Soy extremadamente conservadora.

¿Cómo podía estar manteniendo una conversación tan extraña con un asesino? ¿No había un guardia de seguridad alrededor? ¿No había encontrado alguien todavía el cuerpo de Henry? ¿Dónde estaba todo el mundo? ¿Cuánto tiempo podría distraerlo, mantener a esa criatura hablando?

La risa del hombre sonó llena de burla, baja e insidiosa.

-Nadie llegará a salvarte, mi amor. No pueden. Es un asunto simple mantener a la distancia a los otros, tan fácil como atraerlos hacia mí.

-¿Por qué yo?

-Existen pocas como tú. Tu mente es muy fuerte, por lo que no puedes ser controlada con facilidad. Eres una verdadera psíquica, ¿verdad? Esto es lo que mi especie requiere en una *compañera*.

-No tengo ni idea de qué habla. Algunas veces sé cosas que otros no- concedió ella, pasando una mano nerviosa por su pelo-. Sabía que estaban aquí, si eso es lo que quiere decir-. Alguien tenía que venir y rescatarlos pronto. Seguramente Thomas Ivan estaba buscándola-. Por favor, déjeme llevar a casa a Joshua, a algún lugar seguro. Usted no lo necesita, sólo me necesita a mí. Le doy mi palabra, regresaré mañana por la noche. Y si es tan poderoso, siempre podrá encontrarme si no regreso-. Estaba desesperada por acercarse a Joshua. Era terrible verlo tan exánime y sin vida, con los ojos vidriosos. Quería tomarlo en sus brazos y sujetarlo junto a sí, mantenerlo a salvo, saber que esa criatura nunca podría tocarlo otra vez. Si pudiera salvar a Joshua, nada más tendría importancia.

-No puedo permitir que salgas de mi vista. Hay otros buscándote. Debo quedarme cerca para protegerte todo el tiempo.

Alexandria frotó sus sienes martilleantes con sus palmas.

La criatura trataba de invadir su mente, y la constante lucha para no dejarlo entrar se estaba volviendo muy dolorosa.

-Mire, señor... ¿cuál es su nombre, de todas maneras?

-¿Debemos ser educados y civilizados entonces?-. Él se reía de ella.

-Sí, creo que eso sería más conveniente-. Su propio control se desmoronaba, y ella lo

sabía. Tenía que encontrar la manera de apartar a Joshua de él. La vida de su hermano dependía de su ingenio para lograrlo o no. Deliberadamente, clavó las uñas en sus palmas y se concentró en la sensación para conservar el control.

-De acuerdo entonces, seamos civilizados. Soy Paul Yohenstria. Vengo de las Montañas de los Cárpatos. Debes haber advertido mi acento.

Ella tendió sus brazos hacia su hermano, incapaz de detenerse.

-Déme a Joshua, por favor, señor Yohenstria. Es simplemente un niño.

-Tú deseas que permanezca vivo, y yo deseo que me acompañes: creo que podremos llegar a un convenio beneficioso para ambos. ¿No estás de acuerdo?

Alexandria permitió que sus brazos vacíos cayeran a sus lados. Estaba exhausta y asustada, y la cabeza le dolía terriblemente. En cierta forma, él estaba aumentando su malestar, desgastando sus defensas con su embate mental, la voz en su cabeza enloqueciéndola con su presión implacable.

-Iré con usted. Simplemente deje a mi hermano aquí.

-No, mi amor, no haré eso. Ven a mí ahora.

Ella fue a regañadientes. No tenía otra elección. Joshua era su vida, lo amaba más que a nada en el mundo. Si él dejara de existir, no tendría nada.

En el momento en que Yohenstria la tocó, se sintió enferma. Sus dedos manchados de sangre se curvaron alrededor de la parte alta de su brazo, y Alex podía ver la sangre coagulada bajo las uñas largas como dagas. *La sangre de Henry.* Él permitió que Joshua descendiera al suelo, pero el niño simplemente se quedó donde había caído.

-No necesita sujetarme. Simplemente quiero comprobar que Josh esté bien- dijo Alexandria. El contacto con un ser tan maligno hacía que el estómago se le revolviera, y temió volver a vomitar.

-Déjalo por el momento-. Los dedos del hombre se cerraron herméticamente, como una tenaza, arrastrándola más cerca para que su cuerpo hiciera contacto con el de ella. La muchacha podía oler su respiración fétida, el perfume de sangre y de muerte. Su piel era húmeda, pegajosa y helada.

Alexandria luchó contra esa dominación, tratando de escapar, aunque sabía que estaba indefensa en sus manos. Él se inclinó más cerca, hacia su cuello, y su respiración, caliente y apestosa, tocó su piel.

-No lo haga. Oh, Dios mío, no lo haga- murmuró Alexandria, con la voz casi fallándole. Si él la soltara caería con las rodillas dobladas por la debilidad, pero él la sostuvo todavía más cerca mientras se inclinaba más.

-Tu Dios te ha abandonado- murmuró. Y sus dientes se cerraron sobre su garganta, clavándose profundamente, un dolor tan intenso que todo se arremolinó a su alrededor, negro como el carbón. Él la arrastró hacia sus brazos y se deleitó tragando la sangre sustanciosa. Era pequeña, y casi la aplastaba entre sus brazos mientras bebía. Ella podía sentir que los colmillos se engarzaban en su cuerpo, conectándolos de alguna forma oscura y desagradable. Su cuerpo se sentía débil y flojo; su corazón vaciló y se esforzó mientras él continuaba drenándola. Sus pestañas se abatieron, e incluso mientras se decía a sí misma que tenía que vivir para luchar por Josh, unos puntos negros formaron remolinos y bailaron ante sus ojos, y ella cayó impotentemente contra el alto y delgado cuerpo del vampiro.

Él levantó la cabeza, la sangre goteando desde un lado de su boca.

-Y ahora debes beber para vivir-. Sus dientes desgarraron hasta abrir su propia muñeca, y él la presionó contra los labios de la joven, observando cómo su sangre contaminada goteaba en su boca.

Alexandria utilizó los restos de su debilitada energía vital para evitar ingerir el líquido horrendo. Trató de voltear la cabeza, cerrar la boca, pero el vampiro la sujetó fácilmente y forzó la bebida venenosa más allá de sus labios, su mano acariciando su garganta hasta que ella tragó convulsivamente. Pero él no reemplazó todo lo que había tomado, manteniéndola débil deliberadamente, necesitándola lo suficientemente frágil para

que lo obedeciera.

Paul Yohenstria dejó caer a su víctima al lado de su hermano y levantó su cara triunfalmente hacia la noche oscura, sin luna. La había encontrado. Su sangre era caliente y dulce y su cuerpo joven y flexible. Ella le proporcionaría lo que necesitaba para revivir sus emociones, hacerlo sentir otra vez. Rugió su triunfo a los cielos y meneó su puño para desafiar a Dios.

Él había escogido perder su alma, ¿y qué importancia había tenido después de todo? Había encontrado a ese ser especial, y ella podría devolvérselo todo.

Los movimientos débiles e instintivos de la muchacha atrajeron de nuevo su atención hacia ella. Alexandria gateó hacia Joshua y lo apretó protectoramente contra ella. El vampiro gruñó celosamente. Muchos la querían, pero ella era suya. No la compartiría con nadie. En el momento en que la *transformación* fuera completa y ella dependiera de él, cuando fuera a él por su propia voluntad, se desharía del mocoso. Se inclinó, cogió al niño por la pechera y lo separó de ella.

Alexandria logró incorporarse, pero todo estaba dando vueltas, haciéndole casi imposible mantener el equilibrio. Pero sabía indudablemente dónde estaba Josh, y con absoluta seguridad comprendía que nunca le permitiría compartir ese destino. Si esa criatura asesina realmente podía hacerlos como él, la muerte era la mejor alternativa.

Sin ninguna advertencia se lanzó hacia adelante. Con los brazos extendidos, atrajo a Joshua contra sí, y su impulso los arrastró por el borde del acantilado. El viento subió rápidamente hacia ellos; el rocío de sal los picó y purificó. Las olas alcanzaban gran altura para darles la bienvenida a sus tumbas acuosas, rompiéndose como el trueno en las rocas dentadas justamente debajo de la superficie.

Las garras la atraparon, las alas batiendo furiosamente, y la respiración caliente y fétida presagió la llegada de su enemigo. Alexandria gritó mientras las uñas se clavaban profundamente en ella y la criatura los alejaba de su única salvación. Y sin embargo, no podía resignarse a dejar caer a Joshua. Podría haber una oportunidad, un momento cuando su secuestrador no estuviera observándolos, para ayudar a Josh a escapar. Enterró la cara en los rizos rubios de su hermano y cerró los ojos, murmurándole que lamentaba no ser lo suficientemente fuerte para permitirle la misericordia de la muerte mientras ella continuaba con vida. Las lágrimas ardieron en su garganta, y se sintió manchada por el mal del monstruo, sabiendo que él vivía dentro de ella ahora, vinculándolos para siempre.

El lugar al que los llevó era oscuro, malsano y húmedo, una caverna cavada profundamente en los acantilados, rodeados por el mar. No había forma visible de escapar. Él lanzó sus cuerpos agotados desdeñosamente en la arena mojada junto a la boca de la caverna, y se paseó agitadamente de aquí para allá, tratando de controlar la cólera por la rebelión de la muchacha.

-Nunca harás nuevamente una cosa así, o haré que el niño sufra un infierno diferente a cualquier cosa que alguna vez hayas imaginado. ¿Hablo claro?- exigió él, elevándose sobre ella.

Alexandria trató de incorporarse. Su cuerpo se sentía destrozado y débil por la pérdida de sangre.

-¿Qué es este lugar?

-Mi guarida. El Cazador no me puede rastrear, rodeado como estoy por el mar. Sus sentidos se confunden cerca del agua-. Paul Yohenstria rió severamente-. Ha derrotado a muchos de mi clase, pero no puede encontrarme.

Ella miró cautelosamente alrededor. Tan lejos como podía ver, percibía sólo las olas encrespadas del océano. Los acantilados surgían amenazadoramente por arriba, áridos, resbaladizos, pronunciados e imposibles de escalar. Él los había atrapado con tanta seguridad como si los hubiera encerrado en una cárcel. Y hacía frío, un frío helado. Temblaba al sentirlo. La niebla caía ligeramente, y trató de cubrir el cuerpo de Joshua con el suyo para protegerlo.

Sin embargo la marea empezaba a entrar, y la arena y los guijarros frente a ellos estaban ya mojándose en el agua salada.

-No podemos quedarnos aquí. La marea está entrando. Nos ahogaremos-. Le costó un gran esfuerzo hablar. Acunó la cabeza de Joshua en su regazo. Su hermano parecía inconsciente de lo que ocurría, y estaba agradecida por ello.

-La caverna serpentea hacia arriba dentro de la montaña. Mientras más entremos, más seco estará-. Él inclinó la cabeza hacia un lado y la evaluó con sus ojos sanguinolentos-. Tendrás un día ligeramente incómodo, mi amor. Aún no confío lo suficiente en ti para permitir que te acerques mientras duermo, pero tampoco puedo dejarte ir de un lado a otro sola. No creo que haya una manera de que escapes, pero eres mucho más lista de lo que pensé. No me dejas elección excepto encadenarte dentro de la caverna. Estará mojado, pero estoy seguro de que resistirás.

-¿Por qué está haciendo esto? ¿Qué espera lograr? ¿Por qué no me mata simplemente ahora?- demandó ella.

-No tengo intención de permitirte morir. Lejos de ello. Te volverás como yo, poderosa e insaciable en todos nuestros apetitos. Dominaremos juntos, seremos invencibles. Nadie jamás podrá detenernos.

-¿Pero no tengo que ir a usted por mi propia voluntad?- protestó la joven precipitadamente. No había forma de que ella aceptara esa forma de vida. No habría manera, a menos que usara la fuerza. No había una razón lo suficientemente poderosa para convertirla en lo que él deseaba. Pero incluso mientras pensaba eso, sintió a Joshua moverse en sus brazos.

El vampiro miró hacia abajo.

-Oh, lo harás, mi amor. Con el tiempo suplicarás por mi atención. Te garantizo que lo harás-. Él se inclinó y la atrapó por un brazo, arrastrándola hasta levantarla.

Incluso mientras se tambaleaba en las ráfagas de viento y el rocío de sal, Alexandria se aferró a Joshua con cada gota de fuerza que poseía.

Paul negó con la cabeza.

-Para un humano, eres más fuerte de lo que deberías ser. Tu mente es muy resistente al control o la persuasión. Un problema interesante. Pero no pruebes demasiado mi paciencia, mi amor. Realmente puedo ser cruel cuando me provocan.

Alexandria sintió un sollozo histérico fluyendo por su garganta, estrangulándola. Si así demostraba la paciencia, si ése no era un ejemplo de su crueldad, no quería considerar siquiera lo que era capaz de hacer.

-Alguien echará de menos a esas tres mujeres. Encontrarán sus cuerpos. Encontrarán a Henry.

-¿Quién es Henry?- preguntó él suspicazmente, los celos retorciendo sus rasgos.

-Debería saberlo. Usted lo mató.

-¿El viejo tonto? Se atravesó en mi camino. Además, te sentí en el restaurante desafiándome, y necesitaba obtener tu atención. El viejo y el niño te pertenecían. Sirvieron para mi propósito.

-¿Es por eso que lo mató? ¿Porque sabía que lo quería?-. El horror de Alexandria se hacía más profundo, del mismo modo que sus entrañas ardían por la sangre contaminada. Sentía como si alguien arremetiera con un soplete en sus órganos internos, y su corazón se lamentó por el querido y dulce Henry.

-No puedo permitir que existan vestigios de tu antigua vida que divida tus lealtades. Tú me perteneces. Sólo a mí. No te compartiré.

El corazón de la joven martilleó, e involuntariamente asió a Joshua más cerca. El vampiro iba a matar a su hermano a la larga. No tenía intención de conservar al niño en sus vidas. Tenía que encontrar la manera de que Joshua escapara. Se tambaleó otra vez y habría caído, pero Yohenstria extendió la mano y atrapó su brazo.

-La luz no entrará tan lejos en la caverna para que tu piel arda. Ven, vayamos dentro

antes de que el amanecer llegue.

-¿No puedo estar bajo el sol?

-Te quemarías fácilmente. Pero no te has *transformado* completamente aún-. Cruelmente, sin preocuparse de que ella estuviera tan débil, la arrastró, todavía aferrada a Josh, dentro de la desolación de la caverna.

Alexandria cayó varias veces, las olas que entraban saltando por encima de su ropa. Él continuó caminando, obligándola a avanzar, algunas veces arrastrándola tras de sí. Ella mantuvo a Joshua cerca, tratando de volcar una parte de su calor corporal en la figura temblorosa del chiquillo: el niño estaba terriblemente quieto, un peso muerto en sus brazos. Alex trató de pensar, pero su cerebro estaba demasiado pesado, y necesitaba desesperadamente acostarse.

Unas pocas yardas dentro de la caverna, el vampiro se detuvo y la empujó contra el muro de rocas, donde una cadena gruesa y una manilla estaban fijadas con pernos. Ella advirtió, mientras él apretaba las esposas alrededor de sus muñecas, que el acero estaba manchado de sangre. Evidentemente había llevado a más de una víctima a ese lugar para conservarla en espera de su placer. El metal hería su piel suave, y ella se dejó caer al suelo, sin importarle el agua que se derramaba en su regazo y luego se retiraba en su ciclo interminable. Apoyó su espalda contra la pared del acantilado y alcanzó a acunar a su hermano entre sus brazos, todo el tiempo temblando, con los dientes castañeteando.

El vampiro se rió suavemente.

-Descansaré ahora. Temo que pronto se volverá difícil para ti hacer lo mismo-. Él le volvió la espalda y caminó a grandes pasos, alejándose, su risa burlona haciendo eco tras de él.

En su regazo, Joshua repentinamente se movió, se incorporó, y frotó sus ojos. Con el vampiro habiéndolo liberado del trance, gritó y se sujetó con fuerza a Alexandria, aferrándose a ella.

-Él mató a Henry. Lo vi, Alex. ¡Es un monstruo!

-Lo sé, Josh, lo sé. Siento tanto que hayas visto una cosa tan terrible-. Ella frotó su mejilla sobre sus rizos-. No voy a mentirte. Estamos en problemas. No estoy segura de que nos podamos librar de esto-. Sus palabras estaban mal articuladas, sus párpados se cerraban por propia voluntad-. El agua sube, Josh. Quiero, mientras puedas, que muy cuidadosamente mires alrededor y veas si hay una saliente en la que puedas trepar para estar a salvo.

-No quiero dejarte. Tengo miedo.

-Lo sé, pequeño camarada. Yo también. Pero necesito que seas muy valiente y hagas esto por mí. Mira lo que puedes encontrar.

Una ola entró rápidamente, un chorro de agua que la roció de sal y mar salpicando su barbilla, y luego se retiró en una alfombra de espuma. Joshua gritó por el miedo y estiró sus brazos alrededor del cuello de su hermana.

-No puedo hacer eso, Alex. Realmente no puedo.

-Prueba ir fuera de la caverna y encontrar un lugar donde el agua no pueda acercarse a ti.

Él negó con la cabeza tan inflexiblemente, que sus rizos rubios rebotaron.

-No, Alex, no te dejaré. Tengo que quedarme contigo.

Alexandria no tuvo la energía para discutir. Tenía que concentrarse mucho simplemente para pensar.

-De acuerdo, Josh, no te preocupes-. Se afirmó contra la pared y logró levantarse. Así, el agua llegaba sólo por sobre sus pantorrillas-. Podemos hacer esto juntos. Miremos alrededor.

Era casi imposible ver cualquier cosa en el interior sombrío de la caverna, y el sonido del agua estrellándose en las rocas era como un trueno en sus oídos. Temblaba incontrolablemente, y sus dientes castañeteaban tan fuerte, que temió que pudieran hacerse pedazos. La sal se endureció en su piel y su pelo; la herida en su cuello ardió. Tragó con

dificultad e hizo un intento para no llorar. La única concavidad que podría sostener a Joshua estaba demasiado lejos por encima de su cabeza. Si fuera más alta podría haberlo empujado desde abajo, pero ni los dos juntos posiblemente podrían alcanzarlo.

La fuerza de la siguiente ola casi elevó a Joshua sobre sus pies. Él intentó aferrarse a las caderas de Alexandria y se mantuvo quieto. Ella cerró sus ojos y se apoyó contra la pared.

-Tienes que permanecer de pie tanto tiempo como soportes, Josh, y luego te levantaré tan alto como pueda. Más adelante, te pondremos en mis hombros, ¿de acuerdo? No será tan malo-. Hizo lo mejor que pudo para sonar animada.

Joshua se veía asustado, pero asintió con la cabeza confiadamente.

-¿Ese hombre va a regresar y matarnos, Alexandria?

-Regresará, Josh, porque quiere algo de mí. Si puedo mantenerme fuerte, eso nos podría dar algo de tiempo para deducir cómo salir de este lío.

Él la contempló solemnemente.

-Cuando te mordió, Alex, lo podía oír riéndose en mi mente. Dijo que iba a hacerte matarme personalmente. Que una vez que fueras como él, querrías matarme porque estaría en tu naturaleza. Dijo que tomarías toda la sangre de mi cuerpo-. Él la abrazó más apretadamente-. Sabía que no era cierto.

-Buen niño. Eso es parte de su plan, para que nos tengamos miedo el uno al otro. Pero somos un equipo, Josh, nunca olvides eso. Pase lo que pase, sabes que te amo, ¿verdad? Pase lo que pase-. Ella colocó su cabeza sobre la de él y dejó que las olas rodaran alrededor de sus piernas. Estaba tan cansada y débil que no estaba segura de poder llegar al final del día, y mucho menos enfrentar al vampiro otra vez. Rezó silenciosamente, repetidas veces, hasta que las palabras se arremolinaron en su mente y fue imposible pensar.

La luz entraba a raudales a través de la entrada de la caverna cuando los gritos frenéticos de Joshua la despertaron mientras dormía de pie. El agua daba lengüetadas en el pecho del niño, literalmente levantándolo sobre sus pies. Estaba aferrado a su pierna, tratando de no ser arrastrado por el oleaje que batía.

-Estoy despierta, Josh. Lo siento- murmuró. Estaba exhausta y casi demasiado débil para permanecer de pie. La luz lastimaba sus ojos, y el agua salada irritaba su piel. Aspirando profundamente, levantó a Joshua en sus brazos, en un intento de protegerlo del mar ascendente.

No había forma de que pudiera sujetarlo por mucho tiempo, pero el calor de él junto a ella les brindaba a ambos un cierto consuelo. Algo grande chocó contra su pierna, llevado por una ola. Se estremeció y sujetó a su hermano más apretadamente.

-Está tan frío-. Joshua se estremecía, tan empapado como ella.

-Lo sé, pequeño camarada. Trata de dormir.

-Duele, ¿verdad?

-¿Qué?-. Una ola la aplastó ruidosamente contra la pared, y casi perdió a Joshua.

-Donde te mordió. Gemías mientras dormías.

-Duele un poquito, Josh. Voy a tratar de elevarte hasta mis hombros. Tendrás que subir a gatas tú mismo, ¿de acuerdo?

-Puedo hacer eso, Alex.

Estaba tan débil que las olas la hacían rebotar contra el muro de rocas, pero de alguna forma Joshua logró subir sobre sus hombros. Su peso casi la hizo caer de rodillas, y su pelo, desde hacía tiempo ya desmadejado de su moño, quedó atrapado bajo las piernas del niño, lastimándola. Pero no protestó. Simplemente permaneció de pie por la vida de la persona que amaba. El agua se levantaba a velocidad constante, hasta su cintura ahora, en un asalto despiadado. Sus muñecas ardían por el agua salada, la herida de su cuello en carne viva, y las entrañas débiles. Podía sentir cosas rozándose contra sus piernas, mordiscando su piel. Era demasiado horrendo, pero Alexandria estaba decidida a mantener su voluntad fuerte por su hermano.

-Podemos hacer esto, ¿verdad, Josh?- dijo ella.

Él recostó su peso contra la pared y envolvió un brazo a través de la cadena gruesa que la sujetaba para ayudar a balancearlos ante el constante golpeteo del mar.

-Sí, podemos, Alex. No te preocupes. Voy a hacer algo para salvarnos de esto-. Sonaba muy decidido acerca de eso, muy firme.

-Sabía que lo harías-. Ella cerró sus ojos otra vez y trató de descansar.

Alexandria continuó en un estado de duermevela, arrebatando unos cuantos momentos al sueño aquí y allá. La sal que la salpicaba era despiadada, desollando la piel de su cuerpo. Tenía sed, y las ampollas empezaron a formarse en sus labios inflamados.

Por fin el agua comenzó a retirarse, y el embate interminable disminuyó. Joshua tuvo que descender por sí mismo; Alex ya no podía levantar sus brazos. Como ella había sugerido más temprano, el chiquillo exploró fuera de la caverna para estudiar su prisión. Alexandria usualmente tenía un millón de reglas de seguridad para que siguiera, pero esta vez simplemente lo observó con ojos vidriosos.

Él examinó las paredes del acantilado para encontrar un lugar al que pudiera treparse, pero eran demasiado pronunciadas y resbaladizas. Tenía mucha sed, así que buscó un lugar donde el agua dulce pudiera bajar corriendo por la pared de roca, pero no pudo ver nada. El sol se sentía bien en su piel fría y mojada, y se acostó en la arena para secar sus ropas y calentarse.

Alexandria se tambaleó y se golpeó la cabeza contra el muro de rocas. Se despertó sobresaltada, con la mirada fija salvajemente alrededor de ella. ¡Joshua! ¡No estaba! ¡Se había quedado dormida y las olas se lo habían arrebatado! Forcejeó para ponerse de pie, luchando contra las cadenas en sus muñecas, y llamó a gritos a su hermano.

Su voz era ronca, casi inexistente, y se rehusó a ir más allá de la boca de la caverna. La magra luz del sol que se filtraba quemaba sus ojos, quemaba su piel, pero tiró y tiró de las cadenas, gritando una y otra vez por Joshua.

Cuando Joshua entró corriendo a la caverna y llegó a su lado, la joven estaba acuclillada contra la pared, sollozando.

-¿Qué sucede, Alex? ¿Regresó ese hombre y te lastimó otra vez?

Alexandria levantó la cabeza lentamente. Joshua tocó sus muñecas sangrantes.

-Él regresó, y yo no estaba aquí para protegerte.

Ella permaneció con la mirada fija en él a través de sus lágrimas, incapaz de creer que era realmente su hermano y no alguna invención de su imaginación. Lo asió, abrazándolo apretadamente, y pasó sus manos sobre él para asegurarse de que estaba ileso.

-No, el hombre no regresó. No creo que pueda, con el sol tan alto.

-¿Debería ir a mirar? Puedo moverme furtivamente-. La luz del sol lo hacía sentirse más valiente.

-¡No!- Alexandria apretó una mano alrededor de su brazo-. No te atrevas a ir cerca de ese hombre-. Se limpió los labios abotagados con la manga. Las ampollas explotaron y comenzaron a sangrar-. ¿Hay alguna forma de que salgas? ¿Puedes trepar por el acantilado?

-No, no hay sitios donde apoyar mis pies en ninguna parte. No hay siquiera un buen escondite. Todavía no he visto más adentro de la caverna. Tal vez haya un camino hasta el final.

-No quiero que intentes eso, Josh. No podré ayudarte si él te encuentra allí dentro-. No estaba segura si Paul Yohenstria realmente era un vampiro, pero cualquier cosa que fuera, Joshua con toda seguridad no podría manejarlo. Tuvo una visión del niño de seis años encontrando al vampiro dormido en un ataúd. ¿Realmente pasaban la noche en ataúdes?

-Pero estás realmente herida, Alex, puedo verlo. Y él va a regresar aquí. Por eso te sujetó con cadenas, así puede regresar y lastimarte más-. Él sonaba cercano a las lágrimas.

-Está muy enfermo, Josh-. Ella tocó con el pulgar una lágrima de su cara, luego besó la parte superior de su cabeza-. Podríamos tener que fingir un poco frente a él. Piensa que soy la mujer con la que quiere casarse. ¿No es eso tonto, cuando ni siquiera nos conocemos? Pero creo que tiene algo mal en la cabeza, tú sabes, algo equivocado en su cerebro.

-Creo que es un vampiro, Alex, como en la TV. Dijiste que no existían de verdad, pero creo que estabas equivocada.

-Tal vez. Honestamente ya no lo sé. Pero somos un equipo duro de vencer, Josh-. Realmente estaba tan débil que ya no podía permanecer de pie e incluso no se molestaba en hacer un intento. Si el vampiro regresara en ese mismo momento, tendría una cosecha demasiado fácil-. Creo que somos demasiado listos para él. ¿Qué piensas tú?

-Pienso que va a comernos- dijo Josh honestamente.

-Él dijo algo acerca de un Cazador. ¿Lo oíste decir eso? Hay alguien cazándolo. Podemos mantenernos firmes hasta que el Cazador lo encuentre-. Estaba tan exhausta que sus ojos se cerraban otra vez.

-Estoy asustado, Alex. ¿Crees que el Cazador vendrá antes de que el vampiro se despierte y nos mate?-. El labio inferior de Joshua se estremecía junto con su voz.

Ella hizo un esfuerzo supremo para despertarse.

-Él vendrá, Josh. Espera y verás. Llegará por la noche, cuando el vampiro menos lo espere. Tendrá el cabello rubio como tú. Será grande, fuerte y poderoso, como un felino de la selva-. Casi podía ver en su mente el héroe que trataba de crear para su hermano.

-¿Es más poderoso que el vampiro?- preguntó Joshua esperanzadamente.

-Mucho más- dijo ella con firmeza, tejiendo un cuento de hadas para el niño, queriendo creerlo ella misma-. Es un guerrero mágico con brillantes ojos de oro. El vampiro no podrá soportar mirarlo porque se verá reflejado en esos ojos ardientes y se asustará de su propia apariencia desagradable.

Hubo un silencio pequeño, y luego Joshua tocó su cara con las puntas de los dedos.

-¿De verdad, Alex? ¿Vendrá el Cazador de verdad y nos salvará?

No vio ningún mal en darle esperanza.

-Simplemente tenemos que ser valientes y fuertes. Él vendrá por nosotros, Joshua. Lo hará. Nos mantendremos juntos y seremos más listos que ese viejo vampiro-. Sus palabras estaban mal articuladas, y con su bajo suministro de sangre, la temperatura de su cuerpo caía, sus fuerzas cediendo rápidamente. Alexandria no sabía cómo podría sobrevivir hasta el anochecer siquiera. Sus pestañas flotaron suavemente hacia abajo otra vez, tan pesadas que no hubo forma de levantarlas.

Joshua no quiso decírselo a su hermana, pero se veía terrible. Horrible, incluso. Su boca estaba hinchada y negra. La sal blanca cubría su piel, dándole una apariencia monstruosa. El pelo le colgaba en hebras blanco-grisáceas alrededor de la cara, e incluso él no podía decir su color natural. Sus ropas estaban rotas y llenas de surcos blancos, y sartas de algas marinas pendían de su falda y sus harapientas y rotas medias de naylon. Sus piernas tenían centenares de gotas de sangre donde algo había mordido su piel. Incluso su voz sonaba chistosa, y el cuello se le veía inflamado y en carne viva, pero Alexandria no parecía advertirlo. Josh estaba asustadísimo. Se sentó a su lado, tomó su mano y esperó mientras el sol lentamente caía del cielo.

Alexandria fue consciente del momento en que el sol se ocultó. Sintió un temblor inquieto en la Tierra y supo inmediatamente que el vampiro se había levantado. Puso un brazo alrededor de los hombros de Joshua y lo atrajo más cerca de ella.

-Ya viene- murmuró la muchacha suavemente en su oreja-. Quiero que vayas fuera de la caverna, te quedes muy quieto y permanezcas fuera de vista. Él tratará de usarte contra mí, tratará de lastimarte de algún modo. Tal vez te olvidará si permaneces donde no pueda verte.

-Pero, Alex...- protestó él.

-Necesito que hagas esto por mí, cariño. Quédate muy quieto, no importa lo que suceda-. Lo besó rápidamente-. Ahora vete. Te amo, Josh.

-Te amo, Alex-. Él corrió fuera de la caverna y se presionó contra la pared del acantilado.

Alexandria lo observó ir con ojos preocupados. La marea comenzaba a entrar de

nuevo, y él tenía sólo seis años de edad. Entonces, aunque no oyó ningún sonido, repentinamente supo que el vampiro la observaba. Volteó su cabeza y encontró su mirada fija.

-Luces un poco peor con ese atuendo- la saludó él sociablemente.

Ella permaneció quieta, simplemente mirándolo. La sonrisa grotesca del hombre se desperezó a través de su cara. Él cruzó la distancia que los separaba y, levantando sus muñecas, las examinó. Atrajo una hacia su boca y, con la mirada fija en sus ojos, lamió la sangre de las dolorosas heridas.

Alexandria se sobresaltó visiblemente, tratando de quitar su mano de un tirón. Él tensó su asimiento hasta que amenazó aplastar el hueso.

-Quieres que te suelte, ¿verdad?

Se obligó a sí misma a permanecer quieta y resistir su horrendo contacto. Cuando las esposas cayeron al suelo, luchó para ponerse de pie.

-¿Deseas abandonar este lugar?- preguntó él suavemente.

-Sabe que sí.

Él atrapó su cuello con una mano en forma de garra y la movió de un tirón hacia su cuerpo.

-Tengo hambre, mi amor, y te toca el turno de escoger si el niño vive otra noche o muere.

Ella no tuvo fuerzas para oponerse a él, e incluso ni lo intentó. No pudo evitar el grito de dolor que escapó de sus labios mientras esos colmillos se hundían profundamente en su cuello. Él emitió gruñidos a medida que se alimentaba, su puño en el pelo enmarañado de la joven para sujetarla incluso mientras bebía codiciosamente. Alex sabía que su vida se desvanecía, agotándose a través de su garganta. Sufría por la pérdida de sangre y la hipotermia, pero nada parecía tener importancia.

Yohenstria la sintió derrumbarse contra él y tuvo que recogerla en sus brazos para impedir que cayera. El corazón de la joven latía erráticamente, su respiración poco honda. Había tomado demasiado otra vez. Sus dientes desgarraron su propia muñeca, y la sujetó duramente sobre la boca de la muchacha, forzando el líquido oscuro en su garganta. Aun con su vida en peligro, Alexandria se opuso a él. El vampiro no podía cautivar su mente y forzarla bajo su completo control. Aunque podía obligarla a tragar una parte de su sangre contaminada, sabía que era únicamente porque ella estaba cerca del colapso completo. A pesar de todo, cada vez que él la obligaba a alimentarse, la llevaba un poco más a su mundo tenebroso. Ella no moriría; no lo permitiría. Tenía que obligarla a aceptar más sangre para mantenerla viva.

Pero mientras pensaba en ello, sintió la perturbación, la amenaza en el aire. Un siseo lento escapó de sus labios, y giró su cabeza lentamente.

-Nos han encontrado, mi amor. Ven, verás cómo es el Cazador. No hay nada como él en este mundo. Es implacable-. Paul Yohenstria medio cargó, medio arrastró a Alexandria desde la caverna hacia el aire de la noche.

A su alrededor las olas colisionaban contra orilla, escupiendo hacia arriba su rocío blanco, y la espuma del mar bañaba las paredes del acantilado. El vampiro apartó de un empujón a Alexandria haciéndola caer al suelo y se colocó en la mitad de la playa abierta, sus ojos escudriñando el cielo.

Alexandria gateó a través de la arena para alcanzar a Joshua. El niño estaba acuclillado a la sombra de una roca, meciéndose de aquí para allá, tratando de consolarse. La muchacha se arrastró hasta su lado y se colocó entre él y el vampiro. Algo terrible estaba a punto de suceder. Podía sentir el aire espesándose alrededor de ellos. El viento formaba remolinos, y la niebla cubría la cala.

Hubo una ráfaga de movimiento en alguna parte de la niebla densa, y el vampiro gritó, un sonido alto y lleno de miedo y furia. El corazón de Alexandria casi se detuvo. Si el vampiro estaba tan asustado, lo que fuera que estuviera allí era algo de lo que ella se

aterrorizaría también. Atrajo a Joshua contra su cuerpo, cubriéndole los ojos con las manos. Se mantuvieron juntos, temblando.

Fuera de la niebla, un enorme pájaro dorado pareció materializarse. Entró en la playa tan rápido que pareció un borrón, las garras extendidas, los ojos dorados brillando intensamente. La espesa niebla se arremolinó y se separó para revelar una figura mitad humana, mitad pájaro. Alexandria reprimió un grito propio.

Luego la criatura se convirtió en un hombre, enorme, alto y pesadamente musculoso, con brazos protuberantes y un pecho macizo. Su pelo era largo y rubio, fundiéndose en el viento. Su cuerpo se movía con fluidez ágil, como un felino de la selva acechando a su presa. Su rostro estaba en sombras, pero Alex podía ver sus ojos como oro derretido inmovilizando al vampiro con su intensidad.

-Entonces, Paul, nos encontramos al fin de cuentas-. La voz era bella, una onda de notas tan puras, que el tono pareció rezumarse hasta la misma alma de Alex. Él permanecía de pie, alto y relajado, la reencarnación perfecta de un guerrero vikingo-. He tenido mucho trabajo limpiando las porquerías que has hecho en mi ciudad. Tu desafío era realmente muy claro. No podía hacer otra cosa que complacerte.

El vampiro retrocedió, poniendo más espacio entre ellos.

-Nunca te desafié. Mantuve mi distancia-. Su voz era tan mansa que Alexandria se quedó helada. Ese Cazador era una fuerza tan enorme a ser confrontada que provocaba terror en el corazón del vampiro.

El Cazador inclinó su cabeza hacia un lado.

-Mataste cuando estaba prohibido. Conoces la Ley.

El vampiro se adelantó entonces, un borrón de colmillos y garras malvadas, mientras se lanzaba al ataque del intruso. El Cazador simplemente se hizo a un lado y casi casualmente levantó una garra que atravesó la garganta del vampiro, abriéndola de un corte. La sangre hizo erupción como un volcán rojo.

Alexandria se horrorizó al ver la cabeza dorada del Cazador desfigurándose, su rostro alargándose como en un hocico, los colmillos estallando en la boca de un lobo. El Cazador rompió el fémur del vampiro como una ramita, el sonido remontándose a través de la playa y resonando a través del cuerpo de la muchacha. Ella se sobresaltó y abrazó a Joshua más apretadamente, manteniendo sujeta su cabeza para impedir que viera una escena tan aterradora y horripilante.

El vampiro enjugó un reguero de sangre de su pecho y se quedó con la mirada llena de odio en el Cazador dorado.

-Piensas que no eres como yo, Aidan, pero lo eres: eres un asesino y gozas de la batalla, porque es el único momento en que te sientes vivo. Nadie puede ser como tú y no sentir la alegría y el poder de tomar una vida. Dime, Aidan, ¿no es cierto que no puedes ver los colores de este mundo? ¿Que no hay emoción en ti a menos que estés luchando? Eres el último asesino. Tú, Gregori, y tu hermano Julian. Eres la sombra más oscura en nuestro mundo. Ustedes son los asesinos reales.

-Has roto nuestras leyes, Paul. Escogiste intercambiar tu alma por la ilusión del poder en lugar de buscar el amanecer. Y convertiste a una mujer humana, creaste una vampiresa desquiciada para que se alimentara de la sangre de niños inocentes. Tú conocías la pena.

La voz era la pureza misma, un frío y limpio raudal de belleza. El tono pareció fluir en la mente de Alexandria, haciéndola desear hacer lo que él pidiera.

-Sabes que no hay forma de derrotarme- continuó la voz, y Alexandria le creyó. Era tan suave y amable, tan segura. No había forma de que alguien pudiera oponerse al Cazador. Era verdaderamente invencible.

-No pasará mucho antes de que alguien deba cazarte a ti- bufó Paul Yohenstria, luchando por mantenerse de pie. Su figura pareció brillar tenuemente, disolverse, pero incluso mientras se transformaba, el Cazador atacó otra vez.

El sonido fue repugnante. La niebla camufló el asalto, y el Cazador fue un borrón tal de movimiento, que Alexandria no pudo seguirlo. Pero fuera de la niebla rodó una visión obscena de la cabeza del vampiro, el pelo convertido en un enredo de sangre, los ojos abiertos y la mirada fija. La cabeza rodó hacia ella, derramando una huella roja tras de sí.

Alexandria se esforzó por levantarse sobre sus pies, asiendo firmemente a Joshua contra ella, sus manos sobre los ojos del niño mientras la pelota grotesca se detenía apenas a unas pulgadas de distancia. La niebla se arremolinó y espesó, y, para su horror, el Cazador volteó su cabeza, y el oro derretido de sus ojos se posó en su cara.

Capítulo Tres

Aidan Savage exhaló un suspiro interior mientras su mirada se detenía en la jadeante vampiresa que sujetaba firmemente al niño pequeño contra su pecho. El demonio en él, fuerte ahora, estaba luchando por la libertad, la neblina roja en su mente pidiendo a gritos tomar el control. Y el vampiro había estado en lo correcto: suprimir al asesino interior se hacía cada vez más difícil. Podía sentir el poder y el gozo durante el combate, y pelear se tornaba cada vez más adictivo porque era el único momento en que sentía *algo*. Había sobrevivido siglos en una existencia fría, árida, negra y gris, sin deleitarse realmente en los colores o las emociones excepto el gozo por la lucha.

Se permitió barrer la playa con la mirada, y luego volvió su atención hacia la bruja que amenazaba al niño. Repentinamente, se calmó. Después de más de seiscientos años de no ver los colores, en ese momento distinguía la huella de la sangre contaminada que brotaba de la cabeza de Paul no como una veta negra, sino como un listón de color escarlata brillante, conduciendo su mirada directamente hacia la vampiresa.

Imposible. El color y la emoción regresarían a él sólo si encontraba una *compañera*. Y no había nadie allí excepto la lastimosa humana que Paul había tratado de *transformar.*

La contempló con el corazón pesado. Casi sintió lástima por la desafortunada mujer. De nuevo se sintió extrañado por esa ráfaga inesperada de simpatía, de emoción, después de tantos siglos de no sentir nada, pero continuó su inspección de la hembra. Era imposible decir su edad. Era pequeña, casi infantil, pero el traje que llevaba puesto, incluso desgarrado, mojado y sucio como estaba, se pegaba a sus curvas llenas. Sus piernas eran una masa de verdugones ensangrentados, su boca hinchada y negra por las ampollas abiertas. Su pelo, enmarañado con algas marinas, pendía en una aglomeración exuberante sobre la espalda, largo hasta la cintura. Sus ojos azules contenían terror, pero también desafío.

Ella iba a matar al niño. La extraña mujer no podía convertirse en una de la Raza de los Cárpatos. Contrario al mito popular, la mayoría de las mujeres humanas no podían ser *transformadas* por un vampiro sin consecuencias horrendas. Inmediatamente se volvían locas y comenzaban a alimentarse de niños inocentes, y esa mujer había sufrido horrendamente. Las desgarradas heridas en su cuello daban evidencia del uso arduo que el vampiro le había dado, y los cortes en sus muñecas eran cruelmente profundos.

Aidan trató mentalmente de alcanzar la mente de la mujer, deseando hacer su muerte tan indolora como fuera posible. Impactado por su resistencia, dio un paso amenazante hacia ella. La mujer era increíblemente fuerte. Su mente tenía alguna clase de barrera natural que resistía la voluntad del Cazador. En lugar de colocar al niño en la arena delante de ella como él había ordenado, la mujer empujó al niño hacia un lado, recogió un pedazo grande de madera flotante, y se lanzó contra Aidan.

Él dio un salto hacia adelante, robando el madero de su mano. El impacto quebró un hueso, y aunque él pudo oírlo y ver el dolor en sus ojos, ella no gritó: evidentemente estaba más allá de los gritos. Él la atrapó, intentando acabar con su vida antes de que ella sufriera más de lo necesario, pero la mujer luchó a pesar de todo, resistiéndose a su asalto mental. Él inclinó la cabeza hacia la garganta de la hembra.

Ella era tan pequeña y estaba tan fría, temblando incontrolablemente, que cada instinto protector brincó dentro de su ser, con sentimientos que nunca antes había experimentado. Quiso acunarla contra sí, abrigarla en el calor de sus brazos. Sus dientes perforaron su garganta suave, e instantáneamente todo cambió para él, para toda la eternidad. Su mundo entero. Los colores bulleron y bailaron, casi abrumándolo con su belleza y vivacidad. Su cuerpo reaccionó con una urgencia alocada que no había sabido que fuera capaz de sentir, ni aun en días pasados, cuando todavía tenía emociones.

La sangre de la mujer era caliente y picante, un dulce, adictivo banquete que nutría el cuerpo agotado del Cazador. La cacería y la pelea le habían robado mucha fuerza y no se había alimentado esa noche. El cuerpo de la joven compartió su fluido vivificador con el de él. Aidan fue consciente en algún profundo nivel interior cuando los esfuerzos de ella cesaron y descansó pasivamente contra él. El hombre la elevó fácilmente en sus brazos, acunándola contra su pecho mientras se alimentaba. Luego algo lo golpeó con dureza en las piernas. Sobresaltado, cerró la herida con una caricia de su lengua y se volvió para quedarse mirando al niño. Era una medida de su atolondramiento que casi hubiera olvidado al chiquillo, y que incluso no lo hubiera oído acercarse.

Joshua estaba furioso. Golpeó al Cazador en las piernas una segunda vez, meciendo el pedazo de madera flotante tan duro como podía.

-¡Deja de lastimar a mi hermana! ¡Se suponía que vendrías y nos salvarías! Ella dijo que vendrías si soportábamos lo suficiente. ¡Se suponía que nos ayudarías, pero eres lo mismo que él!

Las lágrimas se derramaban por la cara del niño. Aidan podía ver claramente que el jovencito tenía cabello rubio y ojos azules. Los colores casi lo cegaron. Miró hacia abajo, hacia la cara devastada de la mujer en sus brazos. El corazón de la mujer se esforzaba, lento, en latir, sus pulmones luchando por aire. Estaba muriendo.

-Estoy aquí para ayudarte- murmuró él suave, casi distraídamente, hacia el niño. Se hundió dentro de sí mismo, encontró un remanso calmado y tranquilo para detenerse, y se lanzó a buscar fuera de su cuerpo y dentro del de la mujer. No podía creer que la había encontrado después de todos esos largos siglos. Pero tenía que ser. Sólo encontrar a su *compañera* podía causar esos cambios asombrosos en él.

Ella estaba desvaneciéndose, sin pelear más. Su voluntad rodeó la de la mujer. *No me dejarás. Toma mi sangre, libremente ofrecida a ti. Debes beber para vivir.*

La mente de la muchacha se alejó de la suya. Su espíritu era todavía lo suficientemente fuerte para evadir su apremio. Aidan cambió de táctica. *Tu hermano te necesita. Lucha por él. Él no puede estar sin ti. Morirá.*

Con una uña, el Cazador cortó los músculos pesados de su propio pecho y la presionó contra ellos. La mujer se resistió al principio, pero él fue implacable, rodeándola, apremiando su voluntad, golpeando la barrera hasta que, en su débil condición, la mujer cedió a su exigencia y se alimentó.

-¿Qué estás haciendo?- demandó Joshua.

-Ella ha perdido mucha sangre. Debo compensársela-. Aidan pensaba borrar los recuerdos del niño de esa pesadilla. Una explicación satisfactoria no lo dañaría a esas alturas. El niño era muy valiente y merecía oír algo que aliviase su terrible miedo.

Había necesitado hacer un rastreo meticuloso del vampiro para encontrarlo. Éste siempre había dejado un desorden cruento tras de sí, pero había permanecido un paso delante de su Cazador. La noche anterior, Aidan había llegado demasiado tarde. Había ido al restaurante en los acantilados, rastreando las perturbaciones en el aire, pero Paul Yohenstria

ya había matado a un viejo, arrancándole el corazón y dejando atrás un cadáver aún caliente para que la policía lo descubriera. Aidan se había deshecho del cuerpo y se había asegurado de que las tres víctimas hembras del vampiro nunca pudieran ser encontradas. Pero había perdido la huella del *no muerto* poco antes del amanecer. A pesar de todo, había estado seguro de que se acercaba a su guarida, y finalmente lo había encontrado y lo había destruido.

Ahora no tenía más alternativa que quemar al vampiro y llevar a esos dos perdidos de regreso a su propia casa. Pues esa mujer lastimosa y desfigurada era claramente la *compañera* que él había estado buscando esos ochocientos años. Sus respuestas asombrosas hacia ella lo probaban. No tenía idea de cómo era, o siquiera cómo se veía, pero ella había revivido su cuerpo y su corazón a la vida. Ésta era la única.

-¿Cómo te llamas?- preguntó Aidan al niño. Parecía más amable que simplemente leer su mente. No era que hubiera prestado gran atención a esas cortesías antes.

-Joshua Houton. ¿Alexandria va a estar bien? Se ve tan blanca y horrible. Creo que el hombre malo realmente la lastimó.

-Soy un sanador entre mi gente, Joshua Houton. Sé cómo ayudar a tu hermana. No te preocupes; me aseguraré de que este malvado nunca pueda lastimar a otro ser viviente. Luego iremos a mi casa. Estarás a salvo allí.

-Alex va a estar molesta. Su traje está arruinado, y necesita ese traje para conseguirnos un gran trabajo y montones de dinero-. Joshua sonó desamparado, como si estuviera a punto de ponerse a llorar de un momento a otro. Contemplaba al Cazador buscando consuelo.

-Le conseguiremos otro traje- aseguró Aidan al niño. Amablemente, detuvo a la mujer de seguir alimentándose. Necesitaba fuerzas para transportarlos a todos de regreso a su casa, y también implicaba el uso de una energía tremenda sanar a otro. Tenía que encontrar tiempo para ir en busca de sustento esa noche.

Aidan colocó a Alexandria en la arena y atrajo a Joshua amablemente a su lado.

-Ella está muy enferma, Joshua. Quiero que te sientes a su lado para que pueda sentir tu presencia y saber que no estás lastimado. Necesitará que la cuidemos por algún tiempo. Eres un gran muchacho. Puedes hacer eso, aun cuando ella diga cosas que den miedo, ¿verdad?

-¿Por qué diría ella algo que dé miedo?- preguntó Joshua suspicazmente.

-Cuando las personas están muy enfermas, la fiebre las puede hacer delirar. Eso significa que no saben lo que dicen. Pueden tener miedo a las personas o las cosas por ninguna razón real. Tenemos que quedarnos cerca de ella y asegurarnos de que no se haga daño.

Joshua asintió con la cabeza solemnemente y se sentó en la arena mojada junto a Alexandria. Los ojos de la joven estaban cerrados, y no respondió aun cuando el niño se inclinó y la besó en la frente como ella algunas veces lo hacía. La arena y la sal se habían endurecido en su piel. Joshua acarició hacia atrás las hebras mojadas de pelo con gentileza, cantando suavemente como a menudo lo hacía ella cuando estaba enfermo. Parecía muy, muy fría.

Observarlos juntos hizo un nudo en la garganta de Aidan. Se veían de la forma que una familia se suponía que debía verse. La forma en que Marie, su ama de llaves, había mirado a sus hijos mientras crecían, la forma en que ella lo miraba y él nunca había podido corresponder. Suspirando, se ocupó del asunto sombrío de deshacerse de los restos del vampiro. Los vampiros eran siempre peligrosos, incluso después de que estuvieran muertos. Él había extraído el corazón, pero aun ahora estaba pulsando, difundiendo a los *no muertos* su posición, para que el vampiro pudiera reunir a su casta. Aidan se concentró en el cielo, construyó una tormenta en su mente, y creó un látigo de relámpagos que crepitó y bailó mientras golpeaba la tierra. Las llamas se precipitaron a lo largo del camino carmesí, dejando atrás cenizas negras. El cuerpo del vampiro se arrugó; las llamas azules y anaranjadas bulleron juntas, y un chillido bajo pareció alzarse sobre el viento.

El olor era podrido y rancio. Joshua se apretó la nariz y observó con una mirada asombrada mientras el vampiro simplemente desaparecía en el humo negro y nocivo. Quedó impactado cuando el Cazador sostuvo sus manos sobre las llamas anaranjadas y no lo quemaron. Aidan cansadamente se limpió las palmas a lo largo de los pantalones antes de girar hacia el niñito que había tratado tan duro de defender a su hermana en la playa. Una sonrisa débil suavizó la línea dura de su boca.

-Tú no me tienes miedo, ¿verdad, Joshua?

Joshua se encogió de hombros y apartó la mirada.

-No-. Hubo un silencio pequeño, casi desafiante-. Bueno, puede que un poco.

Aidan se agachó al lado del niño y miró directamente los ojos azules. Su voz se dejó caer una octava, convirtiéndose en un tono puro, las notas de plata entrando en la mente de Joshua y tomando posesión de ella.

-Soy un viejo amigo de la familia que has conocido toda tu vida. Nos preocupamos mucho el uno por el otro y hemos compartido toda clase de aventuras-. Él se derramó fuera de su propio cuerpo y entró en el del niño, estudiando los recuerdos que Joshua tenía de su joven vida. Fue fácil implantar unos cuantos recuerdos de sí mismo.

Aidan mantuvo el contacto visual con el niño.

-Tu amigo Henry tuvo un ataque al corazón y murió. Estabas muy triste. Me llamaste para que viniera y los buscara porque tu hermana estaba muy enferma. Alexandria y tú han estado planeando mudarse conmigo. Los dos ya han metido algunas de sus cosas en mi casa, y has conocido a mi ama de llaves, Marie. Te gusta mucho ella. Stefan, su marido, es un buen amigo para ti. Hemos estado organizando la mudanza por semanas. ¿Recuerdas?-. Él implantó memorias e imágenes de su ama de llaves y su vigilante para que los dos fueran familiares y gratos para el niño.

El niñito asintió con la cabeza solemnemente.

Aidan desgreñó el pelo de Joshua.

-Tuviste una pesadilla, algo acerca de vampiros, pero realmente no la recuerdas. Es todo muy nebuloso. Me hablaste acerca de eso, y si alguna vez regresa para perturbarte, vendrás a mí y lo discutiremos. Siempre te sientes libre de hablar conmigo acerca de cosas que algunas veces no tienen sentido. Quieres que yo esté con tu hermana siempre. Hablamos de eso y conspiramos para que ella quiera quedarse conmigo como mi esposa, como una familia. Tú y yo somos los mejores amigos. Siempre cuidamos de Alexandria. Sabes que ella me pertenece, que nadie puede cuidarla y protegerlos a los dos como yo lo hago. Eso es muy importante para ti, para nosotros dos.

Joshua sonrió y asintió. Aidan sujetó la mente del niño algunos minutos más, dejándolo reconocer su tacto y sentirse confortado por él. El pequeño había sufrido un trauma terrible. Aidan se aseguraría de que el método por el cual los llevara a casa pasara instantáneamente al olvido, y el niño recordara un coche negro y grande, en un paseo que le había gustado.

El viaje de regreso fue hecho en los talones de una tormenta. Las nubes negras remolinantes protegieron al enorme pájaro dorado y sus cargas de cualquier ojo indiscreto mientras pasaban rápidamente a través del cielo. Aidan entró en la casa de tres pisos a través del balcón del piso superior, para que ninguno de los vecinos lo viera llevar al niño y su hermana adentro.

-¡Aidan!-. Marie, su ama de llaves, se apresuró a ir a ayudarle mientras él bajaba la escalera de caracol-. ¿Quiénes son estos jóvenes?-. Observó la cara inflamada de Alexandria, las ampollas y escoceduras-. Oh, Dios mío. Has peleado con el vampiro, ¿verdad? ¿Están todos bien? ¿Te lastimó? Déjame llamar a Stefan.

-Estoy bien, Marie. No te preocupes por mí-. Incluso mientras lo decía, sabía que no apartaría a Marie de su propósito. Ella y su marido habían estado ocupándose de sus necesidades, de su familia, por casi cuarenta años. Antes de ella, su madre y padre lo habían servido. Durante toda su vida, los miembros de esa familia lo habían asistido

voluntariamente, sin la ayuda del control mental. Él les había dado suficiente dinero para que ninguno de ellos alguna vez tuviese que trabajar, pero eran leales a él y a su ausente hermano gemelo, Julian. Sabían que eran los únicos humanos a los que él había confiado la existencia de su especie, pero eso no tenía importancia para ellos.

-¿El vampiro la ha dañado?

-Sí. Necesito que cuides del niño. Su nombre es Joshua. He implantado recuerdos de nuestra amistad, así que no temerá estar aquí. Stefan debe ir a la pensión donde vivían, recoger sus pertenencias y traerlas aquí. Su coche permanece en el estacionamiento de un restaurante-. Él le dijo dónde-. También debe ser recogido. El niño tiene las llaves del coche en su bolsillo. Curar a su hermana llevará bastante tiempo. El niño no debe interferir de ninguna manera. Tendré que salir y alimentarme. La mujer necesita muchos cuidados, y debo mantener mi fuerza.

-¿Estás seguro de que no está contaminada?- preguntó Marie con gran agitación. Trató de alcanzar la mano de Joshua.

El niñito le sonrió con reconocimiento y voluntariamente tomó su mano. Incluso dio un paso para acercarse y tiró fuertemente de su delantal, conspirador.

-Él va a hacer que Alexandria se ponga bien. Está muy enferma.

Marie empujó a un lado de su ansiedad e inclinó la cabeza hacia Joshua.

-Por supuesto. Aidan es un hacedor de milagros. Pondrá bien a tu hermana en un santiamén.

Después de aplacar al niño en la mesa de la cocina con galletas y leche, siguió a Aidan a través del cuarto, arqueando una ceja hacia el Cazador, silenciosamente requiriendo una respuesta a su pregunta.

-Él no la convirtió, pero temo que inadvertidamente puedo haberlo hecho yo. Ella protegía al niño, pero no lo comprendí; pensaba que iba a matarlo-. Él dio dos pasos alejándose del ama de llaves, luego dio vuelta para confrontarla-. ¿Marie? Veo colores. Tú llevas puesto un vestido azul y verde. Te ves bella. Y siento otra vez-. Él sonrió a la mujer-. Sé que nunca te lo he dicho en todos nuestros años juntos, pero siento un gran afecto por ti. Estaba tan perdido, que era incapaz de sentirlo antes.

La boca de Marie formó a una O perfecta, y las lágrimas brillaron tenuemente en sus ojos.

-A Dios gracias, Aidan. Por fin ha ocurrido. Esperamos y rezamos, y al fin nuestras oraciones han sido escuchadas. Éstas son noticias tremendas. Vete ahora. Cuida de tu mujer, y nosotros nos ocuparemos de todo lo necesario aquí. Estoy segura de que este jovencito tiene mucha hambre y sed.

Había tal alegría en su cara que Aidan la sintió reflejada en su corazón. Era asombroso sentirlo. Era asombroso *poder sentir*. Sin su *compañera*, un varón de la Estirpe de los Cárpatos perdía todos los sentidos, todas las necesidades, todas las emociones después de doscientos años. Vivía en un abismo vacío, y desde ese momento, estaba en peligro de *transformarse* en vampiro. Durante el tiempo que él había sobrevivido, como en los siglos pasados, un hombre de la Raza de los Cárpatos se distanciaba más y más de su comunidad y se mantenía solo. Sólo dos cosas podían salvarlo de su destino vacío y desesperado. Podría preferir buscar el amanecer y poner fin a su vida, o podía ocurrir un milagro y encontrar a su *compañera*.

Unos pocos varones de la Raza de los Cárpatos eran lo suficientemente afortunados para haber encontrado a su *compañera*. El varón de la Raza de los Cárpatos era por naturaleza un depredador oscuro y peligroso, y necesitaba el balance de su otra mitad. Necesitaba encontrar a la mujer cuya alma complementara perfectamente la suya. Dos mitades de un mismo todo, su luz para su oscuridad. Había sólo una compañera verdadera para cada varón. La química tenía que ser perfecta. Y Aidan finalmente había encontrado la suya.

En esos momentos, él se movía a través de la casa con sus zancadas silenciosas y fluidas. El peso de Alexandria no era nada para él. Su guarida estaba localizada muy por

debajo el primer piso, una larga cámara subterránea completamente provista de todos los lujos. La colocó cuidadosamente sobre la cama y la despojó de los restos de su traje. El aliento se le quedó atrapado en la garganta. Su cuerpo era tan joven, sus pechos llenos y firmes, su piel hermosa. Tenía una caja torácica estrecha y una cintura ridículamente pequeña. Sus caderas eran delgadas, casi como las de un niño. A pesar de que su cara y sus extremidades estaban cubiertas de escoceduras por la larga exposición al golpeteo del agua salada, Alexandria Houton, después de todo, podía ser una mujer bonita.

Él puso mucho cuidado para lavar la sal de su piel y su pelo, desechando luego la colcha húmeda bajo ella. La muchacha yacía sobre las sábanas, su pelo largo envuelto en una toalla, su respiración trabajosa pero estable. Estaba gravemente deshidratada, y necesitaba más sangre. Mientras permanecía en ese estado comatoso, Aidan la abasteció de más. Además de su condición frágil, estaba seguro de que su cuerpo todavía debía experimentar los rigores de la *transformación*, y era muy necesario diluir la sangre del vampiro. Era más fácil ganar acceso a su mente y hacer las reparaciones a su cuerpo dañado mientras ella estaba inconsciente. La mujer se movió con inquietud, gimiendo suavemente. Aidan comenzó el cántico suave, cicatrizante, de los pasados siglos en la lengua antigua de su gente, mientras aplastaba hierbas alrededor del cuarto.

Las pestañas largas de Alexandria revolotearon, levantándose. Por un momento, pensó que estaba en medio de una pesadilla. Sentía dolor en todas partes, su cuerpo magullado y golpeado. Miró alrededor del cuarto poco familiar.

Era bello. Quienquiera que poseyera ese lugar, tenía buen ojo para que la elegancia y el dinero permitieran sus gustos. Sus dedos se retorcieron sobre la sábana. Encontró que estaba demasiado débil para moverse.

-¿Joshua?- pronunció su nombre suavemente, su corazón comenzando a golpear con alarma cuando se percató de que estaba despierta y no soñando.

-Él está a salvo-. Esa voz otra vez. La reconocería en cualquier parte. Era tan bella, sobrenatural, como la voz de un ángel hablándole. Pero sabía la verdad: ese hombre era un vampiro con poderes sobrenaturales. Era capaz de cambiar de forma, de asesinar sin titubear. Se alimentaba de la sangre de humanos. Podía leer las mentes y forzar a otros a ejecutar sus órdenes.

-¿Dónde está él?-. Ella no se molestó en moverse. ¿Qué sentido tendría? Claramente él llevaba ventaja. Sólo podría esperar y ver lo que quería.

-En este preciso momento come una nutritiva cena preparada por mi ama de llaves. Está a salvo, Alexandria. Nadie en esta casa jamás dañará a ese niño. Al contrario, cada uno de nosotros daría la vida por protegerlo-. Su voz era tan suave y tierna, que ella podía sentir sus notas apaciguando su mente.

Cerró sus ojos, demasiado cansada para mantenerlos abiertos.

-¿Quién eres tú?

-Aidan Savage. Ésta es mi casa. Soy un sanador así como también un Cazador.

-¿Qué planeas hacer conmigo?

-Necesito saber cuánta sangre te obligó a aceptar el vampiro. Imagino que Yohenstria fue realmente mezquino, queriendo mantenerte en una condición débil. Estás muy deshidratada, tus ojos negros y hundidos, tus labios agrietados, tus células demandando nutrición. A pesar de eso, sin importar cuánta sangre te dio, está contaminada, y tu cuerpo está a punto de experimentar la *transformación*-. Muy gentilmente él aplicó un bálsamo calmante sobre sus labios torturados.

Sus palabras penetraron en el cerebro nebuloso de la joven. Parpadeando, Alexandria clavó la mirada en él, horrorizada.

-¿Qué quieres decir con la *transformación*? ¿Voy a ser como tú? ¿Como él? ¿Debo convertirme en algo como tú? Mátame, entonces. No quiero ser como tú-. Su garganta estaba tan lastimada que no podía hablar más que en un susurro ronco.

Él negó con la cabeza.

-No entiendes, y hay poco tiempo para enseñarte. Tu mente es muy fuerte, completamente diferente de la mayor parte de la humanidad. Eres resistente al control mental. Quiero ayudarte a atravesar esto. Pasarás a través de la *transformación* con o sin mi auxilio, pero será mejor para ti si me permites ayudarte.

Ella cerró los ojos contra sus palabras.

-Me duele el brazo.

-Lo sé. Sé que la mayor parte del cuerpo te duele- contestó él, su voz de alguna manera penetrando su piel y alcanzando su brazo dolorido hasta tocar el hueso. Un zumbido caliente se inició y empezó a propagarse, aliviando la palpitación-. Tu brazo está quebrado, pero he empezado a sanarlo. El hueso está en línea, y la cura ha comenzado sin problemas.

-Quiero a Joshua.

-Joshua es simplemente un niño, y piensa que estás enferma por un virus. No es necesario asustarlo y traumatizarlo más aún, ¿no estás de acuerdo?

-¿Cómo sé que me dices la verdad?- preguntó Alexandria cansadamente-. ¿No mienten y engañan todos los vampiros?

-Soy de la Raza de los Cárpatos, aún no soy un vampiro. Debo saber cuánta sangre te ha dado Yohenstria-. Él habló pacientemente, quedo, su voz sin cambiar nunca de inflexión-. ¿Cuántas veces intercambió su sangre contigo?

-¿Eres muy peligroso?-. Ella se mordió el labio inferior, luego se sobresaltó cuando dolorosamente tocó con sus propios dientes las ampollas y escoceduras-. Tienes esa manera de actuar, haciendo que todo el mundo desee hacer lo que dices. Hiciste que el vampiro creyera que podrías derrotarlo, ¿verdad?- Le dolía hablar, pero era reconfortante poder hacerlo.

-Uso el poder de mi voz- reconoció él gravemente-. De esa manera me desgasto y me hiero menos al cazar vampiros, aunque he tenido mi cuota de heridas-. Él la tocó entonces, la más ligera de las caricias en su frente-. ¿No recuerdas tu propia historia para el joven Joshua? Soy el Cazador, listo para rescatar a mi bella dama y su hermano. Joshua me reconoció como a tal, me dijo para qué. ¿No encuentras una extraña coincidencia en que me hayas descrito tan exactamente?

Su mente se rehusaba a pensar en ello, así que la joven cambió de tema.

-Joshua vio al vampiro matar a Henry. Debe estar tan asustado.

-Él recuerda la muerte de Henry como producto de un ataque al corazón. Para él, soy un viejo amigo de la familia. Piensa que me llamó para venir y ayudarte por tu enfermedad. Cree que caíste enferma en el restaurante.

Ella estudió su apariencia. Era físicamente hermoso. Su pelo tenía doradas ondas ricas y espesas hasta más allá de sus hombros anchos. Sus singulares ojos de oro derretido, intensos y atemorizantes, la contemplaban a su vez con la mirada sin parpadeos de un felino de la selva. Sus labios eran increíblemente sensuales. Era imposible juzgar su edad. Especulaba que estaba en algún punto de su treintena.

-¿Por qué no borraste mis recuerdos?

Una sonrisa pequeña y sin humor curvó su boca, revelando sus fuertes dientes, parejos y blancos.

-Tú no eres tan manejable, *piccola*. Eres resistente a mis órdenes. Pero necesitamos ocuparnos de lo que te ocurre.

El corazón de la muchacha comenzó a retumbar.

-¿Lo que me ocurre?

-Necesitamos diluir y expulsar la sangre contaminada de tu sistema.

Alexandria quería confiar en él. El olor de las hierbas, el sonido de su voz, su aparente honradez, todo le hacía desear creer que trataba de ayudarla. Y él no forzó su decisión, incluso ni siquiera pretendió apresurarla, aunque ella sintiera que estaba preocupado porque lo que iba a ocurrir -fuera lo que fuera-, sucediera antes de que estuviera adecuadamente preparado para tratar con ello. La joven aspiró profundamente.

-¿Cómo haremos eso?

-Debo darte una gran cantidad de mi propia sangre.

Él lo dijo quedamente, como si no hubiera alternativa. Alexandria apartó la mirada. Esos ojos dorados nunca parpadeaban: temía que si los miraba demasiado tiempo, caería para siempre en sus profundidades.

-¿Me harás una transfusión?

-Lo lamento, *piccola*, pero eso no funcionará-. Había una pesadumbre real en su voz. La tocó otra vez, volviendo su barbilla para que ella lo confrontara. El tacto, suave como una pluma, hizo latir con fuerza su corazón.

-Yo no puedo... no puedo beber sangre.

-Te puedo poner bajo trance si estás dispuesta a que lo haga. Te ayudará. Es nuestra única oportunidad, Alexandria.

La forma en que él dijo su nombre envió mariposas aleteantes a través de su estómago. ¿Pero era posible que beber más sangre fuera la única forma de sanarla?

-Si es imposible que bebas por tu propia voluntad, debes consentir que yo te ayude- dijo él.

-No estoy segura de que pueda hacerlo-. El solo pensamiento la repelía. Su estómago se agitó, rebelándose ante la idea-. Debe haber otra forma de curarme. No creo que pueda hacerlo- repitió.

-La sangre que Yohenstria te dio está contaminada, Alexandria. Si bien él está muerto, te puede causar mucho dolor y sufrimiento. Tenemos que diluirla antes de que experimentes la *transformación.*

Esa palabra otra vez: *transformación*. Ella tembló.

Él alcanzó una camisa de seda inmaculadamente blanca, claramente suya, y, con los ojos sosteniendo los de ella, amablemente se la puso, tratándola como si fuera una frágil muñeca de porcelana. Ambos fingieron que el acto era impersonal, pero había algo en su tacto, alguna cualidad en su mirada que sólo podía ser descrita como posesiva.

Alexandria, exhausta, trató de pensar. El vampiro había sido atroz, y el pensamiento de cualquier parte de él viviendo en su corriente sanguínea la aterraba.

-Está bien. Hazlo-. Sus ojos azules encontraron la mirada dorada-. Ponme bajo trance para deshacerte del vampiro en mí. Pero nada más. No quites o pongas nada en mi cabeza. *Nada más*. Tienes que darme tu palabra sobre eso-. Por todo lo que valdría.

Él asintió con la cabeza. Ella estaba demasiado débil para incorporarse, así que Aidan la acunó en su regazo. La joven comenzó a temblar, su corazón golpeando tan fuerte, que él temió que se hiciera pedazos antes de poder aliviarla. Deliberadamente, empezó a acariciar su pelo largo para apaciguarla y distraerla. Luego, silenciosamente, empezó un quedo cántico en la mente de la muchacha, murmurando en su antigua lengua, para llevarle un poco de alivio. Ella se relajó visiblemente.

-Quiero hacer que duermas mientras se completa tu *transformación.* Es muy brutal, *piccola*. Te despertaré cuando haya terminado-. Su voz de terciopelo hizo la sugerencia, y Alex sintió las notas enrollándose alrededor de ella como brazos seguros y cálidos, incitándola a hacer lo que él deseaba.

Instantáneamente retrocedió, su mente cerrándose de golpe y alejándose de él. No estaba dispuesta a ser tan vulnerable, a dejar todo control, incluso toda conciencia, a un desconocido, especialmente a uno capaz de las cosas que ese hombre podía hacer. ¿Qué era él, después de todo? Posiblemente otro vampiro, a pesar de la distinción que había hecho acerca de ser *"de la Raza de los Cárpatos, aún no un vampiro",* lo que fuere que eso significara.

-Te ayudaré a diluir la sangre contaminada del vampiro, Alexandria, nada más, si ese es tu deseo-. Él escogió sus palabras cuidadosamente. Había estado en su mente varias veces ya, y el enlace se reforzaba con cada uso mental compartido. Ella era inconsciente de eso todavía, y por el momento era mejor conservarlo de ese modo. Aidan sabía que estaba

confundida y equivocadamente esperando que la *transformación* la restaurara a la vida humana. Por ahora, tendría que actuar suavemente, con el mismo cuidado con que le acariciaba el pelo, para ahorrarle la agonía de la *transformación* inevitable, ya comenzada, hacia la vida de la Estirpe de los Cárpatos.

Alexandria suspiró. La sensación de las manos masculinas en su pelo, el susurro suave de su voz ronca, la confianza total que él exudaba eran hipnotizantes.

-Terminemos con esto antes de que pierda los nervios.

Tan pronto como las palabras salieron de su boca, él cambió de posición su peso leve, acunándola mejor en su regazo, e inclinó su cabeza rubia lentamente hacia la garganta de Alex. El contacto de su boca era como seda ardiente en su piel, y sintió esa unión salvajemente erótica directamente hasta los dedos de los pies.

Alexandria se tensó, repentinamente asustada de perder mucho más que su vida. Los labios del hombre estaban en su garganta, directamente sobre su pulso. *Tienes que confiar en mí, piccola. Déjate sentirme en ti. Soy parte de ti. Alcánzame ahora, como te alcanzo yo.* Las palabras parecieron estar en su mente antes de escucharlas en su voz. Él era fuerza y calor, fuego y hielo. Él era el poder y la protección de la locura que estaba absorbiéndola.

Un calor al rojo blanco perforó su garganta, y luego sintió una intimidad erótica tan bella, que llenó de lágrimas sus ojos. Nunca se había sentido tan querida, tan hermosa, tan perfecta como lo hacía en ese momento. Lo sintió en su mente, explorando sus deseos y pensamientos secretos. Él la serenaba y cicatrizaba, saboreándola, compartiendo su mente. Aidan examinó cada recuerdo, la fuerza de su bloqueo contra él.

Cuando estuvo seguro de que había dado suficiente de su sangre para asegurar una *transformación* en la dirección correcta, su lengua, a regañadientes, acarició la herida y la cerró.

Con una uña, abrió una línea sobre su propio corazón. *Bebe, Alexandria. Toma lo que es libremente ofrecido.* Su mente estaba lista para asumir el control de la de ella, imponer lo que la muchacha no deseaba hacer. El cuerpo masculino se tensó a medida que la boca femenina se movía sobre su piel, encontraba lo que buscaba, y la sangre de su vida fluía en ella.

El corazón de Aidan golpeaba ruidosamente, con fuerza, contra su pecho. Sabía que ella era su *compañera*, que era suya: su ser entero le respondía, y la química entre ambos era eléctrica, exacta. Había esperado tanto tiempo, aparentemente desde siempre, por ella, y ahora no correría ningún riesgo de perderla. Empezó el cántico que los vincularía para siempre. *Yo te reclamo como mi* compañera*. Te pertenezco. Te ofrezco mi vida. Te doy mi protección, mi fidelidad, mi corazón, mi alma y mi cuerpo. Para compartirlo todo. Tu vida, tu felicidad y tu bienestar serán lo primero para mí. Eres mi* compañera*, unida a mí para toda la eternidad y siempre bajo mi cuidado.*

Él pronunció las palabras rituales en su mente, al mismo tiempo en el lenguaje de ella y en su propia lengua materna. El ritual no estaría completo hasta que el cuerpo de la mujer estuviera unido al suyo, pero, hecho eso, nadie podría quitársela, ni ella podría escapar de él.

Aidan le dio tanta sangre como pudo. Quería que la sangre del vampiro estuviera completamente diluida cuando la *transformación* comenzara, cuando ella expelería lo que pudiera haber quedado. Tenían poco tiempo antes de que empezara, y él estaba pálido y débil. Necesitaba desesperadamente cazar antes de que ella lo necesitara otra vez, lo que sería muy pronto.

Alexandria se recostó, sus pestañas largas medialunas gruesas descansando sobre sus mejillas. Aun en su estado hipnótico, él pudo ver el dolor retorciendo su cuerpo. Era difícil mantener su promesa y no ordenarle que durmiera en el sueño profundo y cicatrizante de los inmortales. Pero si deseaba que Alexandria confiara alguna vez en él, tendría que mantener cada promesa que le hiciera. La joven tenía motivos excepcionales para despreciar a su especie. El trauma y el terror nunca serían completamente olvidados, del mismo modo que

nuca conseguiría comprender del todo a su raza.

Su llamada a Marie llevó a la mujer mayor a la cámara inmediatamente.

-Te quedarás con Alexandria mientras cazo esta noche.

Marie lo observó, consternada, mientras él se tambaleaba por la debilidad. Lo había visto antes cansado y herido por la batalla, pero nunca tan famélico. Estaba casi gris.

-Debes tomar mi sangre antes de que salgas, Aidan- dijo ella-. Estás demasiado débil para cazar. Si un vampiro te pillara en estas condiciones, te destruiría.

Él negó con la cabeza, posando la mano sobre su brazo.

-Sabes que nunca haría tal cosa. No uso a aquellos que cuido, a los que protejo.

-Ve entonces, y apresúrate-. Marie observó con ojos ansiosos mientras él se inclinaba para rozar con su boca la frente de la chica. Era repentinamente tan tierno, ese hombre que ella había llegado a conocer tan bien. Siempre había sido frío, remoto, calmado incluso ante aquellos que él llamaba familia. Ese gesto raro de ternura la hizo querer llorar.

Aidan murmuró la orden para despertar a Alexandria de su trance.

-Debo irme ahora- le dijo a ella-. Marie se quedará contigo hasta mi regreso. Llámame si me necesitas.

Por alguna razón extraña, Alexandria no quería que se marchara de su lado. Enrolló los dedos en la sábana para evitar llamarlo. Pero él se movió rápidamente, con su gracia peculiar, como un gran felino de la selva, y de pronto se había marchado.

Marie sostuvo un vaso de agua contra sus labios.

-Sé que está lastimada, Alexandria... ¿puedo llamarla así?.. Pero un poco de agua podría ayudar. Siento que la conozco debido al joven Joshua, que me ha contado muchas historias sobre su maravillosa hermana. Él la ama muchísimo.

El borde del vaso lastimó su boca, y Alexandria lo apartó.

-Simplemente Alex, así es como a Josh le gusta llamarme. ¿Está bien él?

-Stefan (ese es mi marido) cuida de él. Estaba hambriento y cansado, un poco hipotérmico y deshidratado, pero atendimos eso. Ha comido y está de buen humor. Se quedó dormido cerca del fuego, escaleras abajo. Dadas las circunstancias, con él tan preocupado por usted, pensamos que debería dormir cerca de nosotros y no solo en su cuarto.

-Gracias por cuidar de él-. Ella trató de incorporarse. Con la fusión de la sangre del Cazador, se sentía más fuerte-. ¿Dónde está ahora? Me gustaría verlo.

Marie negó con la cabeza.

-Aun no debe tratar de dejar esta cama. Aidan pediría nuestras cabezas. Está muy débil, Alex. Supongo que tampoco se ha visto aún; en sus condiciones, asustaría muchísimo a Joshua.

Alexandria suspiró.

-Pero necesito verlo, tocarlo, simplemente saber que está bien. Todo el mundo me dice que lo está, ¿pero cómo saberlo con seguridad?

Marie acarició hacia atrás las hebras vagabundas de cabello dorado de la frente de Alexandria.

-Porque Aidan no miente. Nunca dañaría a un niño. Él es quien, con grandes riesgos para sí mismo, caza a los vampiros que se alimentan de la raza humana.

-¿Existen realmente tales cosas? Tal vez, simplemente, tengo una pesadilla terrible de la que no puedo despertar. Tal vez simplemente estoy enferma y con fiebre- dijo Alex esperanzada-. ¿Cómo podrían existir realmente cosas como vampiros en nuestra sociedad sin que todo el mundo lo sepa?

-Porque existen aquéllos como Aidan, que los detienen.

-¿Qué es Aidan? ¿No es un vampiro también? Lo vi transformarse en pájaro, en hombre y en lobo. Le crecieron colmillos y garras. Bebió mi sangre, y sé que tenía la intención de matarme. Todavía no sé por qué cambió de idea-. Repentinamente, sintió su cuerpo comenzar a arder. Sus músculos empezaron a apretarse en nudos duros. Incluso la sábana delgada se sentía demasiado pesada y caliente contra su piel. Sus músculos parecieron

retorcerse, el calor viajando a lo largo de su cuerpo.

-Aidan se lo explicará todo. Pero tenga la seguridad de que no es un vampiro. Lo conozco desde que era una muchachita. Él me vio crecer, tener mis propios niños, y ahora convertirme en una anciana. Es un hombre poderoso y peligroso, pero no para aquéllos de nosotros que él llama suyos. Nunca la dañará. La protegerá con su vida.

Alexandria se sentía aterrorizada. No quería pertenecer a Aidan Savage. Pero se percató de que él nunca la dejaría ir. ¿Cómo podría? Sabía demasiado.

-No quiero estar aquí. Llame al 911. Tráigame a un doctor.

Marie suspiró.

-Ningún doctor puede ayudarla ahora, Alex; sólo Aidan puede hacerlo. Es un gran sanador. Dicen que sólo hay uno mejor que él-. Ella sonrió-. Aidan regresará, y le quitará el dolor.

Las entrañas de la joven se retorcieron tan dura y abruptamente, que Alexandria por poco cayó de la cama. Gimió, gritó.

-Tiene que llamar a un doctor, Marie. ¡Por favor! Es humana, como yo, ¿verdad? Tiene que ayudarme. ¡Quiero ir a casa! ¡Simplemente quiero ir a casa!

Marie trató de sujetarla en la cama, pero el dolor era tan intenso, que el cuerpo de Alexandria se agitó violentamente, y cayó sobre el piso duro.

Capítulo Cuatro

Aidan aspiró la noche mientras se paseaba por los suburbios de San Francisco. Las criaturas nocturnas trazaban, volando, su camino a través del cielo. La brisa le llevaba el aroma de las presas. Media manzana más allá, un callejón, estrecho y oscuro, se abría sobre la calle, y podía sentir la presencia de tres hombres. Olía su sudor, oía su risa tosca. Eran presuntos asaltantes en espera de un alma despistada para animar sus vidas, de otra manera aburridas.

Su hambre aumentaba agudamente con cada paso que daba, el demonio levantándose hasta que su mente se convirtió sólo en una neblina roja demandando alimento. Olía la noche. Le había llevado algún tiempo acostumbrarse a los sonidos, espectáculos y olores de esa ciudad extraña. La sal marina que flotaba en el viento, la niebla espesa, los patrones de la vida nocturna, tan diferentes de las costumbres de su tierra natal. Pero alguien tenía que cazar a los vampiros. Una vez que los *no muertos* habían aprendido que podían dejar sus tierras y viajar lejos de la Justicia Oscura, habían comenzado a extender sus actividades. Aidan se había ofrecido como voluntario para dejar sus amadas Montañas de los Cárpatos e iniciar una tierra nueva para proteger a los humanos que allí residían. Y San Francisco se había convertido en su base de operaciones. Con el paso del tiempo, había llegado a gozar de la ciudad y su gente diversa, incluso a pensar en ella como su hogar.

Los centros de arte eran maravillosos. El teatro y la ópera eran abundantes. Y había un constante suministro disponible de presas. Se movió silenciosamente, sus músculos vibrando mientras se acercaba al callejón. Los tres gamberros caminaban arrastrando los pies de acá para allá, murmurando, ignorantes de que los acechaba. Sus gruñidos sonaban con fuerza en sus oídos, a pesar de que deliberadamente había aminorado su audición, ansiando escapar del asalto a sus sentidos. Las sensaciones, las intensas emociones, incluso los colores vívidos que no había experimentado en tantos siglos eran apabullantes. La noche parecía tan brillante que le quitaba la respiración. Todo lo encontraba bello: las nubes, las estrellas, la luna, todo.

Aidan encogió sus poderosos hombros para relajar la tensión en su cuerpo. Era, obviamente, más musculoso que la mayor parte de su especie. La mayoría de su gente era más delgada, más elegantemente construida. También, diferentes a los demás, él y su gemelo eran rubios con ojos dorados. Su raza usualmente tenía ojos y pelo oscuro.

A medida que se acercaba al callejón, envió una orden. En otro momento no hubiera necesitado hacer eso: en el instante en que los hombres lo hubieran divisado, habrían tratado de atacarlo. Pero de esa manera sería más sencillo. Aunque el depredador que llevaba dentro hubiera dado la bienvenida a una batalla, breve como fuera, esa noche no tenía tiempo para aplacar su naturaleza. En todo caso, habiendo llegado tan cerca de la locura y la *transformación* en un vampiro por esperar tantos siglos a su *compañera*, y tan poco después de la batalla aniquiladora con Paul Yohenstria, no se permitiría explotar con violencia. Tenía un propósito ahora, una razón para existir, y no permitiría a su naturaleza depredadora doblegar su inteligencia y su voluntad.

Un integrante del trío acababa de encender un cigarrillo, su aroma pungente flotando en el aire a lo largo de la calle, pero abruptamente giró y comenzó a caminar arrastrando los pies fuera del callejón. Los otros dos lo siguieron, uno limpiando sus uñas grasientas con la punta de una navaja. Sus ojos estaban ligeramente vidriosos, como si estuvieran drogados. Aidan frunció el ceño, descontento de que la presa usara estupefacientes, pero la sangre era sangre, y las drogas no lo afectarían.

-Hace frío en la calle- dijo Aidan suavemente, deslizando un brazo alrededor de los hombros del fumador. Llevó de regreso al hombre al callejón oscurecido, lejos de los ojos curiosos, e inclinó su cabeza para beber. Los otros dos lo esperaron como ganado, empujándose más cerca de él por su turno. Sus cuerpos sucios y sus mentes casi inútiles le causaban disgusto, pero tenía que alimentarse. Algunas veces, se preguntaba por qué debían existir humanos como ésos. No eran tan diferentes de aquellos de su raza que habían escogido perder sus almas y *transformarse* en vampiros, viviendo a costa de aquellos más débiles que ellos. ¿Por qué no detenía alguien a esos humanos? ¿Por qué Dios los había creado? ¿Por qué les había dado el regalo del alma, sabiendo que no podían vivir una vida de honor e integridad? Aunque los varones de la Raza de los Cárpatos vivían por centenares -algunos de ellos por miles- de años, antes buscarían el amanecer y la autodestrucción que tomar la decisión de volverse renegados y perder sus almas para siempre. A pesar de ello, algunos varones humanos no podían llegar siquiera más allá de sus años adolescentes.

Aidan dejó caer a la primera víctima descuidadamente en el suelo, su mano enrollándose alrededor de la nuca del siguiente donante. El hombre fue a él con tranquilidad, bajo el trance hipnótico, complaciente. Aidan se alimentó insaciablemente, sin importarle que los tres hombres fueran a sentirse débiles e indefensos durante algún tiempo. Él necesitaba la nutrición, y se sentía disgustado por la existencia de esa clase de gente. Los hombres como ésos buscaban aprovecharse de aquellos más débiles que ellos. Eran crueles con sus mujeres e ignoraban sus obligaciones para con el tesoro más precioso de sus vidas, sus niños. ¿A quién le importaba cómo habían llegado a ser así? Aidan era un firme creyente de la elección del propio destino, de no tomar simplemente el camino fácil. Los varones de la Raza de los Cárpatos tenían todos los instintos de un depredador, algunas veces más peligrosos que los animales salvajes, pero nunca abusarían de una mujer o un niño. Se mantenían firmes en un código de honor estricto, incluso dentro de su mundo de asesinar o ser asesinado. Todos sabían las consecuencias de sus acciones, y aceptaban la responsabilidad de sus dones. En la raza de Aidan, hombres como esos tres pronto serían exterminados. Tan poderosa como era la Estirpe de los Cárpatos, no podía permitir el abuso de aquellos más débiles.

La segunda víctima se bamboleó y cayó casi encima de la primera. Aidan avanzó lentamente hacia el hombre que esgrimía el cuchillo. El hombre lo contempló.

-¿Vamos a la fiesta?- preguntó el condenado con una risa burda.

-Uno de nosotros sí- acordó Aidan suavemente, e inclinó su cabeza para encontrar la yugular pulsante.

La primera sacudida de malestar lo golpeó. Levantó su cabeza por un momento, y la sangre de su presa salió en un chorro. Se inclinó otra vez para finalizar su tarea, esta vez con toda eficiencia y rapidez. Era Alexandria. Podía sentir la primera ola de dolor golpeándola.

Meticulosamente cerró la herida, asegurándose de que no hubiera prueba en el cuello del hombre que dejara traslucir la presencia de su especie en el área, y permitió que su presa cayera al suelo. Para cualquiera que pasara por allí, los tres hombres parecerían borrachos. Indudablemente la huella de sangre en la camisa de uno sería atribuida a una nariz sangrante.

Comenzaba por dentro de Alexandria, como él sabía que lo haría. La *transformación.* Y en última instancia, aunque sin pretenderlo, él era responsable. La culpabilidad no le sentaba bien. Había observado dos heridas en el cuello de Alexandria, lo que sólo podía significar una cosa: que el vampiro la había mordido dos veces, haciendo sus intercambios. Cuando Aidan había asumido que era una vampiresa ya convertida casi la había matado, y luego, al haber advertido su error, había reemplazado la sangre perdida con la suya. Cuatro cambios de sangre harían que un humano pasara a través del proceso de *transformación*... hacia un vampiro o un miembro de la Raza de los Cárpatos. De cualquier manera, no había vuelta atrás. En la mayoría de las humanas, los intentos de *transformación* o mataban a la mujer en el acto o la volvían demente. Sólo algunas mujeres, aquéllas que poseían habilidades psíquicas, habían logrado pasar por la dura experiencia sanas y salvas. Y ellas serían las *compañeras* que debían ayudar a perpetuar la Raza de los Cárpatos, porque sus propias hembras resultaban ser estériles.

El cuarto cambio de sangre, transformando a Alexandria, también la conservaría encadenada a él para siempre. Egoísta como pudiera ser tomar esa decisión sin su consentimiento, ella era, después de todo, su única salvación. Él se había mantenido por tantos siglos aguardando a su *compañera*, evitando convertirse él mismo en un vampiro. Y, consintiéndolo o no, ella era *su compañera*, no la de Yohenstria; todos los signos y su química perfecta confirmaban eso. Y al menos había hecho lo que podía, al dar a Alexandria tanto de su sangre poderosa y antigua como había podido para diluir la mancha del vampiro y hacer su *transformación* a la Estirpe de los Cárpatos más fácil.

Él la sintió gritar en su mente, un grito indefenso lleno de dolor desesperado. Estaba confundida y asustada, vinculada a él, y, sin saberlo, compartiendo sus pensamientos. Estaba aterrorizada y más aun, asustada de que la hubiera abandonado, asustada de que él incluso pudiera disfrutar su dolor como lo había hecho el vampiro. Pero por encima de todo, estaba asustada por su hermano, Joshua, creyendo que estaba solo, sin protección, en la casa de un vampiro tan poderoso que había matado a otro de los *no muertos* en cuestión de instantes.

Aidan se lanzó al cielo nocturno, necesitando cubrir la distancia entre ellos tan rápido como fuera posible. En ese momento no le importó si alguien veía una lechuza extraña y enorme más allá de todos los cálculos, trazando su camino sobre la ciudad. Ella lo necesitaba. Suplicaba a Marie por un doctor. Marie estaba angustiada, ansiando reconfortarla aún sabiendo que Aidan era el único que podría ayudarla. Él lo oyó todo claramente: la voz suave mendigando ayuda, el ama de llaves casi al borde de las lágrimas. Compartía la mente de Alexandria, experimentando todo lo que ella experimentaba. La confusión. El dolor. El miedo sumándose al terror.

Voló hacia ella para estar cerca cuando lo llamara. Y esperó, por el bien de ambos, que eso fuera lo antes posible. Ella lo necesitaba, pero él había prometido no obligarla más que para efectuar el intercambio de sangre. *Ella tenía que llamarlo.*

Fuera de la cámara subterránea, Aidan se paseó, escuchando los gritos lastimosos de Alexandria, que estallaban en fragmentos de dolor dentro de su propio corazón. Una docena de veces trató de alcanzar la puerta, queriendo, incluso necesitando, derribarla a patadas.

Pero ella tenía que llamarlo. Tenía que expresar su fe en él o nunca creería que la ayudaría, sin dañarla de ningún modo. Descansó la frente contra la puerta, y luego se quedó asombrado al ver una mancha roja donde se había apoyado. Estaba sudando sangre en la agonía de oír sus súplicas y sentir el dolor retorciéndose y ardiendo dentro del cuerpo de Alexandria. Podía manejar la agonía física, pero su corazón y su mente se sentían atormentados.

Parecía una pesadilla interminable. Supo del momento en el que ella trató de gatear a través del piso en un intento ciego de escapar de su propio cuerpo. Supo cuando vomitó sangre, la sangre contaminada del vampiro. Sintió las entrañas de la joven ardiendo y rebelándose contra sus mutaciones. Sus órganos internos cambiaban de forma, renovándose, volviéndose diferentes. Sus células, cada músculo, cada tejido fino, cada pulgada de su piel estaban en llamas por la *transformación*.

-*¿Dónde estás? Prometiste ayudarme. ¿Dónde estás?*

Él había esperado tanto tiempo la invitación, que pensó estar alucinando cuando realmente llegó. Golpeó la puerta con la palma de su mano y entró como una tromba. Marie estaba arrodillada, las lágrimas chorreando por su cara, haciendo un intento en vano de sujetar el cuerpo que se estremecía.

Aidan casi arrancó a Alexandria de los brazos de Marie, acunándola protectoramente contra su pecho.

-Vete, Marie. La ayudaré.

Los ojos de Marie eran elocuentes en su simpatía hacia Alexandria, y cólera y acusación hacia él. Tiró de la bastilla de su falda con arrogante elegancia y dio un gran portazo al salir.

En el momento que el ama de llaves despareció de su vista, Aidan la expulsó de su mente. Su atención total se concentró en Alexandria.

-¿Pensaste que te había abandonado, *piccola?* No lo hice. Pero no podía interferir si no deseabas que lo hiciera. ¿Recuerdas? Me hiciste prometerlo.

Alexandria volteó la cara, humillada de que Aidan Savage la viera de nuevo tan vulnerable, tan desarreglada. Sin embargo no tenía tiempo para pensar demasiado en eso, porque el siguiente raudal de calor comenzaba, dando zarpazos en su estómago, su hígado y sus riñones, encendiendo una antorcha quemante en su corazón y sus pulmones. Su grito hizo eco a través del cuarto, un profundo alarido de agonía. Deseó detenerse para respirar, pero no podía. Las lágrimas se derramaron por sus mejillas.

Aidan tocó con el pulgar esas lágrimas para apartarlas, y su mano se separó manchada de sangre. Él respiró por ella, por los dos.

Las manos masculinas eran frescas y tranquilizadoras sobre su piel, sus cánticos antiguos concentrándose en la mente agonizante para que tuviera un ancla al que aferrarse en un mundo demente. Después de un tiempo, Alexandria advirtió que él, de alguna manera, tomaba parte de su dolor. Permanecía en su mente, protegiéndola del ardor terrible, de la conciencia completa de lo que le estaba ocurriendo. Su propia mente se sentía nebulosa, como en un estado de sueño. Forzó sus ojos para abrirlos. Podía ver su propia agonía reflejada en los ojos masculinos. Había una mancha de color escarlata en su frente.

Cuando los espasmos terribles la dejaron caer de su prisión, dándole el alivio temporal de unos pocos instantes, ella levantó la mano y tocó la cara del Cazador con dedos interrogantes.

-No puedo creer que regresaras-. Su voz era ronca por la garganta inflamada-. Duele.

-Lo sé, Alexandria. Tomo lo que puedo de los embates, pero no puedo hacer más en este momento, y la sangre envenenada que ingeriste lo hace peor- respondió él con sincero arrepentimiento, culpabilidad y humildad, todas poderosas y nuevas emociones.

-¿Cómo puedes hacer lo que estás haciendo?-. Con la lengua tocó sus propios labios secos y las terribles escoceduras.

-Estamos conectados ahora por haber compartido nuestra sangre. Así es como te oí

llamarme. Así es como me sientes en tu mente-. Otra vez frotó algún bálsamo sobre sus labios, un pequeño alivio que podía proveerle.

-Estoy tan cansada que no creo que pueda soportarlo más-. Si él realmente pudiera leer su mente, sabría que decía la verdad. Aidan la mecía de un lado a otro, sin prestar atención a su espantoso estado, sosteniéndola como si fuera la mujer más bella, más preciosa del mundo entero. Permanecía en su mente, sus brazos manteniéndola protegida junto a su corazón. Era tranquilizador, reconfortante; la hizo sentir menos sola. Pero incluso con su ayuda, no podría soportar otra arremetida de esa agonía. Sabía que no podría. Y llegaría; ya podía sentir el calor comenzando a crecer. Sus dedos rodearon el brazo viril; sus ojos azules se levantaron para encontrar la líquida mirada de oro.

-Realmente no puedo.

-Permíteme hacerte dormir. No tengas miedo. Solamente será la condición inconsciente de los humanos, no el sueño de nuestra especie. Tu cuerpo debe mutar antes de que pueda introducirte en nuestro sueño, verdaderamente curativo-. Su voz suave como el terciopelo era apremiante y bella.

-No quiero oír más-. El cuerpo de la joven se puso tenso. Aun con la enorme fuerza de Aidan, un espasmo de dolor casi la arrancó de sus brazos. Un gemido bajo escapó de los dientes apretados de la muchacha, sus uñas clavándose en los brazos de Aidan, pero ella se apretó contra él mientras su cuerpo se deshacía de la sangre contaminada y sus células y sus órganos continuaban cambiando a las particularidades de otra raza. Su mente era caos y dolor, un lugar de miedo y agonía.

El espasmo duró unos tres minutos completos, la intensidad alcanzando el máximo y luego retrocediendo como las olas del mar. Ella estaba perlada en sangre, sudorosa. Su respiración era un conjunto de jadeos superficiales; su corazón estallando de latidos.

-No puedo hacer esto- jadeó ella.

-Entonces confía en mí. Regresé a ti, ¿verdad? No te haré daño ni te abandonaré mientras duermes. ¿Por qué te resistes?

-Al menos, despierta sé qué está pasando.

-No lo sabes, *piccola.* Comparto tu mente. No puedes comprender nada aparte del dolor. Déjame ayudarte. No puedo tomar mucho más de tu agonía tampoco. Temo que flaqueará mi autocontrol y me veré forzado a romper la promesa de no imponerme sobre ti. No me obligues a romper tu confianza en mí. Dame tu consentimiento para que pueda hacerte dormir.

Ella podía oír la súplica y la honradez en su voz. También sintió ese terciopelo caliente y sensual que la envolvía y la hacía querer hacer lo que él deseara. La asustaba que simplemente su voz tuviera tanto poder. Ese hombre, fuera lo que fuera, era peligroso, letal. Lo sentía, pero en ese momento, con el calor comenzando y la mezcla de súplica y aprensión en los ojos dorados, ella dejó de luchar.

-No me lastimes demasiado- murmuró contra el calor de su garganta.

Él leyó la sumisión en su voz, en sus ojos, y Aidan no se arriesgó a que cambiara su decisión. Instantáneamente envió una orden poderosa, apresando su mente, empujando más allá de su barricada para asumir el mando. La hizo dormir, más allá del dolor, en un lugar donde ni la agonía de la conversión ni la sangre del vampiro podían alcanzarla.

La sostuvo en sus brazos por un largo tiempo antes de asearla gentilmente y acomodarla para que descansara en la cama. Poner en orden la cámara le tomó más tiempo, pero lo hizo por sí mismo, sin desear que Marie o su crítica tácita se entrometieran en esos momentos íntimos con Alexandria. Encendió velas y hierbas para llenar el cuarto con aromas sanadores.

Se estaba familiarizando con la mente de Alexandria, con sus fuerzas y debilidades. Era inevitable que pronto derribara cualquier barrera que pudiera erigir contra él. Su pulgar acarició la tersa frente mientras ella yacía dormida y vulnerable en la enorme cama de cuatro postes. Era asombroso estar en su mente: era una humana increíble. Había salvado obstáculos

casi imposibles, perdiendo a sus padres tan joven, criando a su hermano pequeño sin ayuda, amándolo con los mismos instintos agudos y protectores de una madre. Había trabajado duramente para dar a Joshua una vida decente. También era graciosa y traviesa e irreverente, llena de amor por las bromas y las travesuras. Tenía un corazón cálido y generoso. Era una luz brillante para iluminar la oscuridad creciente dentro de él. Alexandria era compasión y bondad, todo lo que él no era.

Se sentó en el borde de la cama, agradecido de que las hierbas operaran su magia. El olor a vómito y sangre, la mancha del mal, se habían ido de la cámara, dejando sólo el aroma punzante de las plantas balsámicas. Revisó cada una de las heridas y escoceduras de Alexandria, mezclando, en un rito antiguo como el tiempo, una parte preciosa de su tierra natal con su propia saliva para acelerar la curación de cada lesión. Las heridas en su cuello eran lo peor. El vampiro había hecho las lesiones, y se habían infectado con su veneno. Aidan las vendó cuidadosamente, cantando en la lengua antigua, otra vez enviándose a sí mismo dentro del cuerpo de Alexandria para aliviarla desde el interior hacia afuera. La *transformación* estaba casi completa, notó con alivio.

Él se desperezó a su lado en la cama, consciente de que todavía tenía una batalla larga y escabrosa frente a él con su nueva *compañera.* Iba a ser muy resistente a sus avances. Todavía la esperaba la verdad de su *transformación*, y lo odiaría cuando comprendiera lo que significaba. Y lo culparía a él. Con toda razón, por otro lado. Con la tortura horripilante del vampiro y su propio torpe accionar la primera vez que se habían encontrado, ella no tenía nada que agradecer a su especie. A pesar de todo, no tenía alternativa; estaba ligada a él, su mente a la suya, su alma la otra mitad de la suya propia. Unirlos completamente era ahora una cuestión de paciencia. Aidan elevó una oración silenciosa para permitirle a Alexandria todo el tiempo que necesitara para aceptarlo. Ella lo merecía, y como su verdadero *compañero*, no podía hacer otra cosa que proveerla de cualquier cosa que necesitara. Sólo él sabía qué tan peligroso cada instante de ese tiempo sería para los dos, qué vulnerable estaría ella sin él, y cómo no soportaría que algo le ocurriera. Además, ella corría peligro por su propia naturaleza depredadora, que se elevaría para reclamarla aun sin su consentimiento.

Aidan suspiró, luego escudriñó su casa y el área circundante. Comprobó ventanas y puertas y los fuertes hechizos colocados en la puerta de la cámara subterránea y los conjuros aún más mortíferos y potentes para proteger la cámara misma. No correría riesgos con su *compañera,* ahora que la había encontrado. Aidan la atrajo a sus brazos, esperó hasta que estuvo seguro de que el cambio se había completado, y luego la envió al sueño profundo y sanador de su especie. Su cuerpo se enrolló protectoramente contra el de ella, detuvo su corazón y sus pulmones y yació como un muerto.

A medida que el sol comenzaba a ponerse, un disturbio amenazante encontró su camino dentro de la cámara. Luego un solo latido interrumpió el silencio, y los pulmones aspiraron aire. Aidan yació aún, escudriñando dentro de la casa, buscando la causa de su despertar precoz. Por encima de él, en el primer piso, alguien golpeaba groseramente la puerta de su casa. Podía oír los pasos suaves de Marie mientras iba a contestar. Los latidos de su corazón eran audibles para él. Ella estaba nerviosa por la persona que llamaba. El golpeteo en la entrada delantera era fuerte y dictatorial. Una sonrisa curvó su boca. Detrás de su ama de llaves, oyó a Stefan, siempre listo para proteger a su esposa y defender la casa de Aidan.

Aidan se levantó, su cuerpo flexible y firme. Su mirada se deslizó hacia Alexandria. Un estremecimiento lo traspasó. ¡Era hermosa! Había unas pocas magulladuras arruinando su piel suave, pero era una piel saludable, perfecta. Sus labios eran tiernos y exuberantes, sus pestañas largas y espesas. Más joven aun de lo que había imaginado, era diferente a cualquier mujer que hubiera conocido en el pasado. Y le pertenecía, y nada en la Tierra alteraría eso.

Su cuerpo se excitó inesperadamente, con un dolor repentino y urgente que lo sobresaltó. Ella yacía allí indefensa, una virtual desconocida, pero él había estado en su mente y la conocía más íntimamente de lo que alguien podía conocer a otro después de años de convivencia. Se inclinó para rozarle la frente con sus labios, un saludo a su coraje, a su capacidad de amar y su bondad. Pero su proximidad sólo hizo más honda la dolencia palpitante de su cuerpo.

Rápidamente puso distancia entre él y la tentación. Habían pasado seiscientos años desde que había sentido un deseo biológico, pero eso sobrepasaba cualquier cosa que alguna vez había conocido. Ése no era el deseo complaciente de apaciguar las necesidades de su cuerpo. Ése era un hambre rugiente por una mujer, la única mujer. La necesitaba ahora en todo sentido de la palabra, y no ayudaba a su autocontrol que ella fuera joven y bella, en vez de la vieja fea que inicialmente había pensado que era.

La persona que llamaba en el piso por encima de ellos le estaba gritando a Marie. Aidan podía oír al hombre claramente. Era alguien obviamente acostumbrado a salirse con la suya. Rico, evidentemente difícil. Demandaba ver a Alexandria Houton. En ese mismo instante amenazaba a Marie con la deportación si no llamaba a Alexandria inmediatamente, obviamente pensando que, por su acento, el ama de llaves era vulnerable a las amenazas.

Los colmillos se abrieron a presión en la boca de Aidan, y sus ojos dorados resplandecieron ardientes y crueles, la bestia en él más fuerte que nunca. ¿Era porque estaba celoso de cualquier varón que se acercara a su *compañera*? ¿Porque sentía otra nueva y poderosa emoción cuando alguien le gritaba a su ama de llaves? ¿O quizá una combinación de ambos? No lo sabía; pero reconocía que era peligroso y tendría que ejercitar un gran autocontrol. Un siseo largo y lento escapó de sus labios mientras flotaba hacia arriba por las escaleras y entraba a la cocina a través del pasaje secreto. Se movió con velocidad sobrenatural, invisible para el ojo humano. Todos los miembros de la Raza de los Cárpatos eran capaces de cosas como esa, y era un hábito muy arraigado en él.

En la entrada de su casa, un hombre alto y bien parecido amonestaba ferozmente a su ama de llaves.

-Traiga a Alexandria inmediatamente o llamaré a la policía. ¡Creo que se ha cometido un crimen, y usted de alguna manera forma parte de él!-. Miraba a Marie con desprecio, como si fuera un insecto que fácilmente podría aplastar bajo su pie.

Abruptamente el desconocido quedó silencioso, con un temblor frío corriendo por su columna vertebral. Tuvo la indescriptible impresión de que algo estaba acechándolo. Miró salvajemente alrededor del parque inmaculado. Vacío. A pesar de eso, la impresión de peligro era tan fuerte que su corazón comenzó a golpear, y su boca se secó. El corazón de Thomas Ivan golpeó ruidosamente contra su pecho cuando un hombre apareció virtualmente de la nada. Simplemente pareció materializarse detrás de la terca ama de llaves. El hombre era alto, elegante, bien vestido. El cabello rubio y largo fluía hasta sus hombros anchos, y sus singulares ojos dorados lo evaluaron con la mirada sin parpadeos de un felino. Exudaba poder. Poder y fuerza. El peligro se aferraba a él como una segunda piel.

Thomas reconoció que la casa apestaba a dinero, y que ese ocupante era alguien a quien no podría intimidar fácilmente. El hombre pareció deslizarse hacia adelante, sus músculos ondeando bajo la camisa de seda, su movimiento tan fluido que sus pies apenas parecían tocar el piso. Ciertamente no hizo ningún sonido mientras se movía. La mano que apartó a Marie a un lado fue extraordinariamente suave, pero comunicó un sentido de amenaza a Thomas.

-Marie está aquí legalmente, y es sumamente grosero de su parte amenazar a los miembros de mi familia. Quizá aquellos que trabajan con usted son simplemente sirvientes, pero los míos son mi familia y están bajo mi protección-. Las palabras fueron dichas con una voz suave y agradable, de la textura del terciopelo. Una sonrisa cortés acompañó las palabras, una demostración breve de dientes blancos.

Sin razón alguna, Thomas sintió un temblor de miedo bajar por su columna vertebral. El pelo de su cuerpo realmente se erizó de alarma. Su boca estaba tan seca, que no

estaba seguro de poder hablar. Inspiró y decidió ceder un poco. Podía tratar con un ama de llaves; ese hombre era absolutamente diferente. Sostuvo en alto una mano en el antiguo símbolo de paz.

-Mire, lo siento si comenzamos con el pie izquierdo. Me disculpo por haber sido tan enérgico. Fue definitivamente un modo equivocado de manejar la situación, pero mi amiga está perdida, y estoy muy preocupado. Soy Thomas Ivan.

Aidan reconoció el nombre inmediatamente. La estrella naciente de la industria de los *videojuegos*, la creatividad detrás del asombroso y más popular *videojuego* sobre vampiros, había llegado de visita. Aidan levantó una ceja, su cara inexpresiva.

-¿Se supone que debo conocerlo?

Ivan estaba desconcertado. Esa entrevista repentinamente había cambiado de papeles, y él ya no tenía el control. Incluso su famoso nombre no había causado el temor usual. Por alguna razón, ese hombre, de tan agradable voz y educado como era, asustaba mortalmente a Ivan. Era francamente más temible que los vampiros de su imaginación. Había una amenaza acechando justo debajo de la superficie, como si el barniz de la civilización fuera muy delgado, y un animal salvaje, poderoso y depredador, merodeara impacientemente buscando la liberación.

Thomas lo intentó otra vez.

-Cenaba con mi amiga, Alexandria Houton, hace dos noches. Ella enfermó y se marchó corriendo del restaurante, dejando atrás su portafolio, y nunca regresó. Sus bocetos son de suma importancia para ella; nunca los dejaría atrás si estuviera bien. Otras tres mujeres desaparecieron esa noche, junto con un vagabundo. Hubo una tormenta terrible en esa ocasión, y la policía cree que las personas perdidas de alguna manera fueron a parar al acantilado. El coche de Alexandria fue encontrado la siguiente mañana en el estacionamiento, pero poco después lo recogió el cuidador de su casa-. Ivan le había dado al guardacoches una buena suma de dinero por esa información.

-Alexandria es una amiga íntima, señor Ivan- dijo Aidan-. Su hermano menor la aguardaba fuera del restaurante cuando ella enfermó. Él me llamó, y los traje a ambos aquí. La señorita Houton está todavía muy enferma y no puede recibir visitas. Estoy seguro de que a ella le complacerá escuchar que usted ha devuelto su portafolio. Le diré que la llamó-. Aidan saludó con la cabeza en un gesto de despedida, esos ojos de oro derretido sin parpadear jamás.

La voz refinada y agradable hizo patente que Thomas Ivan no significaba nada para él. La parte extraña era que Ivan quiso hacer exactamente lo que el hombre le ordenaba. De hecho, extendió el portafolio hacia el hombre antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Rápidamente bajó el brazo.

-Lo siento, no escuché su nombre- dijo casi belicosamente. No iba a ser despachado sin más, y mucho menos entregar el portafolio a un perfecto desconocido. ¿Cómo sabía él que esa era la verdad?

La sonrisa blanca y perfecta apareció por segunda vez. Ese gesto provocó escalofríos en la piel de Ivan. Era la sonrisa de un depredador, como si la bestia acechando debajo de la superficie hubiera sido desatada. No contenía calor, y los ojos dorados brillaban intensa y peligrosamente.

-Soy Aidan Savage, señor Ivan. Ésta es mi casa. Creo que ambos asistimos a una fiesta para el Senador Johnson un año atrás, pero nunca fuimos presentados. Me parece recordar ahora que usted inventa juegos de algún tipo.

Thomas se sobresaltó visiblemente. La voz era musical, sus notas tan puras que no podía evitar querer oírlas una y otra vez. Pareció abrirse camino dentro de él y retorcerlo y cambiar de dirección hasta que fue difícil resistir cualquier cosa que ese hombre dijera. Sin embargo, en cierta forma, a pesar de la pureza de la voz de Aidan Savage, las palabras punzaban. Ivan tenía un éxito enorme con sus famosos juegos; eran la cosa más caliente del mercado. Peor: había oído sobre el elusivo Aidan Savage, favorablemente considerado y muy

solicitado, y si un hombre con tal reputación y riqueza rechazara a Thomas categóricamente, los círculos sociales en los que se movía, al mismo tiempo profesional y personalmente, también podrían expulsarlo. Eso se estaba transformando en una pesadilla. Sólo su necesidad de Alexandria Houton, personal y profesional, lo mantenían estoico en el lugar.

-Realmente debo darle esto a Alexandria yo mismo. Su trabajo es de suma importancia para ambos. Estaba ansiosa por conseguir un empleo conmigo, y ciertamente estoy ansioso por dárselo-. Ivan trató de afirmarse en su posición-. ¿Cuándo sería un buen momento para llamarla otra vez?

-Quizá en uno o dos días. Marie le suministrará mi número. Alexandria y su hermano Joshua residen aquí ahora, pero aún no hemos contado con el tiempo necesario para instalar un teléfono privado en las habitaciones de Alexandria. Su enfermedad repentina, comprende, adelantó la mudanza antes de que estuviésemos realmente listos con sus aposentos. Usted, claro está, me devolverá la propiedad personal de Alexandria inmediatamente. Ella está bajo mi protección, señor Ivan, y siempre tengo cuidado con los míos.

Los ojos dorados encontraron la mirada de Ivan y la cautivaron. Thomas se encontró entregando dócilmente el portafolios. Luego los ojos lo soltaron de su mirada fija e hipnótica, y, de nuevo, Ivan se sintió consternado por lo que había hecho. ¿Qué se había metido en él? Nunca había tenido la intención de dejar el portafolios a nadie excepto a Alexandria. Su mirada encontró la mano de Savage, el pulgar acariciando el cuero artificial como si fuera la piel de la propia joven. Sintió celos. Exactamente, ¿qué significaba Aidan Savage para Alexandria? Un hombre como Savage se comía vivas a las inocentes como ella. Thomas olvidó completamente, en su arranque de caballerosidad, que esa había sido su propia intención hasta que había descubierto su excepcional talento artístico.

-Gracias por hacernos una visita, señor Ivan. Lamento que no pueda invitarlo a quedarse más tiempo, pero tengo varias citas. Me ocuparé de que Alexandria lo llame por teléfono en un par de días, o que usted sea de otra manera informado de sus progresos. Buenas noches, señor.

Ivan pronto se encontró fuera de la puerta cerrada, incapaz de situar el acento europeo de Savage o soportar la sonrisa más bien presumida del ama de llaves mientras reabría la puerta brevemente para darle el número del teléfono no registrado de Savage. No había hecho a amigos en esa casa, un error garrafal. Si Alexandria necesitase su ayuda, y estaba más que seguro de que ella lo haría, no tenía aliados en esa fortaleza que Savage llamaba casa.

Aidan se volvió hacia Marie y tocó su pelo ligeramente, un gesto breve, cariñoso.

-¿Te molestó ese imbécil?

Ella se rió ligeramente.

-Ni por asomo tanto como te molestó a ti. No sabías que tenías un rival por los afectos de la dama. Un millonario famoso, nada menos.

-Él inventa estupideces.

-A pesar de eso, por lo que recabé de su conversación, Alexandria quiere trabajar con él-. Ella le tomaba el pelo abiertamente-. Y sus juegos sobre vampiros han salido en las noticias. Lo he visto en las portadas de las revistas. Realmente está colado por Alexandria, ¿verdad?

-Él no tiene ni una oportunidad. Y es demasiado viejo para ella.

Marie y Stefan se rieron. Eran completamente conscientes de que Aidan era aún más viejo, pues había vivido siglos. Aidan repentinamente se rió de sí mismo, asombrándolos a ambos. Nunca habían visto una sonrisa genuina iluminar sus ojos dorados.

-¿Cómo está el niño esta noche?- les preguntó él.

Marie y Stefan se pusieron serios.

-Está muy intranquilo- respondió Stefan. Unas pocas pulgadas más alto que Marie, ancho y musculoso, era una fuerza difícil de ser afrontada-. Creo que necesita ver a su

hermana antes de volver a ser un niño normal otra vez. Ha perdido demasiado en su corta vida.

-Es un niño muy dulce, Aidan. Ya tiene a Stefan envuelto alrededor de su dedo meñique- apuntó Marie.

-¡Ja!- protestó Stefan enfáticamente-. Si eres tú quien llora por él y lo llenas de comida a cada rato.

-Le hablaré- reconfortó Aidan a la pareja-, y le diré que su hermana lo verá más tarde, después de que se levante en la cámara subterránea.

-Después de que ella despierte- corrigió Marie con el ceño fruncido. No quería que se hicieran alusiones a la vida de otro mundo frente a un niño inocente-. ¿Piensas que es sabio prometer tal cosa? ¿Qué ocurre si ella...?- Marie vaciló.

Stefan, sin embargo, no se detuvo.

-¿Tiene problemas aceptando en qué se ha convertido? O peor, ¿qué ocurre si no es la *compañera* que buscas y está ahora completamente desquiciada?

-Ella es mi *compañera.* ¿No pueden ver ya su presencia, su luz, en mí? Me ha dado vida, luz, emoción. Veo los colores otra vez, y son radiantes. Siento cosas, todo, desde la cólera hasta una calidez que me derrite. Me ha devuelto el mundo. Despertará como alguien de mi gente, y sí, espero una resistencia considerable de su parte, pero no frente al niño. Lo ama muchísimo, y tratará de mostrarse tan normal como sea posible frente a él. Joshua ha sido su principal motivación por años, y continuará siendo así. Será tan importante para ella verlo, como para el niño verla a ella. Sospecho que si Joshua puede aceptarme en su vida, ganaré la mitad de la batalla.

-¡Aidan!- Joshua entró corriendo al cuarto y envolvió sus brazos alrededor de las piernas de Aidan-. Te he estado buscando por todas partes. Marie me dijo que tu dormitorio está en el tercer piso, pero no estabas allí.

-Te dije que permanezcas lejos de las habitaciones del señor Savage- dijo Marie con su mejor tono de regaño, pero no hubo manera de embozar la calidez de su expresión.

Joshua pareció un poco avergonzado, pero contestó con brío.

-Lo siento, Marie, pero tengo que encontrar a Alexandria. Tú sabes dónde está, ¿verdad, Aidan?- preguntó.

El hombre de la Raza de los Cárpatos descansó sus manos amablemente en los rizos sedosos del niño. Su corazón se retorció, con una sensación alegre y cálida. Había tanta confianza y tanta fe en esos ojos azules que lo contemplaban...

-Sí, Josh. Todavía está dormida. Quiero que le des otra hora, poco más o menos, para descansar, y luego te la traeré. ¿Qué te parece?

-¿Está mejor? He tenido miedo de que no regresara, tú sabes, como Henry y mi mami y papi-. La voz del jovencito tembló de miedo.

-Alexandria no va a dejarte, Josh- le aseguró Aidan quedamente-. Ella siempre estará aquí, y la cuidaremos juntos para que nadie la aparte de nosotros. Sabes que siempre la protegeré, y no me derrotarán fácilmente. Nadie la separará de nosotros. ¿Es un trato?

Joshua le sonrió abierta y confiadamente.

-Somos los mejores amigos, ¿verdad, Aidan? Tú, yo y Alexandria.

-Somos más que mejores amigos, Joshua- respondió Aidan seriamente-. Todos los que vivimos en esta casa somos una familia.

-Marie dice que quieres que vaya a una escuela nueva.

Aidan asintió con la cabeza.

-Creo que sería lo más conveniente. A la que asistías está lejos de aquí, y la escuela que tenemos en mente para ti es muy buena. Tendrás muchos amigos y buenos maestros.

-¿Qué dice Alexandria? Normalmente es ella quien me lleva a la escuela. Piensa que es peligroso que vaya solo.

-No a esta escuela. En todo caso, Stefan y Marie irán contigo si quieres. Te acompañarán todos los días hasta que te encuentres a gusto con el arreglo.

-Quiero que vayas conmigo si Alex no puede llevarme-. Joshua se las ingenió para hacer un puchero.

Aidan rió suavemente.

-Tú, pequeño demonio. Puedo ver por qué eres capaz de salirte con la tuya. Alexandria es un poco blanda en lo que a ti concierne, ¿verdad?

Joshua se encogió de hombros, luego rió también.

-Sí, me deja hacer cualquier cosa que quiera, y nunca se enfurece cuando no hago lo que se supone que debo hacer. Algunas veces trata de gritarme, pero siempre termina por abrazarme en lugar de eso.

-Creo que necesitas la mano firme de un hombre en tu vida, joven Joshua- dijo Aidan, agachándose para levantar al niño sobre sus hombros anchos-. Un hombre fuerte, grande y genial que no permitirá todas tus payasadas.

Los brazos de Joshua rodearon el cuello de Aidan.

-Tú jamás le gritas a nadie.

-No, pero eso no significa que me desobedezcan cuando hablo, ¿correcto?

-Sí- admitió Josh-. Pero todavía creo que deberías llevarme a la escuela cuando tenga que ir.

-Tengo que quedarme aquí para asegurarme de que tu hermana haga todo lo que debe hacer para ponerse sana. Su enfermedad es muy peligrosa, y debemos tener mucho cuidado por unos días. Puede ser realmente testaruda, como sabes-. Aidan dijo lo último con un guiño conspirador.

Joshua asintió con la cabeza, con una pequeña sonrisa.

-Sé que si estás con ella, nada malo puede ocurrirle. Iré a la escuela con Marie y Stefan. Por supuesto, si me llevaras, todos los otros niños pensarían que tengo un papá grande y no tratarían de fastidiarme-. Él se encogió de hombros-. Pero Stefan es grande. Tal vez funcionará.

-Estoy seguro de que Stefan ahuyentará a cualquier bravucón. Pero ésta es una escuela agradable, Joshua, con niños agradables. Ninguno lleva armas, y nadie va a tratar de lastimarte. Si algo parecido ocurriera, vendrías a mí de inmediato y me lo dirías-. Los ojos dorados se fijaron directamente en los azules.

Joshua asintió con la cabeza.

-Te lo diría, Aidan-. Él parpadeó y se retorció hasta que Aidan lo puso en el suelo-. Marie dijo que la cena estaba lista. Es una buena cocinera, mejor que Alex, pero no se lo digas a Alex, porque lastimará sus sentimientos. ¿Vas a comer con nosotros esta noche?

Aidan se encontró sonriendo abiertamente, sin razón alguna. Repentinamente sintió que tenía una familia por primera vez. Su gente había cuidado de él por siglos, le había sido leal, y eso había ayudado en parte a conservarlo en el mundo de la cordura. Ahora, sin embargo, tenía más que mera lealtad, buena como ésta fuera. Sentía las emociones estrangulándolo, desgarrándolo, calentándolo. Lo adoraba, aunque todavía lo encontraba algo abrumador.

-Nunca le diremos a Alexandria eso- acordó él solemnemente.

Marie tomó la mano de Joshua.

-Simplemente me elogia para congraciarse conmigo. Le gusta lamer el tazón de glaseado.

Joshua negó con la cabeza tan fuerte, que sus rizos rubios rebotaron. Su voz fue solemne, sus ojos fervorosos.

-No, Marie, es realmente cierto. Alexandria es una cocinera terrible. Ella quema todo.

Capítulo Cinco

Oyó los ruidos primero. Un tambor palpitando. La madera rechinando. El agua corriendo. El murmullo de conversaciones, motores retumbantes de coches, y la risa distante de un niño. Alexandria yació perfectamente quieta, sin atreverse a abrir los ojos. Sabía que no estaba sola. Sabía que era de noche. Sabía que el tambor palpitando era su corazón y el de alguien más latiendo en un ritmo sincronizado. Sabía que la conversación que podía oír tan claramente tenía lugar lejos de ella, en el primer piso, en la cocina. Sabía que el niño que reía era Joshua.

No podía comprender cómo sabía esas cosas, y la aterrorizó. Podía oler galletas y especias. Lo podía oler... a *él*. Aidan Savage. Estaba allí, contemplándola con sus bellos ojos de oro líquido penetrantes y escudriñadores. Se permitió respirar: esconderse como un niño asustado bajo los cobertores no iba a cambiar nada. Ya era lo que fuera en lo que se había convertido. Y de alguna forma, la había hecho... no humana. Pero el hambre voraz que en ese momento reptaba a través de su cuerpo, un hambre que nunca había conocido, era un hecho que debía afrontar.

Sus largas pestañas se levantaron, y lo primero que vio fue su cara. Era asombroso cuán guapo era, en una forma puramente masculina. Lo estudió cuidadosamente, a conciencia. Era fuerte y poderoso. Estaba allí, pleno, la naturaleza violenta escondida apenas bajo todo el encanto civilizado. Sus ojos eran como los de un gato, orbes dorados con pestañas largas. Tenía una barbilla firme, una nariz elegante. Sus labios estaban bien delineados, tentadores, y sus dientes excepcionalmente blancos. Su pelo era una melena leonada de oro trémulo que se derramaba hasta sus hombros anchos. Sus músculos eran definidos, y ondeaban cuando se movía. Pero en esos instantes permanecía completamente quieto, como una parte de la habitación, casi entremezclándose en las sombras, observándola atentamente. Era un depredador espléndido. Sabía lo que era, sabía que no había otro como él.

Ella se tocó los labios con la lengua para humedecerlos.

-Entonces, ¿qué hacemos ahora?

-Necesito enseñarte nuestras costumbres.

Su voz era serena y práctica. ¿Hacía que las personas comunes se convirtieran en vampiros todos los días? Alexandria se incorporó tentativamente. Su cuerpo estaba sensible y tieso, pero no agonizante como se había sentido antes. Estiró sus músculos cautelosamente, probándolos.

-No tengo ningún deseo de aprender tus costumbres-. Ella lo miró, un destello de ojos azules rápidamente ocultos por sus pestañas largas-. Me engañaste. Sabías que creía que me convertiría en… humana otra vez.

Él negó con la cabeza, la fuerza de su voluntad tan fuerte, que no tuvo más remedio que contemplarlo. Por un momento, el oro derretido capturó su mirada.

-No, Alexandria, sabes que no es cierto. Tú quisiste creerlo, así que te convenciste a ti misma. Escogí no enfrentarte a la verdad, pero nunca, en ningún momento, te engañé.

Una sonrisa pequeña, sin humor, tocó la boca femenina.

-¿Eso es lo que piensas? Cuán noble de tu parte absolverte a ti mismo de cualquier responsabilidad.

Él se movió, una ligera ondulación de músculos, y el corazón femenino brincó de alarma. El hombre volvió a sentarse, inmóvil otra vez, presintiendo su miedo.

-No me absuelvo de ninguna responsabilidad sobre ese punto. Pero no puedo cambiar lo que ya está hecho. Ni pude cambiar lo que ocurrió la última noche. Créeme, Alexandria, no habría nada que no diera por evitarte lo que el vampiro te hizo pasar. Si hubiera sido capaz de hacer más para disminuir tu agonía, lo habría hecho.

Su voz, tan suave y tierna, timbraba con honradez. Parecía tan incapaz de mentir. ¿Pero no tenían los vampiros esa habilidad, el poder para fascinar a sus víctimas? Alexandria ya no sabía cuál era la realidad, pero no iba a permitir que alguien asumiera el control de su

vida sin luchar. Tenía cerebro, era fuerte y estaba decidida. Había aprendido mucho tiempo atrás a tener paciencia y fortaleza de ánimo, las habilidades necesarias para sobrevivir. Bien, en ese momento no le bastaba la información que tenía para tomar alguna decisión.

-¿Soy como tú ahora?

La boca de él se movió en la más pequeña de las sonrisas; luego su cara fue otra vez una máscara fría, en blanco, sus ojos dorados sin espíritu, reflejando a su vez su propia imagen.

-No exactamente. Yo nací siendo de la Raza de los Cárpatos. Mi pueblo es tan antiguo como el tiempo mismo. Soy uno de los antiguos, un sanador entre nuestra gente, y un Cazador de vampiros. Tengo el conocimiento y el poder de siglos de estudio.

Ella sostuvo en alto una mano.

-No estoy segura de estar lista para todo esto. Principalmente, quiero saber si todavía soy yo misma.

-¿En quién pensaste que te convertirías? Ya no hay ninguna mancha de la sangre del vampiro en tu sistema, si eso es lo que te preocupa.

Ella aspiró profundamente. Se inspiró en sus conocimientos tradicionales acerca de los vampiros. El hambre era un dolor que la roía.

-Lo que me preocupa es… si puedo o no caminar bajo el brillo del sol. Si puedo o no comer como una persona ordinaria, ir a un lugar de comida rápida con Joshua y comer cualquier cosa.

Él contestó serenamente.

-La luz del sol quemará tu piel. Tus ojos experimentarán la peor reacción, hinchándose y deteriorándose. A la luz del día, debes llevar puestos anteojos oscuros, hechos con lentes especiales para nuestra gente.

Ella dejó escapar la respiración lentamente.

-Eso contesta a una pregunta. Me empeño en no ponerme histérica. Simplemente dímelo directamente.

-Debes tomar sangre para sobrevivir.

-Podrías haberme soltado la noticia más amablemente, por etapas o algo por el estilo- contestó ella sardónicamente, su irreverencia acostumbrada claramente intacta, si bien su mente daba vueltas, en un caos total. Era duro pensar, respirar. Eso realmente no podía estar ocurriendo. Simplemente no podía-. Espero que no anuncies que debo pasar la noche en un ataúd-. Trató de bromear, para ayudar a su mente a aceptar la posibilidad de que dijera eso. Más que nada, quería gritar.

Sus ojos estaban absorbiéndola, acercándola a él. Casi podía sentirlo tratando de alcanzarla, una ilusión tan real que sintió el calor de sus brazos, su contacto tranquilizador dentro de su mente.

-No creo que sea necesario.

La lengua de ella encontró sus labios repentinamente secos.

-No puedo respirar.

Él la tocó físicamente entonces, su mano rodeándole la nuca, arrastrando hacia abajo su cabeza.

-Sí, puedes- él dijo serenamente-. Este pánico pasará.

Ella metió grandes bocanadas de aire en sus pulmones demasiado calientes, luchando contra los sollozos que rasgaban su garganta. No podía gritar. No podía hacer nada excepto tratar de respirar. Los dedos varoniles empezaron un masaje lento, tan suave, tan ligero, que su cuerpo respondió, aligerando la tensión terrible.

-¿Por qué simplemente no me mataste?-. Las palabras fueron amortiguadas por la colcha, por su garganta dolorida.

-No tengo intención de matarte. Eres inocente de cualquier maldad. No soy un asesino a sangre fría, Alexandria.

Ella lo contempló entonces, sus ojos grandes encontrando los de él.

-Por favor no me mientas. Esto ya es lo suficientemente duro.

-Soy un Cazador, *piccola*, pero no mato a los inocentes. Soy un centinela de la justicia para que nuestro pueblo, regido por nuestro Príncipe, el líder de nuestra gente, vigile esta ciudad.

-No soy de tu raza. No lo soy realmente-. Ella sabía que sonaba desesperada a pesar de su intención de permanecer tranquila-. Debe haber alguna manera. Tienes que deshacerlo-. Su voz estaba temblando, su cuerpo estremeciéndose-. Si simplemente me escucharas, entenderías. No soy realmente como tú.

Su mano se cerró sobre la de ella, aflojando sus dedos agarrotados, su pulgar acariciando ligeramente el pulso frenéticamente batiente en su muñeca.

-Tranquilízate, Alexandria, estás bien. Te curarás rápido. Sé que no llegaste a verte la otra noche, pero ya estás notablemente recuperada. Y encontrarás mucho para amar en tu nueva vida. Podrás ver en la oscuridad como si fuese pleno día. Podrás oír cosas que nunca antes has oído, ver cosas nunca vistas. Es un mundo bello.

-No entiendes. Ya tengo una vida. Y tengo que cuidar de Joshua. Joshua no puede estar sin mí durante el día, es simplemente un niño. Necesita que lo lleve a la escuela, y tengo que trabajar también.

Aidan le había dicho que no era un asesino, pero Alexandria no estaba ciega. Era tan hermoso como mortífero, bajo un barniz delgado de buenos modales. No podía (y no lo haría) volverse como él. Tenía que cuidar de Joshua.

Aidan suspiró, suave y tiernamente, una exhalación tranquila que la joven sintió directamente hasta los pies, y tuvo el presentimiento horrible de que él sabía lo que pensaba, que realmente estaba de alguna manera en su cabeza, compartiendo sus pensamientos y emociones.

-Podrás cuidar de Joshua. Tus cosas han sido trasladadas a las habitaciones del segundo piso. Joshua y tú tendrán sus aposentos allí: será esencial que mantengas la ilusión de llevar una vida humana. Sólo durante la tarde, cuando estés en tu estado más vulnerable, podrás bajar a esta cámara y dormir. Joshua no recuerda nada del vampiro. No podía permitir que se sintiera traumatizado de por vida.

-No podías permitir que él supiera la verdad- adivinó Alexandria sagazmente-. Tenemos nuestra propia casa. Tan pronto como sea capaz, voy a llevármelo de aquí-. *Fuera de esta ciudad si es necesario, lejos de ti, tan lejos que ninguna amenaza pueda alcanzarlo nunca.*

Hubo un silencio pequeño que pareció estirarse hasta la eternidad. Por alguna razón, ella podía sentir su corazón golpeando con alarma. Cuando Aidan se movió, cada músculo de su propio cuerpo se congeló. Él guardó silencio, pero la aterrorizaba la forma en que se movía tan calladamente.

-Hay un vínculo entre nosotros, Alexandria-. Su voz era pura, como el sonido de un torrente claro derramándose en las rocas-. Es irrompible. Siempre sabré dónde estás, de la misma manera que tú siempre podrás encontrarme. Si hubiera querido dañar a Joshua, ya habría dispuesto de él mucho tiempo atrás. Te quedarás aquí y aprenderás lo que debes hacer para sobrevivir. Al menos, date el tiempo necesario para ajustarte a tu nueva vida.

-Quiero verlo ahora mismo. Quiero ver a Joshua.

Por alguna razón inexplicable, encontraba imposible respirar otra vez. Las emociones bullían y bailaban, enfureciéndose y estallando, hasta que pensó que podría perder la razón. En lugar de eso, se sentó quedamente como una niña educada aguardando su consentimiento. Él permaneció con la mirada fija en ella, con sus ojos dorados, su cara convertida en una máscara inexpresiva.

Alexandria no tuvo idea de qué ocurrió después. En un momento, estaba sentada quedamente, al siguiente se había lanzado fuera de la cama y se había precipitado hacia él, incapaz de contener la furia que corría a toda velocidad dentro de ella. Los rasgos sensuales de Aidan permanecieron fríos y calmos incluso mientras atrapaba su pequeña y voladora

Librodot

figura, mientras la muchacha luchaba desesperadamente por recobrar su autocontrol, horrorizada de su propio comportamiento. Nunca había hecho una cosa así antes. Aidan la contuvo fácilmente, asiendo sus muñecas tras su espalda y aplastándola contra su cuerpo para impedir que se moviera.

Y por primera vez, la joven fue consciente de la camisa delgada que cubría su piel desnuda, sus curvas calzando perfectamente contra el cuerpo masculino. Fue consciente de él como hombre, de sí misma como mujer, y eso la horrorizó. Toda la situación la horrorizaba.

-Shh*, piccola, cara mia*, cálmate- la serenó, una mano inmovilizando sus muñecas mientras la otra se enredaba en la pesada cascada de cabello sobre su nuca-. Pasaremos por esto juntos. Aférrate a mí. Úsame. Usa mi fuerza-. Soltó sus muñecas mientras su mano sostenía el cuello de la muchacha.

Ella golpeó su pecho una vez, dos, haciendo el intento de no gritar su frustración.

-Estoy loca. Mi mente está loca. No puedo detenerme-. Ella apoyó la cabeza contra los músculos pesados de su pecho, el único refugio, el único santuario que le quedaba. Su cerebro corría a toda velocidad, en una confusión terrible y caótica de pensamientos desesperados. Aidan era sólido, un ancla de fuerza, la calma en el ojo de la tempestad.

-Respira, Alexandria. Conmigo, respira-. Las palabras murmuradas suavemente sobre su piel se rezumaron a través de sus poros, penetrando en su corazón y sus pulmones.

Él parecía estar haciéndolo por ella, su respiración regulando la suya. Aidan la sostuvo casi tiernamente, sin preguntarle nada, simplemente sujetándola hasta que el estremecimiento terrible cesó y pudo permanecer de pie sobre sus piernas. Casi a regañadientes él la soltó, poniendo un espacio entre ellos, su mano deteniéndose bajo la larga y gruesa trenza un instante más de lo necesario, hasta que su brazo otra vez cayó hacia su costado.

-Lo siento-. Alexandria presionó las puntas de los dedos en sus sienes-. Normalmente no soy una persona violenta. No sé qué me sucedió-. *Era tan diferente a su forma de ser, esa locura. La sangre del vampiro debía estar todavía en ella, y Aidan no quería revelarle la verdad.*

Aidan podía leer su miedo de que el vampiro pudiera estar todavía en su interior dirigiendo sus acciones. Qué disparate. Negó con la cabeza.

-El miedo mismo nos puede hacer actuar fuera de nuestro carácter normal. No te preocupes tanto. ¿Estás lista ahora para ver a Joshua y permanecer lo suficientemente serena para tranquilizarlo? Sé que necesitas más tiempo para ajustarte a todas estas novedades, y no insistiré, pero tu hermano comienza a preocuparse. El joven Joshua piensa en sí mismo como tu protector. Aunque confía en mí, necesita verte, tocarte-. Deliberadamente él dirigió los pensamientos de la muchacha hacia el niño, lo único capaz de apartar su mente de su terrible *transformación*.

Con una mano temblorosa, ella trató de alcanzar los pantalones vaqueros que Aidan había hecho traer de la pensión.

-Ponme al tanto de lo que debería saber, lo que Joshua espera. No puedo recordar todo lo que me dijiste.

Aidan no podía arrancar la mirada de la delgada longitud de sus piernas. Su cuerpo se endureció inesperadamente, su sangre martilleante y caliente. Le volvió la espalda para esconder su hambre. Hambre por el erótico, húmedo y caluroso sexo. Nunca había sentido su influencia con un calor tan intenso.

-¿Aidan?-. Él oyó el susurro de la cremallera mientras la voz femenina rozaba su piel. Los colmillos estallaron en su boca, y su cuerpo se tensó de necesidad. Apenas pudo suprimir un gruñido bajo y agresivo. Sus dedos se convirtieron en puños, con los nudillos blancos. A medida que los varones de la Raza de los Cárpatos maduraban, todo aumentaba en intensidad, incluyendo las emociones, si es que podían sentirlas. El dolor, la felicidad, la alegría… la necesidad sexual. Sabía eso, pero nunca lo había experimentado antes. No podía controlarlo fácilmente cuando todo era tan nuevo.

Dejó escapar su respiración lentamente, la neblina roja ante sus ojos retirándose, el demonio afanándose por dominarlo mientras él lo sometía y reprimía. Tenía una eternidad para conquistar a Alexandria. Ella estaba unida a él, alma a alma, mente a mente. Encontraría la paciencia para darle el tiempo suficiente para que fuera a él voluntariamente.

-¿Aidan?-. Esta vez su voz tembló-. ¿Algo está mal?

-No, claro que no. Déjame repasar las cosas para ti. Joshua cree que soy un viejo amigo de la familia. Cree que ustedes dos han estado planeando mudarse desde hace algún tiempo a las habitaciones del segundo piso y que tu malestar en el restaurante simplemente adelantó las cosas.

Sus grandes ojos de color zafiro lo miraron furiosamente; luego, sus largas pestañas rápidamente los ocultaron.

-Bueno, ¿y qué tan buenos amigos se supone que somos?

Una sonrisa pequeña tiró de la boca viril, y por un momento breve, pareció casi un muchacho. Luego la ilusión se desvaneció, y él fue un depredador poderoso otra vez.

-Oh, podría decir cercanos. *Muy* cercanos. Y, afortunadamente para mí, a Joshua le gusta de ese modo. Es mi aliado incondicional.

Una ceja subió rápidamente, y el hoyuelo cerca de la boca de la joven se hizo más hondo.

-¿*Tú* necesitas un aliado?

Otra vez él vislumbró su naturaleza traviesa, y sintió emerger otra pequeña sonrisa.

-Absolutamente.

Aidan tenía una forma de inclinar la cabeza hacia un lado y mirarla con tal hambre que le quitaba la respiración. Podría haber sido un truco de la luz, pero no había luz. Ella se concentró en sus palabras, haciendo el intento de no reaccionar a sus ojos sensuales o el sonido hipnótico de su voz.

-Un amigo tuyo, más bien odioso, te siguió la pista hasta aquí y exigió verte. Además de contrariar a mi personal, no fue muy lejos, pero devolvió algo que te pertenece. Eres consciente, claro está, de que tanto tu amigo Henry como el pequeño Joshua desaprobaron instintivamente a ese fabricante de juegos infantiles. De hecho, Josh tiene planes secretos para hacer dinero y que no tengas que vender tu arte a semejante hombre-. Aidan levantó las manos hacia su propia cabeza para asegurar su melena gruesa en la nuca-. Tiene una sonrisa que me recuerda a la de un tiburón, ¿no estás de acuerdo?

Alexandria estaba embelesada por el simple acto de ver a Aidan atándose el pelo, encontrando la forma en que él se movía increíblemente sexy. Negó con la cabeza, enojada de que un pensamiento tan ridículo incluso se le hubiera ocurrido.

-¿Estás hablando de Thomas Ivan? Porque si es así, muestra algún respeto. El hombre es genial en lo que hace. ¿Pero realmente vino aquí buscándome?

Se aferró a esa noticia. Él era humano y normal, de un mundo humano y normal. Thomas Ivan era alguien con quien podía llevarse bien, alguien que tenía cosas en común con ella. Ignoró el hecho de que la sonrisa de Thomas Ivan *fuera exactamente* como la sonrisa dentuda de un tiburón, e ignoró igualmente el hecho de que esa criatura frente a ella era el hombre más puramente masculino que alguna vez había visto y que *su* simple sonrisa la fascinaba.

-Los guiones del hombre son idiotas. No sabe nada acerca de los vampiros-. Había desprecio en la voz de Aidan, pero su tono mantenía aún tal pureza, que ella se encontró inclinándose hacia él, y tuvo que enderezarse bruscamente.

-Nadie sabe nada acerca de los vampiros- corrigió ella firmemente-, porque no existen. No pueden existir. Y su trabajo no es idiota. Sus juegos son brillantes.

-No había oído eso acerca de que los vampiros no existían- replicó Aidan con una sonrisa burlona-. Hubiera querido saberlo antes: me podría haber ahorrado una gran cantidad de problemas durante siglos. Por lo que respecta a Ivan, temo que debo estar de acuerdo con Joshua. El hombre es un asno pomposo. En todo caso, devolvió tu portafolios, y le dije que te

comunicarías con él cuando tu doctor dijera que estás lo suficientemente bien para hacerlo.

-No tengo doctor.

Los dientes blancos de Aidan relampaguearon, y sus ojos dorados brillaron con diversión perversa.

-Yo soy tu doctor. Soy tu sanador.

Ella no pudo sostener esa ardiente mirada fija. Su diversión era tan sexy como su boca esculpida.

-Creo que caigo en la cuenta. Entonces, ¿qué más ha dicho mi hermanito?-. Ella recorrió con la mirada el cuarto-. ¿No hay alguna camisa mía por aquí?- levantó los faldones de elegante seda de la camisa que llevaba puesta-. ¿Alguna que no alcance mis rodillas?

Él se aclaró la voz. Le gustaba que ella llevara puesta su camisa, como si estuviera rodeada por él.

-Bueno, realmente, como Joshua sabe, ese es uno de tus hábitos molestos. Te gusta correr de un lado a otro con mis camisas. Piensas que son mucho más cómodas que tus ropas.

Alexandria lo contempló con sus ojos azules muy abiertos.

-Oh, ¿lo hago? Y supongo que tú te molestas por eso.

-A menudo, para Josh. Nos reímos acerca de las excentricidades de las mujeres. Él piensa que te ves bonita con mis camisas.

-¿Y qué le daría a un niñito una idea como esa?

Él se veía impenitente.

-Lo podría haber mencionado una vez o dos.

Sus ojos dorados se deslizaron sobre su cuerpo, haciéndole tomar conciencia de su piel desnuda bajo la camisa, de cada curva, del hecho de que estaban completamente solos en alguna cámara secreta de su casa.

-Es cierto, después de todo. Te ves bonita con mi camisa.

-¿Por qué Joshua y yo tenemos que quedarnos aquí?-. La joven continuó ese tema de conversación para apartarse de las peligrosas y nuevas sensaciones.

-Joshua es un faro para guiar a nuestros enemigos hacia nosotros, como lo son Marie y Stefan. Como por mucho tiempo hemos tenido lazos humanos, estamos sujetos a ellos, y aquellos que quieren destruirnos nos pueden encontrar fácilmente. Aunque la mayor parte de nuestra especie puede permanecer escondida a voluntad, nuestros enemigos saben que nunca estaremos lejos de nuestras conexiones humanas, especialmente como Josh, que es un niño pequeño. Están más seguros de nuestros enemigos aquí en mi casa.

-¿Qué enemigos? No tengo enemigos-. Aidan habló con practicidad, pero Alexandria podía sentir su corazón comenzar a golpear una vez más. Percibió que él decía la verdad, y quienquiera que fuera el enemigo, no era un asaltante ordinario.

-Paul Yohenstria no era el único vampiro en esta ciudad. Hay otros, y saben que los cazo. Sabrán de tu existencia rápidamente, y usarán sus poderes para obtenerte.

Alexandria sintió que los músculos de su estómago se tensaban.

-¿Por qué me querrían? No entiendo nada. ¿Por qué está ocurriéndome todo esto?

-Eres una verdadera psíquica, una mujer humana capaz de convertirte en una de nosotros. E incluso los vampiros son de la Raza de los Cárpatos antes de *transformarse*. Hay pocas mujeres entre nuestra gente, y son intensamente atesoradas.

La barbilla de Alex se levantó belicosamente.

-Tengo noticias para usted, señor Savage. “Su gente” a duras penas parece tratar a las mujeres como tesoros. No me extraña que haya tan pocas-. Ella tocó las heridas todavía visibles de su garganta-. No puedo imaginar a demasiadas mujeres deseando ese honor. Verdaderamente puedo decir que yo misma no estoy muy contenta.

-Te he pedido que me llames a Aidan. Es necesario, incluso cuando estamos solos, que continuemos comportándonos de la manera humana y mantener la pretensión de que somos amigos íntimos hasta que llegue a ser realmente así-. Sus ojos dorados destellaron por un momento, casi deteniendo su corazón.

Los dedos femeninos se retorcieron en los faldones de su camisa, la agitación aumentando a pesar del tono quieto y tranquilizador de la voz varonil.

-¿Quién más vive aquí? Sé que hay una mujer. Recuerdo que no llamó a ninguna ambulancia aún cuando le rogué que lo hiciera-. A pesar de sus intentos de actuar con normalidad, Alexandria no podía librarse del miedo y la amargura en su voz.

Aidan avanzó un paso, tan cerca que podía sentir el calor irradiando de su cuerpo.

-Mi ama de llaves, Marie, estaba sumamente afligida por tu estado, Alexandria. No fue su culpa, y esperaba que no la culparas tú. Ella sabía que un doctor humano no podría ayudarte. Yo era el único que podía aliviar tu sufrimiento. Para que lo sepas, estaba muy enojada conmigo por tu estado. Ha sido mi ama de llaves y un miembro de mi familia por largos años. Es quien cuidará de Joshua para nosotros mientras somos incapaces de hacerlo a mediodía. Sólo por esa razón deberías buscar de corazón convertirte en su amiga.

-¿La controlas? ¿Bebes su sangre? ¿La obligas a hacer todo lo que quieres, como un títere?- explotó Alexandria.

-Nunca he tomado la sangre de Marie, ni he controlado jamás sus pensamientos. Ha preferido quedarse conmigo, como lo ha hecho su familia antes que ella, por propia voluntad. Se quedó a tu lado mientras estabas tan enferma porque sentía compasión. Me repetiré una última vez para que puedas entender. Ella no llamó una ambulancia porque ningún médico humano podría haber aliviado tu sufrimiento-. Él sentía innecesario informarle que los doctores humanos habrían averiguado las anormalidades nuevas en su sangre, y que su especie nunca podría permitir tal descubrimiento. Estaban a menudo acosados más que por sólo los *no muertos*. Los humanos cazadores de vampiros los buscaban también.

Otra vez su voz fue fría y calma, pero la boca de ella se quedó seca de aprensión. Él podía comunicar las amenazas en silencio mucho mejor de lo que la mayoría de la gente podía hacerlo a gritos. Asintió con la cabeza, tratando de verse conforme cuando en verdad estaba desmoronándose emocionalmente por dentro, su mente despedazándose y su cuerpo temblando casi más allá de su capacidad de control.

-Respira. Continúas olvidándote de respirar, Alexandria. Tu mente trata de ocuparse del trauma de lo que te ha ocurrido de a poco, y cada vez que una nueva pieza de información es procesada, tu cuerpo reacciona. Eres una mujer muy inteligente; tienes que saber que ésta no será una transición fácil, pero la pasarás.

Una sonrisa pequeña, sin humor, curvó su boca temblorosa.

-¿Lo haré? Estás tan seguro de eso. ¿Es porque lo has decretado?-. Su barbilla se levantó, y por un momento sus ojos brillaron de desafío-. Estás tan seguro de ti mismo.

Él simplemente la observó, de esa manera calma e indignante que para ella estaba haciéndose familiar. Alexandria finalmente suspiró.

-No te preocupes. No culpo a la mujer.

-Marie- murmuró él suavemente entre sus dientes blancos, un susurro de terciopelo sobre hierro. Sus ojos dorados eran derretido oro ardiente que fácilmente podrían engullirla.

Ella tragó saliva.

-Marie, entonces. Seré amable con ella.

Él tendió una mano. Alexandria clavó los ojos en ella un momento, y luego, evitando cuidadosamente todo contacto, se deslizó tras él hacia la puerta. Aidan caminó con ella, una sombra silenciosa, pero la joven era consciente de cada ondeante músculo, su cuerpo caliente, hasta su misma respiración. Estaba tan cerca de ella, que sintió que sus corazones latían al mismo ritmo.

El túnel en el que entraron era estrecho y serpenteaba hacia arriba, al primer piso. Se vio forzada a detenerse a medio camino cuando una ola de mareos la sobrecogió. Se agarró a la pared de piedra y luchó por respirar. De nuevo Aidan curvó un brazo alrededor de su cintura.

Los dedos de Alexandria se ensortijaron en su camisa.

-No puedo hacer esto. Lo siento, pero no puedo-. Hubo una súplica involuntaria en

su voz, el miedo venciendo su sentido de auto conservación contra el poder de Aidan. Él era enormemente fuerte y tan firme como una roca. Era que todo lo que tenía para aferrarse cuando su mente se rebelaba contra el trauma al que había estado sometida.

Él la sostuvo como a un niño, su cuerpo dando consuelo cuando, dentro de él, la bestia rugía por la culminación.

-Por ahora, piensa sólo en el niño. Está solo y asustado por ti. He hecho lo mejor que he podido para reconfortarlo, pero ha perdido demasiado en su vida, y los recuerdos que tiene de este lugar y de mí y mi familia son simplemente implantados, substitutos para la realidad de su amor por ti. El resto del futuro puede esperar, ¿no es cierto?-. Su voz fue pura hechicería, imposible de resistir. Susurraba sensualmente en su mente, asegurándole que si simplemente hiciera lo que sugería, todo estaría bien en su mundo.

La barbilla masculina rozó la parte superior de su cabeza, demorándose por un momento mientras él bebía su perfume, asegurándose de que sus aromas se entremezclaran. Su mirada dorada contenía posesión y hambre; pero sus brazos eran tiernos y delicados.

-Ahora ven conmigo, Alexandria. Entra en el calor de mi casa por tu propia voluntad. Comparte algún tiempo conmigo y los míos. Olvida todo por ahora, excepto este respiro de tu pesadilla. Necesitas alivio, y no te hará ningún daño.

-¿Fingir normalidad?

-Si quieres ponerlo de ese modo, supongo que podríamos decirlo así-. Sus dedos, masajeando su nuca, ejercían algún tipo de magia.

En su vida había habido también mucha adversidad, ninguna calidez excepto el de Joshua. Aidan era tan tierno, y aunque esa fuera la ilusión más grande de todas, Alexandria se acomodó en sus brazos. En algún nivel inconsciente se dio cuenta de que estaba aferrándose a él, apoyándose en su fuerza, pero se rehusó a pensar en ello; por su propia cordura, no se atrevió. Necesitaba sumergirse en una pequeña apariencia de vida normal, aunque fuera sólo por un corto tiempo.

Aspiró profundamente.

-Estoy bien ahora. De verdad. Y voy a fingir que eres un buen hombre, no una bestia gruñona a punto de comerme si no hago todo lo que dices.

Contra la piel de raso de su cuello, la boca masculina se curvó en una sonrisa, su respiración caliente contra su pulso, sus dientes rozándola amablemente. La sensación fue más sensual que atemorizante.

-No sé dónde sacas esas ideas, *cara*. ¿Quizá de los juegos de Thomas Ivan? Deberías dejar de jugarlos. Parecen influenciarte indebidamente.

-Pero él es tan bueno en lo que hace. También has jugado esos *videojuegos*, ¿verdad?- preguntó ella, acertando y tratando de azuzarlo un poco. Permaneció muy quieta, casi conteniendo la respiración, disfrutando la sensación de su boca en su cuello, pero aterrada de esa reacción extraña en sí misma.

-Admitiré haber perdido el tiempo en investigar su propaganda tonta… pero no debes decírselo a nadie. Podría perder mi status como *verdadero* Cazador de vampiros-. Su brazo se deslizó de regreso alrededor de su cintura, y su cuerpo la urgió a subir a lo largo del estrecho túnel.

-¡Aidan! ¿Eres un esnob?- bromeó ella, tratando de ignorar los sentimientos poco familiares que provocaban sus músculos duros rozando contra su cuerpo. Él estaba tan cerca de ella, y sus brazos la hacían sentirse tan protegida, una sensación que nunca había experimentado antes.

-Probablemente- murmuró sobre su piel, haciendo temblar sus entrañas -. Olvidaste tus zapatos- apuntó entonces-. Este piso está frío. Deberías haberte puesto las zapatillas que dejé para ti-. Hubo una huella de censura en su voz.

Alexandria miró hacia él sobre su hombro, un destello rápido de ojos azules.

-Ese es otro de mis hábitos que sin duda te molestarán a menudo. Tengo muchos, ¿sabes? Siempre me gusta ir descalza por la casa.

Aidan guardó silencio un momento. Ni siquiera podía oír sus pasos. Parecía deslizarse en vez de caminar.

-Entonces, ¿cuántos hábitos molestos tienes exactamente?- preguntó él. Su voz creó una sensación chistosa de derretimiento dentro de ella.

-Tantos que no los puedo contar. Y son malos, realmente malos-. Hubo una nota provocativa en su voz, un calor que no había estado allí antes. Aidan registró la mente de la joven y se encontró con que trataba de hacer lo que le había dicho, apartando a un lado todo lo que había ocurrido y viviendo únicamente el momento. Su calidez natural y su humor comenzaban a salir a la superficie a pesar de todas las probabilidades en contra. Se sintió orgulloso de ella. Constantemente lo asombraba. Esa mujer, tan inesperada en su vida, ciertamente valdría el esfuerzo y la paciencia que le llevaría ganarla completamente. Nadie jamás le había gastado bromas antes. Marie y Stefan habían estado de su vida un largo tiempo, y era consciente del afecto de ambos por él, pero siempre teñido de respeto hacia *qué* y *quién* era.

-No conoces la acepción de la palabra *mala*. No tienes vicios. Incluso ni siquiera fumas, y muy raras veces bebes alcohol. Y antes de que me acuses de leer tu mente, déjame decirte que Joshua ha revelado todos tus secretos. Quería que conociera tus virtudes.

-Oh, ¿lo hizo?- de pronto una pared se materializó frente a ella, y Alexandria se detuvo bruscamente. Parecía hecha de piedras sólidas, inmóviles.

Aidan se estiró desde detrás de ella y con tranquilidad colocó las puntas de sus dedos en una de las piedras extravagantemente moldeadas. Un panel se meció hacia afuera, permitiéndoles el acceso hacia las escaleras que conducían del sótano a la cocina.

Alexandria puso sus ojos en blanco.

-Qué notablemente melodramático. Pasadizos secretos y todo. Deberías escribir un libro, Aidan. O quizá hacer un *videojuego*.

Él se apoyó cerca, su respiración caliente enviando un temblor por su columna vertebral.

-No tengo imaginación.

Su pulso palpitó directamente bajo su boca. Aidan sintió su calor cautivándolo, su perfume, el sabor de su sangre, tan adictiva, llamándolo.

Por un momento, sus ojos resplandecieron con hambre y necesidad, emitiendo ardientes chispas de oro. La sangre en su cuerpo brincó de anticipación, y en su boca sus colmillos forcejaron por ganar la libertad.

-¿De verdad? Creo que uno de *tus* hábitos molestos es mentir cada vez que te viene bien. Implica gran imaginación simplemente haber diseñado este lugar. Y no me digas que no lo hiciste tú.

Fue su prolongado silencio el que lo delató. Alexandria percibió repentinamente el peligro en el que estaba y se congeló, conteniendo el aliento. Su quietud, el perfume de su miedo, lo golpearon; sus dedos rodearon la frágil muñeca femenina con gentileza.

-Lo siento, *cara,* ha pasado mucho tiempo para mí. Experimentar emociones es ligeramente apabullante. Tendrás que perdonarme cuando cometa un error.

Su voz otra vez pareció envolverla en brazos seguros, ofreciéndole un refugio. Alexandria se mordió el labio con suficiente fuerza como para producir una gota de sangre, esperando que el dolor disipara esa ilusión de seguridad que él había creado, y trató de alejarse.

Aidan se rehusó a renunciar al control de la situación. Sus dedos nunca la apretaron, pero, precisamente por ello, su asimiento fue casi irrompible. Él inclinó su cabeza hacia ella, sus ojos dorados manteniendo cautivos los azules.

-No pongas la tentación en mi camino, Alexandria. Tengo poco control cuando estoy contigo.

Él murmuró las palabras, una seducción de terciopelo, y con sólo su voz avivó una pequeña llama en el cuerpo de la joven. Su boca la rozó en la más ligera de las caricias, pero

le quitó la respiración cuando su lengua robó la gotita roja y diminuta de sangre de su labio inferior.

Cuando él levantó la cabeza de la misma forma lenta y sensual en que la había bajado, ella sólo pudo quedarse mirándolo con impotencia, fascinada por el fuego inesperado en su sangre y la necesidad de su cuerpo. La conmocionó la fuerza de su primera percepción sexual real. Que hubiera sido con ese hombre, que ella pudiera sentir tanto ardor y hambre por una criatura como Aidan Savage, la hizo temblar.

Él podía sentir el pequeño temblor que atravesó su cuerpo delgado, ver la conciencia sensual en sus ojos azules. La lengua de Alexandria pasó como una centella nerviosamente, tocando su labio inferior justamente donde la lengua de él la había tocado. Aidan sintió su propio cuerpo tensándose de necesidad, urgiéndolo a reclamar lo que era legítimamente suyo, el demonio levantando su cabeza y rugiendo.

-¿Aidan?- la mano de la muchacha se elevó protectoramente hasta su garganta-. Si vas a lastimarme, termina ya con ello. No juegues alguna especie de juego conmigo. No soy una persona muy fuerte, y no creo que pueda manejar mucho más de esto sin volverme loca.

-He dicho que no te dañaré, Alexandria, y no lo haré-. Se alejó de ella para darle a su cuerpo un pequeño respiro.

Por primera vez, la voz de él fue ronca, pero la ronquera sólo hacía más honda su belleza, aumentando su efecto cautivador. Alexandria apenas podía respirar por el esfuerzo de no ser atrapada por ella. Se encontró queriendo darle alivio, ser la única capaz de quitar esa mirada hambrienta en sus ojos dorados. Parecía haber tanta necesidad en él, y ella quería saciarla.

-Creo que estoy más asustada de ti de lo que estaba del vampiro. Por lo menos sabía que él era malo. Lo podía sentir en él, y sabía que lo que fuere que deseaba de mí, era más horrible de lo que la muerte podría ser nunca. Dime lo que planeas hacer conmigo.

-Si no percibes el mal en mí, Alexandria, confía en tus instintos. ¿No has podido siempre reconocer el mal?

-Vi lo que le hiciste a Paul Yohenstria. ¿No debería creer en mis propios ojos?

-¿Qué hice que fue tan malo? Destruí a un vampiro que se alimentaba de la humanidad. Mi único error fue creer que él te había convertido en vampiresa. Creí que estabas a punto de alimentarte del niño-. Él tocó su cara, su palma caliente y reconfortante, la sensación demorándose mucho tiempo más, incluso después de que bajara su mano-. Lamento profundamente haberte asustado, pero no puedo lamentar haber destruido al vampiro. Eso es lo que hago; esa es la razón por la que mantuve mi existencia por tanto tiempo, solo y lejos de casa. Para proteger a ambas razas, la humana y la Raza de los Cárpatos.

-Dices que no eres un vampiro, pero vi las cosas que puedes hacer. Eres con mucho más poderoso de lo que él era. Ese monstruo te tenía miedo.

-¿No temen la mayoría de los criminales la justicia cuando los encuentra?

-Si no eres un vampiro, ¿entonces qué eres?

-Soy de la Raza de los Cárpatos- repitió él pacientemente-. Soy parte de la Tierra, y hemos existido desde el principio del tiempo. Formamos parte de la tierra, el viento, el agua y el cielo. Nuestros poderes son grandes, pero también tenemos limitaciones. No te has convertido en un vampiro, un destructor disoluto: te has convertido en alguien como yo, como mi gente. Como te conté, sólo un puñado de humanos puede convertirse en lo que somos. La mayoría muere o se vuelve loca y debe ser destruida. Te lo digo no para que te alarmes, sino para ayudarte a entender que no te haré daño.

Alexandria guardó silencio, estudiando su cara. Físicamente, era el hombre más hermoso que alguna vez hubiera visto. Exudaba masculinidad y poder. A pesar de todo, ese peligro siempre acechaba bajo la superficie, y era eso lo que temía. ¿Debía creer en él? ¿Podría?

La línea dura de la boca viril se suavizó, sus ojos de ámbar volviéndose más cálidos,

hasta hacerse de oro derretido.

-No te preocupes por eso en este momento, *cara.* Espera a conocerme mejor antes de llegar a un veredicto-. Su mano apartó el largo cabello, un contacto apenas con la punta de sus dedos, no más, pero ella lo sintió en la sima de su estómago, en la nuca, en cada pulgada de su piel-. Una tregua, Alexandria, por esta noche con tu hermano, mientras sanas y te pones más fuerte.

Ella asintió con la cabeza silenciosamente, asustada hasta de confiar en su propia voz. Se sentía al mismo tiempo repelida y atraída por Aidan. Se sentía segura, pero sabía que corría peligro. Pero por el momento, trató de apartar sus miedos, sus sospechas, y simplemente disfrutar de sus momentos con Joshua.

Aidan sonrió. Era la primera sonrisa real que ella había visto en su cara. Hizo más cálidos sus ojos y le quitó la respiración. Había algo demasiado sexy en ellos que hizo a Alexandria sentirse aún más asustada. Nunca había tenido que luchar contra sus propios sentimientos antes.

-La puerta está delante de ti- dijo él.

Ella volteó su cabeza ligeramente, para poder observarlo al mismo tiempo que contemplaba la puerta del sótano.

-¿Algún truco bajo la manga? ¿Una contraseña secreta?

-Dar vuelta al picaporte será suficiente.

-Qué ordinario-. Alexandria alcanzó el pomo de la puerta al mismo momento que él lo hacía. Su brazo se curvó alrededor de ella, acercando sus cuerpos hasta que la joven pudo oler su aroma limpio y masculino y sentir su calor a través de sus ropas. Precipitadamente, ella dejó caer la mano. Mientras él abría la puerta, la joven pudo haber jurado que había oído la risa suave y burlona en su oreja. Cuando se volvió para mirarlo con furia, la cara varonil era todo inocencia.

Alexandria se abstuvo de patearlo en las espinillas y con gran dignidad caminó dentro de la cocina brillantemente iluminada, orgullosa de su autocontrol.

Aidan permaneció cerca mientras caminaba tras ella.

-Puedo leer tu mente, *cara-.* Su voz era bromista, aterciopelada, deslizándose sobre su piel como el tacto de sus dedos, desplegando llamas que no había sabido que pudieran existir.

-No se jacte de ello, señor Savage. Qué adecuado nombre para ti, entre paréntesis. *Savage*. Te queda perfecto.

-Si no me llamas Aidan, voy a tener que darle algunas explicaciones a Joshua. Ese niño es muy listo, tú sabes.

Ella rió suavemente.

-Y decías que no tenías imaginación. No puedo esperar para oír qué dirías.

Capítulo Seis

La cocina era enorme, mayor que todas las habitaciones juntas que Alexandria había alquilado para Joshua y ella en la pensión. Era bella, con todas las ventanas abiertas hacia un huerto enorme.

Las plantas pendían en todas partes, saludables y verdes, y el enlosado era inmaculado. Alex dio la vuelta en un círculo completo, tratando de apreciar todo al mismo tiempo.

-Esto es tan bello.

-Tenemos un microondas en caso de que sepas cocinar algo, y el vertedero de basura funciona bastante bien.

-Muy gracioso. Te informo que puedo cocinar.

-Eso me aseguró Joshua, creo que cuando devoraba las galletas de Marie.

-Así que ella hornea también. No sé si podré soportar una comparación con tal dechado de virtudes-. Alexandria hizo una mueca-. ¿Supongo que es la responsable de la limpieza de este lugar inmaculado? ¿Hay algo que no pueda hacer?

-No tiene tu sonrisa- contestó él suavemente.

Por un momento breve, el tiempo pareció detenerse mientras la muchacha caía en el oro hipnótico de sus ojos, el calor líquido derramándose sobre ella, dentro de ella.

-¡Alexandria!- Joshua abrió ruidosamente la puerta y se lanzó sobre su hermana, liberándola, al hacerlo, del hechizo que Aidan estaba tejiendo-. ¡Alex!

Ella lo atrapó, abrazándolo tan apretadamente que casi lo sofocó. Luego lo miró buscando cualquier signo de heridas o magulladuras. Observó intensamente su cuello, asegurándose de que Aidan no había tomado su sangre.

-Te ves genial, Joshua-. Ella vaciló, luego dijo-: Gracias por llamar a Aidan la otra noche, cuando estaba tan enferma. Fue muy inteligente por tu parte.

El muchachito le sonrió abiertamente, sus ojos azules encendiéndose.

-Sabía que él vendría y sabría qué hacer-. Su boca repentinamente hizo un mohín-. Creía que el otro hombre te había hecho enfermar. Que te había envenenado.

Alexandria hizo un intento para no mostrarse alarmada.

-¿Qué otro hombre?

-Thomas Ivan. Cuando cenabas con él, creo que te hizo comer veneno- dijo Joshua firmemente.

Alexandria empezó a mirar encolerizadamente la cara inocente de Aidan.

-Thomas Ivan no envenenaría a nadie.

-En cualquier caso- dijo Aidan con su voz amable y convincente-, más probablemente podría haber metido veneno en algo que bebieras, no que comieras. Mucho más eficiente y factible, para esconder cualquier amargor.

-Probablemente lo sabrías mejor que nadie- gruñó Alexandria-. Pero deja de animar a Joshua para que le desagrade Thomas Ivan. Evidentemente, pronto estaré trabajando para él.

-Henry dijo que Thomas Ivan era conocido por ser un libertino-le informó Joshua con franqueza-, cualquier cosa que eso signifique, y que probablemente él tratara de obtener algo de ti, además de tus dibujos.

Una visión del cuerpo sin vida de Henry surgió en la mente de Alexandria, y su pena fue intensa y absorbente. Instantáneamente, sintió a Aidan en su mente, apaciguándola, su cántico suave y antiguo ejerciendo una influencia tranquilizadora, un ancla que le permitió sonreír a Joshua.

-Henry algunas veces decía cosas que tal vez no fueran realmente ciertas- se las ingenió para decir-. Era un poco exagerado.

-No lo sé- murmuró Aidan-. Henry parecía un anciano bastante sabio. Creo que Thomas Ivan está interesado en más que tus dibujos. Se mostró testarudo y agresivo cuando exigió verte. No creo que esa sea la conducta usual de alguien que sólo está buscando a una empleada.

Joshua asintió solemnemente mostrando su acuerdo, mirando a Aidan como si fuera el hombre más listo del mundo.

Alexandria pateó la espinilla de Aidan; no podía detenerse.

-¡Deja de ser tan dañino! Nunca podré contrarrestar tu influencia si no dejas de hacer eso. Joshua, Aidan sólo bromea. A él realmente no le desagrada el señor Ivan, ¿verdad, Aidan?- lo advirtió, amonestándolo con los ojos.

Hubo un silencio pequeño y contundente mientras Aidan pensaba.

-Me gustaría ayudarte, *cara,* pero la verdad es que soy de la misma opinión que Henry y Joshua. Creo que Thomas Ivan tiene malas intenciones.

Joshua infló su pecho.

-¿Ves, Alex?, las mujeres simplemente no saben cuándo un hombre intenta obtener algo.

-¿Quién diablos te dijo eso?- Alexandria miró acusadora y furiosamente a Aidan.

-Henry- dijo Joshua inmediatamente-. Dijo que la mayoría de los hombres no son realmente buenos y siempre van detrás de una sola cosa y que Thomas Ivan era conocido por ser el peor de ellos.

-Henry tenía mucho que decir acerca de todo, ¿verdad?-. Alexandria dio un pequeño suspiro.

Aidan se aproximó a ella, tocando su codo y arqueando las cejas impacientemente. Ella inclinó la barbilla, ignorándolo con deliberación.

-Ambos amamos a Henry, Joshua, pero él tenía algunas opiniones extrañas acerca de las cosas.

Aidan la codeó otra vez.

-¿Qué?- dijo ella con un sonido más bien arrogante, adoptando su expresión más inocente.

-Este es el ejemplo perfecto de cuán astutas pueden ser las mujeres, Joshua. Tu hermana prácticamente me acusó de llenar tu cabeza con toda clase de ideas, y ahora quiere fingir que no hizo ninguna presunción-. Aidan se inclinó y levantó a Joshua, haciéndolo desaparecer del cuarto.

-¡Oye!- Alexandria fue detrás de ellos hasta un comedor formal, elegantemente amueblado, haciendo que su boca se abriera en mudo asombro. Aidan tuvo un deseo casi abrumador de besar esa expresión de su cara.

-¿Piensas que debería disculparse por apresurarse a sacar conclusiones rápidas, Joshua?

-En tus sueños más salvajes- negó ella-. No eres tan inocente como quieres hacerme creer.

Joshua extendió la mano y tocó una magulladura a un lado de la barbilla de su hermana. Sus ojos se dirigieron a los dorados de Aidan.

-¿Qué le sucedió a la cara de Alex?-. Hubo un indicio de sospecha en su voz, y pareció retraerse a algún íntimo tormento.

-¿Aidan?-. El miedo instantáneo hizo que la voz de Alex temblara.

Aidan simplemente atrapó y sostuvo la mirada de Joshua con la suya. Su voz se dejó caer una octava, convirtiéndose en un torrente puro como el agua derramándose sobre el niño, rezumándose en su mente.

-Recuerdas a Alexandria cayendo porque estaba muy débil por su enfermedad, ¿verdad, Joshua? ¿Recuerdas? Ella arruinó su hermoso traje cuando cayó en el camino. Tú estabas tan alterado que vine y la cargué en el gran coche negro y la traje aquí a nuestra casa.

Joshua asintió con la cabeza, la sospecha y la mirada atormentada desapareciendo tan rápidamente como habían surgido. Alexandria, agradecida, tendió sus brazos hacia el niño.

Aidan negó con la cabeza.

-Iremos a la sala de estar y nos sentaremos antes de que lo sostengas, *piccola*. Estás todavía demasiado débil.

Su voz sonó como una caricia, pero ella sabía que era una orden. Una mezcla de terciopelo en acero, claramente denotaba que estaba al mando. Intentó no dejar que eso la molestara y dócilmente los siguió por un vestíbulo ancho. Tropezó varias veces porque, en lugar de observar por donde caminaba, miraba fijamente, sobrecogida, todo lo que había a su alrededor. Nunca había estado en una casa tan bella como esa. El trabajo de madera, los pisos de mármol, los altos y luminosos techos, las pinturas y las esculturas eran espléndidos. Un

florero Ming se asentaba graciosamente en un pedestal antiguo de caoba cerca de una chimenea ancha de piedra. Aidan tuvo que atrapar su brazo dos veces para no dejarla estrellarse directamente contra una pared.

-Lo usual es que uno mire por donde anda, *cara mia*- le recordó amablemente-. Es como si nunca antes hubieses visto la casa- agregó malvadamente para hacerla sonreír.

Ella le hizo una mueca.

-¿No piensas que esto es demasiado? ¿Qué ocurre si Joshua sale corriendo y llorando a través de la casa y golpea el florero Ming? En cierta forma, comienzo a creer que cometimos un gran error al aceptar tu hospitalidad. Algunas de estas cosas son de un valor incalculable-. Los dos podían jugar a su juego.

-Creo que ya tuvimos esta conversación- le dijo él suavemente, guiándola a la sala de estar-. Estuvimos de acuerdo en que si Joshua rompiera algo, no lloraríamos sobre la leche derramada-. Sus ojos dorados brillaron hacia ella, desafiándola a continuar.

-Aidan, de verdad, ¿un florero Ming?-. Horrorizada al pensar en destruir tal tesoro, Alexandria consideró agarrar a Joshua y salir corriendo de esa casa.

Deliberadamente, Aidan se apoyó cerca para que su respiración caliente moviera las guedejas de pelo que caían sobre la oreja femenina.

-He tenido siglos para admirar la pieza. Perderla podría incentivarme a patrocinar a un artista moderno.

-Eso es sacrilegio. Ni siquiera lo pienses.

-Alexandria, ésta es tu casa. Es la casa de Joshua. Nada en ella es tan importante como ustedes dos-. Sus ojos dorados brillaron intensamente mientras su mirada fija la recorría de arriba abajo observando su cuerpo-. Ahora siéntate antes de que te caigas.

Ella pasó una mano a través del pelo que caía sobre su frente.

-Simplemente, ¿podrías intentar no parecer un sargento de entrenamiento? Me pone los nervios de punta.

Él se veía impenitente.

-Uno de mis hábitos molestos.

-Y tienes tantos-. Alexandria escogió un sillón de cuero para sentarse cómodamente, y por primera vez se percató de cuán débil estaba realmente. Se sentía bien sentarse aun después de un paseo tan pequeño. Joshua inmediatamente fue a acomodarse en su regazo, necesitando su cercanía tanto como ella la de él.

-Te ves tan blanca, Alex- apuntó Joshua con la naturaleza franca de un niño-. ¿Estás segura de que estás bien?

-Estoy en ello, pequeño camarada. Lleva su tiempo. ¿Te gusta el cuarto que tienes aquí?- dijo mientras otra vez lo examinaba buscando marcas.

-Es grande, realmente grande. Pero no me gusta dormir allá arriba sin ti. Es demasiado grande. Marie y Stefan me dejaron dormir escaleras abajo, cerca de ellos-. Él abrazó su cuello amoratado y lacerado, sin darse cuenta cuando ella se sobresaltó.

Los ojos dorados de Aidan se estrecharon como rajas. Con indolencia engañosa, levantó una mano perezosa y atrajo al niño a su lado.

-Tenemos que cuidar de Alexandria durante algún tiempo. ¿Recuerdas lo que dije? Necesita tiernos cuidados, y depende de ti y de mí cerciorarnos de que los tenga. Aun cuando se rebele, como piensa hacer ahora.

-Estoy bien- dijo Alexandria con resentimiento-. Si quieres sentarte sobre mí, Joshua, por supuesto que puedes hacerlo-. Nadie, excepto ella, decía a Joshua qué hacer.

Joshua negó con la cabeza, sus rizos rubios oscilando de arriba abajo en la forma que siempre hacía que su corazón se derritiera.

-Soy grande, Alex, no un bebé. Quiero cuidar de ti. Ese es mi trabajo.

Ella arqueó las cejas.

-Pensaba que era yo quien estaba a cargo.

-Aidan dice que sólo *piensas* que estás a cargo, pero debemos dejarte que lo creas

porque a las mujeres les gusta pensar que son las que tienen el control, pero los hombres tienen que protegerlas.

Los ojos azules de la joven encontraron los dorados por sobre los rizos rubios.

-Dijo todo eso, ¿eh? No debes creerlo, Joshua. Yo estoy a cargo, no Aidan.

Joshua sonrió conspirativamente a Aidan. Aidan articuló, sin hablar: *"te lo dije"*, y ambos la miraron con completa inocencia, sus expresiones tan similares, que inesperadamente le dio un vuelco el corazón.

Joshua se movió más cerca de Alexandria, jugando con la trenza que pendía sobre su hombro. Podía oír la pulsación de su corazón, oír la sangre golpeando y manando a través de su cuerpo joven. Al mismo tiempo, se dio cuenta del pulso que batía en el cuello de su hermano. Cada latido, cada pulsación... Horrorizada, lo apartó con fuerza de ella y se levantó precipitadamente buscando una salida. Tenía que marcharse tan lejos y tan pronto como pudiera, lejos de Joshua. ¡Era un monstruo!

Aidan se movió tan velozmente que ella ni siquiera lo vio acercarse, pero estuvo allí con ella, sus brazos rodeándola, manteniéndola cautiva y silenciosa.

-No es nada, *cara*, sólo tus sentidos intensificados-. Su voz fue apenas perceptible, pero ella la oyó claramente. El tono era suave, tierno y calmo-. No te alarmes.

-No puedo arriesgarme a estar junto a él. ¿Qué ocurre si estás equivocado? ¿Qué ocurre si todavía tengo la sangre del vampiro en mí? No podría soportar hacerle daño a Joshua. No puedo estar aquí con él.

Ella mantuvo su voz baja, amortiguada contra su pecho, un susurro más que sonido, que tiró dolorosamente del corazón de Aidan. La acercó más dentro del refugio de sus brazos, la sintió relajarse instintivamente contra él. No confiaba en él, no lo conocía, pero su cuerpo sí lo hacía.

-Nunca podrías dañar al niño, Alexandria, nunca. Sé que sientes hambre, que estás extraordinariamente débil. Tu cuerpo ha pasado a través de una experiencia tremendamente dura, tu mente ha sufrido un trauma, pero nada, jamás, te podría inducir a dañar a Joshua. Lo sé con toda seguridad-. Su voz fue terciopelo negro, tranquilizadora, filtrándose en su mente como un bálsamo.

Ella se permitió creerle, dejar que la calmara mientras descansaba la cabeza contra su duro cuerpo. Podía oír su fuerte corazón golpeando al mismo ritmo que el suyo. Era tan tranquilo, tan suave; su voz nunca se elevaba, siempre tan segura, tan confiada... una roca sólida en la cual apoyarse. Por propia voluntad, sus pulmones empezaron a desacelerar para acompasarse con el ritmo de su respiración.

Aidan acarició su pelo, masajeando su nuca mientras bebía de su perfume.

-¿Mejor ahora?

Ella asintió con la cabeza y se alejó de él en el preciso instante que una pareja mayor se acercaba. Alexandria reconoció a la mujer que llevaba una bandeja con dos copas largas de cristal y tres tazas inglesas de porcelana china. El hombre detrás de ella llevaba una bandeja con una botella de vino tinto y una jarra de algo lleno de vapor.

Marie le dirigió a Alexandria una sonrisa tentativa.

-Es bueno verla levantada y caminando. ¿Se siente mejor ahora?

La mano de Aidan en el cuello de Alexandria se apretó perceptiblemente. Su pulgar acarició su pulso, una vez, dos, un gesto destinado tanto a serenarla como a advertirle que él controlaba la situación.

La barbilla de Alexandria se levantó.

-Estoy bien, Marie, gracias. Fue muy amable de su parte tratar de ayudarme mientras Aidan no estaba-. Ella sonó dulce y educada, deseando todo el tiempo poder detectar un indicio de alteración en cualquiera de esas personas. Estaba decidida a que ellos no le gustaran, a no incorporarse a su círculo. No quería ser atraída hacia una trampa por la trama sedosa que tejía esa casa de fantasía, ese lugar lleno de belleza. La pareja mayor parecía afectuosa y cálida, mirándose a los ojos uno al otro con amor, mirando a Aidan y Joshua -*su*

Joshua- con gran afecto. No quería ver nada de eso.

Las bandejas fueron colocadas en la mesa para café, y Aidan alcanzó con perezosa satisfacción la botella de vino. Marie vertió el cacao caliente de la jarra de plata, llenando de vapor las tres tazas.

-Joshua adora su chocolate caliente antes de la hora de acostarse, ¿verdad, dulzura?

El niño ansiosamente aceptó la taza y sonrió traviesamente a Marie.

-No tanto como como a Stefan y a ti.

El estómago de Alexandria se rebeló ante la vista y el olor del chocolate. Aidan le dio una copa y la llenó del líquido de color rubí. Al mismo tiempo que ella negaba con la cabeza, él la estaba empujando hacia sus labios, sus ojos dorados con la mirada fija directamente en los de ella.

-Bébelo, *cara.*

Sintió como si cayera en las profundidades insondables de sus ojos, fascinada, hipnotizada. Podía sentirlo en su mente, una sombra oscura imponiendo su voluntad. *Beberás eso, Alexandria.*

La joven parpadeó, luego encontró la copa vacía en su mano, sus ojos todavía unidos a los de Aidan. Él sonrió con un destello de dientes blancos, levantó su propio vaso hacia ella en un pequeño brindis, y vació rápidamente el contenido. Inmersa en una fascinación total, la joven observó el movimiento de su garganta. Apenas podía apartar la mirada de él. Todo en ese hombre era tan sensual.

Alexandria saboreó la dulzura, el adictivo sabor que pareció tan familiar en su boca, en su lengua. Aidan la observaba con intensidad, con la mirada fija y sin parpadeos de un depredador. La muchacha le volvió la espalda, cerrando los ojos para evitar las lágrimas, asustada de enfrentarse a él y comportarse como una tonta frente a la pareja mayor. Estaba confusa, cansada y asustada. Levantó una mano temblorosa para apartarse el pelo.

-Aidan dice que podremos conseguir una computadora sólo para mí- barbulló Joshua.

Alexandria lanzó una mirada a Aidan. Él estaba sirviéndose una segunda copa de vino, y mantuvo la botella en alto, ofreciéndole a ella más. Todo en su interior demandaba que accediera, de modo que desvió la mirada, asintiendo con la cabeza. ¿Por qué era tan importante para ella hacer lo que Aidan deseaba? Era tan impropio de su carácter seguir a alguien tan ciegamente. La asustaba pensar que él tuviera tal poder sobre ella.

-¿Sabes, Joshua?, realmente no hemos tenido tiempo de establecernos y pensar en lo que haremos- advirtió, sus ojos sin abandonar nunca el rostro de Aidan-. Aun no sabemos si vamos a quedarnos aquí. Esto no es más que una prueba para ver si nos llevamos bien. Algunas veces, los compañeros de cuarto simplemente no se integran, por más que se agraden entre sí.

Joshua parecía a punto de ponerse a llorar.

-Pero es genial estar aquí, Alex. Sé que deberíamos estar aquí, es un lugar muy seguro. Y tú sí puedes vivir conmigo, ¿verdad, Aidan? No soy demasiado gritón ni nada parecido.

La mano de Aidan descansó en los rizos sedosos del niño al mismo tiempo que sus ojos dorados cautivaban los de Alexandria.

-Sabes que no lo eres. Me gusta tenerte aquí, y no creo que tengamos ningún problema. Tu hermana está preocupada porque ambos sean una carga adicional para Marie y Stefan, pero yo los conozco mejor.

Marie asentía con la cabeza, de acuerdo.

-Adoramos tenerte aquí, Joshua. Animas mucho la casa. Y los niños, se supone, son gritones.

-Por supuesto que todo el mundo te querría, pequeño camarada- aseguró precipitadamente Alexandria a su hermano, haciendo un esfuerzo supremo para librarse de la hipnótica mirada dorada de Aidan-. Pero algunas veces son los adultos los que no pueden

vivir juntos. Estoy acostumbrada a hacer las cosas a mi manera, y Aidan está completamente asentado en sus costumbres medievales.

-¿Qué es medieval?- quiso saber Joshua.

-Pregúntaselo a Aidan. Es bueno con las respuestas- contestó la joven con resentimiento.

-Medieval se aplica a la época de los caballeros de armadura y sus damas, Joshua. Alexandria piensa que yo habría sido un magnífico caballero. Eran hombres que servían a su patria con honor y siempre rescataban y cuidaban a las doncellas hermosas-. Aidan vació el contenido de un tercer vaso de líquido color rubí-. Una descripción apropiada, y realmente un cumplido. Gracias, Alexandria.

Stefan tosió detrás de su mano, y Marie precipitadamente empezó a mirar por la ventana.

Alexandria descubrió que una sonrisa renuente curvaba su boca suave.

-No es todo lo que podría llamarte, pero por ahora, lo dejaremos en medieval.

Aidan se inclinó en una reverencia formal, sus ojos dorados llenos de calidez. Podría ahogarse en esos ojos. La palma masculina se ahuecó a un lado de su cara casi tiernamente, la yema de su pulgar deslizándose sobre su piel en una caricia breve.

-Siéntate, *cara mia,* antes de que te caigas.

Alexandria suspiró e hizo lo que ordenaba, más que nada porque sus piernas se sentían temblorosas. Estaba segura de que no tenía nada que ver con estar demasiado cerca de un hombre tan atractivo y masculino, y todo con su reciente y dura experiencia con el vampiro. Un simple hombre no podría hacer que sintiera debilidad en las rodillas.

Aidan se acomodó a su lado en el sofá, mientras Stefan ocupaba el sillón de cuero que ella había abandonado. El muslo de Aidan rozó el suyo, enviando un pequeño temblor a través de su cuerpo. Su respiración calentó su oreja.

-Afortunadamente, no soy un simple hombre.

-Deja de leer mi mente, tú… pesadilla de un juego de Thomas Ivan-. Fue el peor insulto en el que podía pensar, pero él sólo rió suavemente, el sonido en su cabeza, no en su oído. Era patentemente seductora y la envolvió en calor.

-Es muy tarde, Josh-. Ella fijó su atención en su hermano para protegerse. Era la única cosa cuerda que podía hacer-. Es el momento de irse a la cama.

Aidan se inclinó aun más cerca, sus labios acariciándole la oreja.

-Pequeña cobarde.

-Ah, Alex, yo no quiero ir a la cama. No te he visto durante días- rogó Joshua.

-Es pasada la medianoche, jovencito. Me quedaré contigo y te leeré historias hasta que te quedes dormido- prometió la muchacha.

Aidan se movió, un movimiento liso de músculos, no mucho más, pero ella sintió el peso de su desaprobación.

-No esta noche, Alexandria. Necesitas descansar también. Marie puede meter en la cama al niño.

Marie hizo frenéticamente señales a Aidan. Ya había advertido la ambivalencia de Alexandria hacia ella y sabía que en su mayor parte se debía a la impresión de que estaba usurpando su lugar con Joshua, y Aidan sólo lo empeoraba con sus maneras dictatoriales. Como siempre, el hombre simplemente ignoró lo que no quería ver. No tenía la intención de permitir a Alexandria hacer cualquier cosa que pensara que podría hacerle daño, y era más que capaz de salirse con la suya.

-No creo que vayas a decirme qué puedo o no puedo hacer con mi hermano. Lo he estado llevando a la cama por años, y tengo la intención de seguir haciéndolo. Estoy segura de que Marie no tiene objeciones- expresó la chica, desafiando furiosamente a la mujer mayor.

Marie le sonrió.

-Claro que no.

Aidan tomó el puño de Alexandria, forzándola amablemente a que abriera los dedos, y los entrelazó con los suyos lo suficientemente fuerte para que pensara mejor en librarse de su sujeción.

-Soy yo quien debe objetar, *piccola,* no Marie-. Su voz fue lo suficientemente tierna como para ablandar las piedras-. Soy responsable de tu salud. Estás débil aún y necesitas descansar. Mañana o la siguiente noche habrá suficiente tiempo para que retomes tus tareas-. Se volvió para mirar a Joshua-. No te importará si Marie te lleva a acostar esta noche, ¿verdad?

-Puedo ir a acostarme yo solo- se jactó Joshua-. Pero me gustan las historias de Alexandria. Siempre me cuenta una después de leerme un libro. Sus historias son siempre mejores que el libro.

-Pero no te gusta que cocine, ¿verdad?- preguntó Aidan.

Joshua, sabiamente, no contestó.

-Puedo cocinar-. Alexandria sintió que necesitaba defender sus habilidades domésticas delante de Marie.

-Ningún horno microondas se resiste a Alexandria- bromeó Aidan.

-Como si lo supieras- dijo ella desdeñosamente. El aroma de la botella de vino flotaba hasta ella, tentándola, causando punzadas de hambre tan intensas, que fue casi incapaz de controlar sus instintos para aspirarlo.

-Déjala en paz, Aidan- lo amonestó Marie. Nunca lo había oído bromear antes, y era algo que encontraba agradable y asombroso. Pero todos estaban en la cuerda floja con la recién llegada, y Aidan tenía que conservar a Alexandria junto a él para sobrevivir. Todos tenían que andarse con cautela, ser cuidadosos para no ahuyentarla.

Perversamente, Alexandria no quiso que Marie saliera en su defensa. No quería que le gustara la mujer mayor. No quería que le gustara ninguno de ellos. No lo haría en absoluto. ¿Y por qué tenía que ser tan consciente del cuerpo de Aidan contra el de ella, la fuerza de sus dedos? No debía tenerle más miedo. ¿Qué más podía hacerle? Ella ya era una muerta viviente, ¿verdad? Abrió la boca para desafiarlo.

Él atrajo sus nudillos hacia su boca, murmurando:

-No, no lo harás. Y las bobadas que piensas... *Muerto viviente.* ¿De dónde sacas esas tonterías?-. Su boca acarició su piel, enviando lanzas de fuego a sus terminales nerviosas-. Déjame adivinar. Thomas Ivan.

-Tal vez él usa ese término. No lo recuerdo.

-¿Es el señor Ivan el caballero que visitó a la señorita Houton?- preguntó Marie cautelosamente.

-Llámala Alexandria, Marie. No somos ceremoniosos aquí, y tú no eres una criada. Eres parte mi familia y mi amiga.

-Por favor, hágalo- secundó Alexandria bajo la presión en los dedos viriles.

-Me gustaría que fuésemos amigas - dijo Marie.

Eso hizo a Alexandria sentirse pequeña y mezquina. Después de todo, esa mujer que la molestaba era la que cuidaría de Joshua cuando fuera incapaz de hacerlo ella misma. Inmediatamente, junto con ese pensamiento, llegó la angustia, mientras un poco más de la verdad se deslizaba en su cerebro. Su respiración quedó atrapada en su garganta, y luchó en busca de aire, estrangulándose, ahogándose.

Aidan empujó hacia abajo su cabeza.

-Respira, *cara.* No es tan difícil. Adentro y afuera. Continúa respirando. Marie, por favor lleva al niño al otro cuarto.

-¿Qué le sucede a mi hermana?- exigió Joshua, claramente rebelándose.

Alexandria luchó contra la locura que se arremolinaba en su cerebro. No permitiría que Joshua fuera afectado por esa pesadilla absolutamente demente. Se incorporó y le sonrió, un poco pálida, una tenue sonrisa, pero una sonrisa al fin de cuentas.

-Simplemente estoy un poco débil, como Aidan dijo. Quizá está en lo correcto,

aunque odio darle la razón, es tan mandón últimamente. Ve con Marie, y yo me quedaré aquí mismo hasta que me sienta lo bastante bien para irme a acostar también.

Los ojos de Joshua se encendieron.

-Tal vez Aidan debería llevarte. Es muy fuerte. Podría hacerlo, ¿sabes?, como en el cine-. Joshua sonó ansioso.

- Claro que podría hacerlo- asintió Aidan, guiñando el ojo a Joshua.

Se veía tan sexy, que pareció robarle la respiración otra vez.

-Creo que no-. Alexandria sonó firme.

Aidan repentinamente se levantó, inspirando abruptamente, su atención claramente fija en algo aparte de las personas en ese cuarto. Alexandria lo sintió también: una perturbación en el aire, una oscuridad vil y maligna arrastrándose lenta pero inexorablemente hacia ellos. Se extendía como una mancha oscura sobre el cielo, haciendo que el aire se espesara hasta que resultó difícil respirar. Un bajo murmullo de voces empezó en su mente, con palabras en otra lengua, llamando, imposibles de entender, aunque ella supo su significado. Algo la atraía, intentando sacarla al exterior.

Un sonido escapó de sus labios, un grito inarticulado de terror, tan amortiguado que fue casi inaudible, pero Aidan volvió sus ojos dorados hacia a ella inmediatamente. Alexandria, horrorizada, agarró firmemente su brazo. *Él está allí afuera,* pensó aterrorizada. Arrastró a Joshua hacia ella protectoramente, agarrándolo, sin advertirlo, demasiado apretadamente.

No alarmes al niño, cara. La voz en su mente fue calma y tranquilizadora, tan tierna que alcanzó el caos de miedo y encontró su fuerza. *No puede entrar en esta casa. No sabe con certeza que estás aquí. Trata de llevarte fuera.*

Alexandria dejó sus dedos curvados alrededor de la muñeca de Aidan, necesitando su contacto. Dio una respiración profunda y sonrió a Joshua. Él la contemplaba con sus ojos azules llenos de curiosidad, preguntándose por su gesto repentino. Marie y Stefan clavaban los ojos en ella, alertas.

Aidan amablemente desprendió el brazo de Alexandria de alrededor del niño.

-Marie, Stefan y tú deben cerrar la casa de inmediato, y luego llevar a Josh para acostarlo.

Había una orden en su voz, y la pareja reaccionó instantáneamente. Habían pasado por un ataque antes y reconocían el peligro, si bien no podían detectarlo como Aidan y Alexandria lo hacían. Apresuraron a Joshua después de su saludo de buenas noches y lo llevaron fuera del cuarto.

-Conserven a Joshua consigo esta noche. Debo salir- indicó Aidan. Luego tocó la cara de Alexandria con dedos suaves-. *Cara,* tengo que salir y terminar con esta amenaza. Tú te quedarás aquí. Si cualquier cosa llega a ocurrirme, llévate al niño y ve por ultramar a las Montañas de los Cárpatos. Busca a un hombre llamado Mikhail Dubrinsky. Stefan y Marie te ayudarán. Prométeme que lo harás-. *Es la única forma en la que Joshua estará verdaderamente a salvo.*

No le informó aún que su unión era ya lo suficientemente fuerte para ponerla en peligro si él muriera. Aidan ni siquiera permitió que la posibilidad entrara en su mente. No podía morir. No lo permitía, ahora que tenía motivos para vivir.

Hubo algo tan urgente en su voz, en sus ojos, en la orden mental, que Alexandria, a regañadientes, asintió. Tan dividida como se sentía en sus pensamientos sobre lo que era Aidan Savage, sobre quién era y sus intenciones hacia ella, no quería que saliera de la casa y enfrentara aquello que estaba fuera.

-Creí que Paul Yohenstria estaba muerto-. Alex murmuró las palabras, sintiendo el miedo como una entidad viviente, respirando en ella.

Él está muerto, cara. Este es otro. Las palabras sólo estaban en su mente, y por primera vez la joven reconoció el enlace entre ellos. Él podía hablarle a voluntad, introducirse en su cabeza, y conocer sus pensamientos. *Como tú puedes hacer con la mía.*

Trata de alcanzarme, y me encontrarás en cualquier momento. Debo irme ahora.

Alexandria intensificó su apretón, sin desear que saliera a la espesa nube de maldad que rodeaba la casa.

-Si no es Yohenstria, entonces, ¿qué es lo que hay afuera?-. Ella temblaba, ni siquiera tratando de ocultárselo.

-Lo sabes, Alexandria. Ya sabes que hay otros-. Aidan inclinó su cabeza y acarició la parte superior de su cabello sedoso con la boca, demorándose apenas un momento para aspirar su perfume-. No dejes la seguridad de esta casa-. Fue una orden clara.

Alexandria asintió. No tenía ninguna intención de salir para confrontar a otra criatura maligna. ¿Cuántos de ellos estaban allí? ¿Cómo había entrado en esa pesadilla interminable? ¿Hasta dónde podía confiar en Aidan Savage?

Lo observó salir a zancadas, una confianza absoluta en cada línea de su poderoso cuerpo. Nunca volvió la cabeza, nunca miró hacia atrás. Se movía con la precisión silenciosa de un depredador, ya acechando a su presa. El miedo por su seguridad se ensortijó en el estómago de Alex. Debería haberse alegrado: estaría libre de él por el momento. Podría llevarse a Joshua y escapar lejos de ese lugar, lejos de esa ciudad, donde ninguno de su especie pudiera seguirlos. Pero el pensamiento de nunca volver a ver Aidan otra vez fue repentinamente tan aterrador como estar bajo su dominio.

Alexandria siguió a Aidan hacia la puerta. Mientras él salía, se quedó mirando fijamente la pesada puerta de roble que se cerró tras él. Era absolutamente bella, con paneles de vidrio con dibujos intrincados de colores, diferente a cualquiera que alguna vez hubiera visto antes. Pero su mente no podía enfocar la atención en nada. Ni en el artístico vidrio, ni siquiera en Joshua. Registraba sólo la desolación de su existencia sin Aidan.

Permaneció allí, sola y asustada, temblando de miedo por él. Podía sentir la pesada sombra moviéndose fuera y supo que Aidan se acercaba al peligro fuera de la casa, lejos de Joshua, lejos de Marie y Stefan... y lejos de ella.

Cerró los ojos y se concentró, buscándolo, buscando la verdad de las palabras de Aidan. Lo encontró en medio de la feroz batalla, su mente convertida en una neblina roja de gozo por la cacería. Sintió su dolor mientras las garras rasgaban su pecho. Se agarró firmemente su propio pecho, con el corazón martilleante.

Aidan era tan poderoso que nunca había esperado realmente que fuera herido. Trató de estudiar sus sensaciones, buscar el peligro para Aidan. Lo que fuera, quien fuera que estaba allí, creaba ilusiones, las multiplicaba, usando su habilidad para confundir a Aidan y mantenerlo descentrado. Los ataques eran veloces y brutales, y se alejaban tan rápidamente que Aidan no podía devolverlos. Podía sentir su confusión y su consternación creciente.

Alexandria exploró más allá, en la oscuridad. Algo iba muy mal. Aidan, asaltado por todos los flancos, no podía discernir la naturaleza de su asaltante de la misma forma que ella podía hacerlo desde el santuario de la casa. La ilusión que la criatura inventaba allí afuera era demasiado espesa, demasiado maligna. Entonces supo qué hacer.

-Aidan-. Ella murmuró su nombre en voz alta, todo a su alrededor completamente en silencio. No podía permitirle morir. No sabía por qué que se sentía de esa forma, pero lo sabía desde la profundidad de su alma.

Intentó otra vez alcanzar su mente, esperó hasta que pudo penetrar en la neblina roja, hasta que pudo inferir su fuerza y su concentración. Mientras lo hacía, Aidan golpeó dura y rápidamente a su adversario, y ella tuvo la impresión de una corriente de luminosa sangre roja y un aterrador aullido de miedo.

Detrás de ti, Aidan. El peligro está detrás de ti. Hay otro. ¡Sal de allí!

Gritó la advertencia en su mente, pero estaba segura de que era demasiado tarde. Sintió el impacto mientras él era herido, el golpe aniquilador rastrillando su garganta, su estómago, su muslo. Pero Aidan *había cambiado de dirección* tras su llamada frenética, para que el segundo asaltante no pudiera dar el golpe fatal que esperaba.

Alexandria podía sentir el dolor estallando a través de Aidan, pero él permaneció

calmo y frío bajo la acometida. Su velocidad era increíble, y él la usó casi ciegamente, acuchillando a su asaltante cuando se enfrentó a él. Asestó un golpe con una precisión mortífera. Al mismo tiempo que el vampiro se alejaba de él, tambaleándose y cayendo a la tierra mientras gritaba, el primer asaltante se elevó en el aire, sosteniendo firmemente sus heridas mientras se alejaba.

-¡Stefan!- gritó Alexandria con autoridad sorprendente-. ¡Traiga el coche ahora! Tráigalo al frente. Puedo encontrarlo.

- Aidan no quiere que deje la casa- dijo Stefan mientras se acercaba, pero su mano se dirigía ya hacia las llaves en su bolsillo.

-Bien, es una lástima. Su majestad está herida e incapaz de regresar a casa. Él puede gritarnos a ambos más tarde, pero no podemos dejarlo allí afuera para morir desangrado. Lo que, a propósito, es lo que está haciendo-. Alexandria le dirigió al guarda de Aidan su mirada más fría-. Voy por él con o sin usted.

Stefan asintió con la cabeza.

- Por supuesto que iré con usted. Pero se enojará mucho con nosotros.

Alexandria esbozó una sonrisa de camaradería.

-Lo puedo soportar si usted puede.

Óyeme, cara. No puedo ir a casa esta noche. Ve a la cámara, y trataré de ir a ti mañana por la noche. Él trataba de ocultarle su dolor, para encubrir el hecho de que se estaba arrastrando para ocultarse, tratando de encontrar un trozo de tierra que pudiera abrir para buscar seguridad.

Simplemente permanece quieto, Aidan. Ya voy por ti.

¡No lo hagas! Hay demasiado peligro para ti. ¡Permanece en la casa!

Déjalo. Nunca he sido muy buena obedeciendo a alguien. En caso de que mi hermano pequeño tuviera el descuido de no habértelo informado, he sido la jefa por años. Stefan está conmigo, y ya estamos en camino, así que simplemente quédate quieto y espéranos.

Siguió a Stefan hacia el camino de acceso, sus ojos saltando hacia el arma en la mano del hombre mayor. Él registraba el cielo, claramente medio esperando un ataque desde esa dirección.

-No siento a más de ellos cerca de aquí, pero el aire es espeso alrededor de Aidan. Tenemos que apresurarnos. Uno de ellos está muerto o moribundo, pero el otro regresará a terminar el trabajo.

-¿Cuán débil está Aidan?-. Stefan no cuestionó su conexión con su jefe o cómo lograba ella saber la posición de Aidan mientras conducía.

-Él trata de ocultármelo, pero no creo que pueda soportar otro ataque. Actúa confiado, pero siente la aproximación del otro -. Rió suavemente para sí misma, ayudando a suprimir su propio miedo-. Me está advirtiendo. De hecho, está realmente enojado. Nunca lo he oído de otra manera que no fuera calmado y sereno. Eso es tan molesto, ¿no piensa lo mismo? ¿Siempre tan controlado? Si no estuviera aterrorizada, esto sería cómico. Vaya hacia la izquierda por aquí. Sé que éste es el camino.

Stefan desaceleró el coche con indecisión.

-Déjeme ir solo. El otro no me quiere a mí. Pero si algo le ocurriera a usted, perderíamos a Aidan.

-Nunca lo encontraría por sí mismo. No tenemos tiempo para esto. Vamos, Stefan. Él está solo allí afuera-. Ella no se detuvo a pensar por qué era tan importante, pero haría cualquier cosa para salvar a Aidan Savage.

No entiendes, cara. No puedes venir aquí. Éste es más fuerte que Yohenstria, y estoy débil. No sé si podré protegerte.

Intentarías protegerme cuando no podrías protegerte a ti mismo. Ya viene. Está cerca de ti.

Aún no confías en mí. Todavía no sabes si soy un vampiro. ¿Por qué estás

poniéndote en el peligro?

Él estaba frustrado con su desobediencia; podía sentir su furia impotente por no poder controlarla. Pero no podía permitirse el lujo de malgastar la energía que conllevaba el tratar de controlarla cuando tenía que protegerse a sí mismo y luchar con el vampiro que se acercaba rápidamente.

Presta atención a lo que ocurre allí. Tengo un plan. Era la mentira más grande que alguna vez le había dicho a alguien en su vida. Y se sentía más aterrorizada mientras más cerca estaba de su destino. ¿Por qué estaba haciendo algo tan estúpido y alocado? No le gustaba Aidan, no confiaba en él, y estaba aterrorizada de la criatura que pudiera ser, del control que tenía sobre ella. Pero todo lo que sabía con seguridad era que no podía permitir que muriera.

-Necesitamos un plan, Stefan. Un plan realmente bueno. Si dispara a esa cosa con la pistola, ¿puede asesinarlo?

-No, pero si golpeo algo bastante vital, puedo hacerlo tambalear, tal vez entretenerlo para que no se oculte bajo tierra. Y después el sol lo mataría- le informó Stefan severamente.

-De acuerdo, he aquí el plan. Continuaré diciéndole donde está la criatura, y usted continúa disparando mientras arrastro a Aidan dentro del coche. Entonces nos vamos tan pronto como podamos y recemos por dejarlo atrás.

Ese es el peor plan que alguna vez he oído. A pesar de su horrible situación, hubo un indicio de humor en la voz de Aidan.

Stefan bufó en voz alta.

-Ese es el peor plan que alguna vez haya oído. Usted no es lo suficientemente fuerte como para meter a Aidan en el coche. Y no podemos intercambiar lugares, porque probablemente nunca ha disparado una pistola en su vida.

-Bien, no oigo nada brillante de su parte- contestó ella bruscamente, indignada-. ¿No es gracioso cómo los hombres se mantienen unidos aun cuando no pueden oírse el uno al otro?

-¿De qué está hablando?-. Stefan miraba nerviosamente el cielo en su espejo retrovisor, fuera de las ventanillas.

-No importa. Gire en esa carretera. Él está junto al océano, por allá, bajo la colina. Está muy cerca-. Apenas podía respirar, el aire estaba tan lleno de malevolencia ahora-. El vampiro está en algún lado, cerca también. Puedo sentirlo.

Regresa, cara, regresa, imploraba la voz de Aidan.

Él va en busca de ti, Aidan. Puedo sentir su triunfo. Cree que sabe dónde estás. Está en forma de... no un pájaro, alguna otra cosa que vuela, pero está herido. Está protegiendo su lado derecho. Alexandria frotó sus sienes; la energía que requería comunicarse mentalmente la agotaba. Su cabeza latía, su muslo ardía como si de alguna manera tuviera una herida allí.

Regresa, Alexandria. Él siente tu presencia, por eso se siente triunfante. Te ha sacado de la seguridad. ¡Haz lo que te digo! Aidan colocó una mano cuidadosamente sobre el corte profundo en su sien y presionó la otra sobre la herida en su muslo que agotaba su fuerza vital. Había perdido demasiada sangre; el fluido precioso caía a tierra, filtrándose en el terreno.

El olor de la sangre llevaría al vampiro hacia él. Pero él también podía oler, y el olor del vampiro era tan fuerte como la perturbación en la armonía natural de la Tierra. No necesitaba las advertencias de Alexandria para saber que el vampiro estaba cerca. Este poseía mucho más poder que Yohenstria, y su habilidad para crear ilusiones era perfecta. Aidan había peleado con otros igual de fuertes, pero nunca con una lesión mortal. Con Alexandria tan cerca, no tenía más opción que luchar y ganar. Incluso si se ocultara bajo la tierra, el vampiro probablemente lo habría encontrado antes del amanecer. Obligó a su cuerpo que protestaba a moverse, levantarse. Apartó el dolor de su mente. Apartó a la fuerza el pensamiento de Alexandria. No podía hacer nada excepto derrotar al vampiro. Permaneció muy quieto. Esperando. Simplemente esperando.

Capítulo Siete

El viento estalló en la bahía y las olas se abalanzaron sobre la costa. Las estrellas resplandecieron en lo alto. La noche misma parecía demasiado bella para esconder una criatura tan perversa, demente como *Nosferatu,* un *no muerto*. Aidan levantó su cara hacia el viento e inspiró profundamente para clasificar la información que la noche escogía compartir con él.

El vampiro estaba alto, sobre su cabeza, deslizándose sobre sus alas, dirigiéndose hacia él desde el océano, esperando que el rocío y la sal marina ocultaran su aroma. Al igual que Aidan, el vampiro estaba herido, y el rastro de sangre era fácil de seguir. Famélicos por la pérdida de sangre, los colmillos de Aidan estallaron en su boca simplemente al sentir el olor. La sangre contaminada era lo último que necesitaba, pero sin una transfusión de sangre, moriría pronto. Se había hecho una promesa a sí mismo siglos atrás, que nunca tocaría a un miembro de la familia que trabajara para él, no importaba el costo, y tenía la intención de mantener esa promesa. Y Alexandria estaba demasiado débil; era peligroso que lo proveyera en ese estado. Ella no sabía de las consecuencias para los dos si él la perdiera.

Hacía mucho tiempo, había comenzado a aceptar muerte, con la espera del amanecer como la única e inevitable opción para él. Pero no estaba preparado para renunciar a su vida ahora, cuando la posibilidad de la felicidad finalmente se había presentado en su destino. Pelearía. Al menos lograría salvar a Alexandria y Stefan de su propia insensatez. Se llevaría al vampiro con él al amanecer si esa fuera su única opción.

Ponerse de pie había hecho aumentar el sangrado de los cortes profundos en su muslo y la sien, y una cálida corriente bajaba por su cuello y su hombro, cayendo sobre el brazo y el pecho. Una oleada de debilidad lo hizo tambalear, y por un momento todo se desdibujó. Parpadeó para enfocar mejor, pero fue sólo después de que se enjugara los ojos y su mano se separara enrojecida de sangre que pudo ver otra vez. Esperó pacientemente, respirando, de pie, porque no tenía ninguna otra elección. Debía hacer bajar al vampiro hacia él.

Un enorme murciélago pasó sobre su cabeza, haciendo una mueca para revelar sus diminutos dientes puntiagudos. Bajó sobre la tierra a unas yardas de él, gateando, acechándolo.

-Vamos, Ramon, ¿debemos jugar estos juegos de niños? Ven a mí como un hombre o de ningún modo. Me aburro de tus tonterías- dijo Aidan, su voz autoritaria e hipnótica-. Todos tus trucos no te servirán de nada esta noche. Si escoges continuar esta batalla, terminemos con ella aquí y ahora. No puedes ganar, lo sabes. Lo sientes. Has venido aquí a morir por mi mano. Que así sea. Camina como un hombre hacia tu muerte-. Sus ojos dorados atraparon la luz de las estrellas y resplandecieron con llamas rojas, los parpadeos de rubí haciendo juego con la sangre en su cara.

El murciélago vaciló, luego comenzó a alargarse y convertirse en una criatura grotesca, con garras y un pico filoso como una navaja. La criatura se movió diagonalmente, afrontando a Aidan, *pero mostrando su lado derecho, la zona en la que no estaba herido, como había dicho Alex.*

Aidan permaneció inmóvil, como una estatua esculpida en piedra. Sólo sus ojos parecían vivos, flameantes con decisión mortífera.

Su mirada fija detuvo a la criatura, intimidándola hasta que volvió a cambiar, mutando su forma hasta convertirse en un hombre alto, delgado, pálido, y de ojos fríos y

despiadados. Ramon contempló a Aidan con precaución.

- No creo que tengas razón esta vez, Aidan. Estás gravemente herido. Te derrotaré, y tomaré a la mujer para mí mismo.

-Es imposible, Ramon. Puedes roznar como un burro, pero nadie, ni siquiera tú mismo, crees en tu bravata. Ven a mí, y acepta la justicia de nuestro pueblo, como sabes que debes hacer. Has cometido delitos contra toda la humanidad.

-¡Tengo poder! Eres débil, un tonto. Tu vida ha estado dedicada a un propósito falso. ¿Dónde están esos por los que luchas para salvarlos de alguien como yo? La humanidad que proteges te clavaría una estaca en el corazón si supiera de tu existencia. Tu propio pueblo te ha condenado a una existencia solitaria, sin incluso el alivio de la tierra de los Cárpatos para alimentarte. Te han dejado solo en este lugar. Únete a mí, Aidan. Yo puedo salvarte. Únete a mí, y dominaremos esta ciudad. ¿No crees que merecemos hacerlo? Podemos tenerlo todo. Riquezas, mujeres. Podemos gobernar aquí.

-Tengo todo lo que siempre quise, mi viejo amigo. Ven a mí como sabes que deberías. Haré que tu fin sea veloz e indoloro-. Tenía que hacerlo veloz. El tiempo se acababa. La sangre de su vida estaba goteando sobre la tierra ahora, su fuerza enorme reduciéndose drásticamente.

El vampiro avanzaba ligeramente más cerca, intentando distraer a Aidan con la ilusión de los murciélagos aleteando sobre el cuerpo veteado en sangre del Cazador. Aidan permaneció quieto, esos ojos dorados como estrellas rojas sin abandonar nunca la cara gris de Ramon.

El vampiro se abalanzó. Mientras lo hacía, Aidan sintió a Alexandria fusionarse con él, derramando su fuerza, su voluntad, su coraje, su fe en él, dentro de su mente. Fue un regalo sin precio, y Aidan lo usó con toda la velocidad de la que fue capaz. En el último instante, simplemente se hizo a un lado, su brazo frenando el movimiento y enredándose alrededor del cuello del vampiro, rompiéndolo como una ramita. La cabeza se tambaleó hacia un lado, y Ramon comenzó a aullar, un grito agudo y angustioso que pareció continuar para siempre.

Aspirando profundamente, Aidan lo remató, zambullendo su mano directamente en el pecho delgado hasta alcanzar el corazón palpitante. Arrancó el órgano y lo arrojó lejos del vampiro, dando un paso atrás rápidamente para evitar el chorro de sangre. Casi inmediatamente su fuerza se agotó, y se encontró a sí mismo sentado a cielo abierto, agotado e indefenso para cualquier ataque.

Ella salió de la oscuridad. Su fragancia lo alcanzó primero. Aunque el olor de la sangre lo estaba volviendo loco lentamente, no trató de utilizar la sangre contaminada del vampiro para reabastecerse. Y entonces, repentinamente, ella estaba allí, fresca, limpia y pura haciendo frente al mal. Y él estaba manchado de sangre, con las manos rojas y la muerte rodeándolo. No podía mirarla a los ojos y ver la condenación allí. No podía enfrentarse a ello.

-¡Stefan! Dime qué debo hacer.

Su voz fue musical, tan suave como una brisa de madrugada. Morir con su voz en su mente y su corazón no era tan malo. Pero Aidan no la quería en ese lugar atroz.

-No hay nada que puedas hacer. Márchate, Alexandria. Ve a las Cárpatos, como me prometiste-. Sus ojos se cerraban, demasiado pesados para mantenerlos abiertos-. Ve a mi tierra natal, y sentiré como si llevaras una parte de mí contigo.

-Oh, cállate- contestó ella bruscamente, impaciente, horrorizada por la visión de él. Ni siquiera echó una mirada al vampiro caído-. Nadie te lo preguntó, Aidan. Y no vas a morir. No lo permitiré, así que termina con esa actitud machista y coopera. ¡Vamos, Stefan! ¿Qué hago por él?-. Ella ya ejercía presión sobre la peor herida, en su muslo. Nunca había visto tanta sangre derramada; era un río rojo empapando la tierra. Se concentró en Aidan, manteniendo alejada la mirada de los cuerpos caídos y desfigurados.

-Él necesita su saliva mezclada con la tierra, y envolver con esa mezcla las heridas- dijo Stefan rápidamente, arrodillándose al lado de ellos.

-¡Es tan antihigiénico! - protestó la joven, abrumada.

-No para un hombre de los Cárpatos. Hágalo si quiere salvarlo. Su saliva contiene un agente coagulante. Aprisa, Alexandria.

-Deshazte de los cuerpos, Stefan- ordenó Aidan sin abrir los ojos. Se encontraba flotando en un mundo de ensueño.

-¿Podrías callarte?- amonestó Alexandria. Escupir era más un talento de Joshua que de ella, pero lo hizo lo mejor que pudo, haciendo pastelillos del barro mientras Stefan arrastraba los cuerpos de los vampiros hacia el borde de la carretera y, usando la lata de gasolina de la cajuela del coche, encendía fuego.

El hedor hizo a callar a Alexandria. Cerró su mente para todo menos lo que estaba haciendo. No tenía tiempo de examinar por qué estaba salvando a Aidan, por qué tenía tanta importancia, pero cada hueso, cada célula, su misma alma le gritaba que lo hiciera.

Aidan parecía inconsciente mientras Alexandria envolvía meticulosamente sus laceraciones y profundos cortes. Pero sabía que no lo estaba, que él era consciente de cada uno de sus movimientos; podía sentirlo en su mente. En cierta forma, él había desacelerado su corazón y sus pulmones para impedir la infiltración de la sangre y darle tiempo para sellar las heridas con tierra y saliva. Pero su hambre era una cosa casi viviente, gateando a través de su cuerpo en un camino lento y torturante. Lo atormentaba implacablemente; ella podía sentirlo a través de su enlace mental. Él era muy consciente de la sangre viva, emergente, ardiente y cautivante de ella, tan cerca. El demonio interior se agitaba apenas debajo de la superficie, amenazando liberarse.

Stefan regresó a su lado.

-Debe hablarle. Dígale que no la puede abandonar. Que no podría vivir sin él.

-¡De ninguna manera! Ya es lo suficientemente arrogante en su estado actual. Eso es lo último que querría, sonreír tontamente como alguna idiota enamoriscada. Nunca me dejaría olvidarlo. Y es tan egocéntrico que probablemente se lo creería-. Al mismo tiempo que decía las palabras, sus dedos fueron tiernamente empujando hacia atrás las hebras de cabello enmarañadas, enjugando la sangre de la cara de Aidan.

Stefan la miró ceñudamente pero se abstuvo de expresar su opinión.

-Él necesita sangre. Yo se la daré. Usted debe conducir de regreso a casa. Este fuego atraerá la mirada de las autoridades pronto, y necesitamos estar lejos de aquí.

No. La voz de Aidan expresó fuertemente su protesta, pero sólo en la mente de la joven. Ella se percató de que estaba demasiado débil para intentar hablar incluso.

Es demasiado peligroso. Lo mataría. No puedo tomar la sangre de Stefan.

Alex lo creyó. Estaba en la pureza y la honradez de su voz. Estaba en la alarma en su cuerpo y alma, su mente llenándose de la protesta rugiente.

-No, Stefan, usted conduzca. Aidan se rehúsa a permitirle donar, así que adivino que tendré que ser yo-. La muchacha apartó hacia atrás el pelo de Aidan otra vez, con dedos suaves.

Eso es lo que tratas de decirme, ¿no? Puedo donarte mi sangre, pero Stefan no puede. No digas que no; no es como si no te hubiera ayudado antes. Simplemente hazlo, y no discutas conmigo, o podría perder mi dulce temperamento.

Y mi coraje, agregó silenciosamente para sí misma.

No estoy seguro de que puedas estar a salvo.

Gran cosa. Te lo dije, no tengo mucho que perder. Éste realmente no es mi estilo de vida. Hazlo, Aidan. Simplemente no me lastimes, ¿de acuerdo?

Nunca, cara, la reconfortó.

Necesitaron ayudarlo ambos, Stefan y Alexandria, para meterlo en el coche. Su cara estaba gris y llena de dolor, pero no hizo un sonido hasta que lo acomodaron con la cabeza acunada en el regazo de la joven.

-La sangre derramada debe ser destruida- dijo el Cazador, pero sólo Alexandria captó las palabras. Él estaba tan débil que apenas podía murmurar.

-Quiere que limpie los restos de sangre, Stefan-. El corazón de la mujer palpitaba rápidamente. Eso era por él. Ella moriría esa noche dando la vida por ese hombre. No sabía qué criatura era, sólo que se trataba del ser más valiente que alguna vez había conocido. No estaba segura de que lo que creía de él fuera cierto, o incluso que él le gustara, pero eso era lo correcto. Lo sabía desde lo más profundo de su alma.

Stefan maldijo suavemente.

-Corremos el riesgo de ser vistos mientras más tiempo nos quedemos- se quejó, pero precipitadamente volvió a la lata de gasolina que había dejado para los investigadores y sus equipos, para rociar los charcos de sangre. Había que quitar cualquier huella de la participación de Aidan en la lucha, y tenían poco tiempo para hacerlo.

Alexandria inclinó su cabeza sobre Aidan.

-Tú no puedes esperar. Hazlo ya. Pero prométeme que siempre cuidarás de Joshua. Que esta vida demente nunca lo tocará. Prométemelo.

Siempre, cara mia. La voz en su mente fue débil, y ella supo que no tenían mucho tiempo.

Sintió el movimiento de su mano primero. Los dedos masculinos acariciaron la columna delgada de su cuello, enviando un temblor por su columna vertebral. Sus dedos abrieron los botones de la camisa de seda, la camisa de él, descubriendo su piel desnuda. El ligero roce de sus nudillos contra el abultamiento suave de sus pechos encendió llamas ardientes a través de su sangre. Ella se relajó, arqueándose aun más cerca para que su respiración caliente rozara el pulso sobre su corazón, que latía con frenesí. El contacto de los dientes de Aidan raspando delicada, eróticamente sobre su piel derramó un calor líquido en su cuerpo, produciendo un dolor pesado y poco familiar.

Alex hizo un sonido, un gemido suave, mientras el calor al rojo vivo explotaba a través de ella y los dientes perforaban su piel y se hundían profundamente. Acunó la cabeza masculina contra ella, aletargada por la satisfacción, ofreciéndose hasta límite a él. Fue una experiencia sensual, su sangre derramándose en el cuerpo de él, reabasteciendo las células y tejidos dañados, llenando de calor sus músculos, llenándolo de vida.

La joven podía sentir la fuerza construyéndose en él del mismo modo que lentamente fluía desde ella. Era como un sueño nebuloso y erótico. Y entonces él estuvo en su mente, murmurando suave y tentadoramente palabras de amor, palabras que ella nunca había oído, con sonidos antiguos y bellos. El coche se movía, un cimbreo vago que acrecentaba esa eternidad surrealista.

Stefan bajó del coche frente a los portones de la mansión y corrió a echar el cerrojo de las pesadas puertas de hierro tras ellos, todo el tiempo comprobando nerviosamente los cielos. Cuando regresó al coche, se asustó al encontrar que la situación en el asiento trasero se había alterado dramáticamente. Ahora era Aidan quien estaba sentado, firme y alerta, cubierto de sangre pero ya habiendo recobrado el color, mientras Alexandria yacía inmóvil, con la cara gris, como una muerta. Se veía pequeña y perdida en los brazos de Aidan, casi como una niña.

Stefan apartó la mirada. Había pasado una buena parte de su vida junto a ese hombre, pero la realidad de la existencia de Aidan era casi demasiado para aceptarla. Sabía en su corazón que Aidan nunca dañaría a la mujer, pero verla de esa manera, tan quieta y sin vida, después de que ella había exteriorizado tanto coraje...

-Limpia el coche, Stefan. Bajaré a la tierra un día o dos. Dependerá de ti manejar cualquier pregunta si la policía se acerca. Debes proteger al niño y a Marie de cualquier intruso. Recuerda: no hay manera de que algo pueda dañar esta casa durante la noche, pero los vampiros pueden usar a los humanos para que obedezcan sus órdenes-. Stefan ayudó a Aidan a salir del coche, observándolo mientras alcanzaba el asiento trasero para levantar el cuerpo flojo de Alexandria en sus brazos.

-Sé lo que ellos y sus sirvientes pueden hacer, Aidan. Estaré alerta para evitar un ataque- lo reconfortó ásperamente.

-Coloca sangre dentro de la cámara para mí esta noche, y luego sal y mantente alejado. Mantén a Marie y el niño lejos de la cámara. No será seguro para ninguno de ustedes hasta que reemplace la cantidad que he perdido- dijo él tersamente, su fuerza empezando a menguar. Alexandria era una mujer pequeña, y Aidan había tomado toda la nutrición que con seguridad podía de ella, y luego la había inducido al sueño profundo de su gente para mantenerla viva hasta que pudiera reemplazar su pérdida de sangre.

Permitió a Stefan ayudarlo a atravesar la casa. Marie llegó corriendo, gritando cuando lo vio. Él oyó los pies del niño en el piso de la madera dura, y dio media vuelta, sus ojos dorados llameando con advertencia.

-Mantén alejado al niño de mí- siseó bruscamente, tratando de apagar su hambre voraz.

Marie se detuvo sobre sus pasos, una mano presionada contra su garganta. Aidan estaba cubierto de sangre y suciedad, Alexandria sin vida, acunada en sus brazos. La sangre y la tierra regaban el piso de madera en un camino desde la puerta. Los ojos de Aidan eran rojo brillante, sus dientes blancos afilados y luminosos como los de un depredador.

-¡Marie!- La voz de Stefan la propulsó para ponerse en acción. Ella se apresuró a interceptar a Joshua antes de que pudiera presenciar el horror de esa noche. Las lágrimas caían a raudales por su cara mientras trataba de alcanzar al niño, corriendo por el vestíbulo hacia las escaleras.

Joshua tocó las lágrimas en su cara.

-No llores, Marie. ¿Hirió alguien tus sentimientos?

Ella se esforzó en controlarse. La casa tenía que ser limpiada antes de que el niño pudiera bajar la escalera, así que de alguna manera tenía que llevarlo a dormir.

-No es nada, Joshua. Tuve una pesadilla. ¿No tienes pesadillas algunas veces?

-Alexandria dice que si rezas una oración y piensas en cosas realmente buenas, tú sabes, las cosas que te gustan, tendrás bonitos sueños-. Joshua frotó su mejilla contra la de ella-. Siempre funciona cuando ella lo hace conmigo. Diré oraciones contigo como ella lo hace, y no tendrás pesadillas otra vez.

Marie se encontró sonriendo ante la simplicidad y la inocencia de Joshua. Tenía tres niños, ahora crecidos, y Joshua traía de regreso los recuerdos de la dulzura de la infancia. Lo abrazó más cerca.

-Gracias, Joshua. Tu hermana es una mujer muy lista. Tienes suerte de tenerla-. Reprimió un sollozo-. Y, de todas maneras, ¿qué haces fuera de la cama a estas horas de la noche? Son casi las cuatro de la mañana. Qué vergüenza, jovencito.

-Pensé que Alexandria estaba en su dormitorio, pero no está. Estaba buscándola-. Los ojos de Joshua dejaron traslucir el miedo de perder a su hermana.

-Aidan tuvo que llevarla a un lugar especial para que sanara. Está todavía enferma, Joshua, así que debemos tener paciencia hasta que él la haga mejorar.

-¿Estará bien?- preguntó el niño ansiosamente.

-Por supuesto. Aidan nunca dejaría que nada le ocurriera. Él velará por ella muy de cerca. Lo sabes.

-¿Puedo hablar con ella por teléfono?

Marie lo colocó en la cama, levantando los cobertores hasta su barbilla.

-No durante un tiempo. Ella duerme, como deberías estar haciéndolo tú. Me quedaré contigo hasta que te duermas como un tronco.

Él sonrió, una sonrisa dulce y angelical que devolvió el calor a Marie.

-Te puedo enseñar la oración.

Ella llevó una silla hasta un lado de la cama y tomó su mano, escuchando la voz de su niño diciendo cosas suaves e inocentes para Dios.

Stefan envolvió un brazo alrededor de la cintura de Aidan para sostenerlo. Podía sentir la perturbación de Aidan ante el contacto y podía saber que era resultado de su batalla con el demonio siempre presente dentro de él, luchando por el control.

La fuerza enorme de Aidan disminuía drásticamente, su hambre voraz, su necesidad de sangre tan fuerte que parecía dominar cada uno de sus sentidos. Se envolvía alrededor de sus órganos y se arrastraba a través de su mente con urgente necesidad.

-Apúrate, Stefan, sal de aquí- dijo él roncamente, tratando de apartar a la fuerza al hombre mayor.

-Te llevaré hacia la cámara, Aidan- dijo Stefan firmemente-. No me dañarás. Sostienes a tu mujer en tus brazos. Ella es tu salvación. En todo caso, he ofrecido mi vida para ti en más de una ocasión. Si es tu deseo tomarla en este instante para salvarte a ti mismo y tu mujer, no tengo ninguna objeción.

Aidan apretó los dientes y dominó duramente sus instintos depredadores. La voluntad de sobrevivir era fuerte, la necesidad de sangre fresca y caliente, suprema. Hizo un intento para no oír el corazón de Stefan palpitando fuerte y estable, el pulso de la sangre corriendo a través del cuerpo de ese hombre tan cercano a él.

Una vez en la cámara, Stefan lo soltó y retrocedió, sabiendo que causaba desasosiego en Aidan. Sabía en su corazón que Aidan nunca lo dañaría. Él confiaba en el hombre de la Raza de los Cárpatos mucho más de lo que Aidan confiaba en sí mismo.

-Traeré la sangre, Aidan.

Aidan asintió con la cabeza bruscamente y colocó el cuerpo casi sin vida de Alexandria en la cama. Se recostó, rodeándola, a su lado, su mano ensortijándose alrededor de la trenza gruesa de su pelo. Ella lo había salvado, asumiendo que moriría en el proceso. Voluntariamente, libremente, había ofrecido su vida por la de él. Su unión era mucho más fuerte de lo que se había percatado. Ella nunca hubiera sobrevivido a su muerte. Estaban conectados para toda la eternidad, verdaderos *compañeros*. Él había pronunciado las palabras antiguas vinculando sus almas. Dos mitades de un mismo todo.

Suspiró y yació al lado de ella, interiormente maldiciendo su necesidad de sangre. No podría bajar a la tierra sin ingerir más sustento. Esperó, el demonio dentro de él rugiendo y enfureciéndose, hasta que sintió al humano acercarse, hasta que oyó el suave ruido de pasos. La pesada puerta rechinó, y Stefan colocó varias botellas de sangre en el piso; luego se retiró, dejando solos a Aidan y su *compañera* en la cámara.

Aidan se tambaleó a través de la habitación y envolvió su mano alrededor del cuello de una botella de vino. Bebió rápidamente el contenido y lo mismo hizo con la siguiente. Stefan había llevado cinco botellas llenas, y Aidan las consumió todas, pero aún así su cuerpo deseaba ardientemente más.

Pero con su energía renovada por el suministro de sangre, movió la cama con un movimiento de su mano y abrió la escotilla hacia la tierra fresca que esperaba debajo. Le tomó mucha concentración despegar los estratos de tierra para hacer un espacio para su cuerpo y el de Alexandria. Recogiéndola en sus brazos, flotó dentro de la protección de la Madre Tierra. Acomodó su cuerpo alrededor de su *compañera* y comenzó los hechizos antiguos e intrincados para proteger la entrada de su guarida. El escotillón se cerró, y la cama encima de ellos se movió de regreso en la posición correcta. Cerró la tierra sobre ellos, alrededor de ellos, y desaceleró su corazón y sus pulmones mientras sentía las propiedades sanadoras de la tierra abrazándose alrededor de sus heridas. Su corazón vaciló, sus pulmones ascendieron y cayeron, y entonces todas sus funciones corporales cesaron.

Stefan cerró la puerta del sótano, sabiendo que podrían pasar días antes de que

Aidan hiciera otra aparición. Esperaba haberle llevado suficiente sangre. Aidan proveería a Alexandria cuando se levantara de nuevo y cazara sus presas humanas. Hasta entonces, dependía de Stefan custodiar la casa, a Marie y al joven Joshua.

Encontró a Marie limpiando el piso. Se volvió hacia él inmediatamente, con ojos interrogantes. Él la abrazó con ternura.

-Vivirá, Marie. No te preocupes por él.

-¿Y su mujer?

Stefan sonrió cansadamente.

-Es asombrosa. No quiere saber nada ni de él ni de nosotros, pero salvó su vida.

-Ella será su salvación. Pero tienes razón, Stefan, no quiere estar aquí con nosotros.

El tono de Marie era triste, sintiendo su corazón lleno de compasión.

-Aún no entiende lo que le ha ocurrido- dijo Stefan con un suspiro-. Y la verdad es que no me gustaría tener que enfrentarme a lo que se enfrenta esa muchacha. No entiende la diferencia entre Aidan y los vampiros. Ha sido rudamente utilizada, y trata de obtener su libertad todo el tiempo. Incluso su capacidad para estar junto a Joshua se ve restringida.

-Tendremos que ser pacientes con ella.

Stefan sonrió repentinamente.

-*Él* tendrá que ser paciente con ella. Y ella le hará frente como nadie en toda su vida lo ha hecho. Las mujeres americanas modernas son muy diferentes a aquellas a las que él está acostumbrado.

-Piensas que es más bien gracioso, ¿verdad, Stefan?- comentó su esposa.

-Absolutamente. Aidan nunca ha entendido cómo conseguiste atraparme, pero está a punto de enterarse-. Él la besó con gentileza y palmeó su hombro-. Limpiaré el coche y el camino de acceso, y nos iremos a la cama-. Le sonrió sugestivamente.

Marie rió cariñosamente y lo miró salir a la noche abierta.

El sol estaba alto en el cielo, disolviendo con su fuego la niebla que se desprendía del océano. Marie y Stefan acompañaron a Joshua hasta su escuela y se demoraron en el exterior unos momentos para asegurarse de que nadie vigilaba al niño. El periódico matinal había especulado que los dos hombres encontrados totalmente incinerados y con pocas posibilidades de ser identificados, probablemente se habrían peleado uno con el otro. Se consideraba que alguno de los hombres accidentalmente se había empapado a sí mismo cuando había tirado gasolina para ocultar las evidencias. La lata de gasolina, ennegrecida, hallada en la escena, tenía las huellas digitales de una de las víctimas.

Stefan evitó las preguntas de Marie, sin querer recordar cómo había presionado la mano de Ramon alrededor de la lata. No estaba seguro de haber encubierto cada detalle y estaba nervioso con la posibilidad de que la policía fuera de un momento a otro a golpear su puerta.

Cuando regresaron a casa, sin embargo, no fue a la policía a quien encontraron, sino a Thomas Ivan. Vestido en un traje italiano caro, hecho a medida, esperaba algo impacientemente en la puerta principal. Llevaba un ramillete enorme de rosas blancas y rojas mezcladas con helechos. Le dedicó a la pareja su sonrisa más encantadora, incluso se las ingenió para hacer una ligera inclinación de modo respetuoso hacia Marie.

-Quise pasar de visita y ver si Alexandria se sentía mejor. Pensé que podría ser un buen momento, también, para disculparme por mi rudo comportamiento del otro día. Estaba preocupado por Alexandria, y me descargué con usted.

-Ella se alegró por haber recuperado su portafolios- replicó Marie sin comprometerse-. Recibió su mensaje, y estoy segura de que se contactará tan pronto como se sienta mejor.

-Pensé que las flores le animarían- dijo Thomas gentilmente. Podía manipular a los sirvientes cuando quisiera. Mientras el señor del feudo no apareciera, podría pasar más allá de la puerta esta vez-. Quizá podría pasar a verla, desearle que se recupere. Sólo me quedaré un momento.

El ama de llaves no se movió de su posición. De pie inmediatamente detrás de ella, pareciendo un auténtico asesino de la mafia, Stefan permanecía impasible. Ivan trató de controlar su mal humor. No serviría de nada trastornar a esas personas. Necesitaba convencerlos para que se pusieran de su parte.

Marie negó con la cabeza.

-Lo siento, señor Ivan, eso es imposible. El señor Savage dejó instrucciones específicas de que Alexandria no debe ser perturbada, según las órdenes del doctor.

Thomas asintió con la cabeza.

-Sé que usted tiene que hacer lo que se le ordena, pero puede verlo, estoy realmente preocupado por ella. Simplemente quiero verla, comprobar por mí mismo que está bien. ¿Qué le parece? No tenemos que decírselo al señor Savage. No me quedaré por mucho tiempo, simplemente un vistazo rápido para asegurarme de que ella está bien-. Sacó varios billetes de veinte dólares del bolsillo, arrugándolos impacientemente.

El jadeo de Marie fue indignado.

-¡Señor Ivan! ¿Está sugiriendo que traicione a mi jefe?

Él juró por lo bajo.

-No, claro que no. Simplemente tuve la intención de darle algo por los problemas adicionales.

-Alexandria no es ningún problema, señor Ivan- dijo Marie, interpretándolo mal deliberadamente-. Es parte de nuestra familia, como su hermano. ¿Conoce a su hermano?-. Sabía muy bien que él no lo conocía, y su voz lo decía todo.

Thomas Ivan estaba furioso. Esa mujer le estaba plantando batalla desafiándole deliberadamente burlona. Deseó poder deportarla, preferentemente hacia alguna parte fría, húmeda e incómoda. En lugar de eso, sonrió otra vez, apretando los dientes mientras lo hacía.

-No daba a entender de ninguna forma que Alexandria pudiera ser una molestia para usted. Quizá su comprensión del inglés no es tan buena. ¿De dónde es originariamente?- trató de inyectar interés en su voz.

-Rumania- dijo Marie-, pero no tengo problemas con el idioma inglés. He estado aquí durante muchos años. Consideramos San Francisco nuestro hogar ahora.

-¿Es el señor Savage también de Rumania?- estaba muy interesado en la respuesta. Tal vez pudiera deportar al bastardo arrogante sin tener que mediar con su personal.

-No puedo discutir sobre mi jefe con un desconocido, señor- dijo Marie atentamente, su cara inexpresiva.

Thomas sabía que la vieja bruja en secreto se reía de él. Aspiró profundamente. Bien, ella y el cuidador se enfrentaban a un enemigo mucho más poderoso de lo que imaginaban. Tenía amigos influyentes, y además, eran dos extranjeros.

-Sólo era curiosidad, porque el acento de Savage es diferente al suyo-. Le hubiera gustado decir más educado, más cultivado, simplemente para insultarla, pero se refrenó. Podía esperar pacientemente su venganza. Haría registrar la casa entera, haría que el departamento de inmigración cayera sobre el lugar inmediatamente-. Pues bien, siento que no pueda ayudarme. Estoy sumamente preocupado por Alexandria. Si se rehúsa a permitirme verla o hablar con ella por teléfono, no me queda más opción que acudir a la policía. Como un posible secuestro-. Creyó ver alarma en la cara de la mujer, pero el hombre tras ella no movió una pestaña. Thomas comenzó a preguntarse si el hombre llevaría una pistola. Tal vez fuera el asesino del grupo. El dorso de su cuello comenzó a arderle de inquietud.

-Continúe y haga lo que piense que deba hacer, señor Ivan. No puedo contravenir mis órdenes- dijo Marie firmemente.

-Entonces quizá podría hablar con el señor Savage personalmente- sugirió con

tensión.

-Lo siento, señor Ivan, pero eso no es posible a esta hora. El señor Savage no está en casa, y no hay ningún número donde pueda ser localizado.

-Qué conveniente para el señor Savage- disparó Thomas, que sentía tanta frustración que su furia comenzó a salir a la superficie-. ¡Entonces veremos cuánto le gustará hablar con la policía!-. Él dio media vuelta, esperando que el verdugo no le disparara por la espalda. El ojo empezó a temblarle bruscamente, de la forma que siempre lo hacía cuando estaba molesto.

-¿Señor Ivan?-. La voz de Marie fue suave y dulce, casi serena.

Él dio media vuelta con una sensación de triunfo. A fin de cuentas, había dicho algo para asustar a la pareja de idiotas.

-¿Qué?- espetó, haciendo alarde de su desagrado.

-¿Quiere dejar las flores para Alexandria? Me ocuparé de que las reciba. Estoy segura de que la animarán, sabiendo que vinieron de usted-. Marie hacía un intento para no reírse del hombre. Se veía tan tonto, tan convencido de su importancia, tan seguro de que podría intimidarlos. No le hacía mucha ilusión tener que enfrentarse a la policía, pero podía dar un buen uso a las flores.

Ivan empujó las rosas hacia ella y se marchó con rigidez, de ninguna manera apaciguado por su débil intento por congraciarse con él. Esos extranjeros iban a lamentar haberlo conocido. Obviamente no tenían idea de la clase de poder que poseía.

Marie levantó la mirada hacia Stefan, y ambos rieron.

-Sé lo que piensas, mujer malvada. Quieres usar esas flores para volver a Aidan loco de celos.

-¿Cómo puedes pensar algo así, Stefan?- dijo Marie inocentemente-. Simplemente no podía soportar que unas flores tan bellas se desperdiciaran. Las meteré en el refrigerador hasta que Alexandria se levante. Animarán su cuarto o, mejor aún, la sala de estar.

Stefan la besó ligeramente en la mejilla y se volvió para irse.

-Aidan está a punto de pasar por algunos momentos interesantes.

-¿A dónde vas? No vas a dejarme sola aquí para tratar con las autoridades. Ese hombre va directamente a la comisaría, y probablemente lo escucharán.

-Lo más seguro es que los disguste con sus demandas aborrecibles, y Aidan es bien conocido para la policía local. Siempre dona para sus causas, y ha tenido cuidado de mantener una buena relación con ellos. No creo que el señor Ivan sea una gran amenaza, pero quiero echar un vistazo alrededor y asegurarme de que todo esté en lugar para su visita oficial- la reconfortó Stefan.

-Siempre podemos dejar que Joshua hable con ellos, si tenemos que hacerlo- sugirió Marie, vagamente inquieta, como hacía siempre que Aidan era vulnerable.

-No llegaremos tan lejos- la tranquilizó Stefan.

Capítulo Ocho

El sol se hundió en el mar con una explosión brillante de colores. Luego la niebla, inesperadamente, llegó en abundancia; una neblina blanca y extraña que pendía quedamente sobre tejados y calles, avanzando con lentitud a través de los parques y callejones oscuros, hasta que los llenó. Ningún viento movió el velo neblinoso, y los coches tuvieron que avanzar lentamente de manzana a manzana.

Medianoche. Aidan se abrió camino con mucho esfuerzo hacia la superficie. Hambriento. Famélico. Los ojos bordeados de rojo y encendidos con una necesidad feroz.

Sus entrañas se retorcían y tronaban. Las células y los tejidos gritaban, exigiendo nutrición.

El sonido ruidoso de corazones palpitando a corta distancia, llamándolo, cautivándolo, casi lo enloquecían. Su cara estaba pálida, casi gris, su piel seca y arrugada, su boca abrasada de sed. Los colmillos chorreaban por la anticipación, y las uñas largas como hojas de afeitar apuntaban en sus dedos.

Por un momento, sus ojos descansaron sobre el cuerpo sin vida yaciendo tan quieto junto a él en la tierra abierta. Alexandria. Su *compañera*. Su misma salvación. Lo único que se interponía entre él y el destino que su especie temía. Por ella, él no se *transformaría*, no se convertiría en vampiro, en un *no muerto*. Libremente había sacrificado su vida por la de él, y había sellado sus destinos como nada más podría haberlo hecho, atándolos irrevocablemente por toda la eternidad. Ella había elegido la vida para él; por consiguiente, la había escogido para sí misma. No tenía importancia para el hombre que ella no fuera realmente consciente de lo que estaba haciendo. Simplemente, había sido hecho.

Ella necesitaba sangre. Su situación era aun más desesperada que la suya. No podría despertarla hasta que pudiera alimentarla. Su cuerpo estaba exhausto, y sin nutrición para reanimarla, no podría permanecer viva más que unos cuantos escasos momentos.

Él olía sangre. Cálida y fresca. Palpitando, emergiendo, retrocediendo y fluyendo como la llamada eterna del mismo océano. El demonio que llevaba dentro rugió y rabió, disgustado por controlarlo, y a pesar de todo, también por salvar a su compañera. Desesperado por alimentar la roedora, gimiente hambre. Un hombre. Una mujer. Un niño. Aidan retrocedió de la orilla del desastre justo a tiempo, controlándose lo suficiente como para hacer los preparativos necesarios.

Minutos más tarde fue corriendo a través del estrecho túnel subterráneo, un borrón de velocidad, tan rápido que incluso un ratón no detectaría su presencia. Ya no exhibía vestigios de sangre o suciedad: sus ropas eran elegantes, su pelo limpio y asegurado en una gruesa cola de caballo en la nuca. Atravesó el pasillo de piedra que conducía al sótano sin contratiempos. Mientras colocaba su mano en la puerta que llevaba a la cocina, detectó la presencia de la mujer entrando en el cuarto desde otra puerta. Por un momento, su corazón se aceleró por la excitación y la saliva apareció, anticipando el alimento, pero reprimió las respuestas. Con su frente descansando contra la puerta, se concentró en alcanzar a la mujer mentalmente, quitarla del camino del daño.

Marie se encontraba inexplicablemente en la sala de estar, pero la salvaría del hambre obsesionante de Aidan aumentando el espacio entre ellos con cada paso que la alejara de él. En el momento que ella quedó a una distancia segura, el hombre se deslizó a través de la cocina y afuera, al huerto.

Instantáneamente los olores que saturaban el aire de la noche asaltaron sus sentidos, lo inundaron, le contaron historias. Sólo a unos pies de distancia un conejo estaba agazapado, congelado de aprensión, consciente del depredador mortífero cazando sangre. El corazón del animalillo golpeó pesadamente, de manera salvaje. En las casas calle arriba, Aidan percibía dónde estaba cada cuerpo caliente y qué estaba haciendo: durmiendo, tomándose un bocado, haciendo el amor, peleando. Un velo de niebla lo rodeó, lo camufló, se convirtió en una parte de él.

Tres días y dos noches había yacido en la tierra curativa. Con una infusión nueva de sangre, estaría más fuerte que nunca. El hambre batallaba por lograr el control, y gruñendo, se lanzó al cielo, más peligroso que cualquier cosa que Thomas Ivan alguna vez hubiera concebido. Percibía cada respiración de las futuras presas humanas, y aquellos que se movían debajo de él estaban en peligro esa noche: por primera vez, quizá no podría suspender su alimentación a tiempo de tener piedad de sus vidas.

Era una sombra oscura deslizándose sobre alas en lo alto, invisible para los de abajo. El objetivo de Aidan sería el Golden Gate Park, con sus arboledas y su paisaje ondulado, para que fuera su coto de caza esa noche. La niebla yacía más pesada allí, en espera de él, encubriendo su avance. Aterrizó ágilmente, sus pies silenciosos tocando la tierra al mismo

tiempo que sus alas se plegaban.

A sólo algunas yardas de distancia acechó a un grupo de hombres, casi recién salidos de la adolescencia, exhibiendo los colores de su pandilla y esperando a sus rivales, infundiéndose valor para una pelea. Todos estaban armados, y al menos las dos terceras partes, eufóricos por las drogas, y hacían circular una botella de vino barato.

Aidan olía su sudor, los poros exhalando vapor por la adrenalina y el miedo que con su lenguaje soberbio y beligerante intentaban esconder. Era el sonido y el olor de la sangre fluyendo en sus venas y arterias lo que le interesaba. Se concentró en ellos uno por uno, encontrando la sangre menos afectada por el abuso de las substancias.

Ven a mí. Ven aquí rápidamente. Necesitas estar aquí ahora.

Envió la llamada hipnótica fácilmente, su hambre tan fuerte que cautivó a varios de ellos. Al resto del grupo, simplemente les ordenó que no advirtieran la ausencia de los demás.

Agarró al primer hombre y hundió sus dientes profundamente, incapaz de controlar la compulsión de alimentarse lo suficiente como para ser suave. Tragó el líquido caliente, sus células famélicas absorbiéndolo codiciosamente. La sangre se lanzó a través de su cuerpo como una bola de fuego, derramando fuerza en sus músculos. Apenas pudo evitar tomar la última gota de sangre y ganar la última energía. Fue el pensamiento de Alexandria lo que lo detuvo a la orilla de la destrucción definitiva. Ella, libremente, había sacrificado su vida por él. No podía permitirse a sí mismo, a su hambre y su naturaleza depredadora, desperdiciar ese regalo precioso matando y condenando su alma.

Aidan se concentró en sus recuerdos de ella, la curva de su mejilla, el largo de sus pestañas. Tenía una sonrisa tan sustanciosa como la miel. Su boca era lujuriosa y ardiente, como seda calentada por el sol. Dejó caer a su víctima y arrastró a la siguiente hacia él.

El líquido de la vida se derramó dentro, cerró sus ojos y pensó en ella. Tenía los ojos como gemas azules, con estrellas en el centro. Era valiente y compasiva. Nunca dejaría caer su presa a sus pies como él estaba haciendo. Capturó al tercer hombre y lo acercó, sintiendo que su hambre comenzaba a aliviarse. Tuvo más cuidado esta vez.

Un sonido penetró el frenesí de su alimentación, y supo que la otra pandilla estaba por llegar, tratando de pasar trabajosamente a través de la niebla gruesa, sus coches todavía demasiado distantes para alertar a aquellos que los esperaban en el parque. Apartó a la fuerza a la tercera víctima y alcanzó a la cuarta.

Realmente no era justo permitir a esa pandilla pelear con varios de sus hombres fuera de combate, reflexionó. Luego una sonrisa lenta curvó su boca. Ya Alexandria estaba haciendo su efecto en él. Para él, las personas como esos hombres no tenían honor ni códigos, y estaban dispuestos a lastimar o matar brutalmente incluso a aquellos que nada tenían que ver en sus conflictos, hasta las mujeres y los niños. Esos individuos sin honor no tenían lugar en el mundo de Aidan. A pesar de todo, bajo la influencia de Alexandria, tomaba en consideración intervenir para dejar a ese grupo de asesinos una oportunidad justa para entrar en su batalla ridícula por el poder. Aunque ninguno de ellos supiera qué era el poder verdadero realmente.

Dejó caer al cuarto hombre y alcanzó al quinto. Su hambre estaba aplacada, su fuerza completamente recuperada, pero eso era para Alexandria. Sus dientes blancos refulgieron por un momento, suspendidos sobre la garganta expuesta. El mundo gris, desolado y vacío estaba ahora lleno de colores brillantes y olores excitantes. Otra vez contenía fascinación y belleza. Se permitió gozar de ese conocimiento para finalmente hundirse. Una verdadera *compañera*. La salvación por fin. Podía sentir emociones, nunca estaría solo otra vez... ¡nunca más estaría solo otra vez! Los siglos de vacío se habían ido en un momento.

Alexandria.

Con un pequeño suspiro, obedeciendo algunas reglas más de las que le hubieran gustado, dejó caer al último hombre en la hierba mojada y envió un aviso a la pandilla que estaba llegando. Las ondas de terror los golpearon al sentirlo. Permanecieron silenciosos,

mirándose los unos a los otros. Aidan se encontró sonriendo abiertamente. Tal vez tuviera que ser bueno, pero eso no quería decir que no pudiera divertirse mientras tanto.

El conductor del primer coche detuvo su vehículo a un lado de la carretera, aspirando enormes tragos de aire sin aparente razón en sus pulmones. Sudaba profusamente.

Vas a morir esta noche. Todos ustedes. La niebla cobija a un monstruo. La muerte te llama.

Simplemente para enfatizar su amenaza, Aidan se lanzó hacia el cielo, su cuerpo desperezándose y desfigurándose, hasta que se convirtió en un alado lagarto gigante con dientes afilados y prominentes. Su cola era escamosa, larga y gruesa, y sus ojos rojos como un rubí. Salió de la niebla, directo hacia la fila de coches ostentosos, y respiró fuego sobre sus capós.

Las puertas se abrieron de golpe, y los miembros de la pandilla salieron corriendo a través de la calle, sus gritos de terror haciendo eco en la niebla. Aidan rió suavemente mientras aterrizaba directamente a la derecha del coche delantero, su forma alterándose mientras lo hacía. Su hocico largo se acortó, los colmillos brotaron violentamente, y su cuerpo se compactó en tendones y músculos lupinos. El pelaje se ondulaba en su espalda y sus patas, emergiendo sobre su piel.

Corrió a paso sostenido en pos de los hombres, sus ojos rojos resplandeciendo en la niebla.

-¡El lobo! ¡Es el hombre lobo!-. El grito rebotó a lo largo de la calle, y una pistola detonó. Era imposible para alguno de ellos ver más allá de un pie escaso de distancia, pero para Aidan el aire era perfectamente claro, y sabía la posición exacta de su presa. Los persiguió durante un rato, disfrutando su habilidad para correr tan velozmente. Había gozo en su corazón. El gozo que habría sentido un poco más de setecientos años antes. Se estaba divirtiendo.

-¡Era un dragón!- gritó una voz ruda mientras todos corrían, el ruido de sus pasos fuertes en la oscuridad.

Aidan percibió otra voz.

-Esto no es real, hombre. Tal vez tuvimos una especie de alucinación masiva.

-Bien, quédate y compruébalo entonces- respondió violentamente alguien-. Me voy al infierno, lejos de aquí.

El lobo los acechó más cerca, olfateando al humano. El hombre disminuía la velocidad de su carrera, seguro de que nada de eso podía ser realidad. El lobo se lanzó de un salto, cubriendo una distancia considerable con una elasticidad singular y cogiendo al humano por el trasero de sus pantalones. Se quedó con un bocado del tejido de sus vaqueros, y el hombre dio un grito agudo. Sin mirar hacia atrás, escapó para unirse a sus amigos, sus botas sonando ruidosamente en la calle mientras corría a toda la velocidad que sus piernas le permitían.

Aidan rió a carcajadas estrepitosamente esta vez, el sonido hizo un eco misterioso que se transmitió en el lecho espeso de niebla. No podía recordar la última vez que se había divertido tanto. Los miembros de la pandilla gritaban, llorando de miedo. Para equilibrar las fuerzas de ambas pandillas, se concentró en los coches, volteándolos, uno a uno, hasta que cada coche estuviera apoyado sobre su techo, las ruedas dando vueltas inútilmente en el aire. Luego hizo lo mismo a la pandilla rival. Necesitaban descansar en el parque por un tiempo, de cualquier manera.

Después de asegurarse de que ninguna de los dos bandas pudiese comenzar una pelea, se lanzó hacia el aire otra vez, esta vez corriendo a toda velocidad de regreso a Alexandria. Aterrizó en la senda de piedra del huerto, fuera de la cocina. Un pez brincó en el estanque, y el sonido de la salpicadura fue sonoro en el aire de la noche. El viento comenzaba lentamente a cambiar de posición, abriéndose paso con serenidad a través de la niebla. Las nubes de niebla blanca formaron remolinos ágilmente y flotaron aquí y allá como velos de encaje. El efecto era hermoso. Todo era hermoso.

Aidan respiró a fondo y contempló el cielo. Esa no era su tierra natal, pero era su *hogar*. El vampiro se había equivocado acerca de eso. Aidan había aprendido a amar San Francisco a lo largo de los años. Era una ciudad interesante, con personas interesantes. En realidad, extrañaba su propia especie y la fiereza de las montañas de la Raza de los Cárpatos y sus bosques. Daría casi cualquier cosa por tocar la tierra de su patria. La tierra antigua de su gente estaría por siempre en su corazón, pero esa ciudad tenía su propio encanto, sus diversas culturas mezclándose y construyendo un mundo increíble para explorar y disfrutar.

Aidan usó sus llaves para abrir la puerta de la cocina. La casa estaba en silencio. Stefan y Marie permanecían dormidos en su cuarto. Joshua dormía a intervalos, obviamente incómodo por estar tanto tiempo separado de su hermana, aunque Marie le había permitido pasar la noche en el pequeño saloncito fuera de su dormitorio, en el primer piso. Stefan había cumplido su promesa; la casa estaba cerrada y asegurada, con las rejas de hierro sobre las ventanas para protegerlos contra cualquier invasión.

Las medidas preventivas de Aidan eran fuertes: los hechizos, poderosos y antiguos, conocidos sólo por unos cuantos de los más antiguos de su raza, estaban tejidos en los vitrales intrincados de las puertas. Gregori, el Oscuro, el más temido de los Cazadores de la Raza de los Cárpatos y su máximo sanador, le habían enseñado muchas de las defensas, los métodos de curación, incluso las maneras para cazar a los *no muertos*. Mikhail, su líder y el único amigo de Gregori, había estado de acuerdo en enviar a Aidan a los Estados Unidos como Cazador una vez que se supo que los traidores habían comenzado a ramificarse y buscar otras áreas para usarlas como mortales campos de actividades. Gregori entrenaba a pocos Cazadores; era un solitario y evitaba a otros por regla general.

Julian, el hermano gemelo de Aidan, había tratado de trabajar con Gregori por un tiempo, pero era demasiado parecido al Oscuro. Un solitario. Necesitaba los picos más altos, los bosques más profundos; necesitaba correr con los lobos y remontarse con las águilas, tal como Gregori prefería. El de ellos no había sido el camino de la gente, de las ciudades, o incluso el de su propia especie.

Aidan se movió a través de la cocina inmaculada hacia la puerta del sótano. Repentinamente, se le ocurrió qué bien olía siempre la cocina, con sus aromas de especias y pan recién horneado. Marie, y su familia antes de ella, siempre habían hecho de su casa un hogar. Realmente nunca lo había apreciado antes. La lealtad de esa familia todavía lo asombraba, aunque hasta ahora no había advertido cómo habían hecho que su vida, hasta entonces desolada, fuera una existencia tolerable.

Aspiró el aroma de *su familia*. El calor se esparció a través de su cuerpo, de su corazón. Tras siglos de una existencia fría y árida, quiso caer de rodillas con gratitud, por la alegría inesperada de ese tesoro. Tampoco nunca antes había percibido el efecto rústico logrado en el sótano. No era simplemente un espacio mohoso y subterráneo, sino un cuarto brillante, enorme y lujoso enriquecido con los tallados de madera de Stefan y un conjunto imponente y bien organizado de herramientas. Los bancos de trabajo y las mesas estaban limpios, las herramientas ordenadas del huerto brillaban, y hacia su izquierda descansaban bolsas incontables de rica tierra apilada cuidadosamente. *Stefan*. Le debía a ese hombre tanto.

El propio Aidan había excavado meticulosamente el túnel que conducía a su cámara escondida, después de haber estudiado las formaciones de rocas del acantilado y con la seguridad de que la cámara secreta sería imposible de penetrar o detectar tan cerca de la gran extensión de agua. Los *no muertos* podían saber que él dormía a corta distancia, pero nunca percibirían su posición exacta.

Aidan había escogido el sitio para emplazar su casa con mucho cuidado. Como el dinero era rara vez un propósito cuando uno vivía durante siglos, tenía de sobra para que le durara varias vidas. Fue simplemente encontrar el edificio y la posición correcta para sus necesidades específicas. Quería pocos vecinos, pues aunque se mezclaba bien en su nueva sociedad, necesitaba espacio y privacidad, tierras en las que pudiera vagar y la libertad del campo en su propio patio trasero. Necesitaba el mar con su olas estrepitosas y los perfumes y

Librodot

la niebla que pudiera manipular cuando fuera necesario.

Su propiedad, con vistas al océano y sobre un promontorio, estaba tan cerca de la perfección como había deseado. Poseía suficiente tierra alrededor de la casa para usarla como una barrera entre los vecinos y él, pero había otras casas a lo largo de la carretera. Aún así, contaba con la privacidad necesaria como para evitar que si uno de los traidores lo encontraba y luchaba con él, alguien los descubriese).

Establecer una casa nueva y en una tierra nueva había sido una de las cosas más difíciles que había hecho en su larga vida. Pero ahora, mientras se acercaba a su cámara de sueño, esa dificultad se había vuelto pálida en contraste con lo que su valiente Alexandria afrontaba en su vida nueva. Esperaba morir, e incluso había dado la bienvenida a la muerte, especialmente si significaba salvarlo a él. Había sentido en su mente que ella no estaba dispuesta a cazar a los hombres para alimentarse. No tenía una naturaleza depredadora o instintos de caza. Y temía ser un vampiro. Ni todas las explicaciones del mundo conseguirían vencer su desconfianza. Sólo el tiempo podía hacer eso, y él, de alguna manera, debía conseguir el suficiente para convencerla de que ni ellos eran vampiros, ni asesinos despiadados. Necesitaba tiempo para hacerla percatarse de que le pertenecía, que su lugar estaba con él, y que nunca podrían estar separados.

Él la sacó de la tierra acunada entre sus brazos. Extendiéndola en la cama, hizo una señal con una mano y cerró la tierra y la escotilla. No necesitaba enfrentarse con su nueva e inusual vida en ese mismo instante. Se despertaría en una cama, en una habitación. Ya tenía suficiente con todo lo que le había sucedido, como para encima encontrarse enterrada bajo tierra.

Tenía que trabajar rápido. En el momento en que la joven despertara, tendría que dominar su mente antes de que cayese en la cuenta de lo que ocurría y tratara de resistirse. No habría querido iniciar su relación obligándola a hacer algo aborrecible para ella; pero a pesar de todo, no tenía ninguna alternativa para reemplazar su pérdida enorme de sangre.

Respiró profundamente, acarició hacia atrás su pelo, y luego abrió su propia camisa.

Despierta, piccola. Despierta y toma lo que necesitas para vivir. Bebe lo que ofrezco libremente. Haz como te ordeno.

Bajo su mano, el corazón femenino tembló, despertando, sin suficiente sangre para soportar la vida. La uña de Aidan cortó su propio pecho, y presionó la boca de Alexandria contra la constante corriente roja.

Él sujetó la mente de la muchacha firmemente, mientras su cuerpo lentamente se calentaba, mientras su corazón y sus pulmones encontraban un ritmo. Con la infusión de su sangre, mucho más poderosa que la mayoría, su fuerza regresó rápidamente. Sin previo aviso, ella luchó contra él, comprendiendo abruptamente lo que ocurría. Con un pequeño suspiro, permitió que ella ganase esa pequeña batalla y aflojó deliberadamente su sujeción.

Ella se arrastró lejos de él, cayendo sobre el piso, tratando de escupir la sangre de su boca, tratando desesperadamente de odiar el sabor del fluido dulce y picante que robustecía la fuerza en ella.

-¿Cómo puedes?-. Ella gateó lejos de la cama, se tambaleó sobre sus pies y se presionó contra la pared, enjugando su boca repetidas veces. Sus ojos estaban completamente horrorizados.

Aidan se vio forzado a cerrar la herida en su pecho. Se movió lentamente para reducir el miedo de la muchacha. Muy cuidadosamente, se incorporó.

-Tranquilízate, Alexandria. No obtuviste aún bastante alimento para restaurar tu fuerza.

-No puedo creer que hayas hecho esto. Se supone que estoy muerta. Prometiste cuidar de Joshua. ¿Qué has hecho?- gritó mientras jadeaba tratando de respirar, con sólo la pared para mantenerla de pie. Sus piernas se sentían como de goma. Él le había mentido. *Mentido.*

-Escogiste la vida para mí, Alexandria. Y yo no puedo vivir sin ti. Nuestras vidas

están vinculadas ahora: uno no puede sobrevivir sin el otro-. Él habló amablemente, sin hacer ningún movimiento para acercarse a ella. Alex parecía dispuesta a escapar a la provocación más leve.

-Yo elegí salvar *tu* vida. Ambos sabíamos lo que eso significaba- dijo la joven desesperadamente, metiendo con fuerza los nudillos contra la boca para impedirse gritar. No podría, no lo haría, vivir de esa manera.

-Yo sí sabía lo que significaba, *cara. Tú* no lo hiciste.

-Eres un mentiroso. ¿Cómo puedo creer cualquier cosa que digas? Me hiciste como tú, y ahora me obligas a vivir de la sangre. No puedo, Aidan. No importa lo que me hagas, pero no beberé la sangre de nadie-. Alex se estremeció visiblemente y se deslizó a largo de la pared hasta el piso. Llevó las rodillas al pecho y se meció, tratando de consolarse.

Aidan suspiró, intentando no reaccionar demasiado rápido a sus palabras. Estaba alejándose de él, bloquéandolo en su mente para no dejarlo entrar. O eso es lo que ella pensaba. Él estaba familiarizado con su mente ahora, y lentamente entró, una sombra leve, vigilante.

-Nunca te he mentido, Alexandria. Decidiste que si salvabas mi vida, entregarías la tuya a cambio-. Deliberadamente su voz fue de terciopelo.

-Tenías miedo por Stefan.

-¿Por qué preferiría dejar que Stefan viviera y quitarte la vida? No hay sentido en eso. No confiaba en mí mismo para poder detenerme con Stefan. Había perdido demasiada sangre, y mis instintos de supervivencia eran demasiado fuertes. Tú eras la única segura.

Él lo dijo suavemente. Su voz musical e hipnótica se derramó sobre ella, embebiéndola y moderando el horror de lo que se había convertido, aliviando un poco la tensión que había entre ellos.

-¿Por qué? ¿Por qué sería seguro? Stefan ha sido tu amigo durante años. No me conoces. ¿Por qué estaría a salvo cuando él no?

-Tú eres mi *compañera.* Nunca podría dañarte. Por ti podría controlarme, y tú podrías alimentarme. Te he contado todo esto en más de una ocasión, pero insistes en ignorar la información.

-¡No entiendo nada de esto!- barbulló la joven-. Yo simplemente sé que quiero alejarme de ti. Me confundes hasta el punto en que no sé si metes pensamientos en mi cabeza o si son míos.

-No eres una prisionera, Alexandria, pero la verdad es que necesitas quedarte cerca de mí. No hay forma de que puedas protegerte y proteger a Joshua sin mí.

-Dejaré la ciudad. Evidentemente está invadida de vampiros, de todos modos. ¿Quién querría quedarse?- preguntó, entre la amargura y la risa histérica.

-¿Dónde irías? ¿Cómo vivirías? ¿Quién cuidaría de Joshua durante el día mientras te ves forzada a dormir?

Alexandria apretó las manos sobre sus orejas en un intento de bloquear la visión que evocaban sus palabras.

-Cállate, Aidan. No quiero escucharte otra vez-. Levantó su barbilla, sus ojos de color zafiro encontrando los de él. Muy lentamente, insegura, empujó su espalda para subir contra la pared.

Él se levantó lentamente, sus movimientos reflejando los de ella. Se veía tan poderoso, tan invencible, que Alex no podía creer que estaba desafiándolo. El hambre rugió dentro de ella. El poquito de sangre que Aidan le había dado solamente había aguzado su apetito. Su organismo famélico gritaba, insistente, imposible de ignorar. Alexandria presionó una mano contra su boca. Era maligna; él era maligno. Ninguno de los dos debería vivir.

Eso no es verdad, Alexandria, no es verdad en absoluto. Él se deslizó lentamente hacia ella, silencioso, imprevisible, su voz de terciopelo suave, tan pero tan persuasivo... La joven se frotó la frente.

-Dios mío, estás en mi cabeza. ¿Piensas realmente que voy a creer que es normal

hablar uno con el otro en nuestras mentes? ¿Que siempre sepas qué estoy pensando?

-Es normal para nuestra raza. No eres un vampiro, *cara.* Eres una mujer de la Raza de los Cárpatos. Y eres mi *compañera*.

-¡Detente! ¡No digas más!- lo amonestó Alexandria.

-Continuaré diciéndolo hasta que entiendas la diferencia.

-Entiendo que tú me hiciste esto. Y que no se supone que estoy viva. Y nadie, se supone, vive por siglos. Y nadie, se supone, mata a otros para sobrevivir.

-Los animales lo hacen todo el tiempo, *piccola.* Y la humanidad mata animales para comer. Pero en todo caso, no matamos cuando nos alimentamos, como los vampiros a menudo lo hacen. Está prohibido, y el acto mismo mancha la sangre, destruye el alma- dijo él pacientemente-. No hay necesidad de temer tu nueva vida.

-No tengo vida-. Mirando cada movimiento que él hacía, Alex avanzó con indecisión hacia la puerta-. Tú me quitaste *mi* vida.

Él estaba a varios pies de la pesada entrada de piedra; ella sólo avanzaba lentamente. Pero en el mismo instante en que se tambaleó para abrir, la mano de Aidan ya la detenía. Su cuerpo, muchísimo más grande, muchísimo más fuerte, bloqueaba su camino hacia la libertad.

Alexandria permaneció quieta.

-Creí que no era una prisionera.

-¿Por qué te resistes a mi ayuda? Si dejas esta cámara con tu hambre en su estado actual, tu desasosiego aumentará.

Aidan no la tocaba, pero ella podía sentir su calor. Su cuerpo parecía aspirar el de él. Incluso su mente buscaba su contacto. Horrorizada, lo empujó.

-Apártate de mí. Voy a sentarme con Joshua por algún rato. Necesito pensar, y no te quiero cerca. Si no soy tu prisionera, entonces apártate de mí.

-No puedes acercarte al niño en tu estado actual. Estás cubierta de suciedad y manchada con mi sangre.

-¿Dónde está tu ducha?

Él vaciló, luego decidió no mencionarle que no necesitaría una si no quería. La dejaría ser tan humana como necesitara ser. No le costaba nada.

-Puedes usar el cuarto de baño privado en el segundo piso. Tus ropas están en tu habitación, y todo el mundo está dormido. Nadie te molestará allí-. Él dio un paso atrás e hizo un gesto hacia el pasillo.

Alexandria atravesó corriendo el túnel y penetró en el sótano. Tenía que dejar ese lugar. Si no, ¿qué iba a hacer con Joshua? Aidan la arrastraba más y más dentro de su mundo. Un mundo de demencia, de locura. *Tenía* que irse.

Nunca había estado en el segundo piso, pero estaba tan perturbada que apenas advirtió el pasamanos adornado meticulosamente, las alfombras lujosas, la elegancia de cada cuarto. Marie había hecho lo mejor que había podido para colocar las cosas de Alexandria a mano, para hacerla sentir como si esa fuera su casa. Alexandria casi arrancó de su piel la ropa asquerosa y entró en la ducha amplia con paneles de vidrio. Estaba inmaculada, como si nadie lo hubiera usado nunca.

Abrió el grifo del agua, activándola lo más caliente que pudiera soportarla, y levantó la cara hacia el chorro, intentando no ceder a la histeria. No era una vampiresa, no era una asesina. No debía estar en esa casa. Joshua, ciertamente, no tenía sitio allí.

Cerró los ojos. ¿Qué iba a hacer? ¿Dónde podrían ir? Lentamente, ensartó sus dedos a través de su gruesa trenza, aflojándola para poder lavarse el pelo. Largo y de rápido crecimiento, caía más allá de sus caderas mientras frotaba el champú en su cuero cabelludo. ¿Qué iba a hacer? No tenía idea, y nada parecía factible.

El hambre estaba siempre presente, royéndola por dentro hasta que su mente parecía consumirse. Podía sentir el sabor de la sangre de Aidan en su lengua. Su boca se hizo agua, y su cuerpo pidió más. Las lágrimas se entremezclaron con el agua que se derramaba en su

cara. No podía fingir que eso no estaba ocurriéndole. Y lo peor de todo era que apenas podía tolerar estar alejada de Aidan. Podía sentir su propia mente tratando de alcanzarlo. Su corazón se sentía pesado, casi dolorido, lejos de él. No podía dejar de pensar en él.

-Te odio, odio lo que me has hecho- murmuró en voz alta, esperando que él escuchara su mente.

Se vistió lentamente, escogiendo sus ropas con cuidado. Se puso su par de pantalones vaqueros favoritos, usados y descoloridos, con dos rasgones. Adoraba el contacto de ellos contra su piel; eran tan normales, tan parte de su vida rutinaria. Se colocó su blusa de punto favorita de encaje color marfil, con botones pequeños de perla que siempre la hacían sentirse femenina.

Mientras desenvolvía la toalla de su pelo, se miró en el espejo por primera vez. Quedó ligeramente impactada con la imagen que se reflejaba. Tuvo un impulso histérico de llamar a Thomas Ivan y decirle que necesitaba repensar algunas de las ideas para sus absurdos juegos de vampiros. Él ya no le parecía realmente tan brillante. Inmóvil, se veía frágil, pálida, con los ojos demasiado grandes para su cara. Se tocó el cuello. La suave piel de satén no tenía cicatrices ni pálidas heridas. Elevando sus manos con asombro, estudió sus uñas largas. Nunca había podido tener uñas largas. Sus dedos se doblaron hasta convertirse en puños.

No podía permanecer en ese lugar. Necesitaba meditar en cómo mantener seguro a Joshua. Con los pies desnudos, bajó al vestíbulo. No tuvo necesidad de encender las luces; podía ver claramente en la oscuridad. Otra vez su mente se sintonizó tratando de alcanzar a Aidan, y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para evitarlo. No quería que él supiera qué estaba pensando o sintiendo. No quería admitir que era diferente de cualquier otro ser humano. Muy lentamente descendió las escaleras.

Sabía exactamente dónde estaba Joshua. Sin dudas, encontró el camino hacia el cuarto donde dormía. Permaneció de pie en el portal y simplemente lo observó, con el corazón dolorido por los dos. Se veía tan pequeño y vulnerable. Su pelo brillante era un halo rizado en la almohada. Podía oír incluso su respiración suave.

Alexandria se acercó a la cama lentamente, con lágrimas brumosas nublando su visión. Joshua había perdido tanto. Ella había sido una pobre sustituta de sus padres. Aunque había hecho el intento, nunca había logrado sacar a Joshua del peor barrio de la ciudad. Parecía una ironía terrible que ahora, finalmente, él estuviera en una mansión, rodeado de todo lo que el dinero podía comprar y yendo a una de las escuelas más prestigiosas de la región, y el hombre que lo había hecho posible fuera un vampiro.

Permaneció sentada sobre la colcha de plumas de ganso y apoyó una palma sobre su blando espesor. ¿Qué iba a hacer? La pregunta del millón. La única pregunta. ¿Podría llevarse a Joshua y huir? ¿La dejaría Aidan? Sabía, en algún lugar profundo dentro de sí, que él le había permitido apartarse cuando la había obligado a alimentarse. Era mucho más poderoso de que ella podía concebir, y él ocultaba la inmensidad de su poder.

Dejó que su respiración escapara lentamente. No tenía parientes a donde llevar a Joshua. No había nadie que pudiera ayudarla. Ningún lugar a donde correr.

Se inclinó para besar la parte superior de la cabeza de su hermano. De nuevo, percibió la marea de su sangre. Podía oírla como si latiera a través de las venas bullentes de vida. Miró fascinada el pulso que palpitaba en el cuello del niño. Podía oler la sangre fresca, y su boca se hizo agua por el hambre. Respiró hondo, su mejilla acariciando el cuello de Joshua.

Entonces Alexandria sintió sus colmillos afilados y listos contra su propia lengua. Horrorizada, se alejó de un salto de la cama, lejos del niño dormido. Apenas fue consciente de que había alcanzado la puerta en un solo salto. Con una mano apretada contra su boca, escapó por el vestíbulo y atravesó la casa, avanzando entre tropezones para abrir la puerta principal, y caer en la noche oscura, donde pertenecía.

Corrió tan rápido y tan lejos como pudo, con cada paso mermando drásticamente sus

fuerzas, con los sollozos rasgando su pecho. La bruma no era ahora más que una tenue niebla, y las estrellas se extendían en todas direcciones a través del cielo, en su patrón eterno. Cuando su adrenalina se agotó, Alexandria se dejó caer sobre la tierra junto a una cerca de hierro forjado.

Era maligna. ¿En qué había estado pensando? ¿Que simplemente podría llevarse lejos a su hermano y todo sería como antes? Joshua nunca estaría a salvo de ella. Aidan podría haber dicho la verdad acerca de Stefan después de todo. El hambre la arañaba con intensidad, hasta que su misma piel hormigueaba de necesidad. Sus dedos encontraron el peso sólido de una barra de hierro, y salvajemente consideró atravesar su propio corazón con ella. Tiró de la barra experimentalmente, pero estaba sólidamente incrustada en el cemento. Débil por la falta de sangre, nunca podría quitarla por sí misma.

Mordiéndose los labios para tranquilizarse, consideró sus opciones. Nunca pondría en peligro a Joshua. No había forma de que alguna vez pudiera regresar a esa casa. Sólo podía rezar porque Marie y Stefan aprendieran a amar a Joshua la mitad que ella y lo protegieran de la locura de la vida de Aidan. No deseaba lastimar a cualquier otro ser humano. Y eso le dejaba sólo una opción. Se quedaría allí hasta que el sol se levantara y esperaría hasta que la luz la destruyera.

-Ni lo pienses, Alexandria-. La figura alta y musculosa de Aidan apareció entre la niebla-. Eso no va a ocurrir-. Su cara era una máscara de determinación implacable-. Estás tan deseosa de morir, pero no estás dispuesta a aprender a vivir.

Ella agarró la cerca hasta que sus nudillos se pudieron blancos.

-Aléjate de mí. Tengo el derecho de hacer lo que quiera con mi vida. Eso se llama libre albedrío, aunque estoy segura de que el concepto va más allá de tu comprensión.

En un lento despliegue de músculos, él se enderezó hasta alcanzar su altura completa. Una segura elegancia se pegaba a él como una segunda piel.

-Ahora tratas de provocarme.

-Te lo juro, si continúas usando ese tono calmo y frío, me pondré histérica y no seré responsable de lo que haga- apretó más sus dedos alrededor de la barra en caso de que tratara de obligarla a ir con él.

Aidan rió suavemente, sin humor. Era un sonido masculino y tentador que envió un temblor a lo largo de su columna vertebral.

-No me pongas a prueba más allá del límite, *piccola*. *No te permitiré buscar el amanecer.* No habrá discusión en este asunto. Aprenderás a vivir como debes hacerlo.

-Tu arrogancia me asombra. Bajo ninguna circunstancia volveré a esa casa. No sabes lo que estuve a punto de hacer.

-No existen secretos entre nosotros. Oliste la sangre de Joshua, y tu cuerpo reaccionó normalmente. Tienes hambre. Más que hambrienta, estás famélica y necesitas alimento. Reaccionaste de manera natural a la proximidad de una fuente de alimentación. Pero nunca lo habrías tocado. Nunca dañarías a tu hermano.

-No puedes estar seguro-. Ella misma no lo estaba. ¿Cómo podría estarlo él? Se estremeció con agitación, inclinando la cabeza sobre sus rodillas para esconder su vergüenza-. No era la primera vez. Ha ocurrido dos veces.

-Lo sé todo acerca de ti. Estoy en tu mente, en tus pensamientos. Puedo sentir tus emociones. El hambre que experimentaste fue natural. No puedes descuidar las demandas de tu cuerpo. Pero, Alexandria, no podrías dañar a un niño. A ningún niño, y mucho menos a Joshua. No está en tu naturaleza.

-Desearía poder creerte.

Sonó tan desamparada que casi le rompió el corazón. Él odió eso, la carga terrible de confusión y la información errónea que había obtenido a lo largo de su vida. Había mezclado los mitos y las leyendas de vampiros, se había enfrentado a uno real, y a sus propios poderes al mismo tiempo.

Sus dedos fueron suaves bajo la barbilla femenina. Le inclinó su cabeza hacia arriba

para que sus ojos quedaran cautivados por los de él.

-No puedo mentirte, *cara*, porque puedes percibir mis pensamientos a voluntad. Une tu mente completamente a la mía, y sabrás que digo la verdad. No hay peligro para Joshua. Soy en parte un animal salvaje, un Cazador, una máquina de aniquilación muy eficiente, creo que fueron tus pensamientos. Y eso es verdad a veces. Pero no es el caso contigo. Un hombre de la Raza de los Cárpatos tiene a cargo la protección, la salud y la felicidad de su *compañera.* Soy la oscuridad para tu luz. Tú tienes compasión y bondad dentro de ti. Eres de la Raza de los Cárpatos ahora, pero al igual que todas las mujeres de nuestra casta, tu verdadera naturaleza es gentil. No hay peligro para Joshua.

Ella quería creerle. Había algo en la pureza de su voz, en la franqueza de su segura mirada, que casi la convenció. Más que cualquier cosa en su vida, quería creer en él ahora.

-No puedo arriesgarme- dijo ella con tristeza.

-Y me niego a perderte-. Él se inclinó, desanudó sus dedos de la cerca, y la levantó fácilmente en sus brazos-. ¿Por qué no me dejas ayudarte? Sé que esto es todo un trauma, pero escucha tu corazón, tu mente. ¿Por qué elegiste salvarme si piensas tan mal de mí?

-No sé. Ya no sé nada más, excepto que quiero que Joshua esté seguro.

-Y yo te quiero segura a ti.

-No puedo soportar estar junto a él y tener esos sentimientos tan fuertes de hambre como hoy. Me sentía tan mal pensando en la sangre, mirando su pulso- presionó una mano en su estómago-. Me puse enferma. Y me asustó, me hizo asustarme tanto por él.

La boca de Aidan tocó su cabello en la más ligera de las caricias.

-Permíteme ayudarte, Alexandria. Soy tu *compañero.* Es mi derecho y también mi responsabilidad.

-No sé lo que quieres decir.

Él podía sentir su resistencia mermando rápidamente en ella. La joven lo contempló con desesperación. No había confianza en las profundidades de sus ojos, sólo un terrible dolor. No podría oponerse a su fuerza o su determinación implacable.

-Permíteme mostrarte- dijo suavemente, su voz baja e intensa convertida en una seducción tan negra como el terciopelo.

Capítulo 9

Los brazos de Aidan se apretaron un poco más mientras sostenía a Alexandria. Había una expresión en su cara, una mirada en sus ojos que tuvo miedo de nombrar. Posesión. Ternura. Una mezcla de ambas. No quería saberlo. La hizo sentirse valorada, atesorada. La hizo sentirse sexy y bella.

La manera en que su mirada se movía sobre su cara, tocando sus labios como un beso físico, hizo que su corazón se acelerara al máximo.

Una sonrisa lenta curvó la sensual boca masculina.

-Veo que estás descalza. Iba a sugerirte un paseo bajo las estrellas, pero tu molesto hábito parece haber surgido otra vez.

Ella tragó saliva, esforzándose en mostrar una fachada de control. No quería volver a la casa. Necesitaba distanciarse de Joshua y comprender qué había ocurrido.

-Dado que corrí hasta aquí, no creo que caminar me haga daño. Bájame, Aidan. No saldré corriendo.

Su risa desgreñó su pelo.

-Como si pudieras apartarte de mí-. Muy lentamente, saboreando la sensación de tenerla junto a él, Aidan la bajó.

Ella miró hacia arriba. Había algo nuevo en su relación que no había estado presente antes. Era muy consciente de él como hombre. Alto, fuerte, apuesto, sensual. Su mente desechó con rapidez el pensamiento, y bajó la cabeza otra vez. Se perdió la sonrisa repentina de Aidan.

-Es una noche bella, *cara mia*. Mira alrededor de ti- le ordenó suavemente.

Debido a que era tan consciente de él moviéndose fácilmente a su lado, ella lo obedeció, deseando evitar pensar en él y el poder extraño que parecía mantener sobre ella. Las estrellas eran una manta de diamantes por encima de ellos. La joven respiró profundamente, inspirando la brisa salada que se desprendía del océano.

Detrás de ellos estaba la arboleda espesa que crecía a lo largo de la ladera; delante de ellos, la terraza con vista al océano. La carretera serpenteaba hacia arriba de la colina; las casas que punteaban aquí y allá a lo largo del camino eran grandes, pero se mezclaban adecuadamente con el paisaje. Las luces de la ciudad rivalizaban con las estrellas, un patrón iridiscente que se extendía hacia arriba. La vista era impresionante.

Aidan se movió más cerca, simplemente un leve movimiento de músculos, pero ella sintió el calor de su cuerpo. El calor líquido inesperadamente se derramó profundamente en su bajo vientre. Su corazón palpitó más rápido*. Fascinación*. Él la fascinaba. La cautivaba. Como por casualidad, se alejó lentamente para poner un poco de espacio entre ellos. Él se deslizó, en vez de caminar, con sus ojos dorados bebiendo el paisaje que los rodeaba, una mirada lenta y penetrante que no se perdía nada, incluyendo su retirada.

-Si te alimentaras correctamente, Alexandria, no habría necesidad de que volvieras a sentirte como lo hiciste con tu hermano-. Él sacó a colación el tema impasiblemente, su tono cuidadosamente neutral. Ella sintió como si él le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

-¿Tenemos que hablar de eso?

Alimentarse. ¿Qué significaba eso, exactamente? No *comer,* sino *alimentarse.* Su cerebro se asustó por la palabra y todas sus connotaciones.

La mano masculina resbaló sobre su pelo sedoso, siguiendo la caída salvaje de las ondas hacia abajo de su espalda, hasta su trasero redondeado. El gesto fue insoportablemente tierno. El calor rezumó bajo su piel, y la boca se le quedó seca. La mano de Aidan accidentalmente rozó la suya. Sus dedos enredaron, luego los de él se cerraron alrededor de los de ella para entrelazarlos.

-Es lo mejor, *cara.* Tus miedos son tan infundados.

Ella hizo una respiración profunda, tratando de obligarse a concentrarse en el desagradable tema, pero la cercanía de Aidan ponía su mundo del revés. Podía sentir la electricidad crujir entre ellos. La punta de su lengua acudió rápidamente a mojar sus labios. Se dio agudamente cuenta de su mirada dorada siguiendo el movimiento sencillo, convirtiéndolo en algo erótico.

-¿Qué sugieres? ¿Debería hacer de Thomas Ivan mi suministro de comida?- propuso impertinentemente, porque su garganta dolía de aprensión-. Supongo que siempre podría seducirlo como lo hacen las vampiresas en el cine.

Aidan sabía que ella lo había dicho por miedo; él estaba en su mente. Pero la imagen de su cuerpo enredado con ese diseñador de software fue instantánea y vívida. El gruñido escapó antes de que pudiera detenerlo. Sus dientes blancos brillaron con amenaza. Dejó que su mano libre pasara por su pelo largo y leonino. En ese momento era peligroso, y eso lo horrorizó. Nunca había sido una amenaza real para ningún humano a menos que participara en una guerra. Los humanos eran algo de lo cual alimentarse y proteger, y él rara vez se había enredado en sus peleas. Como todo hombre de la Raza de los Cárpatos, cuando su tierra se había manchado de sangre y sus países destrozados, había utilizado sus habilidades para luchar. Pero lo de ahora era diferente. Era personal. Y Thomas Ivan nunca estaría completamente a salvo otra vez.

Alexandria sintió el cambio en Aidan inmediatamente. Luchaba contra algo letal dentro de él mismo, una batalla privada con un demonio que ella no conocía. Sus dedos se

apretaron alrededor de los de él.

-¿Qué sucede, Aidan?- preguntó suavemente, preocupada.

-Ni siquiera bromees sobre eso. Dudo que Ivan sobreviviera si lo sedujeras- dijo con frialdad, sin suavizar el golpe. Su voz era de suave terciopelo, pero chorreaba amenaza, algo mucho peor que un grito. Él atrajo sus nudillos hacia el calor de su boca, demorándose sobre su piel de raso-. Ivan no necesita tentar al destino tocándote.

Ella separó su mano, perturbada por el calor en su cuerpo, por el sufrimiento que se estaba volviendo una demanda urgente. Distraídamente restregó su palma sobre su muslo cubierto por los vaqueros para tratar de borrar la sensación de sus labios en su piel.

-¿Sabes, Aidan?, la mitad del tiempo no puedo entender nada de lo que dices. ¿Por qué Thomas estaría tentando al destino? ¿Estás diciéndome que yo lo mataría?- intentó no contener la respiración, esperando la respuesta.

Su cuerpo se apretó contra el de ella otra vez mientras igualaban la longitud de sus pasos como bailarines de tango.

-De ningún modo, *cara mia*. *Yo* lo mataría. Dudo mucho que pudiera evitarlo. Incluso no querría hacerlo.

Sus ojos de color zafiro se hicieron enormes mientras ella lo miraba a la cara.

-¿Realmente quieres decir..? ¿Por qué harías eso?

Él vaciló un momento, el silencio alargándose mientras escogía cuidadosamente su respuesta.

-Soy responsable de tu protección. Ese hombre busca más que tus bellos dibujos, Alexandria, e, inocente como eres, no puedes verlo.

Su barbilla se inclinó.

-Por todo lo que sabe, señor Savage, yo podría haber tenido una docena de amantes. Si eligiera seducir a Thomas Ivan, no necesitarías preocuparte por mí. Puedo cuidarme sola.

Su sedoso cabello repentinamente se hizo un puño en la mano del hombre, y ella se detuvo abruptamente. Él dio un paso más cerca, doblando su cuerpo delgado hacia atrás. Sus ojos de oro derretido, relucientes de pasión, de posesividad, la miraron directamente.

-Tú eres mi *compañera*. Nunca has sido tocada por otro hombre. He estado en tu mente y tengo acceso a tus recuerdos. No trates de decirme que ha habido una docena de hombres en tu vida.

Ella permaneció pasiva, quieta. Su cuerpo se sentía agresivo contra el de ella, pero no sintió dolor, ninguna sensación de que estuviera en peligro. Sólo sintió su intensidad terrible, como si sus demonios interiores lucharan dentro de él. Sus ojos azules brillaron regresando su mirada directamente.

-Encima de todo, tienes que ser machista. ¿Se supone que debo creer que nunca ha habido mujeres en tu vida? Y otra cosa: sal de mi cabeza. No tienes derecho a hurgar mi vida privada. Lo que fuere que esa cosa del *compañero* sea, no quiero nada de eso- trató de sonar desafiante, pero era difícil cuando su boca perfecta estaba sólo pulgadas de la suya. Eran embarazosas las cosas que esa boca la hacían pensar.

No podía desviar sus ojos de los de él. Vio que ese oro se calentaba, el propósito claro en sus profundidades. Su boca dura se suavizó, y muy lentamente, con paciencia infinita, él tocó con sus labios los de ella, una pulsación breve y ligera que envió una columna de deseo ensortijándose dolorosamente a través de su cuerpo.

-Simplemente recuérdalo, seducir hombres está fuera de la lista- murmuró él casi distraídamente contra su boca.

Ella podía saborear las palabras. Saborear su respiración. Su boca era caliente y tentadora. Su viril cuerpo estaba excitado, y podía sentirlo presionando contra ella, duro de necesidad. La mano de Aidan enmarcó la curva de su mejilla, su pulgar deslizándose en una caricia a través de su pulso. El viento sopló la masa sedosa de su pelo a través de su mano y su brazo, ligándolo a ella casi a propósito.

Ella podía oler su perfume incitándola, salvaje y provocativo, como un llamado

Librodot

animal a su consorte. Su ser entero respondió contra todo intelecto, toda razón, contra toda cordura. Alexandria nunca había sentido una atracción tan sexual hacia ningún hombre, y la intensidad de su respuesta hacia él estaba más allá de su comprensión. Era fuerte y urgente, apasionada, húmeda y ardiente, una necesidad tan elemental como el tiempo. Lo quería allí mismo, en la noche, salvaje en sus brazos, necesitándola.

Retrocedió temblorosamente lejos de él.

-Detente, Aidan. Simplemente detente- levantó una mano para retenerlo-. No estoy lista para esto-. Él era tan intenso, tan viril y dominante, que la controlaría hasta que ella no pudiera existir sin él. Hasta que ella no existiera sin él-. No vas a asumir el control de mi vida- murmuró a su oído.

Él acarició con el pulgar su labio inferior.

-Apenas te toqué, *cara mia*, y huyes de mí como un conejo asustado.

-Cualquier persona en sus cabales huiría de ti, Aidan. Hablas locuras. No debería tener importancia para ti cuántos amantes tengo o he tenido. Eso es asunto mío. Yo no te pregunté acerca de tu vida amorosa, ¿verdad?-. Repentinamente pensó en sus brazos alrededor de otra mujer, y la idea la puso enferma-. Eres un hipócrita. A lo largo de todos los siglos que aseguras haber vivido, habrán habido probablemente más mujeres de las que podría contar. Cientos-. Ella pensó en eso-. *Miles*. Eres un perro, Savage. El perro del hortelano.

Él no pudo evitar reírse. Teniendo mayor altura, tomó posesión de su mano otra vez y comenzó a caminar lentamente de regreso hacia la casa. Su mano era pequeña y frágil en la de él, su piel suave e invitadora. El viento, decidido a hacer su voluntad, juguetonamente tocó su pelo, soplándolo a través de su brazo, trenzándolos con cien hebras sedosas.

Alexandria caminó a su lado, intentando no sentirse valorada y protegida mientras él se movía junto a ella. Era la forma en que él se movía, confiado, ágil, poderoso, lo que la hacía sentirse tan vulnerable a su posesividad, pero sus dedos eran suaves alrededor de los de ella. Con cada paso que daba, se sentía más molesta porque él tuviera acceso a su vida personal.

-Pienso que tienes una idea equivocada acerca de mí, Aidan. Puedo no tener amantes reales, pero es sólo porque no me he enamorado de nadie aún. Me he sentido atraída, sin embargo. No tengo nada malo.

Su boca se crispó. Él se abstuvo de sonreír virilmente, pero fue necesario caminar varios pasos antes de que pudiera contestar con su habitual voz neutral.

-Nunca, en ningún momento, pensé que tuvieras algo malo. Si *tú* te preocupas acerca de ello, sin embargo, estaré feliz de demostrarte lo contrario.

Ella tiró de su mano. Él estaba demasiado cerca, demasiado sagaz y agudo. La química entre ellos era explosiva. No debería tocarla, y mucho menos besarla. Eso simplemente no sería seguro.

-Apuesto que lo harías. Pero no va a ocurrir. Tengo una regla acerca de los vampiros que me impide involucrarme con ellos.

Sus cejas se levantaron rápidamente.

-Una buena regla. Estoy encantado de que comiences a demostrar sentido común. Y que no te sintieras atraída por los hombres humanos.

-Thomas Ivan es muy atractivo.

Sus ojos ámbar brillaron intensamente al mirarla.

-Pensaste que él era un tiburón. Y esa colonia barata que usa te hizo doler la cabeza.

-Él es del tipo que llegaría a gustarme- protestó ella-. Tenemos bastante en común-. Sus ojos azules sostuvieron el desafío-. Su colonia no es barata. Y es muy bien parecido.

Al mismo tiempo, su enorme constitución física le bloqueó el camino, y ella se topó directamente con él, su cara presionada en la concavidad de su esternón. Una de sus manos rodeó la columna delgada de su garganta.

-No, él no es para ti-. Su pulgar trazó una línea sobre su labio inferior.

Librodot

De nuevo su cuerpo empezó a latir de necesidad. Como si nada hubiera pasado. Él bloqueó la visión del aire fresco de noche, de las mismas estrellas, de todo menos sus músculos sólidos, su calor y su fuerza. Sus pechos se sintieron incómodamente tensos; su sangre se lanzó en una melodía alocada a través de su cuerpo.

Podía oír el corazón masculino latiendo. En sus venas, la sangre estaba cantando, llamándola. El hambre la apresó, intensa y feroz. Ella trató de apartarse, dejando escapar un gemido pequeño. Había estado distrayéndose, logrando olvidar realmente por un tiempo que necesitaba alimentarse de otro ser para existir. Pero la comprensión ahogó por completo todo lo demás, a tal grado que la belleza que la rodeaba se convirtió en un paisaje yermo y desagradable. El miedo que le inspiraba despertó dentro de ella. Plantando ambas palmas en su pecho, trató de apartarlo de un empujón. Fue como tratar de mover una pared de cemento.

Aidan simplemente le sonrió.

-Deja de temer que lo que es natural para ti. ¿Piensas realmente que podrías lastimarme?-. Sus brazos se cerraron apretadamente alrededor de ella, y la muchacha sintió que sus pies dejaban la tierra. La boca del hombre acarició su oreja-. Pero gracias por la preocupación.

Agarrando firmemente su cintura, Alexandria miró a hurtadillas bajo su brazo para ver la tierra alejándose poco a poco. Flotaban hacia arriba, en un movimiento perezoso y casual que aterrorizó su corazón.

-Ahora podría ser un buen momento para decirte me temo a las alturas- se aventuró a decir, su corazón latiendo pesada y ruidosamente en sus oídos.

-No, no es verdad, pequeña mentirosa. Simplemente tienes miedo a las cosas que no entiendes. Siempre has soñado con volar, ¿verdad? ¿Alto por encima de la Tierra? Conoce nuestro mundo, *piccola.* Mira las cosas maravillosas que eres capaz de hacer-. Había una diversión tierna en su voz-. Puedes ascender libre a voluntad.

-Soñar acerca de eso y hacerlo son dos cosas diferentes. Y no lo estoy haciendo; tú eres quien lo controla.

Su risa era baja y perversa.

-¿Quieres que te suelte para probar? Eres capaz de flotar por ti misma.

Sus dedos se retorcieron convulsivamente en su camisa.

-Ni siquiera bromees acerca de eso, Aidan-. Pero él nunca aflojó su abrazo, y ella se sintió segura y protegida. Aspirando profundamente, Alexandria miró alrededor.

Las gavillas de niebla flotaban suavemente en torno a ellos. Quiso extender la mano y tocar una, simplemente para comprobar que podía, pero no estaba realmente lo suficientemente segura en el abrazo de Aidan. Las estrellas brillaban intensamente en lo alto, y debajo de ella, las olas rodaban a través del océano y chocaban en las grandes rocas, rociando espuma blanca en todas direcciones. Las gotitas parecían diamantes brillantes y se esparcían por todos lados a través del azul oscuro del mar. El viento tiraba de las copas de los árboles, de tal forma que se inclinaban y agitaban las ramas, ondeando hacia ella.

Alexandria sintió una ráfaga de alegría. Se sentía libre. El peso profundo y opresivo que la aplastaba se había levantado por un momento, y estaba riendo, realmente riendo. El sonido de esa risa perforó el corazón de Aidan, lo envolvió y lo apretó con fuerza. Sus brazos se estrecharon aún más. Él quería oír una risa parecida a esa todo el tiempo. Su perfume, su contacto, desafiaban su control, tentando la fiereza que anidaba dentro de él.

Ella sintió su cambio. La forma en que su cuerpo se movía contra el de ella, la forma en que se endureció en la demanda urgente, la posesión de sus brazos mientras la sostenía. Estaban en el balcón de la casa ahora, en el tercer piso, en sus habitaciones privadas. Sus pies aterrizaron, pero los de ella no, y él la llevó fácilmente hacia una silla lujosa del salón apenas más allá de las puertaventanas deslizantes con vidrios de intrincados dibujos de colores.

-¡Aidan!- fue la protesta jadeante. El pánico la inundó. No podía estar a solas de esa manera con él. Él era demasiado tentador, y ella demasiado vulnerable, sus emociones expuestas y en carne viva.

Su boca viril recorrió rápidamente sus párpados, sus mejillas.

-¿No te he dicho que deberías confiar en mí?-. Él se acomodó con ella en su regazo, sus caderas acunando su trasero. La muchacha estaba íntimamente presionada contra él, y no pareció importarle que ella pudiera sentir su violenta necesidad. Los secretos entre ellos no existían. Fácilmente, ella podría haber entrado en su mente y haber encontrado la misma información.

Alexandria tembló, repentinamente asustada. Había algo diferente en él, un cambio elemental que había advertido desde que la había despertado la última vez. Se veía diferente, como si ella fuera suya, como si su derecho sobre ella fuera completo, indiscutido. Había ternura, pero también una determinación profunda, un propósito implacable. Tocó su cara con dedos temblorosos.

La noche daba brillo a su belleza masculina, a la masa gruesa de cabello leonado que se derramaba hasta sus hombros anchos. Podía ver sus pestañas exuberantes, la nariz elegante, la mandíbula firme y los labios perfectos.

-Une tu mente a la mía- fue su suave orden.

Ella se tensó y negó con la cabeza. Su vida ya había cambiado para siempre. Instintivamente, supo que él la estaba arrastrando más cerca, atrayéndola más aún en su mundo. Tenía que controlar alguna cosa.

-No, Aidan. No quiero esto.

-Sólo tengo la intención de alimentarte, *cara,* nada más, aunque admitiré que la tentación es casi más de lo que puedo soportar. Une tu mente a la mía-. Esta vez su voz se dejó caer una octava, se volvió sugestiva, hipnótica, perezosa, seductora.

Ella luchó contra el poder en sus brazos. Su mente hizo eco de las palabras *te alimentaré.* Su estómago dio un salto mortal. Su corazón martilló. En lugar de revolverse, hubo una anticipación caliente, haciendo que la tensión sexual entre ellos aumentara aun más. Reprimió un sollozo bajo. Ésa no era ella. Nada de eso. Ella no desearía tanto a un hombre que su mente y cuerpo enteros dolían y ardían de necesidad. Ella nunca consideraría clavar los dientes en alguien, pero al pensar en su boca contra su pecho, su cuello, su cuerpo se tensó con fuerza y latió en respuesta. El calor líquido brotó en su interior, una sensualidad húmeda y caliente que nunca había conocido.

-Une tu mente a la mía- murmuró él otra vez, sus palabras como una seducción contra su piel. Su lengua acarició su pulso, y su cuerpo se endureció de anticipación.

Desesperadamente ella hizo lo que él deseaba. Su mente era una neblina de apetito corpóreo, con un hambre urgente y exigente. Las imágenes eróticas bailaron en su cabeza. Su lengua la acarició de nuevo, más abajo esta vez, mientras sus dedos lentamente se colaban entre los botones de perla de su suéter. Ella se sentía bañada en calor, en necesidad, en hambre. Su piel era ultrasensitiva. Se oyó a sí misma gemir, sintiendo el golpe del aire fresco tentadoramente a través de sus pechos.

Él la tocó, su mano deslizándose por su estrecha caja torácica hasta cerrarse posesivamente sobre la piel del raso bajo sus pechos. Sus dientes mordieron su cuello, su garganta. Él murmuró algo inarticulado. *Te necesito, Alexandria. Me perteneces. Eres mía.* Sus dientes rozaron un pecho, se demoraron, rasparon eróticamente. Su lengua de terciopelo acarició la punta dura una vez, dos veces. *Soy tu compañero. Tomarás de mí lo que necesitas. Aliméntate, cara mia. Toma de mí lo que sólo yo puedo darte.* Ella sintió su boca sobre su blandura, tirando caliente, erótica y extraña.

Sus ojos se cerraron. Se sentía como en un ensueño. Su cuerpo parecía pesado, poco familiarizado con los anhelos que nunca había experimentado, y su ser entero rabiaba por una liberación que necesitaba tan desesperadamente como saciar su hambre.

Una sonrisa lenta y femenina de satisfacción curvó su boca. Su lengua saboreó su piel, su sabor, masculino y picante. Adictivo. Sus labios rozaron su pulso.

Los músculos de Aidan se contrajeron, tensos. Apretó los dientes, y cerró los ojos contra las demandas de su propio cuerpo. Ella era como seda picante y relámpagos blancos.

El fuego acarició su pecho y se esparció a través de su vientre plano, moviéndose más abajo aún, para atormentarlo con una promesa dolorosa y no cumplida de liberación. Su lengua lo tentaba, bailando sobre su piel hasta que pensó que podría volverse loco.

Alexandria poseía una sensualidad natural, intensificada por la poderosa sangre de la Raza de los Cárpatos que ahora fluía en sus venas. Aidan era su *compañero*, y a pesar de que ella se rehusaba a admitir lo que ocurría, su cuerpo deseaba ardientemente el suyo, necesitado y hambriento por ella. Sus inhibiciones naturales estaban siendo empujadas a un lado, su humanidad barrida por una marea de pasión naciente. Su sangre, estallando de fuego, clamaba por la suya. Su cuerpo se movía contra el de él, buscando una unión más cercana, piel contra piel, sin los confines de su ropa. Su mente estaba engranada a la de él, trenzadas más allá de todo pensamiento solitario. Lo que quería él, lo quería ella. Lo que necesitaba ella, lo necesitaba él.

La lengua femenina acarició su pulso, formó remolinos ágilmente sobre sus músculos, acarició un plano pezón café. Él tiró hacia atrás la cabeza y gimió en voz alta. Un brillo fino de sudor recubría su piel, y su cuerpo se hinchó en urgente demanda, sus pantalones vaqueros mucho más apretados, su cuerpo esforzándose para liberarse. Los dientes de Alexandria lo rasparon ágil, insistentemente. Un estremecimiento comenzó en alguna parte de sus piernas y subió por su cuerpo. Su misma sangre pulsaba con ondas de urgencia, un volcán derretido listo para explotar. La deseaba más de lo que alguna vez había deseado cualquier cosa en todos los largos siglos de su existencia. Sus brazos la apretaron posesivamente. Inclinó su cabeza para acariciar con su boca el pelo sedoso, sus párpados cerrados, sus sienes.

Y luego él estaba jadeando por respirar, dejando escapar un sonido estrangulado entre gemido y grito ronco. Sus músculos y sus tendones se tensaron mientras el blanco dolor caliente recorría su cuerpo, mientras el placer increíble inundaba cada célula. Los dientes de la joven habían perforado profundamente, y su sangre fluyó en ella, su boca moviéndose en un frenesí sensual de alimentación. Erótica. Caliente.

Su mano se deslizó sobre su pecho, acarició su abdomen plano, siguió la huella de pelo dorado hasta que las puntas de sus dedos acariciaron la pretina de sus pantalones. Aidan desvió su peso, tratando de aliviar la tela apretadamente estirada que cubría su cuerpo palpitante. Necesitaba alivio, estaba desesperado por él.

Sus colmillos estaban afilados contra su lengua, su boca llena de necesidad caliente. Acarició con la nariz la nuca femenina mientras ella se alimentaba. El acto era más erótico que nunca, desvaneciendo en su memoria los encuentros sexuales de anteriores siglos, antes de que sus emociones, sus deseos y sentimientos hubieran desaparecido. Sus dientes se clavaron en su hombro, inmovilizándola en ese sitio en el antiguo despliegue de dominación de la Raza de los Cárpatos, un instinto que él no había sabido que poseyera hasta ese momento. Su cuerpo estaba tenso, empapado en sudor, pulsando de necesidad, y ardiendo de fuego.

La mano de ella se movió sobre la constricción de la tela. Su mente, tan profundamente unida a la de él, estaba perdida por la necesidad apasionada. Ella podía ver las imágenes en la cabeza de Aidan, de lo dos unidos en el éxtasis. Sabía exactamente cuán urgentemente él la deseaba, lo que su cuerpo demandaba. Su necesidad era la de ella. Su mano lo liberó de los confines de sus pantalones apretados. Ella lo sintió estremecerse mientras sus dedos envolvían su gruesa longitud, mientras acariciaba y tocaba el duro miembro.

Los dientes de Aidan se apretaron, su cuerpo se arqueó. Había un trueno en sus orejas y una neblina de deseo rojo ante sus ojos. Martillos perforadores golpeaban su cráneo. Sus manos acariciaron su suéter, ásperas e insistentes, salvajes y dominantes. Sus dientes la mordieron manteniéndola quieta aún cuando no se había movido.

Algún diminuto sentido de autoconservación salió a la superficie, y Alexandria cayó en la cuenta de lo que estaba haciendo. Había sido como un sueño erótico, pero ahora tenía

conciencia de la noche fría, del calor de su cuerpo, de la demanda de sus manos, su propio comportamiento desinhibido, su boca alimentándose tan sensualmente en su pecho.

-¡Oh, Dios mío!

Lo soltó como si quemara y trató de alejarse. La mano de Aidan mantuvo su cabeza contra él, y sintió el chorrito de sangre abriéndose paso abajo en su pecho

-Cierra la herida con tu lengua. Tu saliva lleva un agente cicatrizante. No hay marca a menos que lo deseemos- su voz era una caricia suave y ronca, pero arenosa por la necesidad. Su mano la forzó a obedecer.

Ella hizo lo que él dijo porque estaba aterrorizada de desafiarlo. Él estaba tan excitado, que con un movimiento equivocado haría a un lado su resistencia. Y podría hacerlo. Ella lo sabía. Él lo sabía. Estaban unidos como una sola mente. Contuvo el aliento mientras él se esforzaba en controlarse. Su cuerpo estaba tan duro como una piedra, tenso por la agresividad que dominaba, y tan ardiente que ambos ardían en llamas. Un gruñido bajo retumbó en su garganta. Él era más bestia que hombre, y ella se percató de que no tenía noción de qué tipo de ser estaba tratando.

-Lo siento, lo siento- susurró como una letanía, humillada de haber podido ser tan atrevida y actuar en forma caprichosa-. Por favor dime que me hipnotizaste y me hiciste hacer esas cosas. ¿Lo hiciste?

Ella le suplicaba. Estaba en su voz, en sus ojos, en su mente. Pero estaban unidos, y los *compañeros* no podían mantener una mentira entre ellos. Tan intensamente como deseaba ahorrarle la verdad, no podía hacerlo. Aidan negó con la cabeza, pero la comprensión incipiente estaba ya en su mente. Alexandria gimió y se cubrió la cara con ambas manos.

-No soy de esta manera. No respondo a los hombres así, no bebo sangre y no soy una tentadora. ¿Qué me has hecho? Es incluso peor de lo que pensaba. Soy algún tipo de ninfómana vampiro-. Ella trató de salir de sus brazos, pero Aidan la apretó más.

-Quédate tranquila*, cara*. Respira. Hay una explicación racional-. Todo en él quería tirarla al piso del balcón, reclamar lo que era legítimamente suyo, y de una vez por todas salir de un infierno viviente. Pero no podría hacerle eso. Su escandalosa idea, *ninfómana vampiro*, casi lo hizo sonreír. Ciertamente hizo dar un vuelco a su corazón, incluso mientras su autocontrol luchaba salvaje e implacable.

Alexandria era muy consciente del freno que él exteriorizaba, cuán duro peleaba contra sus instintos naturales y su creencia en tener el derecho a poseerla. Tragó saliva y se quedó muy quieta, sin desear incitarlo de ninguna manera. Estaba temblando, luchando contra sus necesidades y deseos, contra sentimientos que nunca había experimentado. ¿Por qué él? ¿Por qué tenía que ser por él por quien ardía? *Había bebido su sangre voluntariamente*. *La había bebido y quería que se repitiera*, *quería entregarse a él*, *quería que él la tocara*, *la poseyera*, *quería tocarlo también*. Gimió otra vez, humillada. Nunca podría volver a mirarlo otra vez mientras viviera. Y, por el amor de Dios, él tenía algunas imágenes bastante vívidas y explícitas en su cabeza también. Sus intenciones hacia ella eran bastante lejanas de las de un tío. Aidan Savage la necesitaba con un deseo, un hambre más allá de cualquier cosa humana, y apenas podía imaginarlo.

-Tiemblas*, piccola*- apuntó él suavemente, su respiración algo más jadeante de lo que le hubiera gustado. Deseaba continuar exactamente donde ella lo había dejado. Si le permitía huir ahora, perdería terreno valioso. Su mano se movió sobre su pelo sedoso en un gesto tranquilizador-. Estamos los dos bien. Nada ocurrió.

-¿Qué quieres decir con que nada ocurrió?- exclamó ella-. Bebí tu sangre-. El mismo pensamiento la puso enferma, y su estómago se agitó convulsivamente. Había querido hacerlo, lo había necesitado, y su hambre estaba saciada por el momento, pero su cuerpo se sentía enardecido de necesidad.

-Te dije que había costumbres. No tienes necesidad de preocuparte de dañar a Joshua. Me ocuparé de todas tus necesidades. Es mi derecho-. Su voz era de terciopelo-. Es mi privilegio-. Su mano encontró su garganta, estableciéndose allí posesivamente, su pulso

palpitando frenéticamente contra su palma. Los bordes de su blusa estaban todavía abiertos, revelando la tentadora curva de sus pechos llenos. Alexandria parecía no darse cuenta de eso, todavía tan horrorizada por su comportamiento disoluto y su alimentación con la sangre de Aidan, que no podía pensar en cualquier otra cosa. La visión de ella no lo ayudaba a enfriar su sangre caliente. Él tuvo el deseo repentino de aplastarla contra él, enterrar sus dientes en ella, y arrastrarla completamente, pateando y gritando, en su vida.

Alexandria evitó cuidadosamente mirar su regazo. Su cuerpo masculino estaba expuesto a la noche, duro y grueso, sin disculpas. A diferencia de ella, Aidan no se mostraba mínimamente avergonzado. De hecho, era obvio que sentía que tenía derechos sobre ella. La muchacha se quedó con la mirada fija en las estrellas abriéndose paso a través de la aglomeración de nubes. La noche era bella y tranquilizadora. La percepción de su mano envuelta alrededor de su garganta debería haberla asustado, pero en lugar de eso, se sentía valorada.

Alexandria mojó sus labios. Ninguna de sus emociones tan intensas, eran típicas en ella.

-¿Estás seguro de que no dirigiste mis acciones?

-Tú eres mi *compañera*, Alexandria. Tu mente y tu cuerpo me reconocen como tal. El lazo entre nosotros sólo crecerá, tanto en deseo como en necesidad. Esa es la costumbre de nuestra gente. Debe ser una protección para nuestra longevidad. En vez de decrecer en importancia con el paso del tiempo, nuestra necesidad sexual por el otro se fortalece. Llegará un momento en que deberemos entregarnos, o las consecuencias serán horrendas-. Él trató de escoger sus palabras cuidadosamente, pero al mismo tiempo siendo honesto.

Ella captó la imagen en su mente, ruborizándose furiosamente.

-¿Violencia? ¿Nos uniríamos con violencia? No tengo experiencia; ya hemos establecido eso, y no estoy, incluso, tan segura como tú. ¿Por qué sucede esto entre nosotros?

Su respiración emergió en un suspiro largo. Al menos, ella hablaba en lugar de correr. Tenía que concedérselo, tenía agallas.

-Nunca te has sentido atraída físicamente hacia otro hombre porque estás hecha para mí. Tu cuerpo necesita el mío. Eres mi *compañera*.

-Odio esa palabra- contestó ella con resentimiento-. Me has quitado mi antigua vida. Incluso ya no sé quién soy-. Sus ojos azules encontraron los de él-. No voy a entregarme simplemente a ti sin luchar.

Su pulgar acarició su mandíbula, enviando olas de fuego palpitante dentro de ella.

-Ya he asumido el control de tu vida, como tú has asumido el control de la mía. Está hecho.

-Creo que no- objetó ella, su barbilla levantándose provocadoramente. Al mismo tiempo se volvió consciente de su suéter abierto. Con un pequeño jadeo de consternación, arrastró los bordes para cerrarlos-. ¿Me estás prestando atención?- dijo indignada, recorriendo mordazmente con la mirada todo su despliegue de masculinidad.

Él se encogió de hombros perezosamente.

-No es exactamente como si yo pudiera cerrarlo tranquilamente de nuevo, como tú.

Ella se sonrojó furiosamente.

-¡Bien, no hables de eso, por el amor de Dios!

Él se encontró sonriendo a pesar de las demandas rugientes de su cuerpo. Con movimientos pausados, se posicionó dentro de los confines de la tela apretada y abotonó la pretina.

-¿Te hace sentirte más segura?- bromeó tiernamente.

Su voz envió un temblor de puro placer por su columna vertebral. Nadie merecía tener una voz como la de él. Y su boca… Se quedó con la mirada fija en ella, capturada por su cincelada perfección. Nadie debería tener una boca tan tentadora. Su corazón golpeó ruidosa y dolorosamente contra su pecho. Su boca era hipnotizante, tanto como su voz. Cercana. Tan cercana. Casi podía sentir el calor, el ardor cautivante de su boca.

Sus labios acariciaron los de ella, y su corazón se detuvo. Su lengua trazó la línea de su labio inferior lleno, tentándola a abrirlos para entrar en el interior sedoso. Su corazón comenzó a golpear con más fuerza. Sólo sentía la alternación curiosa de la Tierra, un lento hechizo que mantenía sus sentidos fuera de balance. Él exploró cada pulgada de su boca con autoridad completa, convocando de nuevo el calor entre ellos. Fue Aidan quien, lentamente, a regañadientes, levantó la cabeza. Sus ojos extraños eran oro ardiente, derretido, vagando por su cara posesivamente. Su pulgar le acarició la barbilla mientras su palma soltaba su garganta.

-Hiciste eso esta vez- murmuró, un brujo oscuro atrapándola en su hechizo-. Niego toda responsabilidad.

Su voz murmuró sobre su piel. Ella lo miró impotente. ¿Cómo lo hacía él tan fácilmente? ¿Cómo la envolvía en esas sensaciones sexuales cuando estaba tan segura de no tener ninguna?

-No hice esto- él repitió-. Me miras como si fuera una araña y tú la pequeña polilla atrapada en mi tela-. Él cambió de posición otra vez en un intento para darle a su cuerpo algún alivio.

Ella sintió cada músculo masculino impreso en sus formas suaves. Deseó quedarse allí para siempre, nunca permanecer lejos de él. Alexandria, horrorizada, quiso levantarse de un salto. No pudo. Su cuerpo no se había movido una pulgada lejos de él. Los ojos de oro nunca abandonaron su cara.

-Deja que me levante. Lo digo en serio, Aidan. Estás seduciéndome. Estás haciendo algo con tu voz. Sé que lo haces. Como con Joshua.

-Si pudiera*, piccola...* Sería bonito controlarte. Presentaría todo tipo de posibilidades interesantes.

Ella podía ver los pensamientos perversos en su mente, los cuerpos enmarañados, la piel desnuda, su boca moviéndose sobre cada pulgada de ella.

-¡Detente!- gritó desesperadamente, sintiendo su cuerpo calentarse con las imágenes eróticas en su cabeza.

Él pareció inocente y acarició la parte superior de su cabeza con la barbilla.

-Solamente gozo la noche, Alexandria. ¿No es bella?

Ella miró hacia arriba, hacia las estrellas mortecinas. La luz estaba comenzando a punzar la oscuridad, volviendo los cielos grises como la plata. Su respiración quedó atrapada en su garganta. ¿Dónde se había ido la noche? ¿Cuánto tiempo ella había permanecido allí con Aidan? No quería bajar a la cámara y dormir.

-Quiero ver el sol.

Su mano acarició su pelo.

-Puedes ver el sol, pero no puedes permanecer bajo él. Y nunca puedes olvidar tus anteojos oscuros, o el tiempo.

Ella tragó su miedo.

-¿El tiempo?

-Te sentirás adormilada al principio, luego llegará la debilidad y serás completamente vulnerable. Debes guarecerte después del mediodía.

Su voz fue calmada y práctica, como si no estuviera aplastándola, quitándole la vida que conocía. Ella odiaba esa voz.

-¿Qué hay de Joshua?- exigió-. ¿Qué hay acerca de su vida, la escuela, su cumpleaños, las fiestas, los deportes? Él podría jugar béisbol o fútbol. ¿Dónde estaré durante sus juegos y sus prácticas?

-Marie y Stefan…

-No quiero que otra mujer críe a mi hermano. Lo amo. Quiero estar allí cuando haga esas cosas. ¿No puedes entender eso? No quiero que sea Marie quien se siente en las gradas cuando golpee una pelota por primera vez. ¿Y qué hay acerca de las reuniones de padres? ¿Hará Marie eso también?-. Su voz era amarga, y otra vez sintió la obstrucción horrible

aplastando su garganta, amenazando estrangularla.

-Respira, Alexandria- él ordenó suavemente, sus manos masajeando sus hombros-. Continúas olvidándote de respirar. Todo es tan nuevo. Las cosas se resolverán. Date tiempo.

-Puede que si viera a un doctor… Un investigador especializado en desórdenes de la sangre. Debe haber una forma para volver atrás- dijo ella desesperadamente. La verdad era peor de lo que podía afrontar. No era simplemente la práctica aborrecible de beber sangre; evidentemente, podía vencer esa aversión, Aidan acababa de probárselo. Era su obsesión creciente hacia Aidan lo que la aterrorizaba. *Él* la aterrorizaba. Su dominio en su vida la aterrorizaba. Quería que todo simplemente se desvaneciera y la dejara normal otra vez.

Él se movió ligeramente, como un felino de la selva desperezándose. Ella podía sentir sus músculos ondeando con poder. Su mano se movió a su cuello, y hubo posesión extrema en su mirada fija.

-No harás una cosa tan tonta. Existen quienes cazan a nuestra gente, y los métodos con que suelen destruirnos no es bonito. Morirías de una muerte dura y desagradable. No puedo permitir eso.

-Odio esa condescendiente y controlada voz que usas. ¿No te enfureces alguna vez?- lo desafió, con algunas chispas volando de sus ojos color zafiro-. Voy a ignorarte. ¿Cómo sé que algo de esto es real? Nunca he actuado así antes. Todo podría ser un sueño.

Sus cejas se levantaron, y una sonrisa pequeña, burlona, sugerente, tocó su boca.

-¿Un sueño?- repitió.

-Una pesadilla- se corrigió ceñuda-. Una pesadilla muy mala, muy vívida.

-¿Te gustaría que comprobara si puedo despertarte?- ofreció él servicialmente.

-No suenes tan arrogante y machista. Me das piel de gallina- contestó bruscamente ella, porque su corazón golpeaba una vez más con aprensión. ¿Tenía que ser tan sexy, tan tentador? Ella no sabía mucho acerca de los hombres, pero seguramente no eran todos así. Letales. Una amenaza para su libertad.

Una sonrisa perezosa suavizó su boca perfecta, instantáneamente llamando la atención.

-¿Estaba sonando arrogante?-. Su pulgar acarició su pulso.

Ella podía sentir cada acariciante sensación correr a través de su cuerpo para acumularse en el hoyo de su estómago, donde batían como alas de mariposa. Giró la cabeza para escapar de su mirada dorada y penetrante, para escapar de esa boca perfecta, y vio el delgado hilo escarlata abrirse camino hacia abajo de su pecho, enmarañándose en el pelo de oro fino, y goteando silencioso en su vientre plano. Antes de que poder pensarlo, instintivamente, sensualmente, inclinó la cabeza y su lengua trazó la veta de color rubí.

Cada músculo del cuerpo de Aidan se tensó apasionadamente, se contrajo y endureció. Sus dientes se apretaron, y su garganta tragó convulsivamente. Ella poseía una sensualidad tan natural, y su cuerpo se sentía tan familiar para él. Cada instinto femenino clamaba por él. Alexandria era tan inocente, tan ignorante de cuán cerca del peligro estaba realmente... Los siglos de disciplina empezaron a desintegrarse rápidamente, dejando sólo a la bestia oscura, famélica, necesitada, demandando reclamar a su *compañera*. Aidan no podía evitarlo. Sus dedos se enmarañaron en el pelo sedoso de la nuca de la joven y la mantuvo contra él mientras la Tierra giraba y se fragmentaba, mientras su cuerpo pulsaba y latía entre el dolor y el placer.

Sin previo aviso, Alexandria dio un salto, apartándolo con un empujón tan duro que, en su condición precaria de excitación, él aterrizó en el piso del balcón con un ruido sordo.

Él parpadeó mientras la miraba de arriba a abajo, difícilmente soportando la risa que amenazaba consumirlo.

-¿Qué?

-Deja de ser tan… tan… - las palabras le fallaron. *Sexy. Atractivo. Tentador.* Con las manos en las caderas, ella lo miró furiosamente-. ¡Simplemente detente!

Capítulo Diez

La cocina estaba ya caliente por las llamas que Stefan había encendido en la chimenea de piedra. El aroma de café y canela flotaba en el aire. Alexandria caminó junto a Aidan en el cuarto, sus cuerpos rozándose ocasionalmente. Él miró desde lo alto su cabeza gacha. Se mostraba cautelosa ahora, asustada de él y las implicaciones de su respuesta física. Aún ahora, sin su conocimiento, su cuerpo instintivamente buscaba el refugio y la comodidad del suyo. Estaba bajo su hombro, ya que su propio brazo se había deslizando fácilmente alrededor de su cintura. Ella incluso no parecía advertirlo.

La percepción de su piel contra la suya lo enloquecía, pero caminó con su gracilidad usual y no reveló ninguna de sus emociones en su cara. Le sonrió a Marie mientras ella se apartaba de la mesa donde batía una mezcla de huevos en un tazón. Tenía tanta calidez y tanto afecto para todos, menos para él. Lo humillaba con su habilidad de poder albergar a tantas personas en su corazón.

-¡Aidan! ¡Alexandria! No tenía idea de que estuvieran en el jardín- les sonrió ella, pero sus ojos agudos captaron la expresión cuidadosamente solemne de Aidan y las sombras en los ojos de Alexandria-. Joshua durmió a ratos; creo que realmente te ha extrañado, querida. Es un dulce pequeño. ¡Y sus bellos rizos!

Alexandria sonrió.

-Él detesta esos rizos.

Marie asintió con la cabeza.

-¿Qué niño pequeño no lo haría?-. Alexandria no estaba tan pálida como otras veces en que Marie la había visto, y ciertamente no parecía muerta, como lo había hecho cuando Aidan la había llevado a la casa. Había sido adecuadamente alimentada por Aidan, Marie estaba segura. Aspiró profundamente-. Quería agradecerte por lo que hiciste por Aidan anoche. Tomó coraje. Stefan dijo que Aidan habría muerto si no hubieras ido en su ayuda. Aidan es como un hijo para mí, o un hermano. Es nuestro amigo y nuestra familia. Gracias por traerlo de regreso a nosotros.

Aidan se movió desasosegadamente junto a Alexandria, pero ella lo ignoró.

-De nada, Marie, aunque estoy segura de que él habría encontrado la manera de lograrlo sin mí. Aidan no está precisamente falto de recursos. Estoy endeudada contigo por todo lo que has hecho por Joshua.

Aidan inclinó su cabeza para rozar un beso en la sien de Marie.

-Te he dicho durante años que te preocupas demasiado por mí. Pero estás en lo correcto. Alexandria salvó mi vida.

Alexandria le hizo una mueca.

-Y fue una decisión tan brillante de mi parte- murmuró sólo para sus oídos.

La mano masculina llegó a su nuca y la acarició.

-Me lo figuraba.

Stefan entró con unas piezas de madera.

-¡Aidan! Estás levantado- les sonrió a ambos-. Y Alexandria, ciertamente tienes una mejor apariencia que la última vez que te vi. Pero reconozco que sabes cómo hacer las cosas.

Demasiado consciente de sí misma, apartó una guedeja de pelo de su cara.

-Puedo ser muy mandona, Stefan. No tuve la intención de serlo. Es simplemente que por tanto tiempo he hecho las cosas a mi modo cuidando de Joshua, que soy capaz de hacerlo todo sin pensar en los demás. Además, Aidan es tan terco, que parece tener todo el mundo bajo su control.

¡Se estaba burlando de él, pequeña diablilla! Aidan lo sabía, y algo dentro de él

respondió a la guasa. Sintió, por primera vez en siglos, por primera vez desde su juventud, que no estaba solo. Estaba en su hogar -no simplemente una casa, sino un hogar de verdad-, con su familia rodeándolo. Joshua había pasado la noche pacíficamente en su cama, Marie y Stefan reían y bromeaban en la cocina, y a su lado estaba la mujer que era su vida, su misma respiración, la sangre de sus venas. Ella le había dado un corazón, así que ahora era capaz de conocer el amor y la risa y apreciar los milagros que le habían sido otorgados.

-Ese hombre apuesto regresó- dijo Marie repentinamente, sus ojos brillantes e inocentes. Permaneció aparentemente muy ocupada en el mueble mostrador.

Stefan se atragantó con su café, y Aidan tuvo que darle golpes en la espalda. Miró suspicazmente de uno a la otra.

-¿Qué hombre apuesto?-. Pero comenzaba a tener un sentimiento de desolación en su estómago.

Marie tocó el brazo de Alexandria ligeramente.

-Tu señor Ivan. Estaba realmente alterado y preocupado por ti. Incluso llamó a la policía cuando no lo dejamos entrar. Estuvieron ayer por la mañana. Unos oficiales agradables y educados. Creo que los has encontrado, Aidan, una vez o dos-. Marie estaba radiante.

-¿Thomas Ivan vino de nuevo?- preguntó Alexandria, sobresaltada.

-Oh, sí, querida- dijo Marie apresuradamente-. Estaba realmente preocupado por ti.

-¿Llamó a la policía?-. Alexandria no podía digerirlo todo.

-Dos detectives. Insistieron en que Aidan y tú se contacten con ellos tan pronto como puedan. Les dijimos que Aidan te había llevado a un hospital privado, que estabas muy enferma. Aidan ha donado dinero muchas veces para sus causas e incluso los ha ayudado unas cuantas veces cuando lo necesitaron. Todo honesto, por supuesto. Préstamos con muy poco interés pero ciertamente dentro de la ley. Tenía la impresión de que el señor Ivan los había enojado con sus acusaciones contra Aidan.

-Puedo imaginar que lo hizo- dijo Aidan secamente, mirando con enojo a Marie.

Pero Marie no pareció advertir la señal.

-Pensé que era dulce de su parte estar tan preocupado por tu seguridad. Apenas podría culparlo por su preocupación- sonrió-. Quiso que registraran la casa, pero por supuesto, los oficiales se rehusaron. Él dejó su número y quiere que lo llames, y dejó otra cosa. Déjame traértelo- sonó como una alumna excitada.

Aidan apoyó una cadera perezosamente contra el mueble mostrador, pero no había nada perezoso en sus ojos dorados. Siguió cada movimiento de su ama de llaves sin parpadear, su mirada fija como el de un gran depredador atisbando su presa. Stefan se movió más cerca de su esposa ansiosamente, pero Marie no pareció advertirlo, corriendo hacia el refrigerador.

-¿Tengo que hablar con la policía?- preguntó Alexandria, completamente ignorante de la postura amenazadora de Aidan-. No puedo hablar con la policía. Aidan-. Ella le tocó el brazo con mano temblorosa-. Nunca podría hacerlo. ¿Qué ocurrirá si me hacen preguntas acerca de Henry, o acerca de esas mujeres? Thomas Ivan les habrá dicho que yo estaba allí esa noche. No puedo hablar con la policía. ¿Qué ha hecho Thomas?

Con un gran sentido de satisfacción, Aidan curvó un brazo protectoramente alrededor de sus hombros. La acercó a él, ofreciendo consuelo. Marie abrió el enorme refrigerador y giró con un ramo formidable de rosas en sus manos, en un florero de cristal cortado. Él sintió la inspiración veloz de Alexandria.

-Para ti- dijo Marie despreocupadamente, ignorando el semblante ceñudo y malévolo en la cara de Aidan-. Tu señor Ivan trajo esto para ti.

Alexandria se alejó de Aidan para cruzar el cuarto.

-Son tan bellas. Rosas- dijo jadeando-. Nunca he recibido flores antes, Marie. Nunca- tocó un pétalo cubierto de rocío-. ¿No son maravillosas?

Marie estaba asintiendo con la cabeza y sonriendo.

-Pensé que podríamos ponerlas en la sala de estar, pero si las quieres en tu dormitorio, podría hacerlo también.

Las manos de Aidan ardieron por estrangular a la mujer. Había conocido a Marie desde el momento de su nacimiento, sesenta y dos años atrás, y nunca habían intercambiado una palabra de enojo. Y repentinamente quería estrangularla. Debería haber arrancado la garganta de Ivan. Flores. ¿Por qué no había pensado en flores? ¿Por qué no se lo había mencionado Marie primero a él? ¿Por qué las había aceptado? ¿De qué lado estaba ella, de cualquier manera? ¡Flores! Tuvo el deseo de arrancar esos pétalos uno por uno.

-Mira- arrulló Marie-, incluso quitó las espinas para que no te lastimes. Qué hombre tan atento.

-¿A qué hora dijiste a la policía que los veríamos?- interrumpió Aidan, asustado de que si no lo hiciera, estallaría en un brote de violencia. Detestó la forma en que Alexandria seguía acariciando los pétalos de una de las rosas blancas.

Stefan despejó su garganta y miró ferozmente a su esposa.

-Pidieron que los contactes a la mayor brevedad. Parece que Ivan es particularmente insistente, especialmente desde que los dos cuerpos, demasiado quemados para poder identificarlos, fueron encontrados a algunas millas de aquí. Le dije a la policía que regresaba de la tienda cuando vi las llamas e hice una llamada desde el teléfono del coche.

La cara de Alexandria se volvió blanca, y contempló a Aidan como buscando guía.

-¿Van a preguntarme acerca de eso también?

Aidan levantó una mano, tocando amablemente su pelo sedoso.

-Claro que no, *cara*. No te alarmes tanto. Creen que yo te había llevado al hospital. Si es necesario, podremos probar con eso. La policía sólo quiere responder a las preocupaciones ridículas de Ivan viéndote sana y salva. Le aseguré que estabas a salvo cuando estuvo aquí la última vez, pero él no creyó en mi palabra. Me insultó.

A pesar de sus miedos, Alexandria rió.

-Le habías mentido, tonto. No estaba a salvo. Un vampiro me había mordido, ¿recuerdas?

Él arqueó una ceja.

-¿Tonto? En todos los siglos de mi existencia, nadie me ha llamado tonto.

-Bien, eso es porque las personas te tienen miedo. Thomas tuvo una buena razón para pensar que mentías. No actúes como uno de esos hombres ridículos del siglo pasado que se batían en duelos de honor.

-He peleado más de un duelo en mis días.

-Tonto- dijo ella irrespetuosamente, pero reía. Alexandria enterró la cara en las flores, inspirando la fragancia dulce. Luego levantó su cuello y atrapó a Aidan mirándola con esa intensidad posesiva y masculina que hacía que su corazón estallara-. ¿Realmente tengo que hablar con la policía? ¿No lo puedes hacer sólo tú?

Había algo de satisfacción en que ella culpara a Ivan, pensó Aidan, pero no ayudaba verla abrazar con suavidad esas malditas flores.

Stefan negó con la cabeza.

-Realmente, Aidan, la policía está muy interesada en esos cuerpos. Parece que la forma en que ardieron fue muy singular, como si las llamas los quemaran desde el interior. No quedó nada excepto cenizas. No podrán incluso identificar los cuerpos a través del trabajo dental. Creo que insistirán en hablar con ambos.

Alexandria se apoyó pesadamente en Aidan.

-No soy muy buena mintiendo, Aidan. Todo el mundo siempre sabe cuándo miento.

Ella sonó tan decaída, como si fuese un pecado terrible que no pudiera mentir, que él sonrió.

-No te preocupes, *cara*. Trataré con la policía. Todo lo que tienes que hacer es sentarte en una silla y verte frágil y delicada- la reconfortó.

Ella lo miró ceñudamente, como si pensara que él se burlaba de ella.

-No puedo verme frágil. O delicada. Soy robusta, Aidan.

Él rió entonces. No pudo evitarlo. El sonido era de terciopelo profundo, una nota pura que hizo sonreír a Alexandria incluso mientras le daba un codazo.

-No te rías, simio. Te juro, Aidan, que eres tan arrogante que da miedo. ¿Siempre ha sido de esta manera?- sonrió, en la primer sonrisa genuina dirigida a Marie, compartiendo sus mentes femeninas.

-Siempre- dijo Marie solemnemente, su corazón más ligero. No se había percatado de cuán asustada había estado de que su posición en la casa cambiara, que ella y Stefan ya no fueran bienvenidos. Sabía que Aidan nunca los echaría, pero si la tensión entre Alexandria y ella no se hubiera resuelto, tarde o temprano Stefan y ella tendrían que encontrar otro sitio. Y la casa de Aidan había sido su casa toda su vida. Cuando se había casado con Stefan, su esposo había ido a una nueva casa y había aceptado la vida que ella tenía, y había aceptado y aprendido a amar a Aidan Savage también.

-Creo que la sala de estar es el lugar perfecto para poner las flores- acordó Alexandria-. Cuando Thomas venga de visita, podrá verlas.

Aidan se encontró apretando los dientes. Alexandria ya se movía rápidamente de la cocina. Cogió a Marie por el hombro antes de ella pudiera seguirla, inclinándose y poniendo su boca contra su oreja.

-¿No pudiste arrojar las malditas cosas?-. Las palabras salieron entre siseo y gruñido-. Y sólo para que quede constancia, traidora, Ivan no es su hombre. Yo lo soy.

Marie parecía horrorizada.

-Todavía no, no lo eres. Creo que todavía tienes que cortejarla. Y por supuesto que nunca tiraría las rosas, Aidan. Cuando un hombre se toma el trabajo de regalar flores a una mujer, al menos ella debería tener el placer de verlas.

-Pensaba que no te gustaba ese bueno para nada.

-No puede ser del todo malo. Deberías haber visto su preocupación por ella. Te digo, Aidan, que él está realmente prendado de ella-. Marie fue deliberada, inocentemente entusiasta-. No creo que tengas que preocuparte por ella cuando esté con él-. Ella trató de sonar reconfortante.

Detrás de ellos, Stefan se atragantó otra vez. Aidan juró elocuentemente en tres idiomas y siguió a Alexandria fuera del cuarto, negando con la cabeza sobre los funcionamientos de la mente femenina.

Stefan puso un brazo alrededor de Marie.

-Malvada, malvada mujer.

Ella rió suavemente.

-Esto es entretenido, Stefan. Y es bueno para él.

-Ándate con cuidado, mujer. Él no es como otros hombres. Podría matar para conservarla. Su naturaleza es como la de un depredador salvaje- advirtió Stefan gravemente-. Nunca lo hemos visto así.

Marie sorbió por las narices.

-Se controlará. Él no se atrevería a hacer otra cosa. Esa chica quiere huir. Tiene sentido común, es verdad, y bastante coraje.

-Espíritu- asintió Stefan-. Lo mantendrá bailando. Pero ella no se da cuenta del peligro en el que siempre estará. O el peligro para Joshua.

-Necesita tiempo, Stefan- dijo Marie suavemente-. Nos tendrá para ayudarla, y Aidan la guiará.

Aidan caminó tras Alexandria, luchando contra el demonio que rabiaba al ver esa mirada suave y distraída que había avanzado lentamente en sus ojos. Intelectualmente,

entendió el atractivo que Thomas Ivan representaba para Alexandria. Ella quería ser humana. Quería sentirse humana. Quería trabajar y vivir en el mundo humano, y creía que Ivan le podría dar eso. Aún más, no tendría que preocuparse de los sentimientos sexuales intensos y poco familiares, atemorizantes, que Aidan evocaba en ella.

Él extendió la mano y atrapó la largura de su pelo en la mano, deteniéndola.

-No te preocupes por la policía, Alexandria. No te preguntarán nada acerca de los vampiros. No tienen idea de que fueran vampiros, y creen que tú estabas en un hospital. Si preguntan, simplemente diles que no recuerdas nada.

Ella guardó silencio un momento mientras arreglaba las rosas. Él podía sentir su ansiedad.

-¿Aidan? ¿Puedo salir de aquí? ¿Me dejarías ir?

Involuntariamente su mano se apretó en su pelo. Dejó escapar su respiración lentamente.

-¿Qué te hace preguntarlo, *piccola*?

-Simplemente quiero saberlo. Dijiste que no era una prisionera aquí. ¿Puedo ir donde quiera?-. Sus dientes tiraban de su pleno labio inferior.

-¿Estás haciendo planes de salir con ese payaso?

-Quiero saber si puedo dejar esta casa.

Él envolvió un brazo alrededor de su cintura delgada y la jaló contra su duro cuerpo.

-¿Piensas que podrías sobrevivir sin mí?-. Su boca estaba lo suficientemente cerca de su cuello para que ella pudiera sentir el calor de su respiración. A pesar de su intención de no responder a ese estímulo, su cuerpo comenzó a arder.

Sus ojos color zafiro escrutaron su cara. Él no delataba nada; no tenía idea de lo que pensaba, y no iba a unir su mente a la de él para enterarse. La atraía cada vez más y más profundamente en su mundo, un mundo de la noche. Un mundo de sexualidad y violencia. Alexandria quería recuperar su antigua vida. Quería cosas familiares alrededor de ella, cosas sobre las que tuviera algún control.

Su boca perfecta tocó su garganta. Un ligero roce de llamas. Su mirada dorada encontró sus ojos.

-No hagas preguntas de las que realmente no quieres respuesta. No te mentiré, incluso para hacerlo más fácil.

Ella cerró sus ojos mientras el calor inundaba su cuerpo. La hacía sentirse preciada. La hacía sentirse bella, insatisfecha y vacía sin él. Sus dedos se apretaron alrededor del tallo de una de las rosas. Apartó con fuerza su mano con un grito pequeño, acunando un dedo.

-Déjame ver- él dijo suavemente. Su voz era delicada, su contacto tierno mientras atrapaba su mano para inspeccionarla. Un pinchazo de sangre perlaba su dedo índice-. Sir Galahad dejó una espina- murmuró mientras inclinaba su cabeza e hacía que el dedo entrara al calor cicatrizante de su boca.

Ella no podía moverse, no podía hablar. Su cuerpo llameaba de necesidad. Permaneció tan quieta como pudo, mirándolo de la forma en que un ratón arrinconado miraría a un gato. Él ya había asumido el control de su vida. Estaba en su mente, en su cuerpo, en su necesidad terrible de él. Quería llorar. Aun si lograra escapar, llevarse a Joshua y escapar, lo llevaría con ella a todos los sitios que fuera.

Abruptamente arrancó su mano de su agarre antes de que las llamas brincaran más alto.

-Su nombre es Thomas Ivan, no Sir Galahad, y dudo mucho que él personalmente quitara las espinas de las rosas.

Aidan asintió con la cabeza solemnemente.

-Tienes razón, *piccola*. Él no pensaría en ello, ni realizaría la tarea. Pensaría que sería indigno para él y un derroche de su tiempo-. Él la rodeó y quitó la espina, luego miró de cerca cada tallo para asegurarse de que ella no se lastimara otra vez.

-¿Por qué tienes que hacerlo sonar tan mezquino?- demandó la joven, exasperada.

Estaba decidida a sentirse atraída por Ivan. Las mujeres de todo el mundo tenían muchos amantes. Si otras mujeres podían sentirse atraídas por más de uno en su vida, también podía hacerlo ella. No tenía que ser solamente Aidan Savage. Él era mundano, sensual, imposiblemente atractivo, con esos ojos embrujadores y esa boca perfecta. Cualquier mujer podría enamorarse de él, pero se trataba de atractivo físico. Debía afrontar eso como un mal caso de gripe. Un caso *virulento* de gripe.

Aidan le volvió la espalda para la mirar fuera de la ventana. No sabía si reír o enojarse por sus salvajes pensamientos. Estaba tan decidida a encontrar a alguien, cualquiera, menos él.

-¿Aidan?- Stefan entró-. Informé a la policía que Alexandria y tú han regresado y que ella se levantaría para hablar con ellos esta mañana. Me aseguré de que entendieran que sería incapaz de ir a la estación o incluso quedarse levantada mucho tiempo. Enviarán un par de detectives ahora.

-¿Detectives?-. Aidan arqueó la ceja-. ¿Para un asunto tan trivial?

Stefan despejó su garganta y desvió su peso ansiosamente.

-Creo que el señor Ivan tiene algunas influencias. Habló con el jefe del departamento e incluso, según el detective con el que hablé ayer, mandó averiguar si estábamos en el país legalmente. Creo que desea deportarnos.

Alexandria se quedó sin aliento, con la barbilla levantada.

-¿Él hizo qué?

-Lo siento, Alexandria, no debería haber dicho eso frente a ti. El señor Ivan estaba terriblemente molesto por no poder ponerse en comunicación contigo- dijo Stefan.

Aidan pudo haber estrangulado al hombre por tratar de sacar del apuro a Ivan. Alexandria se había molestado. Sin que incluso se diera cuenta, ya pensaba en los miembros de su casa como en parte de su familia.

-Esa no es excusa para que Thomas haga valer sus influencias y trate de deportarlos a Marie y a ti. Incluso no le importó desestabilizar sus vidas. ¿Y qué hay acerca de Joshua? Habría tenido que ir a un orfanato-. Su cólera hacia Thomas Ivan aumentaba. La muchacha detestaba a las personas que pensaban que podrían salirse con la suya porque tenían dinero. Aunque nunca admitiría eso a Aidan, ni le concedería ese trozo diminuto de poder, tenía cada vez menos ganas de trabajar con ese hombre o involucrarse con él en cualquier forma significativa. Seguramente encontraría otras ideas creativas.

-Realmente- confesó Stefan, evitando la mirada afilada de Aidan-, creo que era a Aidan en quien estaba más interesado en deportar. Pagó a un investigador para que hiciera una comprobación exhaustiva de él, esperando, creo, encontrar algún indicio de actividades criminales. “Intratable” es la descripción que creo que usó.

Alexandria refrenó una risa repentina.

-Quizá Thomas tiene más intuición de la que creemos. Intratable es una palabra apropiada, ¿no lo crees, Stefan? No me importaría deportar a Aidan yo misma.

-Creo que sería prudente retirarse a la cocina y comer tu desayuno, Alexandria- dijo Stefan diplomáticamente.

-Tu única opción- gruñó Aidan.

Stefan sonrió abiertamente, sin arrepentimiento, e hizo una pausa en el portal.

-Podrías hacer una llamada al señor Ivan, Alexandria. Los detectives dijeron que eso podría evitar que los acosara cada diez minutos.

-¿Está llamándolos cada diez minutos?-. Una sonrisa lenta curvó su boca-. Debe estar realmente preocupado. ¿No es eso dulce, Aidan? Está preocupado por mí. Realmente debe querer que trabaje para él. Qué alivio. Con el dinero que me pagaría, Joshua y yo podríamos… - se interrumpió completamente, contemplando rápidamente a Aidan.

Su mano enorme se rizó alrededor de su nuca, moviendo los dedos un masaje tranquilizador.

-Me siento orgulloso de ti, Alexandria. Tu trabajo debe ser extraordinario para tener

a Ivan tras de ti de este modo. Mereces sentirte bien acerca de ello-. Él no creyó ni por un momento que el interés de Ivan en ella fuera puramente comercial, pero sabía que ella tenía verdadero talento. Aidan era una sombra en su mente, viendo sus vívidas ilustraciones nacer a la vida en su imaginación.

Ella le sonrió.

-Solía soñar acerca de trabajar para Thomas Ivan. Su compañía está siempre encabezando las listas de diseños gráficos, y sus juegos son como películas. Cuando el rumor de que buscaba otro diseñador gráfico salió a la calle, comencé a hacer bocetos día y noche. No creí que realmente tendría una oportunidad de mostrarle mi trabajo, y mucho menos que quisiera contratarme.

-Por lo que vi de tus dibujos, eres muy talentosa- dijo suavemente-. Pero quizá podrías querer modificar algunas de sus falsas impresiones sobre los vampiros-. Sus ojos brillaron al mirarlo, pero el hoyuelo se hizo más hondo en su mejilla.

-¿Hacerlos más crueles y despiadados, y no término medio?- preguntó traviesamente ella. Tocó los pétalos de la rosa más cercana y se inclinó otra vez para inspirar su fragancia-. No puedo creer que él me enviara flores.

Un ruido rudo escapó de alguna parte en la garganta de Aidan.

-Yo simplemente te salvé la vida. ¿Qué son las rosas comparadas con eso?- miró furiosamente las flores de tallo largo, su mirada dorada intensa y amenazadora.

Alexandria lo miró, vio el círculo oscuro y decidido de su boca, y estalló de risa. Giró y se puso en puntas de pie para cubrirle los ojos con la palma.

-No te atrevas. Si mis rosas se marchitan, sabré exactamente quién es el responsable. Lo digo en serio, Aidan. Deja en paz mis flores. Probablemente puedes destruir el ramo entero con una mirada feroz.

Su cuerpo era suave contra el suyo, su risa caliente contra su garganta. El brazo del hombre rodeó su cintura pequeña, acercándola a él.

-Iba sólo a hacerlas encorvarse un poco. Nada demasiado dramático.

Su voz de terciopelo hizo que su corazón diera un vuelco. Las alas pequeñas de las mariposas rozaron su estómago otra vez. Podía sentir sus músculos, duras y masculinos, apretarse contra ella. ¿Por qué su cuerpo tenía que derretirse cada vez que estaba en contacto con él? Aun cuando estaba comportándose malvado, petulante y celoso como un niño, la hacía reír. ¿Por qué todo eso tenía que ocurrirle con él?

-Voy a quitar mi mano de tus ojos, pero incluso ni debes mirar las rosas. Si te atrapo haciéndolo… - ella se interrumpió, con la intención de intimidarlo. Lentamente, su palma deslizó de sus ojos, sus dedos tocando accidentalmente su boca. Esa vez su corazón golpeó ruidosamente contra el de él. ¿O era el corazón de él golpeando contra el de ella? No lo sabía, pero la electricidad crujía, y él estaba demasiado cerca.

-No te atrevas, Aidan- ordenó la joven. Sus ojos se habían convertido en oro caliente y líquido, atrapando posesivamente con su fuego los suyos, derritiendo sus entrañas.

-¿Atreverme a qué?- murmuró él, su voz de brujo resbalando por su piel como una llama. Su mirada era tan intensa, que ella sintió las mismas llamas lamiendo sus terminales nerviosas.

Su boca estaba ahora apenas a unas pulgadas de la suya. La lengua masculina tocó su labio inferior. La seducía. La tentaba. Ella cerró los ojos mientras su boca caía sobre la de ella. El fuego estalló, la consumió. Sus brazos la aplastaron contra él, pero no tenía importancia. Nada tenía importancia excepto su boca perfecta y la Tierra moviéndose bajo sus pies.

Ella le pertenecía, su lugar estaba con él. Nunca podría haber otro. Sólo Aidan. Sólo los dos juntos. Ella era suya. Las palabras golpearon su cabeza, imprimiéndose para siempre en su corazón. En su alma. Alexandria, a regañadientes, arrancó la boca de la suya, enterrando la cara en su pecho.

-No juegas limpio, Aidan- dijo, las palabras amortiguadas en su camisa.

El calor de su respiración tocó su cuello.

-Esto no es juego, *cara.* Nunca lo ha sido-. Su boca se cerró sobre su pulso, haciéndolo correr a toda velocidad-. Esto está entre nosotros todo el tiempo.

-No tengo idea de qué hacer contigo. Incluso no sé si comprendo las cosas que dices-. La confusión en su mente era muy real. Él la estaba abrumando, no aliviándola, sin darle tiempo de aclarar las cosas para sí misma.

Eso no era lo que Aidan quería. Alexandria necesitaba confiar en él, verlo como un amigo así también como un amante. Las demandas urgentes de su cuerpo y la naturaleza les daban muy poco tiempo, pero estaba decidido a aprovecharlo bien. Ella podía reírse de él, hacerlo reírse de sí mismo. Era un buen principio para la amistad. Lentamente, a regañadientes, sus brazos la soltaron y se alejó, dándole un alivio a los dos.

-Thomas Ivan necesita que lo saquen afuera y le disparen- dijo deliberadamente para hacerla sonreír-. Es un niño malcriado que hizo dinero demasiado rápido.

Ella se relajó visiblemente.

-Me pregunto si él piensa lo mismo acerca de ti.

-Con su vívida imaginación, probablemente visualiza una estaca atravesando mi corazón- masculló-. Ese hombre tiene una mente enferma para inventar todas esas tonterías. ¿Compraste su último juego, el que tiene vampiros y un ejército de esclavas?

-Pues bien, es obvio que tú sí- apuntó ella, aprovechándose de eso-. En secreto, probablemente amas sus juegos. Apuesto que posees todos-. Sus ojos se ampliaron, y una sonrisa lenta y malvada se desplegó en sus labios-. Los tienes, ¿no es así, Savage? Tienes todos sus juegos. Eres un admirador secreto.

Él casi se sofocó.

-¿Un admirador? Ese hombre no podría reconocer la verdad ni aunque lo mirara a su propia cara. Como la otra tarde.

Ella arqueó una ceja.

-Sus juegos son ficción, Savage. No pretenden ser verdad. Sólo es imaginación. Por eso son entretenimientos, no una realidad. Admítelo, te gustan sus juegos.

-Nunca sucederá, Alexandria, así que no contengas la respiración. Y otra cosa: cuando le hables a ese asno pomposo por teléfono, no uses ese tono acaramelado-. Él cruzó los brazos sobre su pecho y la miró desde su altura superior.

-¿Acaramelado?- repitió indignada, irritada por su acusación-. Nunca sueno acaramelada-. Sus ojos grandes le transmitieron una advertencia, desafiándolo a negarlo.

Él aceptó el desafío.

-Oh, sí, lo haces-. Él entrelazó las manos e hizo una mueca, bajando su voz una octava mientras sonreía tontamente-. Oh, Marie, las flores son tan bellas. Thomas Ivan me las dio- puso sus ojos en blanco mientras la imitaba.

-¡No dije eso! Y nunca actúo de ese modo. Por alguna razón, simplemente no puedes admitir que te gustan los juegos de Ivan. Debe ser algún tipo de tontería machista, aunque un montón de hombres los juegan y los disfrutan.

-Son pura basura- insistió él-. Y no hay un grano de verdad o razón en cualquiera de ellos. Hace parecer románticos a los vampiros. Sería interesante ver qué pensaría si se encontrara con uno-. Fue una amenaza disimulada solamente. Aidan ronroneó de satisfacción con sólo pensarlo.

Alexandria estaba horrorizada.

-¡Tú no te atrevías! Aidan, lo digo en serio, ni siquiera pienses en hacer algo tan malo.

-¿No eras tú la que dijo que no existía nada parecido a un vampiro?- preguntó él inocentemente, sus dientes blancos ampliamente exhibidos.

Su boca otra vez. Ella se encontró con la mirada fija en ella, fascinada. Su sonrisa rayaba la sensualidad pura. Parpadeó para traer de vuelta un cierto grado de perspectiva en su vida. Él debería ser declarado ilegal.

Su sonrisa se amplió, disipando cualquier indicio de crueldad, y él se acercó a ella.

-Recuerda que puedo leer tu mente, *piccola*.

Sus ojos azules lo miraron con furia, y un puño pequeño aporreó el centro de su pecho. Duro.

-Pues bien, basta. Y no te enorgullezcas. No estaba exactamente haciéndote un cumplido.

-¿No?-. Su mano tocó su cara tiernamente-. Continúa peleando, Alexandria. No te servirá de nada, pero si te hace sentirte mejor, adelante.

-Simio arrogante y primitivo- ella inhaló por la nariz, dando media vuelta antes de que él pudiera leer el deseo en sus ojos. Deliberadamente fue al teléfono-. Creo que tienes el número de Thomas, ¿verdad?

Él la rodeó, su brazo acariciando sus hombros, su perfume envolviéndola. Cualquiera de su raza reconocería su marca, sabría que ella le pertenecía simplemente por su aroma en ella. El humano, sin embargo, nunca lo advertiría. Irritado por el pensamiento, Aidan encontró la tarjeta profesional bajo el teléfono y se la dio.

-Telefonéale- desafiado suavemente.

Su barbilla subió. Ella era humana. *Era humana*. Y aunque no lo fuera, ese… esa criatura, fuera lo que fuera, no decretaría su vida. Provocadoramente, ella apuñaló los botones del teléfono.

Para asombro de Alexandria, Thomas mismo respondió. Daba la apariencia de que no era algo frecuente.

-¿Thomas? Soy Alexandria Houton- dijo con vacilación, insegura, ahora que le hablaba, de qué decir-. Espero que no sea demasiado temprano para llamar.

-¡Alexandria! ¡A Dios gracias! Comenzaba a pensar que ese hombre te encerró en una mazmorra en alguna parte. ¿Estás bien? ¿Quieres que vaya y te saque de allí?

Thomas se incorporó, apartándose el pelo que le caía en la frente. Las sábanas habían serpenteado alrededor de él tan apretadamente que por un momento había tenido que pelear simplemente para moverse.

-No, no, estoy bien. Bueno, todavía un poco temblorosa, y tengo que descansar bastante, pero me siento mucho mejor. Gracias por las rosas. Son bellas- era agudamente consciente de Aidan parado cerca de ella, escuchando cada palabra, escuchando el tono de su voz. Tuvo el impulso de intentar un tono acaramelado. El hombre no tenía derecho a monitorear sus conversaciones personales.

-Iré a visitarte, Alexandria. Tengo que verte-. Thomas lo dijo casi belicosamente, decidido a que no se negara.

-Creo que debo entrevistarme con un par de detectives esta mañana- dijo ella en una reprimenda sutil.

A su lado, Aidan se movió con impaciencia. Su voz era demasiado suave para su agrado. Demasiado sexy. Ella era una mujer de la Raza de los Cárpatos ahora, con toda la sensualidad y el efecto hipnótico en la humanidad de una mujer nacida de su casta.

El movimiento sutil y posesivo de Aidan la atrajo más contra su cuerpo, y pudo oler su aroma. La invadió hasta lo más profundo de su ser, enviando calor líquido a la parte baja de su cuerpo.

Alexandria encorvó sus hombros y se alejó, retrocediendo contra la pieza de madera de cerezo donde el teléfono antiguo descansaba.

-Estaba tan preocupado, Alexandria. Y ese hombre extraño... ¿Qué tan bien lo conoces?- dijo Thomas en un susurro conspirador.

Alexandria fue agudamente consciente de que no tenía importancia cuán quedamente hablara Thomas. Su audición era tan perfecta ahora que podía oír a grandes distancias si quería. Era lógico que la audición de Aidan fuese aun más intensa, y su habilidad para controlarla mucho mejor que la de ella. Ella sintió el calor inundar su cara.

-No conoces bien a Aidan, Thomas. Apenas me conoces a mí. Sólo nos encontramos

para una cena, y fue interrumpida. Por favor, no digas cosas contra alguien que ha sido un gran amigo para mí-. Por alguna razón, los desaires de Thomas contra Aidan la molestaron, pero era lo último que quería que Aidan supiera.

-Eres muy joven, Alexandria. Probablemente nunca has conocido a un hombre de su calibre antes. Créeme, está muy lejos de tu liga. Es probablemente muy peligroso.

Sus dedos se apretaron alrededor del receptor hasta sus nudillos se pusieron blancos. ¿Qué sabía Ivan? Y, por consiguiente, ¿cuánto el peligro podría entrañar para Aidan? Sus dientes mordieron su labio inferior. Realmente no podría soportar que alguien sospechara la verdad y… y metiera una estaca a través de su corazón o algo por el estilo. No quería sentirse así, incluso traicionar al género humano, pero no podía evitarlo. La idea de perderlo la aterraba.

Aidan la rodeó y amablemente cubrió su mano con la de él. En su mente, bailó la imagen de un tiburón con la sonrisa blanca y practicada de Thomas Ivan. Deliberadamente Aidan la tentó con la imagen hasta que ella se vio forzada a reírse.

-Esto no es asunto de risa, Alexandria- dijo Thomas de mal talante-. Iré a visitarte para discutir esto. No puedes permanecer en esa casa con ese hombre.

-Querer trabajar para ti, Thomas- contestó ella suavemente-, no te da derecho a dictar mi vida personal-. Cerró los ojos. Había querido tanto ese trabajo. También quería ser humana, vivir y respirar y trabajar en un mundo que comprendía.

-Iré a visitarte- dijo él concluyentemente.

Alexandria se quedó escuchando un chasquido fuerte y el tono de marcar. Ella miró encolerizadamente a Aidan.

-¿Parezco alguien fácil de mangonear?- demandó mientras colgaba de golpe el teléfono-. ¿Hay un “Por favor, ordéname” tatuado en mi frente?

-Déjame ver- dijo Aidan, acercándose. Su boca estaba pulgadas de la suya-. Hmm. No del todo. Dice, “Sumamente besable”.

Ella empujó la pared de su pecho pero la encontró inamovible.

-No intentes tus encantadores trucos conmigo, Savage. Me han informado que eres un hombre peligroso y que estoy fuera de mi liga, lo que fuere que quiera significar.

-¿Cómo puedo ser peligroso?-. Su cuerpo atrapaba el suyo con su calor, con su acometida. Ella lo deseó tan rápidamente-. ¿Soy peligroso?- murmuró sobre sus labios, su voz como seda contra su piel.

-Si no te apartas de mi camino en este mismo minuto, entonces voy a… -. Ella se imaginó subiendo la rodilla con fuerza y viéndolo contorsionarse de dolor en el piso. La imagen en su mente fue tan vívida como la imagen del tiburón lo había sido.

Aidan brincó lejos de ella, riéndose mientras lo hacía.

-Tienes un genio sucio, pequeña Alexandria.

-Otro hábito molesto- dijo ella con aire satisfecho.

Capítulo Once

Había algo de inquietante acerca de la casa. Thomas no podía definirlo, no podía encontrar la palabra exacta para describirla, pero deseaba haber podido. No era simplemente su dueño. La casa misma parecía viva, como un centinela silencioso vigilándolo. Si pudiera poner ese sentimiento en la pantalla de la computadora, captar las imágenes y bosquejar la forma en que la casa vivía y respiraba, mirándolo perversamente, sería uno de los hombres más ricos del mundo. Había algo de ese mismo mal en Aidan Savage, y él tenía la intención de llegar hasta las últimas consecuencias.

El trasfondo era dramáticamente bello, la casa misma arquitectónicamente perfecta, pero sintió que algo más profundo, subyacente y monstruoso, acechaba allí. Se encontró

agradecido de que la niebla usual no estuviera presente mientras subía los escalones hasta la enorme puerta principal adornada meticulosamente. Incluso el coche de la policía estacionado en el paseo circular era curiosamente reconfortante. Sabía que a los detectives no les caía simpático, pero su presencia le daba la sensación de seguridad que necesitaba para enfrentar a Aidan Savage.

Francamente, el hombre lo asustaba de muerte. Eran sus ojos. Savage tenía la mirada inquietante, extraña, sin parpadeos de un depredador. Había poder e inteligencia en esa mirada de oro, pero a veces, Thomas estaba seguro, los ojos habían brillado con chispas rojas y habían resplandecido con una intensidad extraña. Unos cuantos años atrás, para uno de sus juegos, Ivan habían investigado a los tigres y felinos de la selva, a los leopardos y animales parecidos y recordó cuán bien los gatos podían ver por la noche, una adaptación perfecta para los depredadores. Sus grandes ojos redondos tenían pupilas enormes que se cerraban en rajas a la luz del día, pero se ampliaban dramáticamente en la oscuridad. Y lúcidamente recordó su mirada mortífera precediendo un ataque.

Thomas se estremeció y trató de quitarse de encima el sentimiento de temor mientras permanecía de pie ante la puerta. Su imaginación estaba claramente trabajando tiempo extra. Savage no era peligroso, no porque fuera un depredador de la noche, sino porque él mantenía bajo vigilancia a Alexandria Houton como si fuera de su propiedad, y Thomas Ivan tenía la intención de hacer lo mismo. Eso era todo. Eran rivales por la misma mujer. Nada siniestro. Siempre había tenido problemas en mantener bajo control su imaginación.

Clavó los ojos en los paneles de vidrio con dibujos intrincados en la puerta. Eran bellos, estampados con formas y símbolos extraños. Mientras más estudiaba el vidrio, más se sentía como si cayera dentro, atrapado como una mosca en ámbar. Ese temor sin nombre comenzó a erigirse otra vez, y por un momento, apenas pudo respirar. Entrar en esa casa era estar atrapado para siempre en un infierno eterno. El patrón comenzó a moverse y cambiar ante su mirada horrorizada. Quería atraerlo en su espiral, llevarlo al infierno. Su corazón golpeó tan ruidosamente que las orejas le dolieron.

Thomas casi gritó cuando la puerta se abrió, rompiendo el hechizo. Aidan Savage se quedó con la mirada fija en él desde su altura superior. El hombre estaba vestido casualmente con unos pantalones vaqueros descoloridos y una camiseta de cuello en V, pero se veía extrañamente elegante al mismo tiempo que salvaje e indómito, atemporal, como algún poderoso cacique tribal. El pelo hasta los hombros, tan dorado como sus ojos, acrecentaba la impresión.

-Señor Ivan-. La voz tan perfectamente entonada penetró en Thomas hasta el alma, arrollándose dentro de él como una cosa viviente-. Me alegra que haya podido tomarse el tiempo de venir de visita y tranquilizar a Alexandria. Estoy seguro que su visita la aliviará. Ha estado realmente preocupada de que usted no pueda mantener el trabajo para ella.

El peso bien fundado de Savage bloqueaba la entrada hacia el interior. Su voz era agradable, tranquilizadora, pero las palabras parecían ligeramente punzantes. Convertía a Thomas en un mero empleador, nada en particular para Alexandria Houton y, ciertamente, ninguna amenaza para los propósitos de Savage sobre ella.

Thomas trató de encontrar su propia voz. Una cólera al rojo vivo comenzó a arder en él, dándole el ímpetu que necesitaba para tratar con ese hombre. Era Thomas Ivan. Poseía su propia compañía, era rico, famoso, una fuerza a ser considerada. No era un cobarde que gimoteara en un umbral.

-Me alegro de que podamos encontrarnos en condiciones más auspiciosas-. Con aire satisfecho, él tendió su mano.

En el momento en que Savage agarró sus dedos, Thomas se sobresaltó por la fuerza enorme del hombre. Savage incluso no hacía el intento, no parecía advertir su poder. Maldiciendo silenciosamente, Thomas estrechó su mano. Y entonces Savage sonrió. Un brillo de dientes blancos. Fuertes. Afilados. Nada de humor, ninguna bienvenida. La sonrisa de un depredador que hizo más extraños esos ojos que no parpadeaban.

-Entre en mi casa, señor Ivan- invitó Aidan, dando un paso atrás para darle espacio.

Y al mismo tiempo, entrar en esa casa era la última cosa que Thomas quería hacer. Realmente dio un paso atrás, un temblor frío de miedo recorriendo su columna vertebral. La boca de Savage se encorvó en una sonrisa cruda pero casi sensual.

-¿Qué sucede?-. La voz, tan calma, tan suave como el terciopelo, parecía burlarse.

Los dos detectives habían estado allí alrededor de una hora, y en ese tiempo, el demonio dentro de Aidan había estado poniéndose más y más fuerte. Casi había sentido sus colmillos mientras uno de ellos hacía todo excepto mendigar una cita a Alexandria. ¿Necesitaba ella realmente otro pretendiente? Iba a tener que poner un anuncio en el césped manifestando que todos los varones que cortejaran a Alexandria Houton lo hicieran bajo su propio riesgo.

Alexandria guió a los dos detectives hacia la puerta, y entonces Thomas Ivan olvidó su miedo. No podía apartar la vista de ella. Era obsesionantemente bella, más de lo que recordaba. Incluso los oficiales de policía clavaban los ojos en ella, fascinados. Thomas contuvo la furia de celos que surgió de la nada, sorprendido por la intensidad de sus emociones. Bajo la mirada fija de Savage, se forzó a mantener el control.

La mueca de Alexandria se iluminó cuando lo vio, y Thomas sonrió triunfante a Savage. Entró en la casa rápidamente, empujando a los detectives, y tomó ambas manos de Alexandria en las de él.

Algo profundo dentro de Aidan se enroscó peligrosamente ante la visión de sus manos en las de Thomas Ivan. Su respiración se detuvo. Su corazón suspendió su palpitar. El demonio interior se movió y rugió por la liberación, sus colmillos explotando en su boca, y la neblina roja de la bestia llameó en sus ojos. Mientras Thomas se acercaba más, con la intención de besar su mejilla, Aidan luchó por controlarse lo suficiente para poder ondear una mano casualmente, dirigiendo una oleada de motas de polvo para girar y bailar bajo la nariz de Ivan. Mientras Ivan inspiraba, comenzó a estornudar violentamente, los espasmos estremeciendo su cuerpo entero.

Alexandria se alejó de él y levantó una ceja inquisitiva hacia Aidan. Cuando se vio demasiado inocente para su agrado, lo miró furiosamente. Era lo suficientemente duro tratar con los dos policías hechizados. Habían parecido raramente fascinados por su voz, sus ojos, cada uno de sus movimientos. Habían sido tan solícitos con ella, tan cuidadosos de lo que decían, tan preocupados por su salud, que ella comenzaba a sospechar que, junto con el cambio de sangre, Aidan en cierta forma había compartido su atractivo sexual con ella. Y ella definitivamente no lo quería.

Aidan guió a los detectives a la puerta, ejercitando un gran freno para no arrojarlos afuera físicamente. No había anticipado la reacción humana a la belleza embrujadora de Alexandria. Ciertamente no había anticipado su propia reacción. Podía oler la excitación de esos hombres, podía leer sus pensamientos, y los quiso fuera de su vista antes de hacer algo imperdonable.

Algo aleteó en su mente como la caricia de las alas de una mariposa. *¿Aidan?* Sobresaltado, miró a Alexandria. Ella lo miraba ceñudamente. *Deja de ser tan perverso con Thomas.*

La alegría rugió a través de él. Ella voluntariamente había unido su mente a la de él y era la manera de comunicarse de un *compañero*. Él sonrió, completamente obstinado.

Deja de sujetar sus manos.

Estás siendo infantil. No sujeto sus manos.

Y deja de permitir que te bese.

Él no se acercó a besarme. Aidan, Detente. Lo digo en serio.

Él levantó una mano, y el polvo se dispersó.

Thomas, avergonzado, volvió la espalda a Alexandria, preguntándose lo que había sucedido. Nunca tenía ataques de estornudos. Nunca. ¿Por qué tendría repentinamente uno ahora? ¿Se debía de alguna manera a esa casa y esos malditos ojos ámbar que no

parpadeaban?

Alexandria le sonreía con su boca exuberante y sus atractivos hoyuelos.

-Por favor, ven y siéntate, Thomas. Siento que te hubieras preocupado por mi enfermedad-. Su voz murmuró sobre su piel, y él sintió una columna de deseo perforarlo. Estaba vestida simplemente con unos pantalones vaqueros rotos y descoloridos y una chaqueta de punto abotonada con perlas. Estaba descalza. Pero se veía increíblemente sexy. Thomas siempre había preferido a las mujeres sofisticadas, altas, pero no podía arrancar su mirada de la belleza de Alexandria.

El ama de llaves entró llevando una bandeja con *croissants* calientes y bollos de crema y una cafetera de plata. Inesperadamente, sonrió en bienvenida a Thomas.

-Señor Ivan, sus flores ciertamente han alegrado nuestra casa.

Él se sentó en el sofá, complacido. Estaba ganándose al ama de llaves. Sintiéndose particularmente encantador, le otorgó una leve inclinación de cabeza y una sonrisa breve en su dirección.

Aidan cogió a Alexandria por un brazo delgado y la condujo firmemente a una gran silla alta frente a Thomas. Después de sentarla, permaneció detrás de la silla, sus manos descansando ligeramente sobre sus hombros.

-Alexandria debe descansar pronto, señor Ivan. Está todavía muy débil. La entrevista con los detectives fue más larga de lo que esperamos, y muy dura para su resistencia-. Fue una reprimenda, un recordatorio que Thomas Ivan había forzado Alexandria, tan frágil como estaba, a hablar con la policía.

-Sí, claro. Seré breve. Simplemente quise ver que estuviera bien y discutir nuestros planes de trabajo-. Thomas aceptó la taza de café que Marie le dio, luego contempló al hombre de pie tan protectoramente tras la silla de Alexandria-. Una vez que diseñe mis expectativas para este proyecto, será realmente el genio de Alexandria el que tiene que asumir el control. La línea de historia es única y muy atemorizante, y tenemos actores famosos dispuestos a leer los papeles para nosotros, y tenemos la intención de crear un producto sin par en el mercado actual. Todo está en lugar, pero necesito un trabajo artístico perfecto.

-Eso es tan excitante, Thomas- dijo Alexandria, agudamente consciente de las manos de Aidan en sus hombros. Su pulgar acariciaba lenta, sensualmente su clavícula.

Estás usando esa voz acaramelada, señaló Aidan malvadamente, su voz rozando su mente como el contacto de su pulgar. La nota azuzadora hizo que su corazón se derritiera.

-Usted quiere decir que necesita el trabajo artístico de Alexandria.

No te metas en lo que no te importa. Deliberadamente coqueteo un poco. ¿Has tenido noticias del concepto? De hecho, pienso que escribiste un libro sobre ello.

No necesitamos nada de esas tonterías, su voz murmuró en su mente, su risa suave e invitadora.

Alexandria miró hacia arriba su cara. Era una máscara, sus ojos dorados fijos en Thomas. Sin embargo tuvo la sensación de tal intimidad intensa, que era como cuando casi habían hecho el amor.

Sus sentimientos por Aidan eran fuertes y crecían más con cada conversación, con cada intercambio de sangre, con cada unión de sus mentes. Ante esa comprensión, el miedo surgió en ella, cortante y desagradable.

Respira, piccola. Siempre te olvidas de respirar. Aidan sonó divertido, burlonamente masculino.

Alexandria prefirió ignorar la burla enviándole a Thomas una sonrisa de alta potencia que lo hizo erguir la cabeza y tensar su cuerpo de deseo y necesidad.

Thomas era intensamente consciente de Savage de pie como algún dios griego detrás de la silla de Alexandria, con esa maldita mirada fija y sus manos en los hombros femeninos, como si la poseyera. Esa mirada mortífera, nunca se había movido de la cara de Ivan, inquietante. Thomas tuvo el presentimiento de que Aidan podía leer sus pensamientos

lujuriosos, cada una de sus ideas. Tomó un sorbo de café para calmarse.

-Quizá podríamos salir a desayunar, Alexandria- sugirió sedosamente, desafiando deliberadamente la posesividad de Aidan-, y discutir los detalles.

Esa mirada fija nunca vaciló.

-Alexandria no puede salir a esta hora. Los doctores fueron extremadamente específicos en lo que se refiere a las horas de descanso, ¿verdad, Alexandria? Quizá eso debería ser tomado en cuenta cuando decida si Alexandria puede hacer el trabajo que necesita- dijo Aidan con la misma quietud suave, casi inexpresiva de antes, como si nada de eso significara algo para él, y Thomas no fuera una amenaza.

Pero Alexandria se tensó ante sus palabras y habría interrumpido si las manos de Savage no la hubieran apretado, aún sosteniéndola.

Thomas advirtió con satisfacción la tensión entre ellos. La química, la intensidad entre los dos era inconfundible, y él la detestaba, seguro de que amenazaba su relación con ella. Pero Alexandria no estaba feliz, y eso era bueno. Ivan sonrió, con su sonrisa fácil y encantadora y se inclinó hacia adelante.

-Alexandria tiene el trabajo, no importan las restricciones de tiempo. Tengo el contrato conmigo y estoy preparado para pagar cualquier precio-. *Toma eso, Savage,* pensó. *No creo que puedas apartarme a un lado tan fácilmente.*

¡El ataque del tiburón! Cuidado, cara, *él nada hacia ti.* Aidan deliberadamente apeló al humor para relajar la tensión entre Alexandria y él.

La muchacha miró a Aidan y vio su máscara calmada. Los ojos dorados nunca se apartaban de la cara de Thomas, pero en su mente podía oír el eco de su risa suave. A pesar de su molestia, quiso reírse con él.

-Me alegra oírte decir eso, Thomas- contestó con su voz más acaramelada, deliberadamente tratando de molestar a Aidan para vengarse-. Los doctores son sumamente cuidadosos, y como tengo la responsabilidad de mi hermano menor, necesito ser cautelosa con mi salud.

-Obedece sus instrucciones al pie de la letra- contestó Thomas, acercándose aun más-. No querría que se repitiera ese episodio. Me asustó muchísimo-. Él lo hacía personal, levantando su mano para dejarla descansar en la rodilla femenina.

Por alguna razón, su contacto la repelió. La taza de café se balanceó en la otra mano de Ivan repentinamente, y el líquido caliente se derramó en su mano y muñeca. Con un grito, él dejó la taza encima de la bandeja, logrando durante el proceso arrastrar su brazo a través de los bollos de crema. La manga de su traje inmaculado se separó cubierta de dulce.

-Oh, Thomas-. Alexandria trató de ponerse rápidamente de pie para ayudarlo, pero las manos de Aidan la mantuvieron en su lugar.

¡Sé que hiciste eso, tú, Neandertal! No intentes ni por un minuto hacer tu acto inocente, porque no funcionará. Estás avergonzando deliberadamente al hombre, acusó a Aidan apasionadamente, afanándose por evitar que la risa saliera a la superficie.

Él puede guardarse sus malditas manos. Aidan fue serenamente obstinado al hacer frente a su furia.

Tú continúas tocándome en cualquier momento que te de la gana. Eso es como si la cazuela llamara negro al caldero. Deja de provocarlo. Quiero este trabajo.

El idiota está tan entontecido contigo, que se pondría de cabeza si se lo pidieras. El trabajo no tiene nada que ver.

Nadie usa la palabra entontecido ya. Ella no podía pensar en una réplica aguda lo bastante cáustica. Aidan actuaba tan completamente impenitente. Para acrecentar su cólera hirviente, podía oír esa nota inconfundible de diversión en su voz de terciopelo.

-Lo siento, Alexandria-. Thomas estaba avergonzado. Era el acecho de esos malditos ojos ámbar vigilando cada movimiento, esperando, simplemente esperando. Era extraña y perturbadora, la mirada fija de un depredador. Se sentía como un conejo, presa de un lobo. Entonces maldijo de nuevo su imaginación. Le dirigió a Alexandria su sonrisa más

encantadora, tratando de ignorar al hombre de pie detrás de su silla. Savage daba una impresión de indolencia, pero Thomas no se engañaba. Quienquiera que fuera ese hombre, era una fuerza que enfrentar. Había señalado un reclamo en Alexandria y claramente advertía a Thomas acerca de ello.

-No te preocupes por eso, Thomas. La bandeja estaba demasiado cerca. En todo caso, el daño es para tu traje, no para mí.

La voz de Alexandria era tan calmante y tranquila, que pareció rodearlo, relajándolo.

-Alexandria está cansada, señor Ivan. Debo insistir en que descanse ahora-. La mirada dorada de Aidan fue inquebrantable-. Confío en que esté satisfecho ahora de que no la mantengo prisionera en mi mazmorra-. Él hizo una pausa-. Y en el futuro, señor Ivan, si tiene el deseo de saber algo acerca de mí o mi personal, le aseguro que un investigador privado es un derroche de dinero. Estaré feliz de responder cualquier pregunta que tenga-. Su sonrisa fue amistosa, pero sus poderosos dientes blancos le dieron a Thomas la ilusión de ser emboscado por un lobo. No había absolutamente ninguna calidez en esos ojos dorados e inquietantes.

Thomas se levantó, odiando el miedo que se arremolinaba profundamente en sus entrañas y la humillación de ser despachado por el hombre con el pretexto de la preocupación por la salud de Alexandria. Pero podía ser paciente. Ella trabajaría con él. Estarían solos, y no había nada que Aidan Savage pudiera hacer acerca de eso.

-Lamento cualquier inconveniente que mi preocupación por Alexandria le haya causado. Estaba muy preocupado por su bienestar.

Ignorando las manos de Aidan en sus hombros, Alexandria se levantó.

-Lo entendemos. Aunque te aseguro que Aidan es un buen hombre y nunca nos dañaría a Joshua o a mí. No tenías absolutamente nada por qué preocuparte.

Thomas miró sobre la cabeza de la muchacha para desafiar directamente a Aidan.

-Oh, estoy seguro de que estás en lo correcto acerca de eso-. Él entendía al bastardo, pero Alexandria era demasiado inocente para darse cuenta de qué tipo de hombre era realmente Savage. Tenía que haber esqueletos en su armario, un cuerpo o dos en su pasado. Thomas tenía la intención de encontrar cada uno de ellos. Deliberadamente sonrió al hombre, una amenaza fría e intencional-. El señor Savage y yo nos entendemos bastante bien, Alex. Te llamaré más tarde.

Ella lo siguió hasta la puerta. Mientras hacía una pausa en el porche, él se dio vuelta y levantó una mano para tocar su mejilla, seguro de que su piel sería tan suave como se veía. Por un momento su corazón pareció detenerse, y su respiración se aglomeró en su garganta. Ninguna mujer jamás lo había impresionado como ella lo hacía. Pero al mismo tiempo que extendía la mano para rozar su cara, oyó un zumbido enojado, y una enorme abeja negra lo bombardeó en picado desde la nada.

Con un juramento, Thomas brincó, tratando de aplastar infructuosamente al persistente insecto. Mientras su pie izquierdo bajaba, su tobillo se dobló y casi lo hizo caer.

La mano de Alexandria cubrió su boca con horror.

¡Aidan, detente ahora mismo!

No puedo imaginar de qué me acusas ahora, respondió Aidan inocentemente desde la sala de estar. Su voz era despreocupada, noble y plácida.

Thomas escapó por el camino de acceso a la seguridad de su coche. ¡Maldito fuera el hombre, maldita la casa, y maldita cada cosa torpe que le había ocurrido! ¡Savage no iba a ahuyentarlo para siempre! Desde el santuario de su vehículo, saludó con la mano a Alexandria, feliz de ver que ella se veía algo afligida por él. Casi deseó haber permitido que la abeja lo picara; ella podría haber insistido en cuidarlo para que sanara.

Alexandria cerró la puerta con más fuerza de la necesaria.

-Eres el hombre más indignante del mundo- lo acusó ella.

Aidan arqueó una ceja.

-Una de mis cualidades más molestas pero cautivadoras-. Su sonrisa lenta y sexy era bromista.

Alexandria casi perdió el tren de pensamiento, distraída por el calor que la sonrisa le causaba. Abruptamente se refrenó, enderezó sus hombros y convocó tanta cólera como pudo dadas las circunstancias.

-Nada en ti es cautivador. Eso fue tan… tan…-. Ella dejó de hablar, buscando la palabra justa, pero su vocabulario falló. Nadie debería tener su sonrisa.

-¿Brillante?- la incitó, ayudándola.

-*Insensible* me viene a la mente. *Infantil.* ¿Vas a comportarte así cada vez que él venga?

Con las manos en sus caderas delgadas, sus ojos de color zafiro emitían chispas. Él quiso besarla. Sus ojos dorados se calentaron, y su mirada se dejó caer hacia su boca. Instantáneamente, el cuerpo femenino respondió a esa mirada oscura y sensual. Retrocedió lejos de él precipitadamente, levantando las manos en un gesto de protección.

-No te atrevas, fugitivo de un manicomio.

-¿No te atrevas a qué?-. Su voz fue suave, hipnótica, seductora.

Ella podía sentir su contacto como dedos acariciando su piel. Ella ardía con eso, se volvía líquida sólo con eso.

-Simplemente permanece al otro lado del cuarto. Lo digo en serio, Aidan. Eres letal. Deberías estar encarcelado.

-Pero no he hecho nada- sonrió él y se acercó poco a poco a ella-. Aún.

-¡Marie!-. En pánico, Alexandria gritó tan ruidosamente como pudo.

Aidan rió mientras el ama de llaves se apresuraba a entrar. *Pequeña cobarde, corre mientras puedas.* Aunque estuvieran en lados distintos del cuarto y Marie estaba entre ellos, Alexandria sintió el ligero roce de sus dedos en su piel, en su cara, en su garganta. Se demoraron más abajo, ligeros, tocando el abultamiento dolorido de sus pechos antes de que la sensación se desvaneciera.

-¿Qué sucede, Alexandria?- preguntó Marie, sus manos en sus caderas, mirando furiosamente a Aidan.

Él levantó una mano para aplacarla, riéndose.

-Soy inocente. Fui un perfecto caballero para su visita.

-Derramó el café de Thomas, lo hizo estornudar, embarró crema batida sobre él, y lo persiguió con una abeja- acusó Alexandria. Mientras Marie luchaba por mantenerse seria, Alexandria asestó el insulto final-. E iba a marchitar mis flores.

-¡Aidan!- reprendió Marie agudamente, pero había risa en sus ojos.

Aidan realmente estaba riéndose ahora, su cabeza hacia atrás, sus ojos dorados resplandeciendo, su cara transformada, casi juvenil ante sus diabluras. Ninguna mujer podría resistirse a la alegría pura, a la diversión que experimentaba por primera vez en siglos. Hizo a Marie querer llorar de felicidad, y fue un afrodisíaco para Alexandria, sabiendo que esgrimía tanto poder sobre tal criatura.

-No es verdad. Ivan derramó su café y sumergió su brazo en los bollos de crema. No estuve siquiera cerca de él. Y la abeja probablemente sólo pasó por ahí. ¿Cómo puedo ser responsable de la atracción de un insecto hacia ese hombre?-. Él se veía con los ojos muy abiertos e irreprochables-. En lo que se refiere a las flores, sólo las miraba furiosamente porque ella actuaba tan tonta con esas condenadas cosas.

-¿Tonta?- repitió Alexandria-. Te mostraré a un tonto, bestia salvaje-. Ella echó a andar hacia él resueltamente, pero Marie levantó una mano.

-Ya, ya, niños. Joshua está levantado, y no querríamos que los encuentre peleando.

-No querríamos que él averigüe que su héroe tiene pies de arcilla- corrigió Alexandria, mirando furiosamente a Aidan.

Él se movió hacia ella entonces, un deliberado acecho, deslizándose alrededor de Marie a su manera silenciosa y fluida, haciendo que el corazón de Alexandria golpeara frenéticamente por la anticipación. Su boca perfecta estaba curvada en una sonrisa burlona. Precipitadamente ella dio un paso atrás, tropezó, y habría caído si él no la hubiera alcanzado

con una mano y la hubiera atrapado.

-¿Huyendo, pequeña cobarde?- murmuró suavemente, en broma, arrastrándola al refugio de sus brazos.

Marie discretamente dejó el cuarto, abandonando a la mujer más joven a su destino, escondiendo una sonrisa detrás de su mano mientras salía.

-Aidan-. Hubo dolor en la voz de Alexandria. No quería que él estuviera allí. Era simplemente que estaba tan cerca, con el calor de su cuerpo envolviéndola... Su boca estaba pulgadas de la suya, sus corazones latiendo al mismo ritmo desesperado.

El pulgar masculino rozó su labio inferior en una caricia ligera, enviando una llama de ardor que alcanzó como un relámpago su alma. Sus ojos dorados sostuvieron los suyos mientras él inclinaba la cabeza, su boca encontrando la de ella con hambre pausado, saboreando lentamente cada pulgada del interior sedoso, explorando, tentando. Sus manos se deslizaron hacia sus caderas, atrapándola con sus dedos herméticamente, jalándola contra él, inmovilizando su suavidad contra su cuerpo duro y exigente.

Hubo una huella de resistencia en ella, como si todavía luchadora por la supervivencia, su sentido de autoconservación advirtiéndole que estaba en peligro. Pero el lazo entre ellos aumentaba con su proximidad, con cada intercambio de sangre, con la química explosiva que los unía. Ya la mente de la muchacha buscaba la suya; su alma lo alcanzó. Incluso su corazón estaba suavizándose, deseoso del contacto. Su cuerpo gritaba por el suyo. Sólo su cabeza, tan terca, le impedía a él afirmar sus derechos como su *compañero.*

Su boca se movió sobre la de ella, haciendo más hondo el beso, apartando sus objeciones en una oleada de fuego, arrastrándola más y más profundo en un mundo de sensualidad, de la noche, de todo lo que armonizaba con las demandas de su sangre.

-¡Santos macarrones!-. La voz de Joshua sonaba impresionada y disgustada al mismo tiempo-. ¿Te gustan esas cosas, Aidan?

Alexandria se apartó de un tirón de los brazos de Aidan y restregó su boca, tratando desesperadamente de recobrar su respiración.

Aidan desgreñó los rizos rubios del niño.

-Sí, Joshua, me gustan esas cosas, pero sólo con tu hermana. Ella es especial, ¿entiendes? Alguien como Alexandria sólo aparece una vez en varios centenares de siglos.

Joshua contemplaba a su hermana con una sonrisa especulativa. Había una luz malvada en sus ojos.

-A ella parecía gustarle también.

-Bien, no es cierto- negó Alexandria inflexiblemente-. Aidan Savage es un idiota, Joshua. Un gran idiota.

La sonrisa abierta se desplegó.

-A ella le gustó- declaró Joshua-. Debes besar bien, Aidan. Ella nunca deja que nadie la bese excepto yo-. Giró su cara hacia arriba para recibir el beso de Alexandria, sus brazos pequeños rodeando su cuello mientras ella se inclinaba para hacerlo-. No dejes que nadie más te bese, excepto Aidan y yo.

-Esa es la forma en que debería ser- dijo Aidan complaciente-. Tendremos que estar especialmente vigilantes ahora que el señor Ivan la ha contratado para hacer sus ilustraciones. Tiene una mirada... Apuesto que quiere besar a Alexandria.

-No te preocupes, Aidan. No lo dejaré- dijo Joshua incondicionalmente-. Si ella va a trabajar para ese tipo, la seguiré a todas partes y haré que se mantenga lejos de ella.

-Esa es una gran idea, Josh-. La aprobación en la voz de Aidan hizo que el niñito se pusiera radiante de orgullo.

-No puedo creer- los interrumpió Alexandria-, que estés manteniendo esta conversación con un niño de seis años-. Ella le abrazó a su hermano apretadamente y devolvió el calor que había estado extrañando. Había estado demasiado tiempo lejos de ella. Pero no tanto para que no pudiera reñirla.

-Tengo casi siete.

-Todavía es inapropiado.

Joshua sonrió burlonamente a Aidan.

-No te preocupes. Ella siempre dice eso cuando no sabe qué más decir y quiere que me calle.

Aidan se inclinó y gentilmente levantó al niño hasta su propio hombro.

-Eso es porque a ella le gustaron mis besos y está un poco aturdida. Tendremos que perdonarla esta vez.

-Oh, ya veo cómo va a ser-. Alexandria miró furiosamente a ambos, pero su hoyuelo apareció a pesar de su mejor esfuerzo de aparentar ferocidad-. Ustedes los chicos planean conspirar contra mí.

Los dos hombres se miraron, intercambiando una sonrisa.

-Sí- dijeron al mismo tiempo.

Alexandria sintió que su corazón daba un vuelco. Joshua nunca había tenido a nadie excepto ella para velar por él. Nunca había confiado en nadie, nunca había estado cerca de nadie más. No podía evitar sentirse feliz de que Aidan se interesara tanto en él. Aidan le robaba el corazón con su gentileza. Joshua era su mundo. Podía ver el afecto genuino de Aidan por el niño, podía ver que desarrollaban un entendimiento mutuo y real. Y sintió que lágrimas empañaban sus ojos ante la visión de ellos juntos.

-Vamos, muchachote, necesitamos darte algo de desayunar. El señor Ivan se llevó puesta la comida en su ropa, el hombre es tan torpe. Deberías haberlo visto- informó Aidan al niño.

Joshua soltó una risita.

-¿Derramó su comida?

Aidan se deslizó fácilmente hacia la cocina, como si el peso añadido de Joshua fuera secundario.

-Fue un completo tonto. Incluso Alexandria se las vio difíciles para no reírse, aunque no lo admitiría. Ella finge que le gusta- murmuró, sabiendo perfectamente que ella podía oír cada una de sus palabras.

Alexandria se arrastró tras ellos, indecisa entre si Aidan necesitaba otra patada en las espinillas o simplemente actuar digna e ignorarlo. Era una elección difícil.

Puedo leer tus pensamientos. Su voz en su mente fue como una caricia física.

Sus ojos lo miraron con furia. Lo patearía a la primera oportunidad que se le presentara. Él sabía exactamente cómo la impresionaba, el bellaco. *Playboy de mil años. Perro del hortelano. Cerdo machista.* Merecía ser pateado. Duro.

-Nunca derramo mi comida, Aidan- confió Joshua solemnemente-. Al menos ya no lo hago más. Cuando era bebé lo hice.

-Las hermanas no tienen el mismo efecto en sus hermanos que en los hombres adultos. Créeme, Alexandria podría hacerme derramar la comida a mí también.

Joshua sacudió sus rizos rubios.

-No es verdad, Aidan.

-Es cierto, Joshua. No quiero admitirlo, pero ella definitivamente podría. ¿Es espeluznante, verdad, el efecto que las mujeres tienen en los hombres?

-¿Por qué? Es simplemente una chica-. Él frotó su nariz y sonrió a su hermana-. Y está siempre diciéndonos qué hacer.

-Ahora mismo, voy a decirte que te comas tu desayuno y te prepares para la escuela-. Alexandria tuvo la intención de sonar dura, aunque hacía el intento de no reírse. Joshua era demasiado precoz para su bien-. Te llevaré.

Aidan giró lentamente y la contempló con su mirada dorada. Alexandria lo ignoró, excesivamente consciente de que él se oponía a que saliera. Eso la decidió a mantenerse firme. No iba a cambiar su vida entera por él. Mientras más le permitiera a Aidan convencerla de las cosas que podía y no podía hacer, más la alejaba de su mundo.

-Iré- repitió ella firmemente.

-Eso es lo que tú piensas- dijo él suavemente, bajando a Joshua. Puso la mano sobre los rizos sedosos del niño-. Alguien tiene que cuidarte. Joshua y yo lo haremos te guste o no.

Joshua le sonrió a su hermana, pequeño e inocente, ignorante de cualquier corriente submarina.

-Porque estás enferma, Alex. ¿Sabes?, como siempre me cuidas cuando yo estoy enfermo-. Él se deslizó en una silla de roble de respaldo alto-. Una vez que estuve realmente muy enfermo, nunca me dejó, ni siquiera para irse a dormir. Recuerdo eso, Alex.

-Tuviste neumonía- afirmó ella suavemente, tocando su hombro cariñosamente.

Hubo tal ternura en su expresión, que Aidan dio media vuelta para evitar abrazarla. Ella luchaba por permanecer humana, y él realmente no podía culparla por eso. Su mundo entero había sido puesto del revés. Para alguien que lo veía como una criatura ficticia, un legendario y horrendo vampiro, ella lo hacía bastante bien.

-Marie cocinó panqueques esta mañana- dijo Joshua-. Le dije que los quería porque son tus favoritos. Hizo caras chistosas con ellos.

El golpe fue casi físico, una punzada en sus intestinos. Alexandria palideció, y repentinamente se encontró examinando el inmaculado piso de la cocina. Todo le recordó el precio terrible que pagaba por permanecer viva. No había ninguna manera de volver a cambiar. Si era un vampiro o un… miembro de la Raza de los Cárpatos, la medicina moderna debería tener un antídoto. Se documentaría en secreto, encontraría la manera de cuidar de Joshua ella sola, sin la ayuda de Marie o Stefan, y ciertamente sin Aidan. Él se estaba haciendo mucho más que indispensable para su agrado.

Sintió sus ojos dorados en ella, supo que la vigilaba estrechamente, podía sentir el momento exacto cuando su mente alcanzó la de ella. Deliberadamente se resistió, necesitando ejercer su independencia.

Su risa fue suave y burlona.

-¿Vas a usar zapatos cuando llevemos a Joshua a escuela, o tienes la intención de acompañarlo descalza?- preguntó suavemente, indiferente a su desafío.

-No creo que necesites ir, Aidan. Soy realmente capaz de llevar a Josh a la escuela yo sola. Tienes que recordar que lo he estado haciendo desde hace algún tiempo.

Él extendió la mano y tiró de un mechón de su pelo.

-Es verdad, *piccola*, pero ese no es el punto. Tuve que investigar la escuela muy de prisa, y aunque Stefan hizo una comprobación por mí, realmente no he tenido la posibilidad de evaluarla por mí mismo. Ésta será una buena oportunidad para hacerlo.

-Estás vigilándome- lo acusó.

Él se encogió de hombros perezosamente. No encontró en razón en negarlo.

-Eso también.

Ella le dirigió una mirada resentida. Al mismo tiempo sintió un ardor en el fondo de sus ojos, y eso sólo hizo que se enojara más.

-No necesito un guardián.

-No opino lo mismo.

Ella lo agarró del brazo.

-Joshua, apresúrate y termina tu desayuno, luego cepíllate los dientes. Aidan y yo vamos a hablar. Entra en la sala de estar cuando estés listo para ir.

-De acuerdo, Alex- contestó Joshua.

Aunque sus dedos pequeños apenas envolvían a medias su poderosa muñeca, ella sacó a Aidan a la fuerza de la cocina.

-No me puedes mantener cautiva, Aidan. Y sé que no me guardas para preservarme. ¿Qué hay allí afuera que pueda lastimarme? Dijiste que los vampiros no pueden estar fuera después del amanecer. Puedo ir con Joshua yo sola.

-No tienes idea de a qué te enfrentas. La luz, incluso la luz de la mañana, lastimará tus ojos, y el sol quemará tu piel. Tendrás que llevar gafas oscuras especiales y acostumbrarte al sol gradualmente. Como tu *compañero*, tengo a cargo tu salud y tu seguridad, y debo

protegerte en todo momento, incluso de ti misma. Si deseas acompañar a Joshua a su escuela, iré también.

-Te aseguras de que regrese. Tu presencia no tiene nada que ver con la escuela de Joshua o mi seguridad. Piensas que me voy a llevar a Josh y correr al aeropuerto más cercano. Si tuviese algo de materia gris, lo haría. Simplemente puedes mantenerme aquí, Aidan, y dejarme cuidar de mi hermano. Lo he estado haciendo por años-. Sus ojos azules brillaban al mirarlo, fulgurantes de determinación y desafío.

Aidan permitió que una sonrisa lenta y masculina de diversión suavizara su boca.

-Y un trabajo muy bueno es el que has hecho, Alexandria. Joshua es un buen niño. Ha robado los corazones de todos los que vivimos aquí. Pero no sería inteligente no acompañar al niño al menos una vez a su escuela nueva. Aparentemente ha tenido problemas en el pasado con un bravucón o dos, y me aclaró que una demostración de fuerza podría ser muy útil para establecer mejores relaciones. Diré a Stefan que traiga la limusina.

-No estás escuchándome, Aidan.

Pero había aplacado exitosamente su cólera. Ella quería que Joshua fuera feliz. Había sido muy consciente de sus problemas en la vieja escuela. Si él quería que un enorme coche y unos cuantos adultos enormes lo acompañaran para una fuerte primera impresión, ¿entonces quién era ella para negárselo?

-No creo que me gustes mucho, Aidan. Siempre pareces lograr lo que te propones- capituló a regañadientes.

Él revolvió su pelo como si fuera Joshua.

-Acostúmbrate a eso, *piccola*. Todo el mundo me obedece.

-No te tengo miedo como los otros.

-Quizá no de la misma forma, Alexandria, pero estás más que definitivamente asustada. De otra manera, no tratarías de escapar de mí, de nosotros, de la manera en que lo haces-. La nota burlona en su voz estaba haciendo cosas en sus entrañas que ella no quería reconocer. Tenía que escapar. Era la única forma. *La única forma.*

Marie metió su cabeza en el portal.

-Teléfono, Alexandria. Tu joven otra vez-. Parpadeó-. Está ansioso, parece.

-Él no es el joven de Alexandria, Marie- dijo Aidan, molesto-. Es lo suficientemente viejo para ser su padre.

Marie sólo se rió mientras regresaba a la cocina, ignorando su mal humor.

-¿Hola?-. Con malicia deliberada, Alexandria sonó tan dulce como pudo mientras respondía la llamada de Thomas Ivan-. ¡Oh, Thomas!-. Sus ojos se posaron en Aidan mientras emitía el nombre de otro hombre-. ¿El teatro? ¿Esta noche? Es con muy poca anticipación, y no sé si estoy realmente lista para una noche de fiesta.

Aidan fácilmente podía oír la voz afable y persuasiva en el otro extremo de la línea.

-Simplemente nos sentaremos muy quietos, Alex, y te llevaría a casa directamente. Una noche corta.

Ella cerró los ojos. Una noche lejos de toda la tensión. Una noche en la vida real. En su propio mundo. Era atrayente. Y aceptando, también sabría si era una prisionera o no.

-Eso suena maravilloso, Thomas. Pero después directo a casa si no quieres que el doctor me regañe- miró a Aidan mientras lo decía.

Aidan levantó una ceja, pero sus rasgos graníticos permanecieron inexpresivos. Por alguna razón, eso hizo que su corazón palpitara más rápido que si se hubiera mostrado molesto. Aidan Savage planeaba algo. No sabía qué, pero estaba segura de eso.

Colgó el teléfono.

-Iré al teatro- dijo provocadoramente.

Aidan asintió con la cabeza.

-Eso es lo que oí. ¿Piensas que es inteligente?

Ella se encogió de hombros.

-Me siento bastante bien. Mi salud parece regresar a la normalidad.

-No estoy preocupado por tu salud en este momento, Alexandria- dijo él suavemente-, sino en la de él.

Capítulo Doce

-Aidan, ¿puedo tener un perrito?-. Joshua, apretujado como si fuera el jamón de un sándwich entre Aidan y Alexandria en el coche, evitó cuidadosamente mirar a su hermana.

Alexandria se tensó con resentimiento, con la barbilla levantada. La mano de Aidan se deslizó por detrás del asiento y descansó ligeramente sobre su nuca. Sus dedos se encorvaron alrededor de la delgada columna y empezaron un masaje lento.

-Joshua, es divertido bromear con Alexandria sobre que soy el gran jefe y puedo desobedecer sus órdenes, pero ambos sabemos la verdad. Alexandria es tu hermana y tu guardiana. ¿Por qué me haces esa pregunta a mí?

-Oh, Aidan-. Joshua se quedó con la mirada fija en sus propias manos-. Ella siempre dice que no. ¿No es verdad, Alex? Dice que es demasiado duro encontrar un apartamento que permita que tengamos un perrito. Pero ahora vivimos contigo. Un perrito podría vivir allí, ¿verdad?-. Miró hacia arriba esperanzado-. Tu casa es realmente grande, y me encargaría de él cuando no estuviera en la escuela.

-Bien, Joshua, no lo sé- contestó Aidan seriamente, considerando el asunto-. Los cachorros pueden representar una cantidad significativa de problemas. Marie y Stefan tienen muchos deberes para mantener las cosas en marcha. Para ser honestos, creo que también tendrían que ser consultados. Ésta no es una decisión que pueda hacerse a la ligera. En todo caso, antes de que tomes cartas en el asunto, creo que discutirlo con tu hermana debería ser el punto de partida.

Joshua se encogió de hombros y sonrió cautivadoramente a Alexandria.

-Ella ya dijo que podríamos tener uno si alguna vez encontramos un lugar donde nos dejaran.

Alexandria trató de enfocar, pero sus ojos ardían incluso detrás de las gafas extremadamente oscuras que Aidan había insistido que se pudiera. Las ventanas del coche también estaban misteriosamente entintadas para ayudar a bloquear la visión del sol, pero aún así sentía como si mil agujas la apuñalaran cuando la luz tocaba su cara. Era aterrador. Y significa que otra vez Aidan le había dicho la verdad.

-No hemos estado en casa de Aidan lo suficiente como para saber incluso si vamos a quedarnos, Joshua-. Ella ignoró los dedos que se cerraron herméticamente alrededor de su cuello-. Y no es justo cargar a Marie con un trabajo como ese tan pronto. Esperemos a ver qué ocurre. Comenzaré a trabajar pronto, y nos estableceremos. No digo que no. Simplemente digo que deberíamos esperar un poco más, ¿de acuerdo?

-Pero, Alex… - hubo una nota lastimera en la voz de Joshua.

-Creo que Alexandria está siendo muy justa, Joshua-. El tono de Aidan no toleraba discusión, y Joshua se aplacó inmediatamente.

Ella estaba curiosamente agradecida a Aidan. Por lo general, Joshua habría tratado de cansarla con su pedido. Y en ese momento estaba tan cansada que parecía difícil pensar o funcionar correctamente. Sus ojos ardían, y la luz del sol quemaba sus brazos y su cara. Quería llorar, gritar contra el destino que le había hecho eso. Todo el tiempo había esperado que Aidan realmente no le hubiera dicho la verdad. Que solamente hubiera tenido alguna razón tortuosa para tratar de convencerla de creer en él.

Estaremos en casa pronto, cara. Las palabras se movieron a través de su mente, envolviéndola en terciopelo y calor como si se tratara de la comodidad de sus brazos.

-No puedo aceptar esto- dijo en voz alta, inconsciente del hecho de que Joshua estaba sentado entre ellos, todo oídos-. Simplemente no puedo, Aidan-. Era una señal de su

estado de ánimo que dijera algo que pudiera preocupar a Joshua. Era siempre tan cuidadosa con él...

La mano de Aidan se deslizó más abajo sobre su espalda, enredándose en su pelo sedoso, uniéndolos.

-No te preocupes tanto. Todo va a ir bien- dijo él, tratando de encontrar una fácil solución para calmarla.

El coche se deslizó hasta detenerse, y Stefan abrió la puerta del lado de Aidan. La luz del sol sin filtrar instantáneamente llegó a raudales, una veta de calor y luz, y Alexandria supo inmediatamente que Stefan había recibido órdenes de abrir la puerta de Aidan en vez de la suya. Aidan, como siempre, la protegía de su propia locura. Incluso con su gran figura bloqueando la mayor parte de la luz, lanzando una sombra protectora sobre ella, la muchacha apretó los dientes contra la sensación de ardor. Con los ojos cerrados detrás de los anteojos oscuros, besó la parte superior de la cabeza de Joshua.

-Que tengas un buen día, Josh. Nos vemos por la tarde-. Se sintió asombrada de que su voz sonase tan normal.

-¿Estarás allí cuando llegue a casa?- preguntó él ansiosamente. Todavía odiaba alejarse de ella, todavía temía perderla. Últimamente, ese sentimiento había invadido sus sueños hasta transformarlos en pesadillas, en las que Alexandria se iba lejos para siempre. Envolvió sus brazos alrededor de ella fuertemente y enterró la cara en su hombro.

-¿Qué sucede, Josh?-. De inmediato, sus propios miedos y su dolor físico fueron dejados a un lado para poder consolarlo.

-¿Nada malo va a ocurrirte?-. La ansiedad estaba en su voz, en la tensión de su cuerpo pequeño.

Alexandria quiso responderle, reconfortarlo, pero las palabras quedaron atoradas en su garganta y se rehusaron a salir. Sólo escapó un sonido diminuto, algo entre el terror y el dolor.

-Estaré con Alexandria mientras tú estás en la escuela, Joshua- dijo Aidan suavemente, con un tono tan ligero y puro que era imposible no creer en él-. Nunca permitiré que algo o alguien la lastime. Tienes mi palabra. E incluso si ella está descansando cuando llegues a casa, estará levantada por la noche para estar contigo.

En los brazos de su hermana, Joshua se relajó notablemente entre los brazos de su hermana y Aidan, en un arrebato de afecto inesperado, palmeó la cabeza del niño. Joshua se había colado en su corazón.

Sin embargo, tras los anteojos oscuros, los ojos de Aidan estaban inquietos, escrutadores, con una especie de desasosiego aumentando en su interior. Podía tolerar la luz de la mañana, pero el precio de ser un hombre de la Raza de los Cárpatos, una criatura de la oscuridad, eventualmente caería sobre él y reclamaría su precio mermando su fuerza.

-Estaré en casa a las dos treinta- anunció Joshua como un pequeño adulto, y besó a Alexandria una última vez.

-Tu almuerzo- le recordó Stefan, dando al niño la mochila que Marie había comprado para él pocos días antes.

-Gracias, Stefan- gritó Joshua mientras corría tras un niño que ya se había convertido en su amigo-.¡Jeff! ¡Oye! Espera.

Alexandria trató de mirarlo correr, pero la luz casi la cegaba como si miles de agujas perforaran sus pupilas, haciéndola lagrimear continuamente. No tuvo más opción que cerrar apretadamente los ojos. Envolvió sus rodillas y se acuclilló miserablemente contra el asiento trasero. Aidan cambió de posición, apenas un crujido en el rico cuero, pero ella podía sentir el calor y la comodidad de su sólida constitución a su lado. A pesar de todo, no quería su consuelo. No quería que hiciera nada. Él había prometido a Joshua que cuidaría de ella, que siempre estaría allí para el niño, pero no podía afrontar vivir la vida de una criatura que existía tomando la sangre de otros. Sin sol. Sin día. Sin compartir realmente la vida de Joshua. Gimió suavemente y cubrió su cara con las manos.

Stefan cerró la puerta, bloqueando la visión de la luz terrible, y el brazo de Aidan rodeó sus hombros delgados.

-No será siempre de esta manera, *cara.*

-No son incluso ni las nueve de la mañana. El sol apenas está asomado-. Los sollozos trataban de empujar el nudo en su garganta.

-Tu piel debe acostumbrarse a la luz del día lentamente-. Ella sintió el ligero roce de su boca en lo alto de su cabeza.

Stefan arrancó el coche.

-Un momento- ordenó Aidan, y Stefan obedeció instantáneamente, volviéndose en su asiento, interrogante. Aidan guardó silencio, escudriñando el contorno circundante, una leve arruga apareció en su boca-. Quizá podríamos usar los servicios de Vinnie Del Marco y Rusty. Por favor tráelos inmediatamente, y dales instrucciones de quedarse con Joshua hasta que esté a salvo dentro de las paredes de nuestra casa. Arregla en primer lugar que sus colegas se queden con Marie mientras ella se ocupa de sus asuntos, y por favor asegúrate que salga lo menos posible-. Su voz era calma, sin aprensión, pero asustó a Alexandria.

-¿Qué sucede?- demandó. Stefan no hacía preguntas. Obviamente se daba cuenta del significado de las órdenes de Aidan-. Dime. Joshua es mi hermano. ¿Está en algún tipo de peligro?

El brazo de Aidan se cerró herméticamente alrededor de ella mientras el coche se alejaba de la escuela, impidiéndole brincar del vehículo en movimiento en un intento de regresar junto a Joshua. Alexandria luchó, pero él era enormemente fuerte.

-¡Dijiste que los vampiros no pueden salir después del amanecer! ¿Quién más lo lastimaría? Es simplemente un niño, Aidan. ¡Tráelo de regreso a la casa!-. Su voz luchaba por mantener el control, rayando la histeria.

-Joshua necesita vivir una vida normal. Nada lo dañará. Vinnie y Rusty son guardaespaldas de mi absoluta confianza, y lo protegerán. Joshua no es como nosotros, Alexandria. Él permanecerá en el mundo humano. Debemos regresar a la casa y a la cámara para dormir hasta que el sol comience a hundirse.

Ella odiaba su voz. Tan suave, tan urgente, fascinándola para hacer cualquier cosa que él quisiera. Tan razonable, mientras la de ella estaba fuera de control. Parecía no advertir su forcejeo, su histeria. La hacía sentir que sus protestas eran infantiles, su comportamiento irrazonable. Respiró profundamente y luchó por retomar las riendas.

-Déjame ir, Aidan. Estoy bien ahora.

-Creo que te sostendré simplemente un poco más, *piccola.* Estoy en tu mente, y sé que tratas de engañarnos a ambos con tu falsa compostura. Relájate ahora, simplemente respira conmigo, y verás que me encargaré de todo. Joshua estará a salvo con los planes que he hecho.

-No creo que realmente lo entiendas- anunció ella claramente-. Soy la hermana de Joshua. Soy quien debe decidir lo que es seguro para él o no. Lo quiero conmigo.

-Él no puede estar contigo, Alexandria. Es imposible- dijo Aidan pacientemente. Su pulgar encontró el pulso frenético en su garganta y lo acarició con dulzura-. Joshua se quedará en la escuela.

-No es asunto tuyo. Lo quiero en casa.

-¿Piensas que reñir conmigo va a cambiar eso? Tú eres lo que eres, *cara mia.* Carece de importancia lo que puedas hacer-. Cuando ella trató de apartarse de él, su brazo le impidió escapar.

-Este arreglo no va a funcionar, Aidan. Me rehúso a permitirte dictar qué puedo o no puedo hacer con Joshua. No es asunto tuyo-. Furiosa, forcejeó más duro para escapar de él, pero comenzaba a sentirse tan, pero tan cansada...

Aidan acunó su cabeza contra su pecho, su mano envuelta alrededor de su garganta, el pulso de su vida palpitando contra su palma.

-No hay forma de que puedas sobrevivir sin mí, Alexandria, y en tu corazón sabes

que es verdad. Quizá por eso luchas tan desesperadamente. No estás aún preparada para dejar tu libertad a mi cuidado.

-Te odio-. Él no entendía nada. Desde edad muy temprana se había visto forzada a asumir el control de todo. Podía y le gustaba hacerlo. Era hábil en eso. Tener a alguien que dictaminara sus acciones, le dijera qué podía o no podía hacer, era aterrador. Y temió que Joshua estuviera siendo alejado lentamente de ella.

Ella se obligó a tranquilizarse, e hizo lo que Aidan había dicho. Aspiró. Exhaló. Sintió el roce familiar en su mente y trató de resistirse a él. Pero incluso eso ya no podía controlarlo. Él estaba demasiado familiarizado con sus bloqueos, sus defensas. Puso en blanco su mente, imaginando una pizarra y borrando todo lo que encontraba.

Cara, confía en mí un poco de más. Sé lo que es mejor para Joshua. Él tendrá que aprender a afrontar algunas cosas por sí mismo, simplemente como Marie y Stefan y sus niños han tenido que hacer. Los guardaespaldas se asegurarán de que él esté a salvo.

Ella no respondió. ¿Dónde se había ido su propia vida? ¿Cómo se habían puesto las cosas tan mal? ¿Tan fuera de control? Quizá Aidan simplemente la había hipnotizado, y las cosas que ocurrían eran meramente trucos que ocurrían en su mente. O la verdad, podía ser aun peor. Si él era un vampiro, si los vampiros existían y las leyendas y los cuentos eran ciertos, él la podría convertir en su esclava. Obligarla a hacer cualquier cosa. Tenía que averiguar si Aidan decía la verdad o si, por el contrario, estaba bajo algún tipo de hipnosis.

Lo que realmente temía en ese momento, era pensar que había permanecido con él porque cada vez que sus ojos dorados descansaban sobre ella con posesión y necesidad, se había derretido por dentro, lo había deseado, había querido que alguien sintiera esa intensidad por ella. Sexo. ¿Le habría permitido separar a Joshua de ella por sexo? Dios, se odió a sí misma. Odiaba en lo que se había convertido. Necesitaba encontrar un doctor. Un psiquiatra. Posiblemente, nada de eso fuera real. Debería estar en una celda de paredes acolchadas. Necesitaba ayuda. Desesperadamente.

El coche entró en el garaje, pero no estaba todavía lo suficientemente oscuro para sus vulnerables ojos.

Stefan abrió su puerta, tendiendo una mano para ayudarla. Ella la tomó dócilmente, decidida a ocultar su pretensión de desafío. Podía sentir la mirada dorada de Aidan, sus ojos que todo lo veían explorando su cara bajo los anteojos oscuros, pero él no dijo nada.

Se apresuró a entrar a la casa, y el alivio que sintió, al ocultarse de la luz del sol, fue instantáneo. El calor ardiente en su piel se desvaneció, y las agujas que apuñalaban sus ojos desaparecieron. Se dio cuenta de que las pesadas cortinas estaban cerradas, haciendo más oscuro el interior. Mordiendo su labio inferior, pasó trabajosamente a través de la casa, indecisa de a dónde ir, qué camino tomar. Finalmente alcanzó la enorme entrada delantera, pero no podía salir. Agotada y desesperada, se derrumbó al lado de la puerta y envolvió sus brazos defensivamente alrededor de sus rodillas. Estaba aterrorizada por su propia cordura.

Aidan, en la cocina, vaciló, queriendo seguirla a pesar de estar inseguro, repentinamente asustado por ella.

Marie y Stefan intercambiaron una mirada de ansiedad. Aidan nunca daba señales de indecisión, de incertidumbre. Alexandria había tambaleado el dominio que tenía sobre sí mismo. Y ellos, mejor que nadie, sabían justamente cuán peligroso era para él no tener su autodisciplina vigilante, que perdiese su autocontrol.

-Aidan, quizá si hablara con ella...- aventuró Marie.

-Ella me tiene tanto miedo, que ni siquiera puede confiar en su propia mente, en sus sentidos. Su corazón sabe que somos uno, que nunca la dañaría, pero su mente aún se resiste a aceptarlo. Piensa que quizá se ha vuelto loca.

-La mayoría de la gente nunca podría aceptar lo que pides de ella, Aidan- dijo Marie suavemente-. Es joven e inocente, no una mujer mundana. Su vida ha sido muy dura. Joshua es su razón de vivir, y teme que esté alejándose de ella. Necesita sentir que vuelve a llevar el control de su vida.

Sus ojos dorados la acuchillaron.

-¿Qué estás diciendo?

-Eres muy dominante. Ordenas a las personas, tomas todas las decisiones. Alexandria todavía lucha simplemente para aceptar lo que le ha ocurrido. Tú, mejor que cualquiera de nosotros, sabes eso, pero todavía demandas que ella haga exactamente lo que quieres todo el tiempo.

Él empujó una mano a través de su melena leonada.

-Le he dado más libertad de acción de lo que alguna vez le he dado a alguien. No entiendes las demandas de un compañero. Apenas puedo lograr pensar correctamente. Necesito alivio, Marie, aunque suene rudo. La bestia en mí se robustece cada día. No sé cuánto tiempo más puedo luchar por mantenerla bajo control.

-Tú eres esa bestia, Aidan- dijo Marie gravemente-. Alex es una niña. Una niña aterrorizada. Y tiene buenas razones para estarlo. Dale el tiempo que necesita para adaptarse.

-¿Y qué me dices de los que la están siguiendo? Sabes que tengo razón. Al menos dos más. Lees los periódicos. Un asesino en serie anda suelto, dicen. Pero son vampiros. Siento su presencia. La buscan. Pueden sentirla, saben que ella es una de nosotros y sin reclamo hasta ahora.

-Pero sí lo tiene. Tú eres su *compañero.* Tu sangre está en ella como la de ella está en ti. No es posible que ninguno de ellos la pueda separar de ti. En todos nuestros años juntos, he aprendido mucho. Es tu naturaleza de hombre de la Raza de los Cárpatos la que te ciega, Aidan, tu deseo para tener a tu *compañera* siempre bajo tu ala, para reclamarla y protegerla. A pesar de las apariencias, esa parte de ti es todavía salvaje e incivilizada. Pero Alexandria es esencialmente humana. No nació dentro de la Raza de los Cárpatos. No tiene idea que es lo que se espera de ella, ni incluso qué es lo que le va a ocurrir. No entiende aún.

Aidan suspiró, frotando sus sienes.

-Sufre innecesariamente. Si uniera su mente completamente con la mía…

-No confiaría en lo que supiera así de cualquier manera- insistió Marie.

Aidan suspiró y se volvió hacia Stefan.

-Tenemos que retirarnos a la cámara pronto. Pero sabes que sentí la presencia de algo oscuro acechando la escuela de Joshua. Creo que nos atacarán pronto. Por favor, sé cuidadoso para poder prevenir cualquier peligro que los aceche.

Stefan inclinó la cabeza.

-He hecho las llamadas necesarias, y el sistema de seguridad está listo. No te preocupes por nosotros. Hemos pasado por esto antes.

-Demasiadas veces- respondió Aidan atormentado-. Y, a pesar de todo, se quedaron, escogiendo vivir lejos de nuestra tierra, con peligro tanto para ustedes como para sus hijos, lo sé.

-Ya sabes por qué- dijo Marie suavemente.

Aidan se inclinó y acarició su mejilla ligeramente con un beso cariñoso.

-Sí, creo entenderlo- admitió él-. Por favor ve a ver si Alexandria está lista para ir a la cámara. No deseo que piense que 'la domino'.

Marie asintió con la cabeza, y Stefan siguió a su esposa a través de la casa, inquieto por la forma en que parecían ir las cosas. Aidan era peligroso, poderoso, más bestia que hombre cuando las circunstancias lo requerían. Y no permitiría que nada ni nadie apartara a Alexandria Houton de él. Stefan podía leer eso fácilmente en la postura protectora, posesiva de Aidan cuando estaba cerca de ella. Y la civilización que quedaba en Aidan en esas circunstancias, se debilitaba cada vez más.

Marie y Stefan fueron en busca de Alexandria y se detuvieron abruptamente cuando la vieron hecha un ovillo al lado de la puerta principal. Se veía pequeña y perdida, una niñita desamparada y atormentada al límite de sus fuerzas. Con las rodillas bajo su barbilla, la boca contra ellas, el pelo derramándose a su alrededor y escondiendo su expresión. Estaba estremeciéndose, pálida, en el terrible letargo que padecía la gente de los Cárpatos durante el

día, y que asumía el mando de su cuerpo. Se notaba claramente lo que sufría al sentir su cuerpo empezar cambiar perdiendo todo el control para siempre.

-Alexandria- dijo Marie ansiosamente, acercándose a la figura acuclillada-, ¿estás bien?

Su preocupación parecía genuina, pero Alexandria no se ilusionaba. La primera y única lealtad de Marie era para Aidan Savage. Cualquier cosa que ella dijera le sería comunicada a él inmediatamente. Alexandria no levantó su cabeza. Dentro de ella existía un temor creciente de que estuviera completamente indefensa, atrapada en una red, un laberinto tan enmarañado que nunca pudiera salir. Aidan era demasiado poderoso para pelear, y por alguna razón, la quería para él.

-¿Alexandria?-. Marie amablemente tocó su cabeza inclinada-. Dime, ¿debería llamar a Aidan?

Alexandria apretó sus ojos cerrados. Aidan. Todo siempre parecía retornar a Aidan.

-No, yo… simplemente encuentro todo… abrumador. Yo… necesito tiempo para adaptarme-. Su voz era tan tensa, tan cercana al colapso, que tuvo miedo de hablar. Luchó para disipar el estremecimiento interior que amenazaba partirla en dos. ¿Estaba loca? ¿Debía estar en una institución mental?

Tenía que encontrar la manera de apartar a Joshua de esas personas. Debería haber solicitado ayuda a Thomas Ivan. Pero la verdad era que nunca podría esperar que él ganara contra Aidan. Aidan nunca la dejaría ir. No sabía por qué, no entendía cómo, pero tenía la convicción absoluta de que él la seguiría hasta el fin del mundo. Se mordió un nudillo para abstenerse de gritar. ¿Cómo podía esperar *ella* oponerse a Aidan? ¿Podría sobrevivir incluso sin su ayuda? Si se internara ella misma en un hospital, aduciendo sus alucinaciones, ¿qué ocurriría con Joshua?

Sin advertencia, sintió la necesidad de sentir a Aidan cerca, entrando en su mente. No importaba cuán duro tratara de borrar la idea, ésta persistía. Quería saber que él estaba allí, en alguna parte. ¡Era una locura! ¡Su propia mente se había vuelto contra ella! Mientras más se oponía, más lo deseaba. Lo necesitaba. Necesitaba su contacto reconfortante.

Marie emitió una exclamación suave mientras gotitas de sangre cubrían de puntos la frente de Alexandria. Se volvió hacia Stefan, asustada por la chica. Necesitaban a Aidan inmediatamente. Claramente, la lucha que tenía lugar en la mente de Alexandria causaba su agonía. Las lágrimas empañaron sus ojos, Marie se arrodilló junto a Alexandria y puso un brazo reconfortante alrededor de sus hombros. Se sentía tan pequeña, tan frágil, su cuerpo estremeciéndose con tanta fuerza, que Marie tuvo miedo de que pudiera estallar en un millón de pedazos.

-Por favor déjame ayudarte, Alexandria- imploró el ama de llaves suavemente.

-¿Qué puedes hacer?- preguntó Alexandria desesperadamente-. ¿Qué puede hacer nadie? Él nunca me dejará ir-. Contempló a la mujer mayor lastimeramente-. ¿Lo hará?

El silencio de Marie fue su respuesta. Sintió el estremecimiento de miedo de la chica.

-Aidan es un buen hombre y sólo quiere protegerte. Confía en él.

-¿Lo haces tú?

-Con mi vida. Con la vida de mis niños- dijo Marie solemne, sinceramente.

-Pero él no quiere lo mismo de ti que de mí- dijo Alexandria amargamente-. Haría cualquier cosa para conservarme aquí, incluso engañarme acerca de lo que es real y lo que no lo es.

Sin advertencia alguna, se levantó de un salto, casi atropellando a Marie. Luego forcejeó para abrir la puerta principal. Stefan vociferó una advertencia. Marie gritó llamando a Aidan. Y Alexandria abrió la pesada puerta y salió corriendo al sol implacable, asesino.

Al mismo tiempo que unas mil agujas perforaban sus ojos y su piel se llenaba de ampollas, el humo formó remolinos a su alrededor mientras ardía. No supo si gritaba por el dolor o porque Aidan había dicho la verdad. Esa reacción atormentadora no era el resultado

de una sugestión hipnótica.

Stefan se arrancó la camisa, la arrojó sobre su cabeza, y levantó su cuerpo del suelo en sus brazos, llevándola apresuradamente de vuelta a la seguridad de la casa. Marie sollozaba, tratando ansiosamente de alcanzarla, pero Aidan logró llegar primero, sacándola a la fuerza de los brazos de Stefan, acunándola contra su pecho. Por un momento, hubo un silencio absoluto mientras él apoyaba su cabeza sobre la de ella, sus ojos cerrados, su corazón golpeando brutalmente, su alma sangrante.

-Nunca más-. Él siseó las palabras en voz alta. *Nunca más, cara, te permitiré este tipo de desafío.* Repitió la advertencia en su mente, remarcándola, jurándola. Tenía miedo por ella. Estaba furioso con ella. Furioso consigo mismo. Las emociones formaron remolinos y ardieron dentro de él hasta que la conflagración casi derribó todo su control.

La joven podía sentir su furia palpitando junto a ella, en ella. Sus brazos eran como barrotes acerados mientras él la sujetaba.

-Estoy en deuda contigo, Stefan- dijo él simplemente, su voz, como siempre, calma y tranquila, en terrible contraste con la furia en su interior viviendo como un ser aparte.

Él dio media vuelta y se marchó, su velocidad sobrenatural ocultando sus movimientos a los ojos humanos. Alexandria oyó el ruido del golpe de la puerta del sótano mientras se movían hacia la interlineación estrecha del vestíbulo de piedra, hacia la cámara de sueño, pero Aidan mismo no emitía ningún sonido. Ninguno. Ni siquiera el sonido de la respiración.

Alexandria permaneció realmente quieta. Su dolor era tremendo, sus ampollas grandes y feas. Aidan fue cuidadoso para no rozar sus quemaduras, cuidadoso de no lastimarla. Pero ella estaba más allá de que le importara. Sabía que algo terrible estaba a punto de suceder. Aidan, siempre tan frío y calmo, era un caldero hirviente de negras emociones.

Las paredes del túnel pasaron de prisa, un borrón de granito, y luego Aidan estaba colocándola en la cama y volviéndole la espalda. Ella se incorporó cuidadosamente.

-Estás muy enojado conmigo- dijo ella suavemente.

Él no contestó, ocupándose en cambio de aplastar hierbas en un tazón hecho de ágata. Ella podía oler su fragancia elevándose. Luego él encendió candelas, y un aroma humeante se mezcló con el perfume de las hierbas.

Alexandria tragó saliva y levantó su barbilla con desafío.

-No te tengo miedo, Aidan. ¿Qué puedes hacer? ¿Matarme? Creo que ya estoy muerta. O al menos viviendo algún tipo de vida que no quiero. ¿Quitarme a Joshua? ¿Amenazarlo? ¿Dañarlo? He estado en tu mente, y no creo que lo hagas- dijo valientemente.

Él giró su cabeza lentamente, sus ojos dorados descansando sobre su cara. Un escalofrío bajó por su columna vertebral. Esos ojos no tenían espíritu, helados.

-No conoces nada acerca de mí, Alexandria. Ni te has tomado la molestia de aprender. No te atrevas a oponerte a mí. Eres apenas un polluelo, y yo uno de los más antiguos de nuestra gente. No tienes concepción del poder que ejerzo. Puedo hacer que la Tierra se mueva bajo tus pies y el relámpago estalle por encima de tu cabeza. Puedo llamar a la niebla y volverme invisible-. No hubo jactancia en su tono, simplemente verdad. Sólo terciopelo negro-. Puedo hacer cosas que no puedes imaginar.

Alexandria sintió el enlace permanente que él había forjado entre ellos, y pudo sentir su furia, negra y terrible, hirviendo debajo de la superficie.

-Lo que hice hoy, lo hice por mí- murmuró.

Él se movió hacia ella, surgiendo amenazadoramente grande, elevándose sobre ella, una figura invencible y poderosa más allá de la fantasía.

-Me traicionaste. Traicionaste a Joshua. Te dije qué pasaría si salías al sol. Fingiste ante ti misma que comprobarías si yo decía la verdad. Pero ya sabías que era verdad. Corriste el riesgo de destruirte a ti misma, dejando a Joshua con unos desconocidos, ante un futuro incierto, solo y desamparado.

-Tú lo protegerías.

-Sin *ti, mi* existencia no valdría nada. Estamos conectados, en la vida y la muerte. Si tú escoges muerte, entonces escoges la muerte para ambos.

Sus manos temblaban mientras ella barría hacia atrás su pelo.

-Eso no puede ser.

-Tú no deseas que sea- la corrigió él, y tomó posesión de su brazo derecho-. Pero es así. No te miento, Alexandria. Te he permitido una cierta cantidad de resistencia, pero sólo porque todo esto es nuevo para ti.

El gel que él empezó a embarrar sobre su brazo era fresco y tranquilizador.

-Dices que no tengo opciones. Que nunca he tenido opciones- aventuró ella.

-Tu cuerpo y el mío hicieron la elección por nosotros. Tu alma es la otra mitad de la mía. Mi corazón es tu corazón. Nuestras mentes alcanzan la tranquilidad y la intimidad con la del otro. No estamos completos cuando estamos solos. Somos dos mitades del mismo ser. Esa es la verdad, Alexandria, te guste o no.

Ella tragó saliva, deseando presionar las puntas de sus dedos contra su martilleante frente.

-No es verdad. No puede serlo- negó en voz alta, porque no quería que eso fuera verdad, porque no quería creer en él y ni en su mundo de pesadilla.

-¿Por qué piensas que puedo tocar tus quemaduras como lo hago sin causarte agonía? Bloqueo el dolor para ti. Este tratamiento sería una tortura para ti sin mí.

-No es verdad- repitió ella en un pequeño susurro.

-Estoy lo suficientemente enojado con tu estupidez para probar mis palabras, *cara.* No riñas conmigo. Mi cuerpo demanda el tuyo. No con una mera necesidad humana, sino con la necesidad de un hombre de la Raza de los Cárpatos para su *compañera.* Ardo por ti, día y noche. Mi único alivio es cuando duermo el sueño de mi gente, en la inconsciencia. No me tientes a probar mis palabras, porque no habrá vuelta atrás.

Ella encorvó sus hombros, evitando su cara. Aidan podía sentir la furia caliente, hirviente, arremolinándose en él, mezclada con las demandas urgentes de su cuerpo y las necesidades de un varón de la Raza de los Cárpatos que necesitaba controlar. Se inclinó más cerca de ella, imprudente ahora, sin escoger sus palabras o acciones cuidadosamente como tantas veces había tratado de hacer.

-Eres incapaz de permitir a un varón humano tocarte. Sientes revulsión, no placer, y tú lo sabes. He estado en tu mente; he visto tus pensamientos. Ardes de deseo sólo por mí.

Las imágenes que él le reflejó a ella fueron las de ella. Cosas calientes, eróticas, de las que ella no tenía realmente conciencia. Cosas que encontraba vergonzosas sólo de pensarlas. Ella arrodillándose a sus pies, tocándolo, su boca moviéndose sobre él; el cuerpo masculino encima del de ella, dominándola, tomándola, caliente y furiosamente. Él lo sabía, y la tentaba con sus fantasías privadas de los dos juntos.

-Realmente eres un animal brutal sin consideración hacia con nadie excepto hacia ti mismo- murmuró ella, presionando sus manos en su cara demasiado caliente-. Y no me importas nada. No siento ninguna compasión hacia ti.

Su mano atrapó y enlazó su garganta, su pulgar haciendo subir su barbilla para que ella encontrara sus ojos dorados y resplandecientes:

-Te podría hacer mi esclava, Alexandria, podría enseñarte a complacerme en muchas más formas de las que imaginas-. Deliberadamente, su pulgar acarició ligeramente su boca temblorosa.

Alexandria podía sentir las lágrimas ardiendo en sus ojos al mismo tiempo que su cuerpo estallaba en llamas, lleno de necesidad. Aidan estaba en lo cierto. No tenía pensamientos, ninguna resistencia, cuándo él la tocaba; era sólo un cuerpo ahogándose en deseo, ardiendo en llamas. No había voluntad, no sabía quién era o lo que significaba. Nunca un hombre había podido controlarla antes. Lo que fuere que Aidan Savage le había hecho, había ocasionado que ella ya no fuera nunca más Alexandria Houton.

La mente de Aidan buscó la suya, e instantáneamente, la cólera en él se desvaneció. Estaba traumada. En los últimos días habían sucedido muchas cosas y muy rápidamente como para que su mente humana lo asimilara. Él maldijo su cuerpo, rabiando por la liberación, que lo obligaba a decir y hacer cosas que nunca, ordinariamente, siquiera pensaría. La deseaba con cada célula de su cuerpo, y en ese mismo momento *hubiera apartado* las necesidades de ella por las suyas. Ningún varón de la Raza de los Cárpatos digno de respeto haría nunca algo así. En ese momento, se dio cuenta con precisión de cuán cerca de convertirse en vampiro había estado realmente. Sintió desprecio por sí mismo, por su egoísmo y su debilidad, cuando ella estaba teniendo una transición tan difícil.

-*Cara,* lo siento. Por favor no me tengas miedo-. Las palabras fueron dichas en su voz más seductora, pero parecieron caer en saco roto.

Su mente se cerró a él, protegiéndola, teniendo piedad de ella para afrontar cualquier otra dura experiencia. La muchacha volteó la cara y se dejó caer en la cama, acomodándose en una posición fetal. Aidan se inclinó sobre ella, enojado consigo mismo, inseguro de qué hacer para enmendar el daño que había causado con su estupidez. Había estado tan asustado de perderla en ese momento, de perder su alma, cuando ella había abierto la puerta y voluntariamente entrado bajo el sol aniquilador.

Él podía resistir la luz, el ardor, porque se había entrenado para hacer eso con el paso del tiempo. Ahora, después de siglos de estudio, tenía casi poderes ilimitados. Uno de ellos era la sanación. Así que cerró sus ojos y envió su propio cuerpo al de ella, encontrando las quemaduras terribles que tan profundamente quemaban su piel, reparándolos desde el interior hacia afuera. Fue cuidadoso y preciso, y cuando acabó, se movió a través de ella otra vez para introducirse en su mente.

Allí encontró confusión y terror. Un miedo profundo de no ser humana y un deseo de probar que lo era. No pudo encontrar ningún intento de suicidio. Ella simplemente había querido probar que era un mentiroso, que la engañaba para hacerla creer que no podría volver a su mundo. Había necesitado comprobarlo.

Él se desperezó a su lado, apretando su cuerpo rendido en la protección de sus brazos. Ella tenía motivos para tenerle miedo. Él demandaba cosas que ella no comprendía, haciendo que percibiera y aceptara cosas para las que no estaba lista. Sólo la intensidad de sus sentimientos sexuales era perturbadora para ella, tanto que quería huir de él.

Apoyó la barbilla sobre su cabeza y acarició su pelo sedoso. Lo perturbaba que ella tuviera alguna idea alocada de ir a ver un doctor humano para curarla. Cualquier cosa excepto quedarse con él. Aunque se sintió herido, la mayor parte de él se divirtió ante la idea de que ella pensara que podía derrotarlo, ser más astuta que él. Estaba tan decidida. La admiraba por eso.

-Simplemente necesitas tiempo, *piccola.* Lamento la forma torpe en que he manejado esta situación. Mi única excusa es el miedo por tu seguridad-. Supo que podía oírlo, pero ella no respondió. Realmente no había esperado que lo hiciera, pero apretó su abrazo un poco más. *Duerme ahora, Alexandria, el sueño reparador de nuestro pueblo. El sueño profundo.*

No correría riesgos, no le daría ninguna elección. Él quería que descansara, lejos de su propia mente, lejos del caos terrible de sus pensamientos y sus miedos.

Capítulo Trece

Aidan despertó con el cuerpo rugiente de hambre. No con la compulsión por la nutrición, la necesidad de sangre que había siempre en él, sino una sombría y urgente excitación, diferente a cualquiera que alguna vez hubiera experimentado. Gimió en voz alta. A su lado, Alexandria yacía sumida en el sueño profundo. Estaba pálida, su pelo

derramándose sobre ambos, uniéndolos. La deseaba. *Tenía* que tenerla. Si se quedara a su lado un momento más, sería incapaz de detenerse y reclamarla.

Saltó lejos de ella como si se quemara, su piel caliente y dolorida, ardiendo. Juró suavemente. ¿Cómo podía alimentarla en esas condiciones, sin que el acto se convirtiera en algo erótico y salvaje? Dentro de sí, la bestia, siempre feroz y bravía, rugía por ella. Hambrienta. Necesitada. No tenía lógica, sólo ese dolor pesado e implacable haciéndose más despiadado cada día.

Pasó una mano insegura a través de su pelo revuelto. La situación era explosiva ahora. No había forma de revivirla con la sangre de la vida sin reclamar su cuerpo al mismo tiempo. A pesar de todo lo que había ocurrido antes, él sabía que ella necesitaba más tiempo. La bestia dentro de sí se enfurecía, y ya no podía controlarla. Marie había creído que sí, tenía fe en él. Pero ella no conocía las demandas de los varones de la Raza de los Cárpatos, el ardor que nacía en una pareja. No sabía qué tan cerca había estado él de *transformarse* en vampiro.

Gimió en voz alta otra vez y volvió la espalda a la figura tan quieta en su cama. *En su guarida.* Se sobresaltó mientras la palabra penetraba en su mente. La bestia se estaba volviendo más dominante. Y la única forma de controlarla era unirse con su *compañera*, dejar que su gentileza, su luz, lo guiara lejos de la oscuridad que se propagaba como una sombra a través de su alma.

Se arregló antes de despertarla, vistiéndose con cuidado, con una suave camisa de seda y pantalones negros, esperando que la elegancia realzara su atractivo. Aseguró su pelo largo en la nuca, y dejó la camisa abierta en la garganta, más porque tenía problemas para respirar que por ser sexy.

Mientras enviaba a la mente de la muchacha la orden de despertar y la observaba tomar su primera respiración, su cuerpo endureció con tal intensidad que se encontró maldiciendo otra vez. Podía sentir el sudor goteando desde su pecho y moviéndose hacia abajo, entre sus piernas. Ella se desperezó, su cuerpo moviéndose sensualmente bajo la colcha, y pensó que podría explotar. Con la lengua, Alexandria mojó sus labios secos, dejándolos brillantes e invitadores. Él cerró los ojos contra la visión, pero podía olerla, oír el susurro de las sábanas.

Alexandria se incorporó lentamente, desorientada. Recordó las imágenes vívidas de un sueño erótico, las manos masculinas en sus pechos, la boca sobre la suya, los dedos moviéndose en ella, y luego un cuerpo duro y agresivo cubriéndola, manteniéndola cautiva. El cuerpo le dolía de necesidad, deseaba ardientemente su contacto. Se retorció, sintió la densa invitación llamándola, cautivándola, tentándola. Abrió los ojos y encontró la caliente mirada dorada de Aidan a través del cuarto.

Peligro. Estaba allí, en sus rasgos esculpidos, en la intensidad de sus ojos. Ella permaneció perfectamente quieta, sin quitar la mirada de la criatura depredadora que estaba observándola. Tuvo miedo incluso de respirar. Si se movía, si suspiraba, él estaría junto a ella. Lo sentía, sabía que el sueño erótico era el mismo que el de él, sabía que su control era frágil y que él batallaba contra cada uno de sus instintos.

-Sal de aquí, *cara mia*- murmuró él roncamente. La aspereza de terciopelo de su voz pareció una lengua lamiendo su piel sensibilizada-. Sal mientras puedas-. Un rojo de llamas pareció iluminar el oro de sus ojos, y las gotas de sudor cubrieron su frente. Sus músculos se hincharon con el esfuerzo de quedarse inmóvil.

Ella quiso ir a él, serenarlo o inflamarlo más, condenadas fueran las consecuencias. Su cuerpo estaba ardiendo, quemando, llameando casi fuera de control. Fue sólo su timidez la que le impidió tentarlo más. Su timidez y su miedo. Cayó rodando de la cama y escapó, corriendo como si siete demonios la persiguieran. Huyendo de sí misma más que de Aidan.

Tras ella, Aidan permaneció tan quieto como una estatua. Si se movía, temía destrozarse por el dolor y la necesidad. No podría posponerlo mucho más tiempo. Que Dios los ayudara a ambos si Alexandria no acudiera a él pronto.

La joven redujo la velocidad una vez que estuvo en la seguridad del túnel. Podía sentir a Aidan inmóvil en su mente, a pesar de todo alcanzándola, llamándola. Podía saborear su beso, sentirlo tocándola. Cerró sus ojos y se apoyó contra el muro de rocas para sostenerse. Sentía las piernas como de goma, rehusándose a dar otro paso. Lo deseaba. No con un anhelo dulce y tierno, sino con una necesidad salvaje y descontrolada que demandaba sexo caliente y feroz.

Negó con la cabeza, tratando de librarse de los pensamientos, de las imágenes que la tentaban. Subió las escaleras, agradecida de que Joshua no la viera. La ducha no hizo nada por aliviar su hambre, no hizo nada para sacudir la sensación del contacto de Aidan o su sabor sustancioso y caliente. El agua ardiente corriendo por su piel, en la curva de sus pechos, abajo de su estómago hasta sus apretados rizos rubios, sólo sirvió para aumentar su sensibilidad. Tenía que luchar contra el deseo de llamar a Aidan. Lo ansiaba, lo necesitaba, su cuerpo todo calor líquido y latiendo con deseo. Tenía que llamarlo para terminar con ese dolor. Necesitaba sentir su boca en su piel, sus manos en su cuerpo. Lo necesitaba en ella, un apareamiento urgente y salvaje que seguiría por siempre.

Y luego recordó sus palabras. Podría hacerla su esclava. *Podría hacer que ejecutara cosas que nunca siquiera había imaginado.* Bien, los imaginaba ahora. ¿De dónde llegaban las imágenes?

-Maldito seas, Aidan. Maldito por hacerme esto-. Ella subió la cara hasta el chorro de agua y cerró su mente. Oyó el eco de su grito desesperante, el rugido de un animal herido, el gruñido del cazador que había perdido su presa.

Sin su mente para alimentar su propia hambre, la terrible urgencia disminuyó. No se desvaneció del todo, pero el hambre de comida penetró poco a poco. Estaba pálida y necesitaba nutrición. Lo necesitaba a él. Con un juramento impropio de una dama, se vistió con pantalones vaqueros y un top tejido y se dirigió al cuarto de estar anexo a su dormitorio. Debía convertirse en su estudio. Encontró que Marie o Stefan, obviamente bajo las órdenes de Aidan, ya habían comprado suministros para ella. Eran cosas de excelente calidad que nunca había podido permitirse antes. Ordinariamente, nunca aceptaría un regalo tan lujoso, pero el artista en ella se estremeció ante la belleza de las herramientas.

Oyó a Joshua antes de que llegara buscándola. Ya en casa después de la escuela, primero estuvo riendo con Stefan en el solarium, y después hablándole a Marie en la cocina sobre sus galletas. Alexandria se encontraba feliz y triste al mismo tiempo. Joshua necesitaba compañía, y la pareja mayor demostraba un afecto genuino por él, pero estaba triste por que la relación con su hermano se alterara, ya que ahora no confiaría solamente en ella.

Cuando llegó corriendo por las escaleras, gritando a voz en cuello bulliciosamente y llamándola, la joven había recobrado la compostura. Joshua se precipitó en sus brazos, y ella le levantó, haciéndolo girar en círculos hasta que gritó alborozadamente que estaba mareado.

-¡Mira todas estas cosas!- gritó ella festivamente, haciendo alarde de sus tesoros.

Joshua jadeaba contra su pecho.

-Yo ayudé a escogerlos. Aidan y yo fuimos de compras. Le mostré todas las cosas que siempre comprabas y necesitabas. Dijo que podría comprarte todo lo que yo quisiera. Nos divertimos yendo de compras para ti. Dijo que debíamos darte una gran sorpresa.

Ella agarró una caja de lápices de carbón vegetal, encontrando difícil respirar.

-¿Él lo hizo? ¿Cuándo hiciste esto?

Joshua sonrió abiertamente.

-Unos cuantos días atrás. Mientras estabas tan enferma. Él escogió algunas ropas nuevas también. Mira en el armario del dormitorio. Deberías haber visto a la vendedora. Parecía que le gustaba mirarlo...

-Puedo suponerlo- espetó Alexandria secamente. Siguió a un saltarín Joshua de vuelta a su dormitorio.

-Él pensó en todo. Dijo que cuando una mujer tan bella y tan buena como tú se ponía tan enferma, un hombre debería hacer lo que fuere para hacer las mejores cosas por ti-.

Joshua abrió de golpe las puertas dobles del armario que ella nunca había tocado, ya que había usado sólo el buró para sus pantalones vaqueros y tops.

En su vida entera Alexandria había poseído suficientes ropas para llenar un armario de ese tamaño, pero estaba lleno a rebosar de vestidos, abrigos, faldas, pantalones flojos y blusas. Se mordió el labio inferior y tocó un largo traje de noche negro. Hecho por un diseñador exclusivo. Dejó caer la mano hacia un lado.

-¿Por qué hizo esto?- murmuró en voz alta para que oyera Joshua, repitiendo en su cabeza: *¿Por qué hiciste esto?*

Es sólo dinero, cara. No tengo nada más donde usarlo y pagar por mis pecados. Él sonó solo y perdido, derrotado. Inesperadamente. Alexandria sintió lágrimas en sus ojos.

Todo en ella quiso ir hacia él, confortarlo, pero sus palabras que esa mañana había pronunciado hacían eco en su cabeza, y ella cerró su mente firmemente contra sus trucos. *Convertirte en mi esclava*. Nunca ocurriría.

-Ah, hermanita, no llores como un bebé- regañó Joshua-. Aidan lo hizo porque quiso. Deberías ver todos los juguetes nuevos que me compró. Sabes, les pregunté a Marie y Stefan acerca del perrito y cuánto trabajo pensaban que sería.

-Eres un pequeño diablillo persistente, ¿verdad?-. Ella cerró las puertas del armario firmemente borrando la visión de las ropas nuevas, decidida a no vestirlas nunca.

-Aidan dice que la persistencia tiene sus frutos- respondió Joshua, abriendo comillas con una sonrisa.

Alexandria aspiró profundamente.

-Él debería saberlo mejor que nadie-. Pensándolo bien, iba a ponerse esos vestidos. Todos y cada uno de ellos. Y se los pondría mientras trabajaba con Thomas Ivan. Cuando saliera a divertirse con Thomas Ivan. Cuando cayera completa y locamente enamorada de Thomas Ivan.

Por un momento, sintió a Aidan moviéndose en su mente, el tipo de movimiento que un gran felino de la selva podría hacer acechando su presa, y luego se fue, como si nunca hubiera existido. ¿Acaso lo había imaginado?

-¡Deja de pensar en él!- se espetó a sí misma, enojada porque su mente sólo tuviera un punto de reflexión.

Joshua la contempló, con los ojos muy abiertos.

-¿Acerca de quién? ¿El perrito? ¿Por qué? ¿Encontraste ya uno? ¿Es un perro para un niño?

-Hay definitivamente un perro de caza en alguna parte- ella contestó torvamente. Luego, aplacándose, despeinó los rizos de Joshua-. Bromeo, Josh. Y, no, no he encontrado un perrito aún. Ni siquiera he tomado una decisión. Quiero que estemos seguros de que seremos felices aquí antes de que tomemos una decisión tan permanente.

-Estoy feliz aquí- dijo Joshua instantáneamente, con decisión.

Ella lo abrazó.

-Me alegro de que seas feliz, pequeño camarada, pero no estoy segura de que yo lo sea. Es mucho más difícil para los adultos ajustarse a vivir juntos que para los niños.

-Pero Marie y Stefan son tan geniales, Alex, y Aidan es el mejor. Me ayuda con mi tarea. Hablamos todo el tiempo. Él es estupendo Y él dijo...

-No quiero oír qué dijo ahora mismo, ¿de acuerdo? Tengo que trabajar, cariño, ¿recuerdas? Debemos tener dinero para comer.

-Pero Aidan tiene montones de dinero, y dijo que tú no tendrías que trabajar si no querías.

Ella dejó escapar su respiración lentamente, conteniendo su temperamento. Estaba aburrida de oír lo que Aidan tenía que decir. Estaba harta de que él se colara en su mente, observando cada momento de vigilia.

-Me gusta trabajar, Josh. Ahora encuentra algo que hacer silenciosamente o vete.

Él hizo una mueca pero se sentó rápidamente con su viejo juego de lápices de colores

y un bloc de dibujo. Se reacomodaron en la rutina familiar fácilmente. Ocasionalmente ella le preguntaba su opinión sobre una idea, y algunas veces él le mostraba a ella sus dibujos. Alexandria opinaba que eran muy buenos para ser de un niño de seis años. Corrigió una línea aquí y allá cuando la consultó, pero en la mayoría de los casos lo animaba a que lo hiciera a su manera. Durante un corto tiempo, sintió como si ella y su mundo fueran normales otra vez.

Pero Aidan estaba siempre presente. Podía sentir su propia mente sintonizando la de él, extendiéndose para encontrarlo. Sus oídos escuchaban el sonido de su bella voz. Se encontró clavando inexpresivamente los ojos en el papel frente a ella, y dos veces realmente dibujó su imagen. Las dos veces lo despedazó rápidamente antes de que Joshua pudiera ver su obsesión y bromear acerca de ella.

Hizo un intento para no darse cuenta del latido de Joshua, de la baja y el flujo de la sangre corriendo en sus venas. Fingió que no advertía la forma en que el pulso de Marie la fascinaba cuando el ama de llaves llamó a Joshua para la cena. Ignoró el recuerdo del sabor en su boca, la sensación de Aidan bajo sus labios, la manera en que su cuerpo se contorsionaba contra el de él, deseando ardientemente el suyo. Gimió y trató conjurar otros pensamientos, pero encontró que había dibujado otra imagen de él. Y su viril boca estaba esbozando esa línea sensual e invitadora que parecía burlarse de ella, tentarla. Pura tentación.

Tocó con la punta del dedo esa boca que había dibujado tan perfectamente.

-No te dejaré hacerme esto- murmuró suavemente. Lo deseaba tan profundamente. Necesitaba que la consolara, que hiciera que ese mundo de locura y demencia tuviera sentido. Necesitaba que le quitara el hambre roedor y atemorizante que no dejaba que disfrutara completamente de la compañía de Joshua. Sobre todo, necesitaba que uniera su cuerpo al de ella, sentir su boca y sus manos quitando el ardor terrible, la vaciedad. Necesitaba su corazón golpeando al mismo ritmo que el suyo, su mente invadiendo la de ella, la última intimidad, entrelazándolos juntos, compartiendo cada fantasía salvaje mientras su cuerpo la poseía.

Realizó todos los actos normales esa tarde, ayudando a Joshua con su tarea, fingiendo disfrutar de un programa en la televisión. Discutieron acerca del valor de una TV de pantalla ancha. Stefan tomó partido por Joshua, diciendo que eran una necesidad para sus ojos viejos. Marie se puso del lado de Alexandria en que era lo último en el mercado de consumo sobre ostentación. Pero la sangre que corría a través de todas esas venas era como una sinfonía, ahogando por completo los sonidos del programa y haciendo a Alexandria temer por ellos. Trató de disfrutar el preparar a Joshua para la cama, leyéndole, teniendo una corta pelea de almohadas, arropándolo. Siempre había amado sus momentos juntos en la noche. Joshua estaba siempre tan limpio y adorable. Pero el golpeteo ruidoso de su corazón interfería con su disfrute ahora, y se sintió atrapada en mitad de una pesadilla.

Alexandria se vistió con cuidado para su cita con Thomas Ivan esa noche. Pero mientras el vestido se deslizaba sobre su piel, sintió el ligero roce de terciopelo caliente con intensidad. Sus manos se estremecieron mientras se recogía el pelo. No había visto a Aidan ni una vez que desde que había huido de él más temprano. Lo sentía siempre allí, cerca, pero él había tenido cuidado en permanecer fuera de su vista. En lugar de estar agradecida, sin embargo, se sentía deprimida. Tal vez no le importaba que saliera con otro hombre. Tal vez a él no le importara ella. ¿Y por qué debería hacerlo? Ella no quería que él le importara. Quería encontrar a un hombre humano, uno por quien se sintiera atraída. Uno con quien quisiera hacer el amor. No algo obsesivo y salvaje, sino algo suave y cariñoso. Un hombre humano, normal.

Inspeccionó sus uñas. En el pasado frustrantemente achaparradas, ahora eran largas y bellas, bien arregladas, casi como si se las hubiera arreglado un profesional. Incluso su pelo parecía más grueso, más lujurioso, sus pestañas largas y espesas. Su piel, sin embargo, estaba pálida, casi translúcida.

Suspiró ante su imagen en el espejo. Se veía como siempre... pero diferente. Más… no sabía exactamente qué. Simplemente *más*. El vestido se aferraba a su cuerpo como una segunda piel, haciendo énfasis en sus pechos llenos y su cintura diminuta. Parecía haber sido

diseñado justamente para ella. Pasó una mano sobre el suave material que cubría su muslo. Su corazón golpeó ruidosamente contra su garganta mientras levantaba la vista para encontrar los ojos dorados de Aidan observándola en el espejo. Estaba de pie tras ella, su alta figura poderosamente construida, su apostura rubia complementando la de ella. Podía saborearlo en su boca. Hacían un cuadro erótico en el espejo, Aidan alto y pesadamente musculoso, con sus ojos brillantes, hambrientos, y Alexandria delgada, pálida y diminuta.

-Te ves bella, Alexandria- dijo él suavemente.

Su voz era apremiante, susurrante sobre su piel, con la misma calidez del vestido de terciopelo. No podía leer su expresión, sólo sentir el oro derretido de su mirada.

-No llegaré tarde- tartamudeó como una adolescente descarriada. Y luego habría dado cualquier cosa por no haber dicho esas palabras. Pero Aidan no sonrió, no cambió de expresión.

Ella sintió un temblor recorrer su columna vertebral. Al mismo tiempo, su desafío pareció estúpido, comparable a poner cebo a un tigre. Esa mirada fija no parpadeaba. ¿Iba a dejarla ir? Sólo momentos más temprano había estado algo deprimida pensando que lo haría. Ahora no deseaba nada más que correr para proteger su vida, lejos de él.

Él negó con la cabeza lentamente.

-*Dio,* Alexandria. Insistes en pensar en mí como un monstruo. Pero cuídate, *piccola,* de no crear uno-. Él dejó el cuarto tan silenciosamente como había entrado.

Tembló por la amenaza. Se tocó la boca. Él la había estado mirando con insistencia. Sus labios cosquillearon entonces, y podría haber jurado que podía sentir el ligero roce de su boca contra la de ella. Cerró los ojos, saboreando la sensación de él, y después maldiciendo por cuán fácilmente podía controlarla. Era humana. *¡Humana!* Y estaba decidida a quedarse de ese modo.

Alexandria levantó la barbilla. No sería persuadida por la atracción sexual, y no sería intimidada por sus amenazas. Se puso rápidamente los zapatos y se deslizó regiamente por las escaleras.

Thomas había llegado puntual y la estaba esperando en la sala de estar, agradecido de que Aidan Savage hubiera decidido no infligirle su presencia. La respiración le quedó atrapada en la garganta mientras Alexandria bajaba. Parecía más bella cada vez que la veía. Lo asombraba, lo obsesionaba, lo trastornaba hasta que no podía pensar en nada excepto ella. Como consecuencia, su trabajo sufría. Estaba en las nubes fantaseando con ella cuando se suponía que debía completar la historia de su último *videojuego*. Incluso soñaba con ella en las noches, sueños calientes y eróticos que tenía la intención de hacer realidad.

-Thomas, ésta ha sido una buena idea- lo saludó ella en una voz que parecía penetrar su corazón y elevar una respuesta similar en la parte inferior de su cuerpo.

Luego sintió el peso de esos malditos ojos dorados en él. Implacables. Despiadados. Viendo su reacción y maldiciéndolo por ella. Aidan Savage se arrellanó con pereza engañosa en el portal, una cadera apoyada contra la pared, sus brazos cruzados sobre su pecho. No dijo nada. No tenía que hacerlo. Su simple presencia llenaba de terror el alma de Thomas.

Thomas tomó la capa de Alexandria y la envolvió en ella, aspirando su perfume.

-Te ves extraordinaria, Alexandria. Nadie adivinaría que has estado enferma.

Aidan se movió entonces, un mero cabrilleo de músculos sugiriendo a un depredador letal.

-No obstante, ha estado sumamente enferma, Ivan. Confío en que te ocuparás de que sea bien atendida y devuelta a casa temprano.

Thomas sonrió encantadoramente, exudando encanto. Maldito hombre, él no era un adolescente escoltando a su primera cita hacia el baile de graduación. Deliberadamente envolvió la mano de Alexandria en la suya, sabiendo que molestaría a su rubio perro guardián.

-No se preocupe, Savage. Tengo la intención de cuidarla muy bien-. La urgió hacia la puerta, ansioso de estar a distancia de Savage y su vida, de la respirante y monstruosa casa.

Alexandria fue voluntariamente, aparentemente tan ansiosa como él. Fuera, en el aire de noche, se detuvo y aspiró profundamente.

-Él puede ser un poco abrumador, ¿verdad?- dijo, sonriendo. Sonriendo hasta rivalizar con las estrellas. La libertad. La bendita libertad. No importaba en ese momento que la sonrisa de Ivan todavía le recordara la sonrisa dentuda de un tiburón, o que ella pudiera oír su corazón palpitando igual de ruidosamente que el de Joshua, o, aun peor, que pudiera oler su excitación. Estaba lejos de Aidan Savage y su influencia, y eso era todo lo que le importaba en ese momento.

-¿Abrumador? ¿Así es como lo llamas? Es absolutamente arrogante. El hombre actúa como si te poseyera- explotó Thomas.

Ella rió suavemente.

-Te acostumbras a él. No puede evitarlo, está acostumbrado a dar órdenes. Probablemente sabes lo que siente- agregó ella traviesamente.

Él se encontró riéndose, relajándose mientras iban hacia el coche que había dejado esperando. Deliberadamente había alquilado una limusina y un chofer para permitirse en libertad para todo lo que pudiera ocurrir en el asiento trasero más tarde.

-Comencé con buen pie unos bocetos, Thomas- dijo ella voluntariamente-, pero no especificaste qué rasgos específicos eran importantes para ti. Creo que deberías decidir con anticipación cómo quieres que represente a los personajes en lugar de dejarme todo a mí.

-Preferiría tus ideas- dijo Thomas, abriéndole la puerta. Quería hacerlo, y eso lo asombró. La mayor parte de las veces las pequeñas cortesías que representaba eran para causar efecto; pero Alexandria Houton lo hechizaba-. ¿Esa casa no te molesta?

Ella arqueó una ceja.

-¿Molestarme? ¿La casa? Es bella. Todo en ella es hermoso. ¿Por qué lo preguntas?

-Algunas veces siento como si me vigilara, aguardando su momento, odiándome.

-Thomas, has jugado demasiados a tus *videojuegos*. Qué imaginación tan vívida-. Su risa se deslizó sobre él, tocándolo en lugares usualmente reservados para la intimidad.

Su mano avanzó lentamente a través del asiento hacia la de ella. La deseaba más que de lo que alguna vez hubiera deseado a cualquier mujer. Pero entonces dirigió la mirada fuera de la ventana y vio el reflejo de unos ojos. Resplandecientes, rojos, unos ojos fieros llenos de odio y una promesa de venganza, una promesa de muerte. Unos ojos de felino que no parpadeaban. Los ojos de un demonio. De la muerte. Él tembló, y dejó escapar un gemido.

-¿Qué sucede?-. La voz de ella era tranquilizadora, como el sonido suave del agua-. Dímelo, Thomas.

-¿Viste algo extraño?-. Él se sofocaba de miedo-. Fuera la ventana, ¿viste algo?

Ella se inclinó sobre de él para mirar el reflejo del vidrio.

-¿Qué se supone que debí ver?

Los ojos habían desaparecido como si nunca hubieran existido. ¿Era Savage? ¿Su imaginación? Despejó su garganta y consiguió esbozar una sonrisa.

-Nada. Supongo que simplemente no puedo creer en mi suerte.

En los confines tan estrechos de un coche, era difícil para Alex ignorar su hambre creciente. Parecía roer sus entrañas, dispersándose como un cáncer. Su mente parecía amplificar el sonido de la sangre corriendo en las venas de Ivan. Cautivándola, llamándola. Pero su estómago se revolvió al pensar en tocarlo, y luchó para continuar manteniendo una sonrisa emplastada en su cara. Él parecía encontrar cualquier excusa para tocarla, rozar su pierna, su brazo, su mano, su pelo. Lo odiaba. Lo aborrecía. Hacía que su piel se estremeciera de repulsión. Se odió a sí misma por no poder devolver sus miradas amorosas, sus contactos.

Le sonrió, dijo e hizo todas las cosas apropiadas, pero por dentro, su estómago se rebelaba. En alguna parte, en el interior más profundo de su alma, un temor comenzó a tomar forma, a dispersarse. Thomas Ivan era un soltero elegible, rico, encantador, famoso. *Humano*. Compartía su amor por la fantasía; admiraba su trabajo. Tenían mucho en común, pero incluso su contacto más ligero la repelía. Por dentro, comenzó a llorar.

Librodot

Cara mia, ¿me necesitas? La voz de Aidan cruzó el tiempo y la distancia para encontrarla, envolverla en sus brazos calientes y protectores.

Ella se mordió los labios. La tentación de llamarlo fue casi abrumadora, pero la resistió. Ella era humana. Y encontraría a un hombre humano a quien amar. Tal vez no a Thomas Ivan, pero sí a alguien.

Me divierto de lo lindo.

Ella lo sintió retirarse de su mente, y se sintió como si él se hubiera llevado su alma y hubiera dejado su interior muerto. Levantó su barbilla y le dirigió a Ivan una sonrisa particularmente brillante. Colocó su mano en la de él mientras la ayudaba a salir del coche. Decidida a gozar la noche, tomó su brazo mientras entraban al teatro.

Los hombres parecieron chocar contra ella, respirando ruidosamente. Los latidos tronaban en sus oídos. La obertura de la orquesta hacía juego con el torrente de sangre corriendo apasionadamente en esas venas. Alexandria se concentró en la obra teatral, consciente de que era excepcionalmente buena, pero era más consciente del brazo de Ivan a través del respaldo de su asiento, de su olor. Cuando él murmuró en su oreja, su boca contra su piel, se sintió enferma.

Dos veces casi se excusó para ir al cuarto de las señoras simplemente para escapar de él.

Pero estaba decidida a llevarlo a cabo. Iba a ser humana aunque la matara. Hubo una salva de aplausos mientras oía las palabras en su mente: *Yo podría matar a alguien.*

¡Cállate!, respondió, exasperada porque en medio de su desesperación, él la hiciera querer reír. Pero Aidan se fue otra vez. Sólo ese contacto la hizo sentir más cálida, además de la ridiculez de su advertencia. Se burlaba a propósito porque sabía que ella sentía repulsión por el hombre sentado a su lado.

Junto a ella, Thomas batía palmas. Las luces se encendieron, y la gente pareció apiñarse alrededor de ellos. Él estaba en su elemento, con una mujer bella del brazo y muchos contactos rodeándolos. Los hombres poderosos que apenas recordaba conocer repentinamente se detenían para intercambiar comentarios sobre la función. Las conexiones que había estado tratando de atraer para remontarse más arriba en la escala social se estaban presentando, emitiendo muchas buscadas invitaciones para él y su cita.

Alexandria Houton era claramente una buena inversión para él y lo sería para su carrera. La exhibió orgullosamente, pavoneándose porque estuviera de su brazo. Y comprobó que él no era el único fascinado por su voz, cautivado por su sonrisa. Incluso las mujeres, se percató con satisfacción, parecían hechizadas por ella cuando otorgaba su sonrisa regia y encantadora.

Thomas rodeó sus hombros con su brazo y la atrajo más cerca, en un despliegue de posesividad mientras caminaban hacia la noche, todavía seguidos por muchos admiradores. El estómago de Alexandria se revolvió por esa proximidad. Luego Thomas recorrió la mirada hacia su derecha y se congeló. Ni siquiera a seis pies, en las sombras, había un lobo. Enorme. Rubio. Con colmillos destellantes y ojos rojos y encendidos. Esos ojos se clavaban directamente en los de él, el cuerpo musculoso de la bestia preparado para saltar al ataque.

El corazón de Thomas realmente se detuvo, luego comenzó a galopar. Agarró el brazo de Alexandria y comenzó a retroceder de vuelta al teatro.

-Thomas, ¿qué estás haciendo?- preguntó ella.

-¿No lo ves?- apuntó él temblando. Era Savage en cierta forma, estaba seguro de eso-. Es él, sé que es él. Está aquí-. Las cabezas empezaron a girar ante su voz elevada.

-Thomas-. Su voz era suave y tranquilizadora-. Dime lo que está mal. Estás muy pálido. ¿Qué viste?

Él se obligó a mirar más precisamente. Las sombras eran profundas, oscuras y vacías de animales salvajes. Podía ver una gran planta donde el lobo había estado. Enjugando el sudor de su frente, se permitió respirar.

-Estás temblando, Thomas. Vamos al coche-. Alexandria, preocupada, echó una

mirada meticulosa alrededor, escudriñando el entorno, y encontró sólo humanos. *Harías mejor en no atormentarlo otra vez,* advirtió a Aidan, pero no pudo decir si la había oído.

-Te juro que veo cosas, Alex. La planta de allí se veía como… - él se interrumpió, no queriendo admitir que su imaginación parecía descontrolada. ¿Qué estaba mal con él, de todas formas, que su obsesión con Alexandria Houton y Aidan Savage, acoplada con su imaginación macabra, producía todas esas alucinaciones demasiado reales?

-¿Se movió?-. Ella miró la ofensiva secoya suspicazmente.

-No- admitió él-. Es que simplemente parecía… extraña.

-Bien, me he divertido mucho esta noche. La obra ha sido maravillosa- dijo Alexandria suavemente.

Pequeña mentirosa. Las palabras se burlaron de ella con masculina diversión.

Alexandria levantó la barbilla, y deliberadamente colocó su mano en el hueco del brazo de Thomas mientras se dirigían a la limusina estacionada junto a la acera para ellos.

-¿Te ha gustado?- preguntó ella dulcemente, su voz destilando almíbar. Casi podía sentir a Aidan respingar, y él se retiró inmediatamente.

Una vez en el coche, Thomas se deslizó cerca de Alexandria. Su muslo descansó contra el de ella, y él podía sentir el abultamiento suave de su pecho contra un brazo. Su mano encontró la barbilla femenina.

-Sé que no me conoces muy bien, Alex, pero me siento profundamente atraído por ti, y espero que el sentimiento sea mutuo.

Su boca estaba a unas pulgadas de la de ella, y bajo su enjuague bucal de menta, Alexandria podía oler en su aliento todo lo que había comido en la cena: la pasta con ajo, la ensalada con vinagre de estragón, el vino tinto y el café y la menta. Casi vomitó y trató de poner alguna distancia entre ellos.

-Vamos a trabajar juntos, Thomas. Ésta no es una buena idea. Al menos nada de esto por ahora.

-Pero tengo que besarte. Tengo que hacerlo, Alex-. Él estaba apoyándose en ella, respirando pesadamente.

Ella hizo un sonido, echándose hacia atrás, pero en su ardor, él lo tomó por consentimiento. Pero mientras inclinaba su cabeza, sus ojos atraparon un destello de luz roja. Gritó y se alejó de ella hacia su puerta, clavando los ojos en el cristal trasero, a través del cual dos ojos encendidos lo observaban con malicia cristalina. Para su horror, la ventana se hinchó hacia dentro, luego se hizo pedazos, rociando fragmentos de vidrio sobre él. El lobo enorme empujó su hocico directamente en el coche, sus colmillos expuestos y goteantes, buceando directamente hacia su cabeza. Esos ojos rojos resplandecían misteriosamente, sin parpadear, perforándolo. Él podía sentir la respiración caliente a medida que esos colmillos blancos empujaban más cerca todavía. Thomas gritó y se agachó rápidamente, cubriéndose la cara con ambas manos.

-¿Thomas?-. Alexandria tocó su hombro ligeramente-. ¿Has estado tomando drogas esta tarde?-. Ella ya sabía la respuesta; la podía oler en su corriente sanguínea-. Quizá deberíamos llevarte a un hospital. O a un doctor privado.

Lentamente, con miedo, Thomas bajó sus manos. El cristal trasero estaba intacto. No había pedazos de vidrio roto. Alexandria estaba serenamente sentada en su asiento, sus ojos azules ansiosos.

-Esto nunca ha ocurrido antes. Veo alucinaciones. Fue simplemente un poco de coca en el baño de hombres. Tal vez haya algo malo en ella, no sé-. Él sonó asustado.

-¿Qué viste?-. Otra vez ella escudriñó el entorno, tratando de encontrar la prueba de que Aidan o cualquier otro peligro se hallaban cerca, pero parecían estar solos. Tal vez realmente eran las drogas-. ¿Debería decirle al conductor que te lleve a un hospital?

-No, no. Estaré bien-. Él sudaba profusamente.

Ella podía oler su miedo.

-No hay nada allí afuera, Thomas. Algunas veces siento las cosas antes de que

ocurran, y no tengo ninguna corazonada- aseguró, tratando de sonar reconfortante.

-Lo siento- se disculpó él roncamente-. ¿He estropeado la noche?-. Sus ojos se mantuvieron vagando de un lado para otro, y pareció revelar una contracción nerviosa en el lado izquierdo de su mandíbula. Se veía más viejo de lo que había parecido a principios de la noche.

-No, claro que no. La he pasado maravillosamente. Gracias por pensar en el teatro. Realmente necesitaba salir- lo reconfortó-. Pero Thomas, yo no creo en tomar drogas. Tengo a mi hermano pequeño, Joshua, en quien pensar. Sé que no es asunto mío lo que escoges hacer en tu tiempo libre, pero no me siento a gusto con la cocaína o cualquier otra droga.

-No es que sea un drogadicto. Simplemente la uso ocasionalmente para propósitos recreativos.

-No cerca de mí-. Sólo esa era una razón lo bastante buena para no estar con él. Había disminuido ante sus ojos ahora, segura de que él usaba estupefacientes para intensificar las sensaciones esa noche, como si fuera incapaz de disfrutarla por sí mismo.

-Bueno- dijo malhumoradamente él-, no lo haré.

El coche ya deslizaba en el camino circular de la casa de Aidan. Las portillas de hierro forjado se habían quedado abiertas previniendo su regreso. Por un momento ella se quedó quieta, clavando los ojos en las pesadas portillas. Representaban la pérdida de su libertad. No estaba lista para regresar a la casa y reconocer la derrota, que Thomas Ivan y ella no tenían la más mínima química. Pero eso no significaba que no encontraría otro hombre.

Ella se deslizó rápidamente por el coche, eludiendo la mano de Thomas.

-Gracias otra vez, Thomas. Te veré pronto. Quédate tranquilo por depositar en mí tus ideas para los diseños-. Y antes de que él pudiera salir para acompañarla hacia la puerta, ella ya subía ágilmente a la carrera los escalones de mármol hasta el ancho porche delantero. Hizo un saludo con la mano una vez y se deslizó adentro.

Thomas juró y se recostó en el asiento. Antes de que pudiera cerrar la puerta, vio al lobo pesadamente musculoso acechándolo a través del césped.

-¡Vamos! ¡Vamos!- gritó al conductor, dando un fuerte portazo.

El conductor retrocedió por el camino de acceso alejándose de la casa, y Thomas dio un suspiro de alivio. Todo lo que quería hacer era llegar a casa y ponerse muy borracho.

Alexandria se movió a través de la casa sin encender ninguna luz, encontró el teléfono, e hizo una llamada. Podía ver perfectamente en la oscuridad y subir fácilmente las escaleras. Aidan pensaba que había ganado vigilándola toda la noche, pero eso no había terminado todavía. No estaba lista para admitir la derrota.

En su dormitorio, se quitó el vestido negro de terciopelo y alcanzó sus confortables y muy usados jeans descoloridos y una camisa sencilla de color azul claro. El cambio le tomó sólo unos minutos, se anudó fuertemente sus tenis y regresó escaleras abajo. El taxi que había llamado no había llegado, así que se sentó en los peldaños de mármol del exterior y esperó.

-¿Y dónde vas ahora?- preguntó Aidan sedosamente, apareciendo de pronto gravitando sobre ella, haciéndola sentirse pequeña y frágil.

-Voy a bailar-. Sus ojos lo desafiaron a que se negara.

El cuerpo masculino se tensó.

-¿La cita de los sueños no fue bien?

Había un pequeño vislumbre de diversión en sus ojos, pero su boca permaneció gravemente seria.

-Como si no lo supieras. Intenta no parecer tan inocente. No te queda bien.

Él parecía impenitente, sonriendo abiertamente, haciendo que su corazón diera un vuelco. Simplemente verlo hacía que su cuerpo se llenara de vida.

-Vete, Aidan. No quiero verte.

-¿Estoy tentándote?

-¿No te enseñó nadie nunca cómo ser un caballero? Fuera. Me molestas- levantó la nariz en el aire nocturno.

Su perfil a la luz de luna le quitó a él la respiración. Con la manta de la oscuridad envolviéndolos, parecían las únicas personas en el mundo. Bebió su perfume, esa fragancia especial que era sólo de ella. Una pequeña sonrisa confiada curvó su boca sensual, lanzando una sombra erótica sobre sus rasgos masculinos.

-Por lo menos mantengo tu atención.

-Voy a salir a bailar- afirmó ella.

-Declaras tu independencia- contrarrestó él-. No te servirá de nada. Tu sitio está aquí, conmigo. Me perteneces. Ninguno de esos hombres allí afuera te hará sentir lo que yo.

Ella levantó aún más su barbilla.

-No los necesito. Tú eres tan intenso, Aidan. Salvaje e intenso. Me sacas de quicio. Simplemente quiero sentirme… - se interrumpió, insegura de cómo quería sentirse.

-Normal. Humana- dijo él suministrándole las palabras.

-No hay nada malo con eso. Me asustas de muerte-. *Listo*. Lo había admitido ante él. Lo había dicho en voz alta. Ella apartó la mirada en la noche, incapaz de mirarlo y no arder por él.

-*Tus sentimientos* por mí te asustan de muerte- corrigió él amablemente.

-No confío en ti-. ¿Por qué se retrasaba tanto el taxi? Ella tensó sus puños, no queriendo estar sola con él de esa manera. Recordó la sensación de su boca en la de ella, su sabor.

-Confiarías si te dieras completamente a mí. Si permitieras que tu mente se fusionara con la mía completamente. No podría esconder nada de ti si quisieras verlo. Mis recuerdos, mis deseos- murmuró su voz sobre su piel, tentadora, cautivadora.

Ella lo miró furiosamente.

-Como si no hubiera tenido tus deseos bailando en mi cabeza toda la noche. Muchas gracias, señor Savage. No tengo la intención de convertirme en esclava de nadie.

Él gimió, cubriéndose la cara con las manos. Luego su boca perfecta se encorvó en una sonrisa encantadora.

-¿Vas a tener eso contra mí para siempre? Después de todo, si alguien es un esclavo aquí, lo soy yo. Me desviviría por ti, y creo que lo sabes.

Ella se mordió los labios con fuerza para abstenerse de precipitarse a sus brazos.

-El taxi está aquí. Estaré de regreso más tarde.

Él era tan sexy, y ella lo deseaba desesperadamente.

La rozó a medida que ella pasaba junto a él, en la más ligera de las caricias, pasando un dedo por su brazo, pero ella lo sintió en lo más profundo de su corazón, hasta llegar a su alma. Y se llevó la sensación de su contacto con ella en el taxi.

Capítulo Catorce

El bar de solteros recién inaugurado era una fusión salvaje entre sofisticación y mala fama. Hacía un intento de conservar una cierta clase situando porteros en la entrada para determinar quien era admitido y quién no, pero estaba claro que aceptaban sobornos y que cualquier chica bonita era conducida directamente adentro. La fila era larga, pero Alexandria la ignoró, caminando con completa confianza hacia la puerta. Se había dado cuenta de su nuevo efecto en las personas, advirtiendo que su voz los cautivaba casi tanto como la de Aidan lo hacía.

Sonrió al hombre que se interpuso en su camino, él irguió la cabeza de una sacudida y contuvo la respiración audiblemente. Ni siquiera vaciló, y la escoltó personalmente adentro. La música asaltó sus oídos y vibró a través de su cuerpo. Sintió inmediatamente los apretones, la presión de los cuerpos contra ella. Y sobre todo, oyó sus corazones palpitando,

el raudal de sangre a través de sus venas casi abrumándola.

Un hombre alto vestido de cuero oscuro rápidamente la reclamó, atrapando su muñeca y sonriendo abiertamente ante su propio descubrimiento. Tenía una barba desaliñada y olor a colonia, whisky y sudor. Su brazo izquierdo tenía el tatuaje de una viuda negra en el centro de su tela, completado con un reloj de arena rojo en su vientre y ella sintió una leve señal de que sus colmillos estaban creciendo. El hombre la miró de reojo y la arrastró cerca de él.

-Estuve buscándote toda la noche.

Ella quiso sentir algo más que su estómago revolviéndose, pero él obviamente no era su tipo. Le sonrió mirándolo a los ojos.

-No va a ocurrir- dijo suave, persuasivamente.

La sonrisa se desvaneció de la cara del hombre, y ella pudo ver la violencia latente en su interior. Ése era un hombre al que no le gustaba ser frustrado. Sus dedos se apretaron como unas tenazas.

-Suéltame.

Lo dijo serenamente, pero no estaba tranquila por dentro. En cierta forma había contado con disfrutar de lo mejor de ambos mundos esa noche, pensando que ser la criatura en la que se había convertido la protegería de ese tipo de cosas.

La risa del hombre fue francamente repugnante.

-Vámonos afuera, nena.

En el mismo momento en que él convertía la sugerencia en una orden agarrando con fuerza su muñeca, sintió algo en su brazo. Miró hacia abajo y, para su horror, vio su tatuaje de la viuda negra gatear hacia arriba por su antebrazo hacia sus bíceps. Podía ver los colmillos chascando coléricamente, sentir esas patas peludas en su piel. Se congeló, luego gritó ruidosamente, dejando caer la muñeca de Alexandria, golpeando y sacudiendo salvajemente su brazo.

Alexandria no vio nada pero aprovechó esa oportunidad para alejarse, desapareciendo en la turba de gente.

El hombre se quedó con la mirada fija en su brazo, abriendo la boca exageradamente, con el pecho jadeante. Pero lo único que vio fue su tatuaje. Nada se movía. Pasó una mano a través de su pelo, dejándolo salvaje y despeinado.

-Has bebido demasiado, hombre- dijo para nadie en particular.

Alexandria se escabulló entre la multitud, su cabeza latiendo con la pulsación de la música. Sentía la sangre caliente, pero su piel helada. Su apetito parecía crecer con los cuerpos contra los que se rozaba. Un hombre regordete con pelo marrón y una sonrisa inteligente tocó su hombro.

-¿Bailaría conmigo?

Él estaba solo, ella podía sentir eso, así como también su profunda tristeza y la desesperación por sentir cerca a otro ser humano. Sin pensar, sonrió su asentimiento y le permitió dirigirla a la pista de baile. En el momento en que esos brazos la rodearon y la acercó a su cuerpo, supo que había sido un error. Ella no era humana. No era lo que él necesitaba. Y su ilusión no era más desesperada que la de ella. *Su desesperación* no era más amarga que la de ella. Ninguno de los dos habló. La joven conocía sus pensamientos, su pesar terrible por la pérdida de su esposa unos seis meses atrás. Pero ella no era Julia, su esposa. Ella no era siquiera un cuerpo cálido para ayudarlo a pasar la noche. Y él no era Aidan, y nunca podría serlo.

Ese último pensamiento llenó de terror su alma. ¿Por qué había pensado eso? Podía encontrar un hombre. Un hombre humano. No sería ese, pero debía haber alguien.

El hombre se movió.

-¿Vienes a casa conmigo?

-No soy lo que quieres- ella dijo quedamente, moviéndose para poner un poco de distancia entre ellos.

Él apretó su abrazo, atrayendo su cuerpo contra el de él.

-No soy quien tú quieres que sea, pero podemos ayudarnos el uno al otro- imploró, deseando que alguien apartara los fantasmas durante algunas preciosas horas.

El olor de su sangre la llamó a gritos. El estómago de Alexandria se agitó, y sintió la bilis ascender en su garganta. Negó con la cabeza inflexiblemente.

-Lo siento, no puedo hacerlo.

Cuando ella intentó alejarse, la música se convirtió en un ritmo frenético y dominante que pareció incitar al hombre a sujetarla. Mientras su brazo se tensaba a través de su espalda, la electricidad estática pareció formar un arco desde el piso hasta el brazo masculino, sobresaltándolo. Él blasfemó y la soltó inmediatamente. Alexandria, asombrada, se apartó.

-¿Qué sucedió?

-¡Me electrocutaste!- la acusó.

-¿Lo hice?

Ella se alejó lentamente de él. ¿Había hecho eso sin saberlo? ¿O había sido un accidente? No tenía idea, pero estaba agradecida por la oportuna intervención. Se mezcló rápidamente en el vertiginoso y turbulento gentío y atravesó la habitación, la música latiendo en su cabeza, a través de su cuerpo.

Alexandria encontró la barra. Varios hombres trajeados se separaron para permitirle el acceso. Sus saludos fueron especulativos, esperanzados. Parecían lo suficientemente agradables. Algunos eran apuestos. Uno incluso pareció realmente amistoso. Pero ella no sintió nada. Era como si estuviera interiormente vacía. Muerta.

Repentinamente se preguntó qué estaba haciendo allí, qué trataba de probarse a sí misma, y dando la vuelta, apoyó su espalda contra la barra, y se quedó con la mirada fija en sus zapatos. No tenía ningún sentido. Nunca había sido una persona promiscua, simplemente no iba con ella. No se sentía atraída por un hombre por su apariencia, e incluso aquellos que la intrigaban levemente, no la encendían físicamente.

-Te ves triste- observó uno de los hombres-. ¿Quieres que vayamos a algún reservado y hablemos? Simplemente hablar-. Él levantó sus manos, las palmas hacia afuera-. Lo digo en serio. Nada de coqueteo, simplemente hablar. Mi nombre es Brian.

-Alexandria- respondió ella, pero negó con la cabeza. Era demasiado agradable para animarlo. Decía que quería hablar, pero pudo leer fácilmente cuál era su verdadera intención-. Gracias, pero creo que me iré a casa.

Casa. ¿Dónde estaba su casa? Ella no tenía casa. La sensación de pesar fue la gota que colmó el vaso. Miró hacia arriba, y su mirada fue atraída hacia la esquina más oscura de la sala. Los ojos dorados destellaron regresándole la mirada. Su corazón saltó. No podía apartar la vista, cautivada por la intensidad de esa mirada que no parpadeaba.

Aidan avanzó lentamente entre las sombras. Se deslizó. Ondeó. La acechó como un gran felino salvaje. Le quitó la respiración. Alto. Sexy. Poderoso. Los ojos únicamente en ella. Encerrados en ella. Bajo su camisa de seda, sus músculos se tensaron sugerentemente. Se veía elegante, exudaba poder… era único.

Ella se encontró temblando en anticipación a su contacto. Tan simple como pareciera, solamente verlo la había hecho regresar a la vida. Como el Mar Rojo, el gentío se separó para permitirle pasar. Nadie lo tocó, ni lo rozó, o lo empujó. Incluso los hombres de traje presionando cerca de ella se hicieron a un lado para permitirle pasar en su dominio privado. Entonces él estuvo de pie delante de ella, tendiendo una mano, sus ojos atrapando su mirada fija.

Si era compulsión u obsesión, Alexandria no lo supo. Incluso no le importó. No se podría haber detenido por ninguna razón. Libraba una batalla inútil. Lo necesitaba, y allí estaba él. La muchacha colocó su mano en la de él, y cuándo él cerró sus dedos alrededor de los de ella y la atrajo, sintió como si se diera a sí misma.

-Baila conmigo, *cara mia.* Necesito sentirte contra mí-. Sus palabras, su voz, eran demasiado seductoras para resistirse.

Alexandria se metió callada y suavemente en sus brazos. Se ajustaron perfectamente. Él era fuerte y cálido, y la electricidad instantáneamente empezó a crujir entre ellos. La cabeza femenina encontró una concavidad en su hombro. Su cuerpo encontró el ritmo del de él fácilmente; había nacido para él, era su otra mitad. Era seducción de terciopelo negro, magia pura.

Allí estaba en casa. En sus brazos. Cerró los ojos, saboreando el contacto de su cuerpo contra el de ella. La música era de ensueño, increíble en un lugar como ese. Ni siquiera una vez en el piso abarrotado de gente alguien los rozó siquiera. Él los guió en una sincronía perfecta, el calor elevándose entre ellos con cada paso. Las llamas parecieron lamer a lo largo de su piel, moverse hacia la de él, y regresar.

Aidan inclinó su cabeza para saborearla. Sus labios, suaves, calientes, rozaron su cuello, demorándose durante un latido en su pulso. La sintió estremecerse bajo el calor húmedo de su boca, percibiendo cómo su sangre comenzaba a correr a toda velocidad, frenéticamente.

-Ven a casa conmigo, *piccola*- murmuró urgentemente, sus dientes raspando su piel con gentileza, persuasivamente, deslizándose a través de su pulso. Su sangre cantaba por él, lo necesitaba-. Ya no me atormentes más.

Su cuerpo osciló contra el de él, líquido y flexible. Nunca había necesitado nada tanto en su vida. No hizo ningún sonido. No podía. Pero él supo su respuesta incluso en su silencio. Podía leerlo en sus ojos enormes.

Se movieron hacia la puerta, Alexandria era apenas consciente de lo que la rodeaba, pero de nuevo Aidan le protegió de los apretujones, su cuerpo siempre entre el de ella y el gentío. Fuera, la noche pareció saludarlos, darles la bienvenida, las estrellas más brillantes de lo usual, el aire llevando perfumes fragantes desde el océano.

Aidan deslizó un brazo alrededor de su cintura, encerrándola bajo la protección de su hombro. Ella inclinó la cabeza para contemplarlo.

-Debería haber sabido que me seguirías para protegerme. ¿Qué le hiciste a ese pobre hombre de traje de cuero?

Él se rió suavemente.

-A él le gustan las viudas negras. También le gusta lastimar a las mujeres. Y a mí no me gusta que otros hombres te toquen.

-Ya me di cuenta.

Él la detuvo en la esquina de la calle, la aplastó contra él, y levantó su barbilla. Su mirada dorada parecía fascinada por su labio inferior, y ella sintió su respiración atascársele en la garganta. Él hizo un sonido entre gemido y gruñido y agachó la cabeza. Su boca encontró la de ella, y la Tierra se movió bajo sus pies. El cuerpo de la muchacha se derritió contra él hasta que sólo existían Aidan y Alexandria, una parte de la noche misma.

La oleada de hambre, de necesidad, fue tan fuerte, tan abrumadora, que Alexandria se pegó a él para evitar caer. Él envolvió sus brazos alrededor de ella, y se trasladaron a través del tiempo y el espacio. El viento sopló a través de su cabello, esparcido tras ellos como la canción de una sirena, ondeando en la noche cristalina como hebras de seda.

Su boca se movió sobre la de ella, consumiendo, dominando, hambrienta más allá de los confines humanos. Su lengua exploró cada centímetro de interior de terciopelo de su boca, buscando su respuesta. Alexandria se oyó a sí misma gemir suavemente, implorando.

Entonces el balcón del tercer piso estuvo bajo sus pies. Él simplemente ondeó una mano, y la puerta de cristales se deslizó hasta abrirse. Se quedó de ese modo, la brisa del mar un contrapunto bienvenido por el calor de sus cuerpos. Él la siguió hasta la cama de cuatro postes cubierta por una colcha, cubriendo su cuerpo con el suyo, incapaz de arriesgarse a que ella pudiera aterrorizarse y huir. No podía esperar más. No podía dejarla ir esa vez. Sus manos acariciaron su piel suave, trazaron el abultamiento invitador de sus pechos, empujaron la tela de su camisa rudamente para dejar expuesto su cuerpo a su escrutinio dorado. El aire fresco se sentía sensual en su piel ardiente, en sus pechos doloridos y llenos bajo su mirada caliente. Su mano ahuecó un seno, sostuvo el peso suave en su palma posesivamente.

Librodot

-¿Sientes la oscuridad en mí, Alexandria?- murmuró él, su voz ronca y dolorida-. Está creciendo, propagándose. Siéntelo en mí-. Su boca encontró sus ojos, su sien, la esquina de su boca, su garganta. Cada beso era ligero, pero dejó una marca muy caliente, una huella en su alma para siempre-. Entrégate a mí. Ahora. Para la eternidad. Siente la oscuridad en mí, y bórrala.

Su seductora voz era de una necesidad tan absorbente, tan grande, que ella no pudo negarse. Sintió la necesidad oscura en él, su batalla por ser suave con ella, permitirle alguna clase de elección. Sintió su deseo, extremo y hambriento, por desgarrarle las ropas y hundirse en los misterios de su cuerpo. Su propio cuerpo respondió a la urgencia de su necesidad con un calor denso.

Se movió bajo él, se arqueó hacia arriba para ofrecerle su pecho. Sus ojos se cerraron apretadamente, y ella gimió en voz alta mientras él la tomaba en el calor de su boca. Sus brazos rodearon la cabeza masculina, la hicieron estremecerse mientras cada tirón de su boca producía en su cuerpo una ráfaga de calor líquido en respuesta.

Su cuerpo estaba tan duro y pesado, atrapado en los confines de sus ropas. Él se apartó a un lado, y le quitó los pantalones vaqueros, deseando cada centímetro de su piel suave y desnuda contra él. Aidan se elevó ligeramente, lo suficiente apenas para poder ver su cuerpo. Ella yació desnuda, su piel ruborizada de deseo. La mano masculina rozó su estómago, su palma cubriendo el triángulo de apretados rizos rubios, sus dedos encontrando el calor húmedo. Un relámpago se arqueó a través de él, a través de ella, y corrió a toda velocidad a través de su sangre.

Él acunó su cabeza en la palma de su mano libre, arrastrándola contra su pecho.

Aliméntate, cara mia. Aliméntate largo y profundo. Tú eres mi otra mitad, la mitad que se levanta en la luz. Sé parte de mí por toda la eternidad. Su dedo exploró la entrada de su apretada funda de terciopelo, descubriendo el calor, la bienvenida y la real necesidad de él. Podía sentir el ardor de las lágrimas tras sus propios ojos.

Sintió su respiración sobre su corazón.

-Nunca podré regresar, ¿verdad?- preguntó ella suavemente con voz perdida.

Sus dedos se movieron más profundo, en una tentación deliberada. Sintió como las aterciopeladas paredes de su interior se contraían alrededor de él. Su cuerpo se enfurecía por buscar la liberación.

-¿Quieres realmente regresar, *cara,* y dejarme solo en una eternidad de oscuridad? Si tuvieras elección, ¿me dejarías realmente?-. Había una seducción oculta en su voz ronca. Su mano empujó contra ella, sus dedos probando, explorando, deliberadamente alimentando el fuego que se dispersaba a través de su cuerpo.

Unió completamente su mente con la de ella. La muchacha pudo sentirlo entonces, la oscuridad que esperaba para reclamarlo, una bestia agazapada y al acecho, un asesino frío sin piedad. Había una neblina roja de deseo latiendo en él, el fuego corriendo a toda velocidad a través de su sangre. Ella podía sentir su agonía, su miedo a que ella no lo quisiera lo suficiente como para escogerlo, la seguridad de que él la tomaría de cualquier manera, la seguridad de que nunca podría detenerse. Pero él quería que ella lo deseara, lo necesitara de igual manera.

La lengua femenina acarició sus músculos en una caricia suave. Sus dientes mordieron su piel amablemente, tentándolo.

-¿Cómo podría dejarte, Aidan? ¿Realmente crees que podría? Pensaba que lo sabías todo. Incluso yo lo sé. Casi desde el mismo principio-. Y era verdad. Había descubierto el secreto de los dos.

La mano de él exploró sus muslos, sus huecos y sombras secretas, arrancando jadeantes sollozos de su garganta. Las manos de ella encontraron los tensos músculos de su espalda ancha, inflamándolo más con su tímido contacto.

Él le estaba haciendo cosas con sus manos, con su tacto único, memorizando cada amado centímetro, atrayéndola a la tormenta de fuego de un hambre imposible de saciar. Ella

besó su pecho, acarició con la nariz el vello rubio, lamió su pezón. El cuerpo viril se endureció hasta que pensó que podría volverse loco.

Él le separó las rodillas, obteniendo mejor acceso a su calor femenino, y empujó contra ella agresivamente, necesitándola con desesperación. Alexandria lo sintió, duro y grueso, insistiendo en penetrar. Era demasiado grande, demasiado para entrar. Cuando ella vaciló, retrocediendo, él ahuecó su trasero en sus palmas y la sujetó, inmovilizándola contra él.

Confía en mí, Alexandria. Él respiró las palabras en su mente. *Nunca te lastimaría. Tu cuerpo tiene necesidad del mío. Siéntelo, siente lo que pide de ti. Somos un cuerpo, un corazón, un alma y una mente.*

Ella encontró su bello tono de voz imposible de resistir. Su boca se movió por propia voluntad sobre su pecho, buscando y encontrando el pulso profundo. Su lengua lo acarició, lo adoró. Las manos de Aidan apretaron sus caderas casi al extremo del dolor. Los dientes de Alexandria se hundieron profundamente, y el cuerpo masculino avanzó para sepultarse en el de ella. Un rayo iluminó el cielo. Crepitó y bailó, se movió a gran velocidad a través de la puerta abierta, un látigo blanco y azul quemándolos, soldándolos como un solo ser. Ella gritó de dolor y placer. El grito de él, ronco y triunfante, se mezcló con el de ella.

Aidan se movió, casi incapaz de soportar la estrechez de su funda de terciopelo apretándolo con fuerza, tan ardiente y adictivo que quiso perderse para siempre en ella. La fricción fogosa lo consumió, lo transformó, hasta que remontó una cresta tan alta de placer que perdió toda noción de tiempo y espacio. Los colores bailaron tras sus ojos, vívidos y brillantes. Los perfumes de ambos, almizcleños y fragantes, se mezclaron, un perfume creado de su acto de amor. La boca femenina contra él, erótica y frenética, se acompasó al frenesí salvaje del cuerpo viril. Él se perdió en las puras sensaciones, enterrándose más profunda y duramente, deseando sepultarse dentro de ella tan intensamente que sus mismos corazones y pulmones estuvieran entrelazados, imposible de separarse.

Alexandria se agarró a su espalda, asustada de ser transformada para siempre. Su lengua cerró la herida en el pecho de Aidan, degustando el sabor salvaje y masculino de él. Las manos de él permanecían firmes en sus caderas, sujetándola todavía ante su invasión. Fue más de lo que ella pudo soportar, la mirada bravía de él con su pelo cayendo alrededor, su cara tensa de placer. Ella movió sus manos descendiendo por su espalda, hasta sus nalgas, aprendiendo de memoria cada centímetro de él.

Un gemido escapó de la garganta de Aidan, profundo y ronco, arrancado de su misma alma. Levantó su cabeza, sus ojos extraños de oro derretido, ardientes y feroces de hambre. Él besó sus ojos, las comisuras de su boca, su barbilla. Ella sintió su respiración en su garganta, el golpe de su lengua como una caricia. Su cuerpo se tensó con fuerza en reacción, aumentando su placer aún más, hasta que él pensó que podría morir de esa manera.

Sus dientes rozaron el valle entre sus pechos, hasta que ella se arqueó hacia él, empujando contra su boca.

-Eres mía para siempre, Alexandria. Ahora lo sabes-. Fue una declaración, una orden que ella no osaría desobedecer.

Alexandria sonrió contra su hombro ante sus exigentes palabras. No tenía idea de cómo eran las mujeres de la Raza de los Cárpatos, pero su varón estaba a punto de descubrir una raza enteramente nueva. Y entonces ella gritó de placer, su garganta tragando convulsivamente mientras los dientes masculinos perforaban su pecho, mientras sus brazos la apretaban posesivamente y su cuerpo tomaba el suyo con un hambre feroz más allá de su imaginación más salvaje. Ola tras ola de placer recorrieron su cuerpo, haciéndola girar fuera de sí misma y dentro de él. Aidan estaba en todos los lugares donde ella se volvía, en todas partes en donde podía sentir, dentro de su cuerpo, dentro de su mente, dentro de su misma sangre, hasta que parecieron un ser estallando hasta el cielo.

Yacieron juntos, adheridos el uno al otro, sus corazones latiendo a un ritmo intenso y diferente a todo lo que habían creído posible. La lengua de Aidan acarició su pecho, enviando un temblor a través de su sangre, a través de la de él. Él enmarcó su cara con las manos, rozó

su boca dulce, tiernamente, a través de su frente, y depositó besos ligeros sobre su cara hasta su barbilla. Por primera vez en su larga existencia, aparentemente interminable, se sintió verdaderamente vivo, verdaderamente en paz.

-Me has dado un regalo sin precio, Alexandria, y nunca lo olvidaré. No tenías razones para confiar en mí, pero lo hiciste- murmuró suave, humildemente-. Gracias.

Ella permaneció con la mirada fija en él con sus ojos interrogantes, incapaz de regresar por completo a tierra firme. Él estaba en ella, su propio cuerpo lo envolvía. Parecía mentira que esos ojos dorados pudieran brillar con tal intensidad, pudieran arder con tanta necesidad, sólo por ella. Una sonrisa lenta curvó su boca e iluminó sus ojos de color zafiro para hacer juego con la incandescencia de los de él. Simplemente clavaron los ojos en el otro, en el alma del otro.

Ella podía sentirlo, grueso, duro, comenzando a moverse, una fricción increíble de calor resbaladizo, tan suave y tierno, que sintió que podría perderse en él. Aidan avanzó lentamente, saboreando cada golpe largo, sus ojos devorando su cara. Su iniciación había sido un frenesí salvaje. Ahora él quería tomarse su tiempo, construir su placer lentamente.

Sus dedos se enredaron en el cabello de ella. Su boca saboreó su piel de raso, encontrando el pulso que latía en su garganta vulnerable.

-Eres tan bella, Alexandria, tan, pero tan bella.

-Tú me haces sentir bella- admitió ella.

-Todavía no puedo creer que te haya encontrado-. Repentinamente levantó su cabeza y se quedó con la mirada fija en ella. Sus caderas mantuvieron el movimiento lento y lánguido-. Vas a alejarte de ese rey de los *videojuegos* de horror.

Ella besó su hombro, luego frotó su cara contra el vello dorado de su pecho.

-No, no lo haré. Él es mi jefe.

-Yo soy tu jefe.

-Desearías ser mi jefe- bromeó Alexandria amablemente-. Trabajo para él.

-Me alcanza el dinero para que ambos vivamos bien- protestó él. Entonces una huella de risa se introdujo su voz-. ¿Sabes qué tan enfermo el hombre tiene que estar para llegar a imaginar esas cosas?

-¿Qué hay acerca de ti? Juegas sus *videojuegos*. Incluso peor, *vives* cosas más extrañas de las que él imagina-. Su barbilla se levantó-. Además, quiero el trabajo. Me gusta dibujar. Ésta es la oportunidad de mi vida, Aidan, algo que siempre he querido hacer.

Él se rió entonces, inclinando la cabeza para besar su barbilla beligerante, para plantar una fila de besos en el valle entre sus pechos.

-La duración de tu vida ha sido alargada considerablemente, *cara mia.* Puedes encontrar la manera de ilustrar las fantasías de otra persona, preferentemente las de una mujer metida en años, agradable y sin hijos, y sin ningún secretario.

Ella rió con él, sospechando en secreto que terminaría por hacer lo que él deseaba y descartando a Thomas Ivan de la vida de ambos. Pero por ahora, el cuerpo de Aidan estaba haciendo cosas increíbles en el de ella, y no quería pensar en ningún otro hombre. Su lento y rítmico vaivén le quitaba la respiración y reavivaba las ascuas del fuego al rojo vivo en alguna parte de su estómago. Su cuerpo se movía con el de él, siguiendo su guía sin inhibiciones. Ella amó la sensación de sus manos ahuecando sus pechos, el ligero roce de su barbilla, su boca, sobre sus pezones. Le robaba el corazón con su ternura.

-Ya había robado tu corazón- bromeó él suavemente, recordándole que compartía sus pensamientos.

-No estoy segura de estar lista para que sepas cada cosa que pienso.

-O sientes-. Su voz descendió una octava, hasta convertirse en una seducción de terciopelo negro-. O imaginas.

Sus manos encontraron sus caderas.

-Tú eres el que tiene todas las fantasías. Simplemente pido prestadas las tuyas para probarlas.

Su cuerpo avanzó, enterrándose más profundamente dentro de ella.

-¿Como lo estoy haciendo?-. Él comenzó a moverse con golpes más profundos, más fuertes, aumentando el ritmo hasta que las ascuas fueron llamas saltarinas-. Aun no hemos comenzado, *piccola.* Tengo la noche entera para adorarte como mereces.

En el destello inesperado de fuego que barrió todo su cuerpo, ella se mordió el labio, y dos pequeños puntos de color rojo fluyeron a través de ellos. Los ojos dorados y brillantes de Aidan se enfocaron allí, con una emoción salvaje en sus profundidades. Simplemente esa mirada la envió hacia un precipicio, su cuerpo haciendo erupción en explosiones que hicieron pedazos su mente. Su grito jadeante se perdió mientras su boca encontraba la de ella, apresando el sonido para siempre. Su lengua lamió su labio, una caricia que aumentó su placer de manera imposible.

Aidan sintió que cada uno de sus músculos se tensaba. Permaneció inmóvil la duración de un latido, y luego echó hacia atrás la cabeza y se adelantó, sepultándose en ella, la reacción devastadora del cuerpo femenino hacia el de él sobrepasando su control. Pareció durar por siempre, la liberación, el mundo que giraba fuera de control, y al mismo tiempo no hacerlo lo suficiente. Quiso estar allí para siempre, con Alexandria encerrada en la seguridad de sus brazos.

Yacieron juntos sin moverse, sin hablar, saboreando el momento y la percepción de sus cuerpos. Aidan fue el primero en moverse, a regañadientes, desviando su peso. La abrazó acercándola, como si temiera que repentinamente ella pudiera darse cuenta de que se había rendido a su cuidado y tratara de escapar de él, de lo que era ella.

La joven acarició su brazo a medida que se enrollaba posesivamente alrededor de ella.

- Aidan, puedo conocer tus pensamientos tal como tú conoces los míos. Y soy todavía yo misma. No tengo la intención de que me encierren en un armario.

Él se apoyó en un codo. El viento sopló a través del cuarto, trayendo con él la brisa marina. Él levantó una mano, y la puerta corrediza de cristales se cerró instantáneamente. Arrastró una colcha para abrigarla al mismo tiempo que se movía más cerca para protegerla con el calor de su cuerpo.

-No tenía en mente el armario exactamente, *cara.* Pensé que mi cama sería un mejor lugar-. Hubo una huella de humor masculino en su voz de terciopelo.

Ella apartó el pelo de su cara y lo miró de frente.

-Voy a trabajar, Aidan. Tú has creado una vida aquí para ti, para Stefan y Marie. Pero Joshua merece una existencia normal también. No quiero que su vida cambie tanto que pierda todo lo que es familiar para él. Y, desde luego, yo tampoco quiero perder eso. Esto es tan atemorizante. Tú eres terrible. No perderé la parte de mi antiguo yo que quede.

-Te quiero segura, Alexandria. Las mujeres de nuestra raza son nuestros tesoros más preciosos. Sin ti, no podemos mantener nuestra existencia. Necesito saber que estás a salvo cada instante del día.

Alexandria se incorporó y arrastró la colcha sobre sus pechos, repentinamente consciente de su desnudez. Aidan descuidadamente estiró una pierna sobre su muslo, inmovilizándola en el lugar.

-No hay un centímetro de ti que no conozca, *cara.* Este no es el momento de ponerse tímidos.

Ella podía sentir un sonrojo avanzando por su cuerpo entero hasta que su cara resplandeció en la noche. Por la forma en que él había situado su pierna, podía sentir que su masculinidad presionaba contra ella, su calor y fuerza creciendo, endureciéndose de necesidad. Ella supo que sus palabras tenían la intención de tomarle el pelo, pero nunca había estado en una situación como esa, y no estaba segura de cómo actuar o qué sentir.

-Tú usas… *esto* para controlarme.

Él sonrió abiertamente sin arrepentimiento, rozándose contra ella sugerentemente.

-¿*Esto?* ¿Qué es *esto?* ¿Estás diciendo que usaría nuestra relación sexual para lograr mis propósitos?

Ella empezó a reírse otra vez; no podía evitarlo.

-Tú usarías cualquier cosa, señor Inocencia, para lograr tus propósitos, y lo sabes.

Él ahuecó un pecho, su pulgar rozando ligeramente el pezón sensibilizado.

-¿Está funcionando?-. Su voz acarició su piel como si fuera terciopelo.

-No es posible que puedas desarme otra vez, Aidan- protestó ella, apartándose de él y la tentación de su cuerpo.

Sus manos atraparon su cintura y la atrajeron contra su miembro ya duro. Él trazó el contorno de sus caderas y acarició su trasero.

-Eres hermosa, Alexandria- suspiró mientras la rodaba sobre su vientre y la colocaba bajo él.

-Aidan-. Su nombre emergió en una protesta jadeante. Sus manos eran fuertes, pero no crueles, mientras la ubicaba en el lugar apropiado, su respiración rozando su espalda, sus dientes cerrándose sobre su hombro cuando ella trató de retorcerse para liberarse. Esa posición la hizo sentirse intensamente vulnerable.

Aidan presionó contra ella, su necesidad de asumir el mando tan fuerte como su necesidad de darle placer.

-Me deseas, *cara mia.* Puedo sentirlo.

-Es demasiado pronto.

-No para tu cuerpo-. Al mismo tiempo que él decía esas palabras, su mano empujaba contra ella para probar su disposición, separándose bañada en calor líquido-. Oh, Dios mío, Alexandria, ¿cómo podría resistirte alguna vez?

Él la necesitaba una vez más. Necesitaba sentirla, estar vivo, afirmar que siempre sería una parte de él, de su vida, para que cuando él abriera sus ojos y tomara su primera respiración cada tarde, ella estuviera allí para darle siempre el poder de hacer más hondas las emociones, y mirarlo con algo más que miedo en sus ojos.

Alexandria se había resistido a su dominación, pero no podía resistirse a su necesidad apasionada. La intensidad de sus sentimientos atravesó su mente, y su cuerpo se encendió con el fuego del de él. Empujó hacia atrás contra él, consintiendo, inflamándolo más. Reía suavemente, tentándolo, pero su respiración quedó atrapada en su garganta cuando él empujó hacia adelante completando la íntima invasión. El cuerpo femenino se apretó alrededor del de él, sujetándolo, agarrándolo firmemente, latiendo de vida y calor.

Un brazo poderoso se apretó posesivamente alrededor de su cintura, su cuerpo al mismo tiempo protector sobre el de ella.

-¿Estamos locos?- murmuró él.

-Tú eres el loco-. Ella se quedó sin aliento, moviéndose con él, comenzando a descontrolarse otra vez demasiado rápido-. Tengo trabajo que hacer, pero tú me mantienes aquí, encerrada, prisionera de tu pasión- dijo, jadeando. Él encendía su fuego rápidamente, con golpes seguros, duros, sumergiéndose en ella, sus manos sujetándola bajo él-. No puedo creer que te deje salirte con la tuya-. Y no podía. Parecía mentira que ella estuviese arrodillada en una cama manchada con su propia inocencia y amando la posesión de ese hombre, queriendo que se repitiera, deseándolo una y otra vez.

Cuando finalmente se derrumbaron, sujetándose el uno al otro, un brillo fino de sudor recubría sus cuerpos, y estaban agotados, consumidos, saciados.

-Te oí cantando en mi cabeza, la primera vez que nosotros…- ella se interrumpió-. Las palabras estaban en tu lengua materna, ¿verdad?

-Aseguré nuestra unión otra vez- admitió él-. El pensamiento de perderte por mi propia estupidez es demasiado para mí. Recité las palabras rituales mientras tomaba tu inocencia, para ligarnos por toda la eternidad.

-No entiendo.

-Esas palabras crean un lazo irrompible para los nuestros. Una vez que se las pronuncia, la unión es eterna.

Ella se dio vuelta y parpadeó mirándolo.

-¿De qué estás hablando?

-Cuando un varón de la Raza de los Cárpatos encuentra a su consorte y sabe con toda certeza que ella es la única, puede comprometerla a él con las palabras rituales incluso si aún no ha reclamado su cuerpo. Es como la ceremonia humana del matrimonio, pero mucho más profunda. Nuestras almas y corazones son la mitad del mismo entero, incompleto cuando están apartados. Las palabras rituales las unen de nuevo como se supone tienen que existir.

Su mirada fija se estrechó con especulación.

-Creí que los dos estábamos atados por la química, por la sangre.

-Están destinados, cierto, y el enlace da comienzo-. Él apartó su pelo largo de la cara y se retiró hacia un lado de la cama, como inquieto con la conversación.

-¿Así que la mujer todavía puede escapar si el hombre realmente no dice las palabras rituales?

Él encogió sus hombros anchos, su mirada dorada e ilegible.

-¿Por qué sería él tan estúpido para no decirlas cuando sabe que su destino depende de eso? Sería un tonto.

-Quizá sería bonito si él le preguntase a la mujer lo que piensa. Los hombres humanos al menos *preguntan a* la mujer si ella prefiriere pasar la vida con él. Quizá a las mujeres de la Raza de los Cárpatos también les gustaría tener opciones.

Él se encogió de hombros otra vez.

-Es la elección del hado, del destino, como quieras llamarlo. La ley del universo. La ley de Dios. Estamos hechos así. Las palabras no pueden ser revocadas. Ningún varón de la Raza de los Cárpatos va a permitir que su mujer corra de un lado a otro sin protección y sin reclamar.

-¡Viven en las Edades Oscuras! No puedes apropiarte simplemente de la vida de alguien sin su consentimiento. No es correcto- discutió ella, horrorizada.

-Un varón de la Raza de los Cárpatos no puede sobrevivir sin su *compañera.*

-Bueno, ya que estamos, ¿cuántos años quieres vivir de cualquier manera?- demandó ella apasionadamente.

Sus ojos dorados destellaron de diversión, y su palma se deslizó por su pantorrilla hasta su muslo.

-Iría por otro siglo o dos mientras todas nuestras noches fueran como ésta.

Su voz alegró su corazón, iniciando esa sensación curiosa de derretimiento que experimentaba tantas veces cerca de él. Quería estar furiosa con Aidan, pero la verdad era que si pudiera tener más noches como esa, quería un siglo o dos también.

-Leo tus pensamientos- bromeó él, con su voz acariciándola deliberadamente.

-Es hora de que te detengas. ¿No tienes alguna otra cosa que hacer para mantenerte ocupado por un rato? Y no pienses que me distraerás con eso. No puedes simplemente ir tomando decisiones que afecten mi vida sin consultarme-. Lo observó suspicazmente-. ¿Qué más puedes hacer sin que yo lo sepa?

Él se apoyó atravesando la cama y la besó de lleno en la boca, demorándose en degustar su sabor.

-Pide lo que quieras, *cara,* y podremos hacerlo.

Ella se alejó de él de un tirón y abofeteó la mano que se movía en su nido apretado de rizos.

-No seas fanfarrón, Aidan. Esto no es bueno.

-Creo que es algo excelente. Necesitaré de todos mis trucos para mantenerte bajo control. Y espero con ansia cada minuto, Alexandria.

-Olvidas mis pequeños hábitos molestos, y creo que precisamente han comenzado a multiplicarse.

Él gimió.

-¿Realmente vas a hacer un intento de reformarme?

-Alguien tiene que hacerlo-. Su mano encontró la de él-. Estoy acostumbrada a tener

una cierta cantidad de libertad, Aidan. La necesito. Nunca podré ser feliz si me la quitas.

Él ahuecó su barbilla en una mano, sus ojos de oro abarcando su mueca respingona.

-Me doy cuenta de las concesiones que ambos tendremos que hacer, Alexandria. No pretendo que todas sean de tu parte. Sólo pido que me permitas y perdones si cometo algunos errores.

Ella asintió con la cabeza. Tan fácilmente podría robar su corazón. Con una mirada, con unas pocas palabras. Esa voz suya era pura magia negra.

-¿Cómo puedo estar tan loca por ti y tan asustada al mismo tiempo?

-Estás enamorada de mí- dijo él quedamente.

Ella parpadeó, conmocionada, como si nunca lo hubiera considerado.

-Eso es un poco fuerte, Aidan. Me arrastraste dentro de esto tan rápidamente, en contra de mi voluntad…

-Tú me amas- afirmó serenamente.

Ella se alejó un poco, unos pocos centímetros sobre la cama.

-No te conozco lo suficientemente bien como para amarte.

-¿No? Has estado en mi mente. Has compartido mis pensamientos, mis memorias. Lo sabes todo acerca de mí, lo bueno así como también lo malo. Y te entregaste a mí. No lo habrías hecho si no estuvieras enamorada de mí.

La joven tragó saliva. No quería enfrentarse a ese sentimiento en ese momento; era demasiado abrumador. Trató de sonar frívola.

-Es simplemente el poder del sexo.

Las cejas de Aidan subieron rápidamente.

-Bailas muy bien- aventuró ella esperando cambiar de tema.

-He estado en tu mente también, *cara mia.* No me escondas la verdad- dijo él con aire satisfecho.

Alexandria asumió su expresión más arrogante, arrastrando la colcha alrededor de sus hombros, y permaneció silenciosa.

-¿Es realmente tan difícil admitir que me amas?- la voz masculina fue una caricia que la abrigaba en unos brazos seguros y cariñosos.

-¿Por qué es tan importante tener esta discusión ahora mismo? Estoy contigo, y obviamente no voy a irme a ningún sitio.

-Porque es importante para ti. Tienes esa idea loca de que no puedes sentir amor por nadie excepto por tu hermano.

-Nunca he podido hacerlo antes.

-Y piensas que sientes algo por mí porque te he sumido bajo los efectos de algún mágico hechizo. Lo que tenemos juntos no depende de ningún hechizo. Quizá estoy ligándote a mí con las tradiciones de nuestra gente, pero no podría haberlo hecho si ya no fueses mía. Tú eres mi verdadera *compañera*. Habrías sacrificado tu vida para salvarme, incluso cuando no confiabas en mí.

La barbilla de Alexandria se levantó.

-Pensé que iba a morir de cualquier manera, y no quería vivir como un vampiro. Recuerda; pensaba que eras un vampiro y que me habías convertido en uno.

-¿Por qué salvarías a un vampiro, a uno tan malo?- contrarrestó él suavemente.

Ella apretó ambas manos sobre sus oídos.

-Me confundes, Aidan.

Él amablemente asió sus muñecas y bajó sus manos, inclinándose para besar su cuello.

-Sabías, en lo más profundo, donde de verdad es importante, que era el único. Por eso tu cuerpo respondió al mío. No por algún hechizo antiguo, o gratitud por salvarte a ti y a Joshua. Tu cuerpo y alma me reconocieron antes que tu mente y tu corazón tuvieran la posibilidad de hacerlo. Tu mente estaba traumatizada por todo lo que había ocurrido, y no ayudó mucho cuando reaccioné de modo tan espantoso por tu seguridad. ¿Cómo podías saber lo que había en tu corazón?

-Lo que siento por ti es tan… - no pudo encontrar las palabras para describir las emociones que se agitaban tan fuertemente dentro de ella.

-Intenso. Profundo. Diferente a lo que esperabas. Y porque es tan diferente, no lo reconoces por lo que es. Ya no eres humana, con limitaciones humanas. Todos tus sentidos se han expandido, así como también tus emociones, también tu placer, tu dolor, el hambre… todo será apabullante hasta que te acostumbres a ellos. Al principio tu audición nueva fue casi insoportable, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza. Había sido hacía poco, pero ya lo había olvidado.

-En breve, aprenderás a atenuar tu audición extraordinaria o usarla sólo cuando la necesites. Con el tiempo, podrás usar todas tus habilidades fácilmente, como yo lo hago. La intensidad entre nosotros crecerá, como lo hará nuestro lazo. Pero no es magia, Alexandria. Es amor-. La voz de Aidan fue tan afectuosa, tan tierna y tan segura, que ella sintió su corazón dar un salto mortal.

Capítulo Quince

Las olas del océano se elevaron a gran altura y corrieron hacia la orilla, derramando rocío de espuma y sal antes de colisionar contra las rocas del acantilado y caer de regreso al mar agitado. Alexandria escurrió arena a través de sus dedos mientras miraba el despliegue espectacular de la naturaleza frente a sus ojos. La hora avanzada y los vientos salvajes aseguraban que tuviera la playa para ella sola.

Estaba sentada sobre un médano, apoyando la barbilla sobre sus rodillas y observando las olas. Siempre había amado el océano, pero después de su experiencia con el vampiro, había pensado que nunca podría enfrentarlo otra vez.

Aidan había cambiado eso. Él había vuelto a traer la belleza y la alegría a su mundo. Ella podía sentarse allí, sola en la oscuridad, rodeada por el viento gemebundo, el mar bravío, incluso las nubes ominosas reuniéndose en lo alto, y percatarse de la magnificencia de todo ello. Aidan estaba dedicado a uno de sus muchos negocios, y ella había salido a hurtadillas de la casa para pasear. Mientras una parte suya amaba la cercanía que Aidan pedía, la forma en que constantemente entraba calladamente en su mente, por otra temía por su libertad, acostumbrada a hacer las cosas a su propia manera. Y había necesitado simplemente sentarse en silencio y permitir que todo lo que le había ocurrido comenzara a tomar su lugar.

Aidan estaba descontento con ella. Podía sentir el peso de su desaprobación. Estaba con ella, en una esquina tranquila de su mente, pero al menos no había tratado de obligarla a hacer su voluntad.

-Debería.

Alexandria sonrió ante su queja.

-Es bueno que no lo hicieras. Necesitas aprender que no te obedeceré en todo de la forma que Joshua lo hace.

-¿Otro de tus hábitos molestos?

Ella soltó una carcajada, el alegre sonido esparciéndose en la playa por el viento.

-Si no lo es, voy a asegurarme de cultivarlo.

-Vas a hacer exactamente lo que digo.

Su voz se había dejado caer una octava, hasta que fue una caricia de terciopelo negro, una seducción patente.

Ella instantáneamente sintió el calor de su cuerpo en respuesta.

-Regresa a trabajar, demonio del sexo, y déjame sola por un rato.

-Simplemente por un rato corto. Ese es todo el tiempo que puedo lograr estar sin tu cuerpo bajo el mío.

-Eres malvado, Aidan. Muy, muy malvado.

Ella reía, su cabeza echada hacia atrás, su corazón ligero y lleno de alegría después de un viaje tan largo, tan oscuro.

A una distancia de muchas millas, el cielo se encendió brevemente, un destello blanco iluminando las nubes oscuras, y luego ella oyó el trueno distante. Una tormenta estaba cabalgando las olas mar adentro, alimentando la atmósfera juguetona del océano. Se reclinó y tocó una gota de agua que había salpicado su mejilla, de lluvia o rocío del mar, no podía estar segura. No le importaba. Su vida volvía a reconstruirse; estaba encontrando su fuerza otra vez. Y ahora que aceptaba en lo que se había convertido, encontraría la manera de ocuparse de su vida otra vez.

En la oscuridad, una sombra cambió de posición sobre su cabeza. Ella parpadeó, se puso derecha, e inclinó la cabeza para escudriñar los cielos. No detectó ningún movimiento. Quizá había sido simplemente una nube negra deslizándose adelante de las demás. A pesar de todo, se sintió inquieta. Estaba sola en las dunas, lo suficientemente cerca del agua para que pudiera detectar a los depredadores apenas bajo la superficie. Y esa comprensión repentinamente la crispó, que bajo las hermosas olas las criaturas prehistóricas se deslizaban, buscando siempre una presa.

Una sonrisa lenta curvó su boca. Comenzaba a dejar que cualquier cosa la asustara. ¿Quién estaría afuera en una noche como esa? El océano rugía, se estrellaba contra las rocas, y enviaba plumas de espuma al cielo. Pero su desasosiego aumentó con la fiereza de la tormenta.

-Quizá sería mejor para ti escuchar a tu compañero y estar a solas dentro de la casa o en el balcón en vez de afuera, bajo una tormenta.

Su burla era irritante, y ella recogió rápidamente otro puñado de arena en desafío. A pesar de eso, a pesar de su determinación, Alexandria sintió un peso opresivo en su pecho, y ansiosamente escudriñó el cielo, tratando de permanecer lo suficientemente tranquila como para sentir sus alrededores, detectar otra presencia. Repentinamente, sin ninguna razón concreta, estaba segura de que no estaba sola, y que lo que fuera que la acechaba era malo.

-Lárgate de ahí- ordenó Aidan. Su voz era fría y determinada, y como respuesta a la fuerza creciente de sus instintos, ella sintió que él se había elevado por el aire.

Se levantó, sus ojos investigando el área circundante. El viento tiró de su pelo, batiéndolo a través de su cara. Apartó las hebras largas y vio a un hombre balanceándose a gran altura en el acantilado. El viento era cruel, y podía ver que él estaba en problemas, el borde del terraplén desmoronándose bajo su peso. Alexandria gritó y comenzó a correr, instintivamente extendiendo la mano como si en cierta forma pudiera impedir su caída.

¿Cómo podía no haberlo visto antes? ¿Sentir su presencia? ¿Por qué había estado tan egoístamente segura de que era ella quien estaba en peligro? ¿Cuánto tiempo había permanecido el hombre allí?

-¿Qué es, cara?

La voz de Aidan era calma y tranquilizadora, y estaba más cerca ahora, lo que era reconfortante.

Ella se aferró a él como a un salvavidas.

-Un hombre en los acantilados está cayendo.

Si sólo no hubiera perdido el tiempo sintiendo lástima por sí misma, en lo que se había convertido, podría haberlo salvado. Debería haber aprendido de Aidan todo lo que él pudiera enseñarle. Podría haberse movido con su velocidad enceguecedora y haber atrapado al hombre antes de que cayera sobre las rocas dentadas debajo.

-Ya estoy llegando. ¡Mantente lejos de él!

Fue una orden, pero una que ella no podría obedecer. Aunque tuviera pocas esperanzas de salvar al desconocido, tenía que hacer un intento. Corrió descalza sobre la arena mojada, su mirada fija en el acantilado. Por un momento, pensó que el mundo se hacía más oscuro. Luego una ráfaga de relámpagos bailó y crepitó, y una bola de fuego explotó a través de la

noche, yendo directamente hacia el hombre.

Alexandria gritó mientras él daba volteretas hacia adelante, cayendo en cámara lenta, un descenso torturante de cuarenta pies o más. El viento llevó su grito hasta su cara como una bofetada. Estaba todavía demasiado lejos y era demasiado tarde, pero corrió de todos modos. Sin previo aviso, mientras corría, golpeó algo invisible. El impacto la tiró al suelo.

Con el corazón palpitando rápidamente, se incorporó, apartando de un empujón la maraña salvaje y batida por viento de su pelo. No vio ningún obstáculo, el impacto no había dolido, pero cuando extendió la mano, encontró algo sólido.

-¿Cómo has podido hacerlo, Aidan?

Estaba asombrada de que él pudiera detenerla así, impidiendo que fuera en auxilio del desconocido. Lentamente se puso de pie, estremecida.

La niebla se plegó velozmente desde el mar, empujada por los vientos salvajes. Lejos de ella, al otro lado de la barrera invisible, un hombre comenzó a materializarse. Al principio brillaba tenuemente, translúcido, pero luego se solidificó más, convirtiéndose en un ser oscuro y lleno de sombras. Era alto, como Aidan, con los mismos músculos tensos. Su pelo era tan negro como la noche, largo y atado con una correa de cuero en la nuca. Su cara era bella, su boca al mismo tiempo sensual y cruel, su mandíbula fuerte. Pero fueron sus ojos los que capturaron su atención. Eran pálidos, casi iluminados por sí mismos, con una brillantez de mercurio imposible de ignorar.

Alexandria tuvo repentinamente mucho miedo. Aidan exudaba poder, pero ese hombre *era* el poder. Nadie, nada, podría derrotar a tal criatura. Estaba segura de que no era humano. Una mano avanzó a rastras protectoramente hacia su garganta.

El desconocido ondeó una mano casi casualmente, y la barrera desapareció en un instante. Ella nunca había visto la obstrucción, pero ahora sabía que no existía, que nada había entre ellos excepto aire. Estaba aterrorizada, por sí misma y por Aidan.

-Tú eres la mujer de Aidan. Su *compañera.* ¿Dónde está él que te permite vagar sin protección?

Su voz era el sonido más hipnótico y urgente que ella alguna vez había oído. Tan puro. Tan tentador. Nadie podría resistirse a esa voz suave y musical. Si él le dijera que se tirara en el océano sombrío, lo haría. Ella curvó sus dedos en puños apretados.

-¿Quién eres tú?- preguntó. Silenciosamente, ella advirtió*-: Aidan, ten cuidado. Hay otro aquí. Él sabe que estoy contigo, que soy tu compañera-.* Hizo un intento para no permitir que el estremecimiento que se había apoderado de su cuerpo se trasluciera en su voz.

-Míralo, piccola. No tengas miedo. Estoy cerca. Yo veré lo que ves tú. Conserva tu mente abierta.

Como siempre, Aidan sonó calmado y en el control.

La boca seductora del desconocido se curvó, pero no hubo calor en la plata mordaz de sus ojos.

-Estás hablándole. Bien. Estoy seguro de que él me puede ver ahora. Pero es un tonto por permitir que sus sentimientos hacia ti lo cieguen para con sus deberes.

La barbilla de la joven se levantó.

-¿Quién eres tú?- repitió.

-Soy Gregori, el Oscuro. Quizá él te haya hablado de mí.

-Él es el más sabio, el más poderoso de toda nuestra especie- confirmó Aidan. Estaba muy cerca-. *Es el más grande sanador que nuestra casta alguna vez ha conocido y mi maestro. Es también un amo de la destrucción y el guardaespaldas de nuestro Príncipe.*

-Me aterroriza.

-Él aterroriza a todo el mundo. Sólo Mikhail, el Príncipe de nuestro pueblo, lo conoce bien.

-Confío en que Aidan tenga buenas cosas que decir acerca de mí.

Él estaba de cara a ella, esos ojos brillantes investigando directamente su alma, pero Alexandria tuvo el presentimiento de que su atención estaba en otro sitio. Su voz era tan pura,

tan perfecta, que quiso que él siguiera hablando.

Una ráfaga de viento revolvió un remolino vertiginoso de arena que dio vueltas hasta envolver a Alexandria, empujándola hacia atrás. Cuando finalmente recobró el equilibrio y se destapó los ojos, Aidan estaba directamente frente a ella.

-Muy impresionante, Aidan- dijo el desconocido con una huella de satisfacción.

-No he visto a nadie de mi gente por largos años- dijo Aidan suavemente-. Estoy encantado de que seas tú, Gregori.

-¿Usas ahora a tu mujer como cebo?-. El tono fue suave, pero la reprimenda clara.

Alexandria se irritó, furiosa de que ese hombre tratara de hacer a Aidan sentirse culpable por su independencia. Los dedos de Aidan encontraron su muñeca detrás de él sin mirarla, cerrándose alrededor de ella como una cadena.

-No lo hagas- advirtió él. Ella se apaciguó inmediatamente, sintiendo el espeso peligro en el aire.

-Aquel, ese traidor de nuestra gente- Gregori inclinó la cabeza hacia el hombre que yacía todavía en las rocas donde había caído-. Él trató de tomarla.

-No podría haberlo hecho- dijo Aidan suavemente.

Gregori asintió con la cabeza.

-Creo que es verdad. A pesar de eso, ella toma riesgos que no deberían serle permitidos-. Una red de venas blancas iridiscentes encendió el cielo, sostenida, brillante, en un despliegue poderoso. El relámpago lanzó una sombra peculiar a través de la cara oscura, bien parecida y de los ojos de plata relampagueante, haciendo a Gregori verse al mismo tiempo cruel y hambriento.

Los dedos alrededor de la muñeca de Alexandria se apretaron aún más.

-No te muevas, no hables, cueste lo que cueste- la alertó Aidan suavemente en su mente-. Gracias por tu ayuda, Gregori- dijo en voz alta, su voz afectuosa y sincera-. Ésta es mi *compañera*, Alexandria. Es nueva para nuestra gente y no sabe nada de nuestras costumbres. Ambos consideraríamos un gran honor si nos acompañas de regreso a nuestra casa y nos das las noticias de nuestra tierra natal.

-¿Estás loco? - protestó Alexandria silenciosamente, horrorizada. Sería como llevar a casa un animal salvaje. Un tigre. Algo muy letal.

Gregori inclinó su cabeza ante la presentación, pero la negativa de unirse a ellos fue cristalina en sus ojos de plata.

-Sería imprudente de mi parte quedarme bajo tu techo. Podría ser un tigre enjaulado, inconfiable, imprevisible-. Sus ojos pálidos titilaron sobre Alexandria, y ella tuvo la impresión de que él se reía de ella. Luego volvió su atención otra vez a Aidan-. Necesito pedirte un favor.

Aidan sabía de qué hablaría Gregori, y negó con la cabeza.

-No lo hagas, Gregori. Eres mi amigo. No me pidas lo que no puedo hacer.

Alexandria sintió el pesar de Aidan, su desasosiego. Su mente era una confusión de emociones, y el miedo se destacaba entre ellas.

Los ojos de plata relampaguearon y ardieron.

-Harás lo que debes hacer, Aidan, tal como he hecho yo por más de mil años. He venido aquí a esperar por mi *compañera.* Ella llegará dentro de unos pocos meses para hacer un show, una función de magia. San Francisco está en su itinerario. Tengo la intención de establecer una casa a gran altura en las montañas, lejos de tu hogar. Necesito lo salvaje, las alturas, y debo estar solo. Estoy cerca del fin, Aidan. La cacería, la matanza, es todo lo que tengo-. Él ondeó una mano, y las olas del océano brincaron en respuesta-. No estoy seguro de si puedo esperar hasta que ella venga. Estoy demasiado cerca. El demonio casi me ha consumido-. No hubo cambios en la pureza dulce de su voz.

-Ve a ella. Envía por ella. Llámala-. Aidan frotó su frente con agitación, y su trastorno obvio alarmó a Alexandria más que cualquier otra cosa. Nada, nunca, parecía alterar a Aidan-. ¿Dónde está ella? ¿Quién es?

-Ella es la hija de Mikhail y Raven. Pero Raven no la preparó para lo que sucedería en el día de la reclamación. Ella tenía dieciocho años. Cuando fui a ella, estaba tan llena de miedo que encontré que no podía ser el monstruo que necesitaba ser para reclamarla en contra de su voluntad. No la presioné. Me prometí solemnemente permitirle cinco años de libertad. Después de todo, unirse a mí será como asociarse con un tigre, no exactamente el más placentero de los destinos.

-Tú ya no puedes esperar-. Alexandria nunca había oído a Aidan tan agitado. Lo rozó con el pulgar en una diminuta caricia a través de su muñeca para recordarle que no tendría que encarar el futuro solo.

-Hice una promesa, y la mantendré. Una vez que ella se una a mí para toda la eternidad, su vida no será fácil, así que huye de sí misma tanto como de mí-. La voz de Gregori era tan bella, tan clara. No había huella de amargura, ningún arrepentimiento.

-¿Sabe lo que tú sufres?

Los ojos de plata brillaron intermitentemente ante la implicación del egoísmo de su *compañera.*

-Ella no sabe nada. Ésta fue mi decisión, mi regalo para ella. El favor que pido es que no me caces solo, si algo así se vuelve necesario. Necesitarás a Julian. Él es de la oscuridad.

-Julian es como yo- protestó Aidan instantáneamente.

-No, Aidan- corrigió Gregori en su voz hipnótica-. Julian es como yo. Es por eso que sale a buscar los radios de acción altos, por qué está siempre solo. Es como yo, y te ayudará a derrotarme si hay necesidad.

-Ve a ella, Gregori- imploró Aidan.

Gregori negó con la cabeza.

-No puedo. Prométeme que harás lo que te pido. No tratarás de cazarme sin Julian.

-Nunca sería tan tonto en lo que se refiere a cazar al lobo más astuto sin la ayuda de otro. Permanece fuerte, Gregori-. Hubo pesar real en la voz de Aidan.

-Me mantendré fuerte mientras sea capaz- contestó Gregori-, pero en la espera hay mucho peligro. Seré incapaz de destruirme a mí mismo antes de que sea demasiado tarde. Estaré demasiado lejos. Tú lo entiendes, Aidan. La carga de esta decisión podría caer en tus hombros, y por eso, pido tu perdón. Siempre pensé que sería Mikhail, pero ella está aquí, en los Estados Unidos. Y ella estará aquí, en San Francisco, cuando mi promesa termine.

Aidan asintió con la cabeza, pero Alexandria podía sentir las lágrimas ardiendo en su mente, en su corazón. Se esforzó en consolarlo, enviarle su calor, pero permaneció tan quieta como él le había pedido, no entendiendo del todo qué estaba diciendo Gregori, pero sabiendo que era grave.

-Atenderé a éste, destruiré toda prueba de su existencia-. Gregori gesticuló hacia el cuerpo al pie del acantilado-. Pero, Aidan, él no estaba solo. Había otro. Pensé que sería mejor quedarme y proteger a tu *compañera* antes que seguir su pista. Tan cerca de *transformarme*, no quise arriesgar dos presas en una sola tarde-. La voz suave y musical podría haber estado discutiendo sobre el clima.

-Gregori, te agradezco por la advertencia y la ayuda. No necesitas preocuparte sobre el traidor. Ese es mi trabajo, aunque admito que he estado atendiendo otras cosas recientemente antes que cazar.

-Como debe ser- reconoció Gregori con una sonrisa suave-. Una *compañera* está siempre en primer lugar.

-¿Por qué temes que la tuya no tendrá una vida fácil?- preguntó Aidan.

-He cazado demasiado tiempo para detenerme alguna vez. Estoy acostumbrado a mi propia forma de hacer las cosas. He esperado demasiado tiempo, he peleado demasiado duro, y he sufrido con exceso para permitirle a ella la libertad que deseará. Su vida nunca será suya, solamente lo que yo haga con ella.

Aidan sonrió entonces, y Alexandria lo podía sentir relajarse.

-Si hiciste lo que has dicho, anteponerla a tu propia comodidad, no tendrás alternativa

excepto permitir su libertad.

-No soy como Mikhail o Jacques o, como parece, tú. Intentaré que su seguridad sea lo primero de todo-. La voz de Gregori contuvo un filo de acero.

Aidan respondió con una sonrisa, la risa rebalsándose de sus ojos dorados.

-Sólo puedo esperar tener la posibilidad de verte, Gregori, bajo el hechizo de tu mujer. Debes prometer que la traerás para conocernos un día.

-No si termino como tú o Mikhail. No destruiré mi peligrosa reputación de tal manera-. Un indicio de humor pareció iluminarlo y luego desapareció rápidamente, como si el viento lo hubiera llevado lejos.

-Me ocuparé del vampiro- dijo Aidan-. Deberías evitar enfrentar la muerte.

-Lo maté desde lejos. Tú lo encontrarás… inquietante- advirtió Gregori.

-Eres aun más poderoso de lo que recuerdo.

-He adquirido muchos conocimientos en estos años- concedió Gregori. Sus ojos pálidos descansaron atentamente sobre la cara de Aidan-. Encontrarás a tu hermano muy cambiado también. Es un aprendiz rápido, y sin miedo de avanzar demasiado en las sombras. Traté de advertirle el costo, pero no escucha.

Aidan negó con la cabeza.

-Julian siempre dijo que las reglas estaban hechas para ser rotas. Siempre ha seguido su propio camino. Pero te respetaba. Fuiste la única influencia real en su vida, tal vez el único a quien alguna vez escucha.

Gregori negó con la cabeza.

-Él no podría escuchar más. El viento, las montañas, los lugares apartados lo llaman. No esperaba poder detenerlo. Él tenía oscuridad dentro, y nada podría llenarlo.

-Tú lo llamas oscuridad. Pero fue esa cualidad en ti la que te hizo abrir el mundo para nosotros. Te hizo salir a buscar las técnicas curativas que me has enseñado, a mí y a los otros. Te permitió realizar los milagros que has realizado para nuestra gente. Has hecho lo mismo por Julian- contestó Aidan suavemente.

Los ojos de plata palidecieron hasta volverse de acero. Fríos. Desolados. Vacíos.

-Nos dirigió a ambos a cosas que nunca deberían haber sido aprendidas. Con la adquisición de conocimiento viene el poder, Aidan. Pero sin reglas, sin emociones, sin un concepto de lo que es correcto o equivocado, es demasiado fácil abusar de ese poder.

-Toda la Raza de los Cárpatos se da cuenta de eso, Gregori- discutió Aidan-. Tú, más que la mayoría, conoces el concepto del bien y el mal. Y así también lo hace Julian. ¿Por qué has soportado, resistiendo incólume, cuando los otros se han *transformado*? Luchaste por la justicia, por nuestro pueblo. Tienes un código, y siempre has vivido con él, como estás haciendo ahora. Dices que no tienes ningún sentimiento, ¿pero qué hay de la compasión que sentiste por tu *compañera* cuando ella estaba tan asustada? No puedes *transformarte*. Cada momento es una eternidad para ti, lo sé, pero tienes en perspectiva un fin.

El frío de los ojos de Gregori pareció traspasar a Aidan con una estaca, pero el hombre más joven no se sobresaltó. Sostuvo la mirada de Gregori hasta que Alexandria pudo haber jurado que vio un parpadeo de fuego, una llama, brotando de uno al otro. La boca dura de Gregori se suavizó ligeramente.

-Has aprendido bien, Aidan. Eres una persona que cura al mismo tiempo el cuerpo y la mente.

Aidan inclinó su cabeza en reconocimiento por el cumplido. El viento aullaba, las olas se estrellaban, y Gregori le lanzó a sí mismo a la oscuridad, agitando las nubes. Una forma negra se esparció a través del cielo, una sombra ominosa que oscurecía el firmamento, y luego se movió hacia el norte y se desvaneció como si nunca hubiera existido, llevándose la tormenta con él.

Aidan se hundió en la arena, su cabeza inclinada, sus hombros estremeciéndose como si tratara de controlar alguna gran emoción que lo había sobrecogido. Alexandria rodeó la cabeza varonil con sus brazos. Podía sentir los sollozos rasgando su garganta y su pecho,

pero él no produjo ningún sonido. Sólo una única lágrima, roja como la sangre, señaló su gran pesar.

-Siento pena, *cara,* porque él es un gran hombre, uno que nuestra gente no puede darse el lujo de perder. Podía sentir su desolación, el demonio interior esperando devorarlo. Pero tener que honrar mi promesa, tener que cazarlo…- él negó con la cabeza-. Es tan mal pago a alguien que ha dedicado su vida a nuestra gente, a nuestro Príncipe.

La respiración de Alexandria había quedado atrapada en su garganta. Había pensado que Aidan era invencible. Capaz, incluso, de cazar a los vampiros y triunfar sobre su poder maligno. Pero Gregori era diferente. Incluso con dos Cazadores como Aidan, no parecía posible que pudiera ser derrotado.

-¿No puedes contactar tú a esa mujer, la que lo podría salvar?

Aidan negó con la cabeza con pesar.

-Él continuaría honrando su promesa, y su presencia sólo empeoraría las cosas.

Ella tocó su pelo con dedos suaves y cariñosos.

-Como yo lo empeoré para ti-. Ella frotó su barbilla pensativamente contra su pelo-. Puedo entender que la chica tenga miedo. Tú me asustaste. Todavía lo haces. Pero Gregori… él aterra. Nunca querría estar atada a un ser como él. Y ella es sólo una niña.

-¿Por qué todavía me tienes miedo?-. Aidan levantó su cabeza y tocó su cara reverentemente con la punta de sus dedos, con una ternura que hizo que su corazón diera un vuelco.

-Tu poder. Tu intensidad. Puede que cuando me enseñes algunas cosas, no esté tan nerviosa, pero ahora parece que tienes más poder que el que cualquier persona debería esgrimir.

-Tu mente tiene los mismos poderes que la mía. Simplemente tienes que pensar en lo que quieres, Alexandria. Si deseas volar, simplemente mantienes la imagen en tu mente, y tu cuerpo se aligera y flotas.

Su brazo rodeó su cintura, y se levantaron lentamente en el aire.

-Fusiónate conmigo. Velo por ti misma. No hay necesidad de temerme nunca-. Él los colocó amablemente de vuelta a la Tierra.

-Dime acerca del 'reclamo' del que él habló. ¿Qué quiso decir? ¿Y quién es Mikhail?

-Mikhail es el más viejo de nuestro pueblo, nuestro Príncipe. Nos ha dirigido por siglos. Gregori es sólo un cuarto de siglo más joven, lo que en nuestros términos, los hace casi de la misma edad. Nuestra gente ha sido acosada durante años, obligada a ocultarse, y muchos fueron masacrados. Nuestras mujeres se han vuelto tan pocas, que los varones no pueden encontrar *compañeras* que iluminen su oscuridad, y más y más cada vez se *transforman* en vampiros. Aunque nadie lo ha descubierto aún, los pocos niños que nacen entre nosotros son siempre varones, y la mayoría no sobrevive al primer año de vida. Esas mujeres que dan a luz y pierden al niño se desaniman y se rehúsan a hacer un intento después de un tiempo. Así que el hombre sin *compañera* se pierde, sin esperanza. O da la bienvenida al amanecer y perece, o sucumbe al demonio interior, y se convierte en vampiro, un verdadero depredador.

-Qué terrible- trató de decir ella, el pesar llenando su mente y su corazón.

-Mikhail y Gregori han estado tratando de encontrar una forma de evitar lo inevitable, la extinción de nuestra raza. Descubrieron que un grupo de mujeres humanas poseen habilidades psíquicas y son capaces de unirse químicamente con nuestros varones.

-Como yo.

Él asintió con la cabeza.

-No encontrabas a los hombres humanos físicamente atractivos. Por alguna razón, no naciste dentro de nuestra raza, pero fuiste concebida para mí específicamente. Tu cuerpo y el mío tienen la necesidad de ser uno. Tu corazón y alma son la otra mitad de la mía. Mikhail y Gregori creen que esas mujeres psíquicas de descendencia humana son capaces de producir descendientes hembras, y que esos niños también serán capaces de reproducirse, o al menos es más probable que produzcan niñas. Así que ves por qué eres tan apreciada.

-¿Qué es el reclamo?

Aidan dejó escapar su respiración lentamente.

-Alexandria… - hubo vacilación en su voz.

Ella se alejó de él, la barbilla en alto.

-Adivino que hay una parte que no me has dicho. ¿Debo esperar a tener un bebé? ¿Una chica? ¿Cuáles son las probabilidades de que mi niña sobreviva?

Él extendió la mano, enmarcando su cara.

-No te quiero para que seas una procreadora para mi raza, *piccola*. Te quiero sólo para mí. No sé las probabilidades de que nuestros niños sobrevivan. Como tú, sólo puedo rezar. Tendremos que cruzar ese puente cuando lleguemos a él.

-Si tenemos una niña, si sobrevive el primer año y crece, ¿qué ocurrirá entonces?-. Sus ojos de color zafiro sostuvieron los dorados.

-Todas las hijas son reclamadas en su decimoctavo cumpleaños. Los varones vienen de todas partes para encontrar a la muchacha. Si la química es correcta, entonces ella es reclamada por el varón.

-Eso es barbárico. Como un mercado de carne. Ella no tiene la oportunidad de vivir otro tipo de vida por sí misma-. Alexandria se escandalizó.

-Las mujeres de la Raza de los Cárpatos se educan sabiendo que sostienen el destino de su *compañero* en sus manos. Es su derecho de nacimiento, como dar a luz a los niños.

-No es extraño que la pobre chica se escapara. ¿Puedes imaginar tú encarar una vida con ese hombre a una edad tan temprana? ¿Qué tan viejo es? Para ella, debe parecer antiquísimo. Es un hombre, por el amor de Dios, no un niño. Es difícil y probablemente cruel, y evidentemente sabe más acerca de cada tema bajo el sol que cualquier persona viva.

-¿Qué tan viejo piensas tú que soy, Alexandria?- preguntó Aidan suavemente-. He vivido durante ochocientos años, y estás irrevocablemente atada a mí. ¿Es eso un destino tan terrible?

Por un momento sólo hubo silencio. Luego ella le sonrió.

-Pregúntame otra vez en cien años. Te lo diré entonces.

Sus ojos ardieron en un oro líquido, derretidos, eróticos.

-Vuelve a casa, *cara mia*. Terminaré mi trabajo aquí y me uniré a ti.

-Traje el coche- dijo ella-. Cuando mi Volkswagen no arrancó, tomé esa pequeña cosa deportiva que nadie usa. Stefan dijo que estaría bien.

-Ya lo sabía, y no oíste ninguna queja. No hay ningún lugar a donde vayas y ninguna cosa que hagas que yo no sepa. Somos uno, *piccola*-. Él desgreñó su pelo como si ella fuera una niña porque su cuerpo comenzaba a hacer demandas, y los restos de un vampiro estaban a unas pocas yardas de distancia-. Conduce a casa, y te encontraré allí.

Mientras él la guiaba al coche, ella se ajustó bajo su hombro para que su cuerpo la abrigara. Alexandria se avergonzó de sí misma por gustarle el sentimiento que eso le daba. Estaba decidida a aferrarse a su independencia con ambas manos, especialmente en vista de lo que él había dicho que podría ser el destino de su hija. Tenía que ser lo suficientemente fuerte para hacer frente a Aidan, si quería una hija que pudiera escoger su propio camino. Tuvo el presentimiento de que los varones de la Raza de los Cárpatos nunca habían comprendido el movimiento de liberación de las mujeres del siglo veinte.

Aidan observó las luces traseras del pequeño coche desaparecer en una curva hasta la carretera principal. Apartó de un empujón su melena gruesa de pelo y empezó a encarar el sangriento espectáculo en las rocas. Varias semanas atrás, cinco vampiros habían llegado al área. Se habían movido a través de los Estados Unidos en una juerga aniquiladora, creyendo que ninguno de los Cazadores los seguiría desde su tierra natal. A pesar de todo, era sabido entre su gente que Aidan Savage residía en San Francisco. ¿Por qué entonces habrían decidido ir allí, tomar un riesgo semejante? ¿Era porque la mujer de Gregori estaba por llegar? Faltaban meses para eso. ¿Qué entonces? ¿Qué había llevado a los vampiros a uno de los pocos lugares en los Estados Unidos donde residía uno de los mejores Cazadores?

Atravesó la arena, sus zancadas largas y rápidas. ¿Habían sentido la presencia de Alexandria cuando él todavía no? ¿Estaba algo llevándolos a San Francisco? Sabía que varios renegados habían preferido ir a Nueva Orleáns, porque la ciudad tenía reputación por su depravación, y ser la capital de los delitos de homicidio de los Estados Unidos. Los Ángeles también los atraía porque su violencia frecuente escondería sus maniobras. Él cazaba también en esos sitios, sin embargo, cuando sabía de sus actividades.

Cuando alcanzó el cuerpo del vampiro, que encontró ennegrecido y chamuscado, el pelo le ardía a fuego lento. Emitía el hedor inconfundible del mal. Si eso había acechado a Alexandria, sin duda su casa estaba siendo observada. Contempló el cielo nocturno y envió su desafío. Las nubes corrieron a toda velocidad, oscuras y ominosas, presagiando la venganza.

-Ven por mí. Viniste a mi ciudad, buscando mi casa, mi familia. Te estoy esperando.

El viento arrastró sus palabras a la ciudad, y en alguna parte, lejos, como un trueno distante, un bramido de cólera le contestó, el ladrido frenético de los perros sumándose al estrépito.

Sus dientes blancos brillaron como los de un depredador mientras Aidan enviaba su risa silenciosa encontrando su camino hasta su adversario. Hecho el desafío, se inclinó sobre lo que quedaba del vampiro. Aunque había pasado mucho tiempo con Gregori, nunca había visto algo como eso antes. El pecho del vampiro había estallado, pero su sangre contaminada no se había derramado porque la herida había sido cauterizada por la explosión. El corazón se había vuelto negro, un cúmulo de cenizas inservibles. Negó con la cabeza. Gregori estaba en su ánimo más letal.

Aidan se apartó de la abominación con un sentido de tristeza e impotencia. Había conocido a esa criatura caída, había crecido con él. Ese hombre era cerca de doscientos años más joven que él, pero ya se había *transformado*. ¿Por qué? ¿Por qué algunos de ellos resistían y algunos cedían tan rápidamente? ¿Tendría algo que ver con la fuerza de voluntad de los que resistían? ¿Una pérdida de fe en esos que se *transformaban*? Mikhail y Gregori luchaban interminablemente para llevar esperanza a su raza, pero ese hombre era la prueba de que no tenían éxito. Muchos de ellos se volvían vampiros, y el número aumentaba con cada siglo que pasaba. No era extraño que Gregori estuviera cansado de cazar, de pelear contra el demonio que residía siempre dentro de él. ¿Cómo cazaba uno a los antiguos amigos, siglo tras siglo, sin volverse tan desesperado como aquellos a los que perseguía?

Aidan tenía que ir a casa. Necesitaba los brazos de Alexandria alrededor. Necesitaba su calor y compasión. Necesitaba su cuerpo caliente alrededor del suyo, diciéndole que estaba vivo y no se había vuelto malvado. Pero había dado muerte a muchos de su clase, esos que se habían *transformado*, los que había cazado, y que había conocido.

-Aidan, vuelve a casa junto a mí. No eres letal. Eres tierno y amable. Mírate con Joshua. Con Marie Y Stefan. Gregori te ha puesto melancólico.

-Tantos de mi gente se pierden- se acongojó.

-Entonces más razón para pelear, para seguir. Hay esperanza. ¿No nos encontramos nosotros? Los otros lo harán también.

Ella le envió una imagen de sí misma, de su suéter flotando hacia el suelo del baño del tercer piso, la suite principal húmeda y caliente del jacuzzi.

Él empezó a reír suavemente, su espíritu levantándose tan rápidamente como había caído. Alexandria lo estaba esperando, sexy y dulce. La luz para su oscuridad, un faro para guiarlo a casa.

-Eso no es todo lo que soy-. Su voz era provocativa. Un trozo de encaje flotó hacia el suelo y llenó su mente. Sus pechos estaban desnudos, llenos, tentadores. Ella sonreía, la invitación de una sirena*-. Me mantienes esperando*.

-Muéstrame.

Manteniendo la imagen en su mente, él quitó el cadáver lleno de cicatrices y comenzó a construir la intensidad de la tormenta.

La mano femenina llegó a sus pantalones vaqueros. Con lentitud infinita, ella deslizó cada botón de su ojal. La respiración de Aidan quedó atrapada en su garganta mientras ella enganchaba los pulgares en la pretina y hacía avanzar poco a poco el tejido de los vaqueros sobre sus caderas.

-*Ven a casa y mira-.* Había necesidad en su voz, un pequeño anzuelo oculto que provocaba que su sangre se calentara apasionadamente. Él levantó la cara hacia los cielos, convocó a las nubes que formaron remolinos y se oscurecieron a su orden. Como el rugido en su sangre, las olas brincaron y se estrellaron contra la orilla, mojando el acantilado con rocío y espuma. El trueno retumbó ominosamente, y las venas de un relámpago brillaron intermitentemente dentro de las nubes.

-*Ven a mí, Aidan-.* Ella era la tentación. Era la luz mientras él creaba la oscuridad.

El relámpago brilló intermitentemente en el suelo, iluminó la arena con un chaparrón de chispas, con lenguas rojas de llamas que lamían sus mismos pies. Él podía sentirla mover en su mente, su boca en su piel, la sensación borrando el dolor de la muerte de un viejo amigo. Perder tantos de su pueblo casi lo enloquecía.

Aidan levantó una mano más alto y comenzó a recoger las chispas en una bola de fuego. Levantó la cara hacia los vientos salvajes. No podría imaginar nunca hacer eso con Gregori. Aun si pudiera derrotar a Gregori, no podría hacer eso. ¿Cuántas veces Gregori se había visto forzado a cazar a un amigo? ¿Un pariente? ¿Un compañero de juegos de la infancia? ¿Cuántas manchas de ese tipo en el alma podía soportar alguien antes de que no hubiera redención?

-*Estoy a contigo, Aidan-.* La voz de Alexandria fue un aliento de aire fresco, limpio, no tocada por el mal que yacía delante de él-. *Tu alma no es oscura. Puedo verla, puedo sentirla, puedo tocarla con la mía. Lo que haces tú, lo haces por necesidad, no por deseo. Tu amigo lucha por salvarse. Si su alma fuera oscura, no se habría quedado a protegerme. Habría ido tras el segundo vampiro por el gozo de la cacería, de obtener la presa. Pero se quedó, Aidan. Y ha ido a estar solo donde la violencia no pueda tocarlo, donde tiene la posibilidad de esperar hasta cumplir su juramento. Ese voto de por sí debería decirte algo. Él no es vampiro egoísta, ni siquiera está cerca de ello. Él piensa en ella. Termina tu tarea, desagradable como es, y ven de regreso a mí. Piensa en mí.*

-*A menudo tendré que ir a ti con sangre en mis manos.*

Hubo un pequeño silencio*. Luego él sintió el* ligero roce de su mano y se sintió *asombrado* de que ella hubiera extendido la mano hacia él cuando nunca había sido adiestrada. La*s* puntas de sus *dedo*s *se demoraron en s*u mandíbula y acariciaron *su cuello, comunicando ternura.*

-He estado en las man*os de un vampiro, Aidan. Olvidas que conozco* la fealdad de*l mal. No está en ti, como* parece*s pensar. C*azas *porque debes, no por una necesidad de conseguir* presa*s. Quizá algunos de esos que se convirtieron* en vampiros fueron buenos hombres, pero el hombre qu*e* u*na vez conociste hace mucho tiempo desapareció de esta tierra. Quizá Gregori y tú le den* paz.

Aidan permitió que sus palabras limpiaran *el pesar de su mente, el temor y* el *miedo terrible que su misma presencia en su vi*da le había permitido sentir. N*egó con* la cabeza sobre la ironía de ello. N*o había sentido emoción por tantos siglos, y ahora, porque Alexand*ria había entrado en su vida, conoc*ía la carga terrible, el pesar del Cazador.*

Envió la bola de fuego hacia el vampiro muerto, su atención ahora enfocada en su tarea. La bola entró en el pecho arruinado, y ante sus ojos el traidor se ennegreció, marchitándose, convirtiéndose en cenizas sobre la tierra otra vez. Con la mirada fija en las cenizas, levantó el viento con una mano. La bocanada de aire no vino del mar sino de la tierra, esparciendo las cenizas en las olas que las llevarían a un lugar de descanso apropiado. Aidan murmuró un cántico antiguo para limpiarse a sí mismo así como también a su amigo caído. Enderezando los hombros, se mantuvo alto y erguido, y se volvió en dirección a su casa.

Podía oír el sonido del agua, el murmullo de placer de Alexandria mientras entraba en

la bañera. Podía oler su perfume, cautivándolo. Sonriendo, se remontó hacia el aire, sintiendo el movimiento sobre su cuerpo, limpiándolo.

Capítulo Dieciséis

Alexandria estaba sentada en la enorme bañera de mármol, su pelo recogido en un moño, las burbujas rozando su piel como mil dedos diminutos. Aidan hizo una pausa en la puerta, su cara apagada, sus ojos manteniendo las sombras y una expresión triste y obsesiva que ella quiso borrar para siempre.

Cuando había sentido su profundo dolor, perturbada, deliberadamente le había enviado imágenes eróticas, deseando ayudarlo y consolarlo. Desde lejos había sido fácil permitir dar rienda suelta a su imaginación sabiendo que no tenía que mirarlo a la cara. Sin embargo, cuando pensó en su regreso, la timidez inundó su cuerpo al pensar que tendría que confrontar no importaba qué repercusiones sus imágenes vívidas y caprichosas habían creado.

Ahora, sin embargo, ver sus ojos bellos y ensombrecidos conteniendo tanto pesar en sus profundidades, desvaneció cada vestigio de timidez. Haría cualquier cosa para expulsar esa pena.

Aidan estaba tan cansado que sintió que nunca podría moverse otra vez. Sólo podía estar parado en el umbral de la puerta y mirar a Alexandria, incapaz de creer en su fortuna, incapaz de creer que ella estaba realmente con él, para siempre en su vida. ¿Por qué él? ¿Por qué estaba él con la mirada fija en esos enormes ojos de color zafiro que desbordaban de alegría al verlo? ¿Por qué no Gregori, que había dado tanto a su pueblo, que había soportado tanto y perdido demasiado de sí mismo en el proceso? ¿Por qué no Julian, su compañero del alma, su gemelo, tan oscuro y retorcido en su soledad? ¿Por qué los dioses habían preferido favorecerlo a él?

-Porque fuimos hechos el uno para el otro- dijo ella suavemente, leyendo sus pensamientos-. Gregori tiene su *compañera*, Aidan, y él ha elegido darle el tiempo para crecer. Se mantendrá firme; tiene la esperanza para mantenerlo fuerte. Por lo que respecta a tu hermano, lo conozco por tus pensamientos y tus recuerdos. Él tiene tu fuerza, y resistirá siempre si es necesario.

Aidan arrastró una mano indecisa a través de su pelo azotado por el viento. Apoyó su peso contra la jamba de la puerta y simplemente la observó con su mirada dorada. Ella era tan bella, tan valiente. ¿Había hecho él realmente algo en su vida para merecerla, para merecer la felicidad que le había traído, la alegría?

Alexandria negó con la cabeza, una sonrisa lenta curvando su boca, haciendo más hondo el hoyuelo que tanto lo fascinaba.

-Por supuesto que no me mereces. Soy tan buena y valiente y perfecta-. Su sonrisa lo tentaba, francamente sexy, y mientras cambiaba de posición ligeramente bajo las burbujas efervescentes, sus pechos llenos irrumpieron en la superficie, invitándolo con su mirada fija repentinamente caliente.

-Y tan bella. No te olvides de eso- dijo suavemente y se enderezó abruptamente, con sus músculos tensándose.

Ella sintió su corazón saltar ante la anticipación.

-Tal vez. Tú ciertamente me haces sentir bella- inclinó su barbilla, sus ojos de color zafiro sexys y especulativos. Esa mirada hizo que la sangre del hombre burbujeara.

Su mano fue a los botones de su camisa, y lentamente se desabotonó cada uno de ellos, sus ojos manteniendo la mirada de la joven. Ella no apartó los ojos ni pareció asustada. En

lugar de eso, sonrió en una lenta y sexy sonrisa de invitación.

-Tienes en mente algo, *piccola*- murmuró él suavemente, su cuerpo tensándose de anticipación.

Ella se encogió de hombros, un movimiento perezoso que envió ondas a lo largo de la superficie burbujeante del agua.

-Decidí que ahora sería un buen momento para probar alguna de esas fantasías tuyas.

La camisa flotó hacia el piso sin que nadie le prestara atención. Ella tenía ojos sólo para él, un canto urgente en su sangre, un fuego que la arrebataba.

-¿Tengo fantasías?- preguntó él suavemente. Su cuerpo estaba tenso, endurecido y necesitado. Apenas podía hablar, apenas moverse.

Su risa cayó sobre su piel cariñosamente.

-Diría que algunas bastante interesantes. Pero no te entusiasmes demasiado. Vamos a comenzar con algo fácil.

Sus cejas se levantaron mientras él se inclinaba para quitarse los zapatos y los calcetines. Cada uno de sus movimientos fue pausado y perezoso, pero sus ojos estaban derretidos de calor mientras su mirada la devoraba. La respiración de Alexandria quedó atrapada en su garganta. Él se inclinaba, eso era todo, un movimiento casual, cotidiano, pero su cara era tan sensual, su cuerpo tan fluido pero controlado. Ella se mordió el labio, sus pestañas bajando para esconder la oleada repentina de deseo.

-Necesito que me desees, Alexandria- la regañó él suavemente-. Necesito saber que me quieres. No te escondas de mí.

A pesar de sí misma, su boca ya se curvaba en respuesta, sus hoyuelos haciéndose más hondos.

-Es sólo que eres tan hermoso, Aidan.

-Las mujeres son hermosas, los hombres no.

-*Tú* eres hermoso- lo corrigió ella-. Mírate a través de mis ojos-. Era un desafío tentador.

Él lo encontró difícil de resistir. Y había algo sexy en verse a sí mismo de la forma en que ella lo veía. El deseo, la necesidad. El hambre. Sus manos fueron a sus pantalones, empujándolos de sus caderas con una lentitud deliberada que envió un nudo de anticipación ensortijándose a través de ella.

-¿Ves?-. Ella cambió de posición, arrodillándose en la bañera, las burbujas explotando alrededor de su estrecha caja torácica, de sus pechos desnudos y brillantes con gotas de agua. Sus ojos permanecieron en las delgadas caderas masculinas y el miembro duro y prominente mientras él entraba en la bañera, las burbujas formando remolinos alrededor de sus piernas como lenguas diminutas lamiendo su piel.

Alexandria dejó escapar su respiración lentamente. Sus muslos eran columnas firmes y musculosas cubiertas de fino pelo dorado. Las manos femeninas subieron deslizándose por sus pantorrillas, urgiéndolo a acercarse más. Sintió el pequeño temblor que lo recorrió, y ella sonrió tentadoramente.

Las puntas de sus dedos avanzaron lentamente sobre los músculos tallados, y su respiración fue caliente y tentadora a lo largo de su pesada erección.

Aidan cerró los ojos extáticamente a medida que la lengua de Alexandria se movía en una caricia lenta y lánguida sobre su punta de terciopelo. Su musculoso estómago se tensó mientras su boca, apremiante, ardiente y húmeda, se cerraba alrededor de él. Un gemido se rompió en alguna parte en el interior de él. Aidan atrapó su pelo en sus puños, arrastrándola aun más cerca de él, y su cuerpo casi estalló de placer mientras las manos de la joven buscaban sus nalgas y lo urgían a entrar más profundamente en ella. Con su boca apretada alrededor de él y sus pechos suaves presionando contra sus muslos, las burbujas estallando en sus pantorrillas, y su pelo sedoso en sus puños, cada pensamiento fue apartado de su mente hasta que sólo quedó ella con las sensaciones puras.

Los dedos de Alexandria masajearon sus glúteos, presionando duro contra los músculos

pesados, urgiéndolo hacia adelante. Él se movió, un golpe lento, largo, apretando los dientes contra el placer que casi lo consumía. Su boca se movió sobre él, una y otra vez. Sus propias manos sostenían el cabello de ella tan duramente que temió lastimarla, pero no podía controlar la respuesta involuntaria. Su mente buscó la de ella, y encontró excitación, necesidad, un total compartir de su placer. Ella sabía lo que estaba haciendo y lo gozaba, disfrutando de su poder sobre él. Cada pensamiento sensato desapareció, cada cautela, cada preocupación. Existía sólo su cuerpo, su boca, y la percepción de su piel de raso y las burbujas explotando alrededor de ellos. Fuegos artificiales. Terremotos. Un relámpago blanco. Se encontró inexorablemente empujando contra ella, su cabeza hacia atrás, su alegría y su éxtasis no sólo físico sino una parte de su misma alma.

El hambre de Aidan aumentó hasta que las demandas de su raza lo sobrecogieron, insistiendo en que antepusiera el placer de su *compañera* al suyo. Con un gruñido suave y posesivo él la empujó hacia atrás en el agua, su mirada lamiendo su piel desnuda como lava. Ella sólo tuvo tiempo para emitir un único grito inarticulado antes de que su boca estuviese en su garganta, en sus pechos, sus manos por todo su cuerpo. Ella se sentía tan pequeña, tan delicada bajo sus palmas, su piel caliente y resbaladiza por el agua. Él exploró cada centímetro de su cuerpo. Luego sus dedos encontraron la cremosa necesidad por él, y empujó adentro, observando sus ojos, y su cuerpo respondió con una nueva ola de deseo líquido. Él empujó más profundo, su boca en ella ahora, sus dientes raspando sus pechos, su estómago. Podía sentir el fuerte agarre de sus músculos alrededor de él, aterciopelado y caliente. Besó sus caderas, el pequeño lunar que siempre lo volvía loco, luego los levantó a ambos fuera del agua.

Más lento, más lento, repitió su mente, pero su cuerpo tenía otras ideas. Se sentía arder, su misma piel quemándose. Su boca reemplazó los dedos, queriendo llevarla al mismo tono de fiebre que él experimentaba. Ella gimió, el sonido volviéndolo loco. Sabía a miel caliente, picante y adictiva. Él atacó, ardiendo de necesidad, amor y lujuria violenta e insaciable.

Bajo la acometida de su boca, ella se contorsionó, gritando. El agua saltó por encima de los laterales de la bañera. Su cuerpo se tensó, desatado, ola tras ola de sensaciones subiendo vertiginosamente a través de ella. Se aferró a él para sostenerse mientras perdía el control, un paseo terrible y maravilloso que duró para siempre.

Aidan finalmente levantó su cabeza, sus ojos hambrientos, su boca sensual. Acercó su cuerpo hacia el suyo, envolviendo sus piernas delgadas alrededor de su cintura.

-Me vuelves loco, Alexandria. Me pones completamente loco de deseo-. Su voz era ronca, y se presionó contra ella, duro y grueso, empujando tan agresivamente que su cuerpo lentamente se estaba abriendo, dejándolo entrar. La sensación fue exquisita, un ardor lento, un terciopelo caliente tomándola firmemente, tensándola alrededor de él en una fricción casi insoportable. Sus manos inmovilizaron su cintura pequeña, sujetándola firmemente mientras él se sepultaba con lentitud muy profundamente en su funda ardiente y húmeda.

-Mírame, Alexandria. Confirma que soy tu *compañero* y que estarás siempre a mi cuidado- ordenó él suavemente, su mirada dorada sosteniendo la azul, forzando la última intimidad, deseándola por completo, cada pulgada, deseando que se unieran totalmente, cuerpo a cuerpo, mente a mente, alma a alma.

Él comenzó a moverse entonces, un lento empujar de sus caderas, sepultándose profundamente con cada embate. Ella se mordió el labio, las gotas diminutas de sangre hicieron que los colmillos surgieran en su boca. Sus manos la urgieron más cerca aún, para que ella arqueara su cuerpo, su cabeza hacia atrás, su garganta vulnerable y expuesta, sus pechos igualmente invitadores. La lengua masculina tomó el agua de las puntas rosadas y duras y se movió hacia arriba, trazando las curvas llenas hasta que su boca descansó sobre el pulso de su cuello.

Él sintió anticipadamente la fuerte necesidad de su cuerpo, y sus dientes la rozaron amablemente hasta que ella gimió y atrapó su cabeza con ambas manos. La satisfacción brilló en los ojos dorados. Su lengua acarició su pulso mientras su cuerpo se movía en el de ella. Él

empujó sus caderas más y más duro.

-¡Aidan!-. Su grito suave fue una súplica.

-Todavía no, *cara*, todavía no-. Con su gran fuerza él se levantó, llevándola con él, derramando el agua de la bañera. Las piernas de ella rodearon su cuerpo, sus manos alrededor de su cuello, y él empujó más duro todavía, una y otra vez, deseando llenarla por completo.

Sus uñas se incrustaron en sus hombros, un dolor exquisito. Él la apoyó contra la pared para sostenerse mejor, su salvaje movimiento de caderas implacable y frenético. Sus dientes la frotaron, la mordieron. Entonces ella gritó por el dolor penetrante, tan dulce y sensual, a medida que sus colmillos se sepultaban profundamente, reclamando su sangre tan insaciablemente como su cuerpo la reclamaba.

Ella lo había vuelto loco, y su naturaleza depredadora lo dominó, el varón salvaje de su especie, posesivo y dominante, afirmando su unión. Su boca se dedicó a su garganta, tomando su mismo ser como el cuerpo de ella tomaba el suyo, arrastrándolo dentro de ella, apretándose alrededor de él, tensándose y demandando hasta que tuvo que gritar por la intensidad del placer. Las gotitas color rubí cayeron sobre la curva de su pecho, y su lengua siguió la huella.

Alexandria ascendía vertiginosamente a la noche misma. La ferocidad del amor de Aidan debería haberla aterrorizado, pero ella igualó su intensidad, latido a latido, sus puños envueltos en el cabello rubio de él, su cuerpo envuelto alrededor del de él apretadamente, sus gritos amortiguados contra su hombro.

Su grito, ronco de pasión, se elevó a la altura de los cielos, llevado por el viento. Y mientras él la sujetaba, respirando duro, apoyando a los dos contra la pared, a través de la noche llegó una respuesta. De cólera. De furia. Un aullido del viento repentinamente feroz. El sonido los azotó, lleno de odio.

Alexandria, asustada, miró hacia la ventana.

-¿Oíste eso?

Lentamente, a regañadientes, él la bajó a sus pies, su brazo todavía rodeando su cintura.

-Sí, lo oí- admitió ásperamente.

Fuera, las nubes comenzaron a ensombrecerse ominosamente, malignamente. Un granizo del tamaño de puños golpeó el techo y las ventanas. Instintivamente, Aidan la giró, envolviéndola protectoramente por temor a que el hielo atravesara las ventanas y pudiera lastimarla.

-¿Es Gregori?- murmuró ella, recordando el poder impresionante que brotaba del hombre, derramándose de sus mismos poros.

Aidan negó con la cabeza.

-Si Gregori nos quisiera muertos, Alexandria, hace tiempo nos habríamos ido de este mundo. No, es el último del grupo de los *no muertos* que entró en la ciudad, no sé con qué propósito. Con la audición increíble de nuestra raza, supongo que a él no le gustó el goce que compartimos.

-Sonó peligroso- dijo ella-. Como un oso herido.

Aidan levantó la barbilla de la joven, sus ojos dorados moviéndose sobre su cara posesiva y tiernamente.

-*Es* peligroso, *piccola*. Por esto es que debo cazar a los de su clase y ocuparme de que no causen el sufrimiento de la humanidad.

Mirando hacia abajo en su cara respingona, sus labios hinchados y sus mejillas sonrojadas por hacer el amor, no pudo resistirse a inclinar la cabeza hasta la de ella y reclamar su boca con un beso tierno.

-Gracias, *cara,* por librarme de mis demonios particulares.

Ella se hundió de vuelta en la bañera, los chorros a presión ahora silenciosos, y lo contempló con sus ojos enormes.

-¿Puede matarte?

-Supongo, si me descuidara-. Él se sentó frente a ella, el agua levantándose con su peso-

. Pero no me descuidaré, *piccola*, ni por un momento. Mañana por la noche debo cazarlo. Él me está esperando.

-¿Cómo lo sabes?

Él se encogió de hombros casualmente. Podrían haber estado discutiendo sobre el clima.

-Él nunca habría enviado un desafío si no hubiese ideado una trampa. He adquirido una cierta… reputación entre los *no muertos.*

Ella levantó sus rodillas y apoyó la barbilla sobre ellas.

-Desearía que simplemente se fuese, que encontrase otra ciudad para aterrorizar.

Él negó con la cabeza, sus ojos dorados amorosos.

-No, no es verdad que quieras eso. Además, nunca le permitiría matar injustificadamente en ningún lugar cercano. Mi trabajo a menudo implica viajar, tú lo sabes.

-¿Él es el asesino en serie que ha salido en los periódicos recientemente?- adivinó sagazmente.

-Uno de ellos. Los demás están muertos ahora.

Ella retorció sus dedos con agitación.

Aidan atrapó su mano reconfortantemente.

-No te preocupes, Alexandria. Te protegeré de él.

-No es eso. Sé que lo harás. Es sólo que ahora que te conozco, ahora que he conocido a Gregori y sé qué causa que alguien se *transforme* en vampiro, ¿no tengo alguna manera de… curarlos?

Él negó con la cabeza tristemente.

-Sé que sientes tristeza por ellos y por aquéllos de nosotros que deben destruirlos, pero la mayor parte de las veces es una elección consciente de su parte. Y una vez que uno asesina mientras se está alimentando durante la toma de sangre, no hay forma de regresar atrás.

Ella encontró sus ojos de lleno.

-Gregori ha hecho eso.

Su mirada dorada fue repentinamente fría y especulativa.

-Es imposible.

-Sé que lo hizo. Él lo lamenta amargamente, y lo carcome por dentro, pero ha asesinado a un ser malvado usando ese método. Es cierto, Aidan, lo sé. Algunas veces veo cosas en las personas que otros no pueden ver.

-¿Él se ha *transformado*?-. Su voz tuvo una inflexión tranquila, vacía, y permaneció muy quieto mientras aguardaba su respuesta.

Ella negó con la cabeza.

-Él piensa que es malo, sin embargo en su interior hay una tremenda compasión. Pero es peligroso, Aidan. Muy peligroso.

-Los vampiros son expertos en distorsionar la verdad. Son mentirosos consumados. ¿Estás segura de que Gregori no se ha trasformado?

Ella asintió con la cabeza.

-Lo temo. Él se teme. Como dijo, es como un tigre, imprevisible y peligroso. Pero no es malo.

En el exterior, las nubes ennegrecían el cielo gris del amanecer. Aidan sonrió con aire satisfecho y ondeó una mano, e instantáneamente las nubes comenzaron a dispersarse.

-Al vampiro que queda se le ocurre intimidarme con un despliegue de poder, y se lo permito para darle una falsa sensación de seguridad. Pero el amanecer está ante nosotros, y él debe buscar el refugio de la Tierra.

Alexandria se relajó un poco. No le gustaba pensar que el vampiro pudiera estar justamente en el exterior de su ventana, escuchando su conversación.

Aidan negó con la cabeza.

-Si él estuviera tan cerca, *piccola*, lo sabría.

Ella se rió.

-Todavía olvido que puedes leer mis pensamientos. Algunas veces es muy desconcertante.

-Algunas veces puede ser muy interesante-. Sus ojos extraños y brillantes destellaron al mirarla, enviando un sonrojo que se extendió por su cuerpo entero.

-Tu mente también es interesante- concordó ella, una sonrisa curvando su boca-. Tiene todo tipo de ideas sugerentes.

-Apenas comenzamos- dijo él suavemente. Se inclinó hacia ella, ahuecando un pecho en su mano, su pulgar acariciando el pezón duro-. Amo tocarte, y tener la libertad de acariciarte siempre que desee-. La punta de su dedo acarició su garganta, la marca que deliberadamente había dejado en ella.

Ella sintió su contacto a través de su cuerpo entero.

-Deberías ser declarado ilegal, Aidan. ¿Sabes?, todos mis recientes bocetos para los personajes de Thomas Ivan empezaron a parecerse a ti. No podía evitarlo. ¿Piensas que a Thomas le importará?

Sus ojos brillaron intensamente al contemplarla.

-Thomas Ivan es un idiota.

-Sus conceptos son innovadores y populares, y da la casualidad de que es mi jefe- dijo ella firmemente-. Tú simplemente estás celoso.

-Uno más de mis hábitos molestos, sin duda. No tengo la intención de compartirte, Alexandria-. Abruptamente la soltó-. No quiero que otro hombre te toque.

-Trabajar juntos no significa dormir juntos- apuntó ella pacientemente, y con la secreta convicción de que fácilmente rompería incluso la relación de trabajo con Ivan si verdaderamente causaba un desasosiego profundo a Aidan.

-¿Y tú crees que él aceptará eso?

-No tendrá alternativa. Le diré que tú y yo estamos comprometidos. Tendrá que aceptarlo.

-Haré preparativos para casarme contigo mañana por la mañana. Tengo algunas amistades que pueden apresurar la marcha del proceso, y nos ocuparemos de la licencia y de todo lo demás.

Ella se recostó, sus ojos de color zafiro repentinamente escupiendo fuego.

-¿Harás eso? ¿Harás eso?- repitió, incapaz de creer que él realmente las había dicho. En ese momento no se casaría con él aunque fuera el último hombre en la Tierra-. No pediría ningún favor o un compromiso de ti, Aidan. Ni tienes que proteger mi honor.

Él la observaba cuidadosamente, de repente inmóvil.

-Tenemos un compromiso entre nosotros, Alexandria. Somos compañeros para toda la eternidad. Permaneceremos juntos hasta que también juntos decidamos encontrar el sol. Pero tu jefe tan imaginativo y tan idiota no respetaría esa unión, incluso no la entendería. Sin embargo, entenderá la ceremonia humana del matrimonio.

-No entiendo ese asunto del *compañero,* tampoco. A pesar de todo, como Thomas, entiendo el sacramento del matrimonio. No porque me lo hayas preguntado. No porque respetes la institución en la que me criaron creyendo. Encuentro tu actitud sumamente ofensiva, Aidan-. Ella estaba tratando de esconder su dolor de él, pero su cara expresiva, el brillo de sus ojos, la habrían delatado incluso si él no hubiera podido leer sus pensamientos.

Él negó con la cabeza tristemente.

-Compartimos todo, Alexandria, incluyendo nuestros pensamientos. Te he lastimado involuntariamente, y ciertamente no tuve la intención de hacerlo.

Ella se puso de pie, el agua diluviando en su piel.

-Podremos compartir nuestros pensamientos, pero no parecemos entendernos el uno al otro-. Agarrando una toalla, se la enrolló alrededor como un sarong, sus ojos meticulosamente evitando los de él.

-Creo que quizá lo hacemos. A ti te habría gustado que te pidiera que te cases conmigo en la forma humana-. Él extendió la mano, un perezoso ondear de músculos, y sujetó su

tobillo con los dedos, una cadena de acero impidiendo su escape.

El acto extraordinariamente íntimo envió llamas a través de su corriente sanguínea. Alexandria resintió su habilidad para volver su cuerpo un líquido incendiario simplemente con un contacto, apenas con una mirada. Podía sentir la electricidad entre ellos, ver el hambre en su mirada.

Negó con la cabeza.

-No lo hagas, Aidan. Esto es importante. Simplemente no puedes lastimarme cuando quieras y luego hacer el amor conmigo hasta que no pueda pensar correctamente.

Por una vez su expresión cambió. Él se puso de pie tan abruptamente, que ella dio un paso atrás, intimidada por su tamaño.

-No hagas eso, *cara mia*-. Su voz fue una caricia, una súplica-. Nunca me temas. Nunca te lastimaría. Ya somos uno. Pensé que entendías eso. Estás irrevocablemente atada a mí para siempre. Es un lazo mucho más profundo y más firme que una ceremonia de matrimonio. Debo admitir que debería haber pensado en que la ceremonia de matrimonio era importante para ti, pero en mi arrogancia, como perteneces ahora a la Raza de los Cárpatos, creí que te darías cuenta de que estamos ya 'casados', unidos para siempre. Y lo fue desde el momento en que las palabras del antiguo ritual fueron pronunciadas. El rito fue completado cuando compartimos nuestra sangre, nuestros corazones, nuestros cuerpos y almas. Pero sólo las palabras eran irrevocablemente vinculantes. Es la 'ceremonia de matrimonio' de nuestra gente-. Sus brazos la envolvieron y atrajeron el cuerpo que se resistía, tieso-. Perdona la presunción, *cara,* y comprende que quiero casarme contigo en la ceremonia humana porque es importante para ti.

Su voz hipnótica se derramó sobre ella como agua, purificando su resentimiento como si nunca hubiera existido.

Alexandria descansó contra él, presionándose contra su calor.

-Esta vida es tan aterradora, Aidan; quiero que tantas cosas como sean posibles parezcan normales, o sucedan casi como si lo fuesen. Cosas simplemente familiares y sencillas. Puedo manejarlo mejor de ese modo.

-¿Sabes, *piccola*?- bromeó él, acariciando su mejilla con dedos suaves-, los hombres de la Raza de los Cárpatos nunca preguntan a sus consortes. Simplemente las reclaman. ¿Pero quieres que te lo pida formalmente?

Ella frotó su cara contra su pecho.

-Significaría mucho para mí si lo hicieras- admitió.

-Así es que supongo que debería hacer esto bien- dijo él suavemente, tomando su mano y apoyándose en una rodilla-. Alexandria, mi único amor, ¿deseas casarte conmigo mañana por la mañana?

-Sí, Aidan- contestó la joven tímidamente. Luego echó a perder el efecto riéndose-. Pero tenemos que hacer pruebas de sangre. Nadie puede simplemente casarse en un minuto.

Él se levantó.

-Olvidas el poder de persuasión de la mente. Estaremos casados mañana por la mañana. Ahora vístete, cara. Me tientas una vez más-. Sus manos vagaron por su cuerpo delgado para acariciar su trasero.

La sonrisa de Alexandria era ligeramente torcida.

-¿Vas a darme toda clase de problemas con tus costumbres machistas?

Él rió en respuesta.

-Yo pensaba que tú ibas a darme todo género de problemas con tu manera de pensar independiente.

Ella inclinó su barbilla.

-¿Has oído la palabra “compromiso” antes? ¿Comprendes su significado?

Él se veía pensativo, tomándose el tiempo antes de contestar.

-Como yo lo entiendo, *compromiso* quiere decir que tú harás lo que digo tan pronto como lo ordene. ¿Es aproximadamente correcto?

Alexandria empujó la pared sólida de su pecho.

-Ya quisieras, señor Savage. No va a ocurrir nunca.

Él inmovilizó sus brazos a sus lados y acarició con la nariz la parte superior de su cabeza.

-Ya veremos, mi amor. Ya veremos.

Riéndose, Alexandria se apartó de él y comenzó a vestirse. El amanecer iluminaba el cielo, y con él vino el letargo terrible que empezaba a ser familiar para ella. Quería ver a Joshua, hacer que las mañanas fueran normales con su hermano. Vestirlo, alimentarlo, pasar el tiempo con él antes de que se marchase a la escuela.

Aidan le permitió escapar de él, dejándola continuar con sus ilusiones de normalidad mientras fuera posible. Le gustaba verla feliz, y tenía un mal presentimiento acerca del desafío patente del vampiro. La criatura estaba tramando algo. Él era el último que quedaba del grupo que había llegado a la ciudad, aterrorizando a la población y llevando a la policía a una búsqueda sin sentido. El vampiro no era estúpido; habría estudiado a Aidan y sus fuerzas y sus debilidades antes de formular el desafío. ¿Hasta dónde llegaría el *no muerto*?

Se deslizó a través de la casa silenciosamente, registrando cada entrada, cada ventana, y la senda que conducía a la casa. Cada defensa estaba en su posición. La casa era impenetrable, aun con él durmiendo bajo la tierra en su cámara secreta. No, el vampiro no podría atacar la casa. ¿Dónde, entonces?

Él siguió el sonido que producía el cavar de una azada y encontró a Stefan en el enorme huerto. Siempre que estaba alterado o cansado, iba a ese sitio. Cuando Aidan se unió a él, Stefan se apoyó en el azadón y contempló a su jefe firmemente.

-Entonces tú lo sientes también. Tuve problemas para dormir anoche- dijo en su lengua materna, otro signo seguro de su estado de ánimo.

-El vampiro aulló anoche. Una llamada clara para la venganza. Frustré sus planes, no importa cuáles fueron, y ahora el único que queda de los *no muertos* tiene la intención de destruirme. Cómo tratará de hacerlo es lo que no sé.

-Será a través de uno de nosotros- dijo Stefan con tristeza-. Somos tu Talón de Aquiles, Aidan. Siempre lo hemos sido. Él puede hacerte bajar usando a Marie, al niño o a mí. Sabes que lo hará.

Aidan frunció el ceño.

-O a Alexandria. Tengo miedo de su reacción por lo que está por venir.

-Ella es muy fuerte, Aidan, muy valiente. Estará bien. Debes tener fe en tu *compañera* elegida.

Aidan asintió con la cabeza.

-Sé lo que está en su corazón y su mente, pero quiero su felicidad sobre todas las cosas-. Esbozó una sonrisa sin humor-. Recuerdo un tiempo muchos años atrás, en que acudí en ayuda de Mikhail. Él había encontrado a su *compañera*, una mujer humana. Ella era de voluntad muy fuerte, y recuerdo haber pensado que él haría mejor en controlarla, que debería hacer que lo obedeciera en todo para que ella permaneciera segura. No podemos darnos el lujo de perder incluso ni una de nuestras mujeres, lo sabes. Ella era tan extraña para mí, tan diferente a las mujeres de nuestra raza. Ni siquiera se atemorizó de mí, un varón de la Raza de los Cárpatos que ella no conocía. Juré que si encontraba a mi *compañera,* no haría como Mikhail y me inclinaría ante sus deseos. A pesar de todo, ahora no puedo soportar ver dolor en los ojos de Alexandria. Me siento enfermo cuando ella está herida o molesta conmigo.

Una sonrisa se propagó a través de la cara de Stefan.

-Estás enamorado, mi viejo amigo, y esa es la perdición de todos los buenos hombres.

-Incluso Gregori, el Oscuro, permitió a su *compañera* tener libertad por su miedo a él. ¿Cómo encuentra alguien un justo equilibrio entre mantener a una mujer feliz y protegerla al mismo tiempo?- se preguntó Aidan en voz alta.

Stefan se encogió de hombros.

-Ahora estás en el mundo moderno, Aidan. Las mujeres llevan las riendas de sus

propias vidas. Nos hacen partícipes de sus propias decisiones y generalmente nos vuelven locos a todos. Bienvenido al siglo veintiuno.

Aidan negó con la cabeza.

-Ella piensa que va a trabajar con ese loco, Thomas Ivan. Pero sé lo que él quiere hacer con ella.

-Si ella quiere trabajar, Aidan, ¿tienes alguna elección excepto permitírselo?

Los ojos dorados brillaron intensamente.

-Tengo opciones, Stefan. Incluso, siguiendo la ley del mínimo esfuerzo, podría tener una pequeña conversación de mente a mente con el señor Ivan. Estoy seguro de que puedo hacerle ver las cosas a mi manera.

Stefan rió.

-Desearía tener ese talento particular, Aidan. Me vendría bien en algunas de mis transacciones comerciales.

-No permitas a Joshua ir a la escuela hoy. El vampiro, con toda probabilidad, tratará de atacarnos a través de él.

-Estoy de acuerdo- dijo Stefan-. El niño es el más vulnerable.

-Vuelve a usar a Vinnie y Rusty. Mantenlos cerca durante los próximos días- aconsejó Aidan. Miró hacia arriba en el cielo a través de sus anteojos oscuros-. El problema se desatará hoy.

Stefan asintió con la cabeza, de acuerdo.

-Seguiré una estricta vigilancia. No permitiré que el fuego esta vez destruya todo lo que hemos construido-. Él miró hacia abajo, todavía avergonzado de una catástrofe pasada que no había sido su culpa.

Aidan lo golpeó ruidosamente en el hombro.

-Sin ti, Stefan, nadie habría sobrevivido ese día, quizá ni siquiera yo.

Él había estado seguro durmiendo bajo tierra, pero había perdido a su *familia*, lo que había sido devastador. Porque en esa ocasión, tantos años atrás, un vampiro había usado un humano para intentar atraparlos en un incendio, mientras había yacido indefenso bajo la tierra. Después de aquello, él había redoblado sus estudios y sus medidas preventivas, intensificando su poder y sus habilidades. Nunca más volvería a estar desprevenido, incapaz de auxiliar a aquellos que dependían de él.

La risa de Joshua lo alcanzó, y el sonido suave y despreocupado hizo algo en su corazón. El niño lo tocaba en formas que nadie había logrado. Era tan parecido a Alexandria, tan lleno con la alegría de la vida, y tenía los mismos bellos ojos azules.

-Nadie dañará al niño, no mientras yo viva- dijo Stefan firmemente.

Aidan se marchó dando media vuelta. No quería que Stefan, que lo conocía tanto, se percatara de cómo esas palabras lo habían llenado de temor. Con todos sus poderes, Aidan era vulnerable a la luz del sol, y los vampiros usaban enviados humanos, personas serviles, para capitalizar la debilidad que el día les procuraba. Aun con su habilidad para proyectarse durante las horas diurnas, un hecho que pocos de su clase habían logrado, Aidan dejaría a Stefan sin su ayuda física, y Stefan ya no era joven. Aidan no quería perder a su amigo más de lo que quería perder a Joshua.

Joshua explotó de risa en la cocina, sus rizos rubios rebotando.

-¡Ayúdame, Aidan, ella va tras de mí!- gritó mientras iba corriendo hacia ellos.

Stefan dio un paso delante de sus tulipanes premiados, mientras Aidan se deslizó contra una pared de rosas. Atrapó la figura voladora de Joshua con una mano y lo levantó hasta sus hombros.

-¿Quién va tras de ti, joven Joshua?- preguntó, haciéndose el desentendido.

-¡No protejas a ese pequeño bribón!

Alexandria vino corriendo tras su hermano, su pelo rebotando como la cola de un pony, sus ojos de zafiro bailando con travesura.

-¡No creerás lo que el pequeño monstruo ha estado escondiendo bajo su cama!

Joshua se agachó rápidamente detrás del cuello de Aidan.

-¡Huye, Aidan! Ella quiere torturarme con cosquillas, la conozco-. Aidan lo complació, haciendo trotar al niño hacia el refugio del garaje, sabiendo que Alexandria los seguiría.

-¡Ja!- dijo Alexandria, ignorante de que se había puesto bajo el peligro del sol matutino-. Ya desearías que te torture con cosquillas. Voy a hacer algo bastante peor que eso- lo amenazó-. Ponlo en el suelo, Aidan, y déjame tirar de sus orejas.

Joshua se agarró a la melena gruesa de Aidan.

-¡No! Te lo pido, Aidan, debemos mantenernos juntos en esto.

-No sé-. Aidan fingió pensarlo, guiñando el ojo a Stefan mientras se contorsionaba y trataba de proteger a Joshua de los intentos de Alexandria de alcanzar al niño saltando-. Se ve bastante loca. No quiero que vaya tras de mí tampoco-. Él cambió de posición ligeramente, como si realmente pretendiera entregar al niño a su hermana.

Alexandria fingió abalanzarse sobre él, riéndose malvadamente. En el último segundo, Aidan interpuso su cuerpo entre ella y Joshua. Joshua se agarró aun más, gritando agudamente con alarma fingida.

-¡Díselo!- gritó Joshua-. ¡Si no me salvas, Aidan, también caerás conmigo!-. Sus ojos estaban encendidos de diablura.

Alexandria se detuvo en sus pasos y miró furiosamente a Aidan.

-¿Tú eres cómplice en este motín?

Él intentó parecer inocente.

-No tengo idea de por qué el niño trata de acusarme para salvar su propia vida-. Sus ojos dorados reían, desmintiendo sus palabras-. Recuerda, Alexandria, que un hombre diría cualquier cosa para salvar su pellejo.

-¡Ja!- bufó Joshua-. Díselo, Stefan. Fue todo idea de Aidan, y tú ayudaste, ¿no es cierto?

Alexandria confrontó al hombre mayor acusadoramente.

-¿Tú también? ¿Contribuiste a desafiar mis órdenes?-. Ella se puso en jarras-. Y fue una orden.

Los tres varones movieron sus cabezas al unísono, señalando a los demás como niñitos pícaros.

-Lo siento, *cara*-. Aidan aceptó el peso de la culpa en sus hombros anchos-. No pude resistirme a esa pequeña criatura.

-¿*Pequeña*? ¡Tú llamas a eso pequeña! ¡Es un alce!

Stefan sacó pecho.

-No, Alexandria, no fue Aidan. Vi esa cosita pequeña, y la cara del joven Joshua fue tan brillante, que simplemente tuve que traerlo.

-¿Pequeña? ¿Estamos hablando del mismo animal? Ese perro no es pequeño. Es enorme. ¿Le echó alguno de los dos una mirada a las patas de ese animal? ¡Son más grandes que mi cabeza!

Joshua estalló de risa.

-No es cierto, Alex. Es realmente lindo. Vas a dejar que lo conserve, ¿verdad? Tienes que hacerlo. Stefan dice que será un buen perro guardián algún día. Dice que me cuidará y será mi amigo si lo trato bien.

-Y mientras tanto, va a comer como un caballo todos los días-. Alexandria apartó con una mano un mechón de pelo, mientras su sonrisa se desvanecía-. No sé, Josh. Apenas gano suficiente dinero para alimentarnos, y mucho menos para lo que sea esa cosa.

Aidan bajó al niño y rodeó la cintura de Alexandria con un brazo.

-¿Lo has olvidado, *cara*? *Prometiste casarte conmigo.* Creo que puedo cubrir el costo de la comida del perro.

-¿Qué quieres decir, Aidan?- gritó Joshua dando saltos-. ¿Qué quieres decir? ¿Realmente vas a casarte con Alex? ¿Y puedo quedarme con mi perro?

-¿Me venderías por un perro?- demandó Alexandria, cogiendo a Joshua por el cuello

con falsa agresividad.

-No simplemente un perro, Alex, sino por esta casa, y por Stefan y Marie también. Además, no tendrás que trabajar para ese bozo.

-¿Bozo?- Alexandria giró lentamente y contempló a Aidan con sus ojos azules y brillantes-. Ahora, ¿cómo un niñito inocente aprendería una palabra tan descriptiva como esa?

Aidan le sonrió, una sonrisa dulce e inocente que la debería haber hecho reír, pero en lugar de eso, logró que el calor se ensortijara a través de su cuerpo. Levantó la barbilla.

-Eres letal- lo acusó.

Él enmarcó su cara con sus manos grandes y agachó la cabeza lenta, resueltamente.

-Espero que sí- murmuró antes de que su boca reclamara la suya, arrastrándola en su mundo privado.

Pero Alexandria pronto recordó que no estaban solos.

-Santo Cielo- dijo Joshua en un susurro fuerte-. ¿Puedes creer eso, Stefan?

-Nunca había visto semejante exhibición- admitió Stefan.

Capítulo Diecisiete

El sol era extraordinariamente grande en el cielo, brillando de un rojo extraño. Había poco viento, pocas nubes, y el océano mismo estaba tranquilo, la superficie plana como un espejo. Bajo la tierra, un corazón comenzó a palpitar. La tierra tembló, agitada, luego vomitó como un géiser desde la cámara secreta bajo la casa de Aidan.

Él se quedó inmóvil, su cuerpo grande vacío de fuerza. Junto a él, tan silenciosa e inmóvil como la muerte, yacía Alexandria. Los ojos de Aidan se abrieron de golpe, la furia ardiendo en sus profundidades al ver perturbado su sueño. Fuera de la casa, en alguna parte muy cerca, algo maligno acechaba bajo la luz brillante del sol de la tarde tranquila.

Hizo una respiración profunda y cerró los ojos, los brazos cruzados sobre su pecho. Se concentró para enviarse a sí mismo a buscar fuera de su cuerpo, lanzándose al aire. Requería una concentración intensa enfocar la energía para ser incorpóreo, completamente sin forma. Ascendió a través de la cámara y atravesó el pesado escotillón. Pasar a través de los elementos sólidos lo desorientaba, un extraño retorcer de átomos y moléculas, y Aidan mentalmente se estremeció. Había experimentado con ese proceso y a menudo había encontrado muy dificultosa la separación completa del cuerpo y la mente. En las otras formas que él tomaba, su cuerpo era diferente, pero a pesar de todo, lo tenía. Con sólo su mente y alma, sus sentidos parecían alterarse. Los sonidos se distorsionaban extrañamente, como si no tuviera orejas, y realmente no podía tocar nada, pasando directamente a través de las cosas si lo intentaba, causándole una ligera sensación de náuseas. Como no tenía estómago, la náusea era incluso más extraña.

Pero era imperativo permanecer completamente concentrado; era esencial no permitirse a sí mismo inquietarse con las sensaciones no deseadas. Viajó a lo largo del túnel de roca en lo profundo de la tierra. Siempre parecía tan estrecho, sus hombros casi rozando los lados, pero sin su cuerpo el espacio era enorme, evidenciando otra distorsión sensorial.

Atravesó la puerta que conducía al sótano. El mal, oscuro y opresivo, que lo había despertado bajo la tierra, ya llenaba el aire con su hedor.

Aidan siguió a través de la puerta del sótano hacia la cocina de su casa, las vibraciones distorsionadas y los tonos produciendo un efecto desagradable a través de su ser antes de que pudiera identificarlos como risa, la voz musical de Marie, y el tono de Stefan, más profundo que el de Joshua. El conocimiento de que los tres estaban todavía a salvo le dio una cierta comodidad. Lo que fuere que pendía en el aire, lo que acechaba a aquellos a los que amaba,

no había penetrado las defensas de su casa.

El sol resplandecía a través de las ventanas enormes, y Aidan instintivamente se apartó de los rayos. No tenía ojos, ninguna piel que pudiera quemarse, pero sintió la agonía de la sensación arrasarlo con fuerza de todos modos. Cuando cada instinto de supervivencia le gritaba que volviera a la tierra segura, fresca, lejos del ardiente sol, el hedor de mal lo incitó a seguir adelante.

Durante siglos, a menudo había vivido cerca de la humanidad, más que la mayor parte de su especie, pero nunca dejaba de asombrarlo que tuvieran tan pocos sistemas preventivos, o si lo hacían, que los ignoraran completamente. El aire se sentía espeso por el hedor, la perturbación tan grande que había penetrado hasta su cámara debajo de la gruesa tierra, alterando su sueño profundo. Pero Marie cantaba en la sala de estar mientras quitaba el polvo de su colección del jade, y Stefan canturreaba mientras componía un motor en el enorme garaje, una de sus muchas aficiones. Aidan quiso gritarle, advertirle, pero en su absorbente forma de energía deforme, no se atrevió a intentarlo. Se movió a través del garaje de regreso a la casa, dirigiéndose hacia Joshua, en la cocina.

El niño era el blanco obvio de la demencia que atacaría a Alexandria y Aidan. Aidan aceleró su velocidad hacia él, la luz del sol brillante agotando su energía. Su mente se rebeló, sobresaltándose por los rayos ardientes, pero se forzó a sí mismo a atravesar la luz para alcanzar al niño.

Joshua estaba jugando con el perrito, sus ojos bailando, sus rizos rubios rebotando, la viva imagen de la alegría juvenil. No tenía idea que estaba en peligro de muerte.

En el momento en que Aidan los observó, el perro fue a la carrera hacia la puerta, lloriqueando suavemente, y Joshua miró alrededor, buscando a Stefan o Marie, quienes le habían dicho muy claramente que no saliera. Encasquetando una correa al perrito, el chiquillo abrió la puerta y salió precipitadamente al huerto.

El calor del sol estacó la misma alma de Aidan. Se sintió como si estuviera en un asador, tostándose, ardiendo. Siguió al niño de todos modos, apartando el dolor.

-Vamos, Baron- insistió Joshua-. Apúrate-. El niñito miró alrededor otra vez para asegurarse de que estaba solo-. Baron es un nombre tonto, pero Stefan realmente quería que te llamaras así. Dice que te hará noble, cualquier cosa que eso signifique. Le preguntaré a Alexandria. Ella sabe todo. Quería llamarte Alex. Eso la habría hecho reír.

-¡Joshua!-. Vinnie de Marco apareció, su enorme figura amedrentadora, sus brazos cruzados, su cara severa-. ¿No fue a ti a quien se le dieron algunas órdenes? Los soldados van a la corte marcial por menos que esto.

El aire estaba espeso por el hedor ahora. Aidan podía ver que Vinnie se sentía seguro en el huerto mientras bromeaba con el niño, la pared alta alrededor de ellos, el sistema de seguridad en plena potencia. No tenía percepción del peligro que acechaba tan cerca. Vinnie se inclinó para rascar las orejas del perrito.

Una ráfaga de viento, el sonido y el movimiento desplazaron a Aidan, golpeándolo por un lado mientras una masa borrosa brincaba la cerca. Una bestia cubierta de piel, poderosamente musculosa, golpeó a Vinnie en ángulo recto en el pecho, su enorme mandíbula abierta buscando su garganta.

-¡Huye, chiquillo! ¡Entra a la casa!- gritó Vinnie poco antes de que el animal desgarrara carne y tendones. La sangre roció el aire, lloviendo sobre Joshua y el perrito mientras permanecían parados, congelados en el lugar.

El niño dijo una palabra, murmurando suavemente como una plegaria en medio de tanta fealdad.

-Alexandria.

Un segundo animal saltó sobre la pared y se abalanzó sobre Vinnie, y sus colmillos que chorreaban saliva se cerraron sobre su pierna. Con una torsión cruel de su cabeza maciza, rompió audiblemente un hueso, y los gritos de Vinnie llenaron el aire. Rusty llegó a la carrera rodeando una esquina, pistola en mano, pero Joshua estaba en su línea de fuego. Un tercer

animal brotó de la pared a su espalda, y sus dientes lo sujetaron apretadamente por el hombro.

Aidan podía oír a Stefan corriendo, pero supo que el vampiro había tendido su trampa demasiado bien. Las bestias eran prendas de sacrificio. Stefan les disparaba para salvar a los dos hombres de los animales enloquecidos, pero ya entonces el títere humano, inclinándose sobre la pared, había recogido al niño aterrorizado y tirado de él de regreso sobre la pared. El aire reverberó con un disparo, luego Stefan gritó a su esposa.

-¡Llama a una ambulancia, Marie, y sal de aquí ahora! ¡Necesito ayuda!-. Stefan se arrodilló al lado de Vinnie y trató de sujetar lo peor de las heridas que derramaba la vida del hombre sobre la tierra.

-¡Joshua! ¿Dónde está Joshua?- gritó Marie cuando se unió a él.

-No está- comunicó Stefan siniestramente-. Fue capturado-. Los sollozos de Marie se desvanecieron a medida que Aidan seguía al humano y al niño. Joshua fue echado adentro de la cajuela de un coche, y el títere caminó con los movimientos espasmódicos característicos de un trance inducido por un vampiro hasta el asiento del conductor. Aidan flotó a través de la ventana abierta y revoloteó, pero el títere no podía detectar su presencia. El vampiro no podía dirigir el ataque mientras yacía bajo la tierra en las horas del día, pero había implantado sus órdenes en las mentes de sus esclavos antes de buscar la seguridad de su guarida.

El coche se desviaba del camino a lo largo de la carretera sinuosa, el conductor babeando incontroladamente y clavando la mirada distraídamente hacia adelante con la mirada de un poseído.

Aidan se movió, alejándose de la abominación y dirigiéndose dentro de la cajuela. Joshua yacía en un estado de atontamiento, el lado izquierdo de su cara hinchándose, su ojo poniéndose negro. Las lágrimas bajaban rodando hasta su barbilla, pero sus sollozos eran silenciosos.

Aidan se concentró, requiriendo toda su fuerza para comunicarse silenciosamente con el niño*. Joshua, yo estoy aquí contigo. Te haré dormir. Te quedarás dormido hasta que venga por ti. En el momento en que te diga "Alexandria necesita ver tus ojos azules", tú sabrás que es seguro despertarse. Sólo entonces lo harás.* La fuerza de su mente se reducía drásticamente, y tenía tan poca energía durante ese momento terrible del día... También necesitaba lanzar hechizos, los más peligrosos e intrincados que Gregori le había enseñado. Si el vampiro pudiera de alguna manera levantarse antes de que Aidan pudiera regresar junto al niño, le tomaría un tiempo desenredar los hechizos, y Joshua estaría a salvo del daño y el trauma en su sueño.

Aidan tejió sus hechizos a medida que el coche se movía hacia el norte, hacia las montañas... hacia la nueva casa de Gregori, pensó inesperadamente.

No podía ser Gregori. Aidan no lo creía. El vampiro simplemente no tenía ni idea de que Gregori estaba en algún lugar cerca. No era Gregori. Gregori era tan poderoso que no necesitaría los trucos, las bestias, el títere sin discernimiento ejecutando sus órdenes, o incluso al niño. Gregori no necesitaría ayuda. Ése no era Gregori. Aidan se aferró a esa certeza mientras tejía los hechizos. Antiguos, precisos, peligrosos para cualquiera que tratara de dañar al niño.

Cuando acabó, descansó, exhausto. Había hecho todo lo que podía. Una vez que supiera el destino exacto del niño, tenía que encontrar el camino a casa. Temía el viaje bajo el sol brillante; no había ciertamente un dolor como ese, nada más repulsivo para alguien de su especie.

El títere detuvo el coche a la entrada de un viejo cuchitril, un alojamiento para cazadores, con vigas purulentas y demasiado cubierto con vides y arbustos. Aidan supo de inmediato que el vampiro estaba cerca, probablemente bajo las tablas en descomposición del piso. Las ratas corrían alrededor, los centinelas para el *no muerto*. La marioneta andante, el acólito del *no muerto*, ya vacío de su propio raciocinio y libre albedrío, abrió la cajuela y se inclinó adentro para extraer al niño por la pechera.

El hechizo protector instantáneamente envió un fuego corriendo a toda velocidad por el brazo del títere hasta sus hombros y envolvió su cabeza. La cosa, ya no realmente viva, programada para hacer una sola tarea, continuó tratando de agarrar al niño incluso mientras su carne ardía.

Aidan estaba agradecido de que Joshua siguiera dormido. El hedor de la podredumbre era increíble, incluso para alguien sin nariz. La figura ennegrecida cayó hacia la tierra, estallando en añicos de carne chamuscada. El títere emitió un gruñido, una vibración lamentable, mientras moría lenta y difícilmente. La caricatura macabra, a pesar de todo, siguió haciendo el intento repetidas veces de arrastrar al niño hasta el vampiro. Aidan odió el tormento que resultaba de los planes malévolos del vampiro. Pero por otra parte, a los *no muertos* les gustaba que sus acólitos sufrieran lo más posible.

Cuando la cosa quedó finalmente quieta, el último aliento arrastrándose de sus pulmones, Aidan registró los restos para asegurarse de que estaba verdaderamente muerto y no dejar ningún ascua que accidentalmente pudiera incendiar la vegetación. Satisfecho de haber hecho tanto como era capaz, Aidan tuvo que marcharse, viajar a través de la terrible luz del sol, de regreso a su casa.

Con su fuerza completamente agotada, el viaje le tomó la mayor parte de la tarde, y tuvo miedo de que cuando alcanzara la casa no pudiera tener energía suficiente como para levantarse con el sol poniente y regresar a la guarida del vampiro. Estaba debilitándose cada vez más, cada vez más insustancial, como una pluma aventada en los elementos. Sólo el pensamiento de Alexandria lo mantuvo firme. Y una bienvenida y espesa niebla blanca alivió el camino hacia su hogar.

Una vez allí, con su última onza de energía, se abrió paso hacia su lugar de descanso junto a Alexandria. La reunificación con su cuerpo le retorció los mismos huesos, los músculos contrayéndose y tensándose dentro de la piel abotagada. Vulnerable y sin fuerzas, su gran potencia drásticamente reducida, yació como un muerto, la tierra fresca cerrándose sobre él. Un siseo suave escapó, el último aliento de sus pulmones.

Arriba, por encima de Aidan y Alexandria, Stefan sólo podría tratar de consolar a su esposa mientras se acuclillaban juntos aguardando el sol poniente, aguardando el momento en que Aidan se levantara. El sol pareció desear quedarse arriba para siempre, pero inesperadamente una niebla lenta y espesa comenzó a rodar por los alrededores poco antes de las seis. Stefan sintió que una parte de la tensión terrible dejaba su cuerpo, aunque la culpabilidad permaneció mientras esperaba.

Profundo debajo de la Tierra, Aidan se levantó, insaciablemente hambriento por reabastecer sus células famélicas y los tendones agotados de su anterior tarea. Pero su primer pensamiento fue para Gregori. Podía haber sólo una respuesta. El Oscuro había intervenido. Era lo suficientemente grande, lo suficientemente poderoso como para sentir los disturbios en la tierra aun estando debajo de ella. Había enviado la niebla a auxiliar a Aidan cuando supo que éste estaba demasiado agotado para fortalecerse. Y la niebla permaneció, antes de la puesta del sol, dándole una ventaja para lo que debía hacer.

Aidan había estudiado durante siglos, creyendo, como Gregori lo hacía, que el conocimiento era poder, pero no podía hacer todas las cosas que Gregori sí. Él no habría detectado un ser incorpóreo mientras descansaba bajo la tierra, y Aidan estaba seguro de que Gregori no sólo lo había hecho, sino que también había enviado la niebla a ayudarlo. Aidan se encontró sonriendo. El vampiro no era Gregori.

Bajando la mirada a la cara de Alexandria, rozó con sus dedos tiernamente su pelo antes de flotar hacia arriba, dejando la cámara subterránea. Alexandria siempre se iba a dormir en una cama y se despertaba en una, pero como cazador de vampiros en su ciudad, Aidan siempre la llevaba bajo la tierra cicatrizante, donde era imposible de detectar.

Despiértate, piccola. Despiértate y mira a tu compañero. Él murmuró las palabras suavemente, temiendo derramar el dolor, el nudo que se había formado en su garganta.

Cuando ella tomó su primera respiración, el suspiro suave llegó directamente a su

corazón. Cuando sus ojos azules se abrieron, su mirada encontró la de él. De pronto su calor lo rodeó, penetrando los poros fríos de su cuerpo. Ella le sonrió, una sonrisa cariñosa y dulce que fue como una flecha perforando su alma.

-¿Qué sucede?- preguntó la joven. Muy amable, tiernamente, levantó una mano y trazó su boca con la punta del dedo-. ¿Qué has estado haciendo contigo mismo? Estás gris, Aidan. Necesitas alimentarte-. Su voz fue una invitación suave.

-Alexandria-. Él dijo su nombre, nada más.

Ella lo asombró como siempre lo hacía, sus ojos ensombreciéndose hacia un azul oscuro, su voz un mero hilo de sonido, su cuerpo muy quieto.

-¿Está vivo?

No hubo indicio de condena ni cólera porque no hubiera mantenido seguro al niño.

Él cerró los ojos, incapaz de encontrar su mirada. Simplemente asintió con la cabeza.

Alexandria respiró profundamente y le acarició la mandíbula con su palma.

-Mírame, Aidan.

-No puedo, Alexandria. Volveré a mirarte cuando haya devuelto a Joshua sano y salvo a nuestra casa, a tus brazos.

-Dije que me miraras-. Las puntas de sus dedos tomaron su barbilla, levantándola.

Él no podía hacer nada excepto obedecerla. Lo desgarraba por dentro con su aceptación, con su comprensión, su gentileza. Sus ojos dorados resplandecieron al mirarla. Y entonces la sintió, uniéndose instantáneamente a su mente, tan veloz y completamente que no tuvo oportunidad de esconder ninguna de las bestias que habían atacando a quienes vigilaban a su hermano, la angustia de Stefan y Marie y el terror de Joshua, sus propios esfuerzos y su dolor al estar bajo el sol, y la carbonización del títere humano. Todo le fue mostrado a ella sin ahorrarle los detalles desagradables. Cuando la joven oyó el susurro suave de su nombre en los labios de Joshua, hizo un solo sonido.

Su dolor fue tan intenso, que Aidan sintió al demonio levantarse y lanzarse a través de su cuerpo, asumiendo el mando. Un siseo lento y asesino escapó desde lo profundo de su garganta. Sus ojos dorados resplandecieron con determinación mortífera.

-¿Cómo se atreve a intentar esto?-. Su voz fue tan letal como su expresión-. ¿Cómo se atreve a usar al niño como un desafío para llegar a él?

-Shh, Aidan-. Ella puso un dedo sobre su boca-. No tienes que culparte. Ven a mí. Toma lo que necesitas para derrotar a esa cosa, para tener a Joshua de regreso-. Ella fue lentamente apartando a un lado la camisa de seda que llevaba puesta, su brazo delgado rodeando el cuello de su *compañero*, y haciendo bajar su cabeza hacia su pecho.

-Lo cazaré. Tú también necesitas alimentarte-. Él apretó los dientes contra el hambre que palpitaba en él.

Ella movió sus pechos contra su piel, envolviéndolo con su aroma, una invitación sedosa, una tentación imposible de resistir.

-Estás gris, Aidan, muy débil. Es mi derecho y mi responsabilidad ayudarte, ¿no es verdad? Soy tu *compañera*-. Las puntas de sus dedos acariciaron su cuello, su boca moviéndose sobre su pelo, sus sienes-. Dame este regalo, Aidan. Déjame ayudarte.

Él juró elocuentemente, pero el demonio interior demandaba sangre, requería fuerza, y su cuerpo estaba excitado y dolorosamente lleno. Maldiciendo su debilidad, inclinó su cabeza dorada hacia su piel. Tan suave, tan perfecta. Su sangre lo cautivó con su calor, con la promesa de su adictivo sabor. Su cuerpo se endureció mientras su lengua acariciaba el pulso femenino.

Ella era calor y luz y la promesa del paraíso. Sus manos se movieron sobre sus caderas, su cintura diminuta, su estrecha caja torácica. Sus pechos llenaron sus palmas con su blandura.

-*Cara mia*- murmuró contra su piel cremosa-, te amo.

Su lengua la tocó, la acarició, produciendo un pequeño temblor que la traspasó. Sus brazos se apretaron alrededor de él. *Por favor, Aidan, hazlo ahora*, murmuró ella en su mente,

sus labios enterrados en su pelo. *Necesito hacerte fuerte otra vez. Necesito quitar tu dolor*. Y lo hizo. Alexandria conocía cada instante bajo el sol terrible, lo que había soportado por ella, por Joshua. Nunca había necesitado en su vida hacer algo tanto como necesitaba abastecerlo de alimento, demostrar su amor abrumador y sostenerlo.

Gritó, su espalda arqueada hacia atrás, su cuerpo temblando mientras los dientes masculinos perforaban su pecho. Las lágrimas llenaron sus ojos mientras lo acunaba contra ella. Él era insoportablemente suave, sosteniéndola con amor y ternura, como si fuera el tesoro más precioso del mundo. Alexandria podía sentir su propia fuerza decreciendo mientras que la de él aumentaba. Podía sentirlo primero en su mente, luego en el palpitar de su corazón, en la onda de poder en sus músculos y tendones. Fue una sensación increíble proveer a Aidan de una fuerza y propósito semejantes. Su cuerpo entero se tensó y protestó cuando la lengua masculina lamió la herida en una caricia ruda, cerrando el enlace entre ellos.

Él la metió en el círculo de sus brazos.

-Es suficiente, *cara*-. Sus manos acariciaron su pelo-. Debo irme ahora. Cuento contigo para tranquilizar a Stefan y Marie. Stefan siempre se culpa a sí mismo cuando no puede detener cualquier cosa que un vampiro envíe contra nosotros.

-Tengo que ir contigo-. Ella agarró firmemente su brazo-. Soy yo a quien el vampiro quiere. ¿Cómo lo encuentro? Dime qué hacer, Aidan. Haré cualquier cosa para traer a Joshua de regreso, cualquier cosa-. Había lágrimas brillando en sus ojos, pero su barbilla se levantó valientemente. La pesadilla regresaba una vez más: el pequeño Joshua en las manos de un vampiro de sangre fría.

-Lo traeré de vuelta- la consoló Aidan quedamente.

-No, no correré riesgos tampoco contigo. Él me quiere. Saldré por mis propios medios. Comprobaré si intercambiaría a Joshua por mí- dijo desesperadamente-. Ésta no es tu culpa más que la de Stefan. No es tu responsabilidad. Iré hasta él.

Aidan la miró entonces, su rostro frío.

-No permitiré que corras ese riesgo. Ésta es mi pelea.

-¿Cómo puedes decir eso? Joshua es todo lo que tengo. Es mi hermano, mi única familia. Tengo todo el derecho a defenderlo.

Él le apartó el cabello hacia atrás con mano suave.

-Joshua es también mi hermano, mi familia. Tú eres mi *compañera*. No hay preguntas, *cara mia*, sobre quién se encargará de este problema. Tú permanecerás en esta casa y harás como te diga. No discutiré contigo acerca de esto.

Su voz, aterciopelada y tierna, podía voltear su corazón, pero ella no sería seducida esa vez. Alexandria levantó la barbilla.

-No, Aidan, iré contigo. Si puedes salvar sólo a uno de nosotros, entonces será a Joshua.

Sus ojos la acariciaron al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

-Me darás tu palabra de que harás lo que te diga, o te ordenaré dormir hasta que regrese. Y si duermes el sueño de los inmortales, serás incapaz de auxiliarme si tengo la necesidad. Debo irme ahora. Desaprovecho un tiempo valioso, un tiempo que Gregori ganó para mí a costa de su propia fuerza, estoy seguro-. Su boca rozó la de ella-. ¿Qué será? ¿Dormirás mientras me marcho? ¿O te quedarás aquí lista para auxiliarme si es necesario?

Alexandria se alejó de él, pero asintió con la cabeza.

-No me dejas muchas opciones, Aidan- dijo suavemente-. Vete entonces. Pero que nada te suceda, o ya verás lo que puede hacer una mujer humana cuando está realmente loca.

-Una antigua mujer humana- la corrigió.

Y se fue. Simplemente. En un momento era sólido y real, y al siguiente un arco iris de luz cruzando velozmente el túnel estrecho de roca hacia el cielo cubierto de niebla.

Alexandria permaneció sentada por mucho tiempo, las manos entrelazadas en su regazo. Aidan estaría bien. Tenía que estarlo. Y traería a casa a Joshua para ella. Creía en eso porque

tenía que hacerlo. Cuando trató de ponerse de pie, se encontró temblorosa, con las piernas débiles. Le costó mucho encontrar y ponerse los pantalones vaqueros. Era difícil creer que apenas la noche anterior Aidan le hacía el amor, y ahora estaba fuera peleando con un monstruo.

Se abrió paso lentamente a lo largo del túnel, agarrándose a la pared, la mano temblando mientras abría la entrada que conducía a la cocina. Podía oír el llanto quedo de Marie, el murmullo bajo de la voz de Stefan mientras trataba de consolarla.

La pareja estaba en el sofá del cuarto de estar, la cabeza de Marie en el hombro de Stefan, su brazo alrededor de ella. Ambos aparentaban haber envejecido en cierta forma. Alexandria se arrodilló delante de ellos y puso una mano sobre la de ellos, que estaban entrelazadas.

-Aidan traerá de vuelta a Joshua. Sabe dónde está, y logró tejer algún tipo de hechizo protector para resguardarlo. Ambos pensamos que otro Cazador está en el área y ayudará a Aidan si fuera necesario-. Su voz era baja y apremiante-. Creo en Aidan, y ustedes deben hacerlo también. No perderemos a ninguno de los dos esta noche.

Ella podía sentir el poder de la criatura en la que se había convertido precipitarse a través de ella. Aunque se sentía débil, pálida y necesitada de alimento, a pesar de todo sentía el poder. Su mente era fuerte, y tenía recursos con los que nunca había soñado. Podían ser usados para el bien, como en ese momento, para aliviar el sufrimiento de la fiel pareja mayor. Stefan y Marie habían aprendido a amar a Joshua, y ambos creían que de alguna forma eran responsables de su secuestro.

La gran figura de Stefan se estremeció.

-Lo siento, Alexandria, te decepcionamos. El ataque fue inesperado, pero debería haber estado con Joshua, debería haberlo mantenido a mi lado.

-Pensé que estaba a salvo mientras estuviera en la casa- gimió Marie suavemente, levantando el delantal para cubrirse la cara.

Alexandria empujó hacia abajo el delantal y rodeó a los dos con sus brazos delgados. Podía oír el bombeo de la sangre a través de sus venas, el flujo y reflujo de la vida. El aroma del alimento la cautivó, pero sabía ahora que podía controlarse, confiar en sí misma.

-Nadie tiene la culpa de esto, Marie. Ni tú ni Stefan. Atravesaremos esto juntos, como una familia. Ustedes dos, Aidan, Joshua y yo. No puede haber culpa.

La mano de Stefan se levantó hasta tocar su pelo.

-¿De veras quieres decir eso, Alexandria? ¿Es lo que realmente sientes?

Ella asintió con la cabeza.

-Joshua nos pertenece a todos. Estaba equivocada al tratar de aferrarme a él. Ahora, cuando está corriendo peligro, todos nos culpamos. Aidan lo hace porque piensa que me falló. Yo lo hago porque en cierta forma dejé que todo esto ocurriera. Ustedes lo hacen porque Joshua es un niño y no hizo lo que le ordenaron. La verdad es que lo que sucedió simplemente sucedió. Y Aidan nos traerá a casa a nuestro niño- dijo con convicción absoluta.

Los ojos descoloridos de Stefan mantuvieron su mirada firmemente.

-¿Y si… si algo sale mal?

Ella sintió el golpe en el fondo de su estómago, pero no reaccionó visiblemente. Sostuvo su mirada de color zafiro en la de él.

-Entonces lo enfrentaremos juntos, ¿no es verdad?

No te fallaré, cara.

La voz de Aidan en su mente, su tranquilidad, la llenó de un cierto consuelo. *No pienses en mí ahora, Aidan. Ten cuidado. Estaré aquí, unida a ti, si necesitas mi fuerza.* Y tenía la intención de escudriñar los cielos para él y descubrir cualquier trampa que el vampiro hubiera puesto. Aidan no estaría solo en eso. Si algo saliera mal, él no llevaría la carga en sus hombros como lo había hecho por tantos siglos. Estaba decidida a compartirlo con él.

-Estás muy débil, Alexandria- dijo Stefan suavemente-. Si debes ayudar a Aidan, debes tener algo que… - él se interrumpió.

Por primera vez, Alexandria sonrió.

-Está bien, Stefan. No voy a ser tan tonta como para salir corriendo por la puerta otra vez.

-De buena gana me alistaría como voluntario- se ofreció.

Ella negó con la cabeza al mismo tiempo que una furia negra se arremolinaba en su mente. La resistencia de Aidan a la idea tenía más que ver con los celos que con su juramento de nunca usar a quienes trabajaban para él, se percató. Alexandria desechó ese nuevo conocimiento para examinarlo detenidamente más adelante.

-Nunca podría, Stefan, pero te doy las gracias.

-Aidan conserva suministros para casos de emergencia. Te lo dio una vez. No es tan bueno, pero ayudaría.

Ella negó con la cabeza.

-No aún. Si hay suma necesidad, lo tomaré. Por ahora, infórmame sobre los demás, los guardias. Aidan está realmente preocupado por su bienestar- dijo Alex, habiendo percibido la ansiedad de su *compañero* por Vinnie y Rusty.

-Vinnie está muy malherido y perdió mucha sangre. Tuvieron que darle alrededor de cien puntos sólo en el cuello. A Rusty le fue un poco mejor, pero ninguno trabajará por mucho tiempo- contestó Stefan-. Me ocupé de que tuvieran los mejores doctores disponibles, incluyendo a un cirujano plástico para Vinnie. Les aseguré a ambos que pagaríamos las facturas médicas y los compensaríamos generosamente por el tiempo perdido.

Alexandria apretó la mano de Marie gentilmente.

-Gracias a ambos. Facilitan tanto las cosas para nosotros-. Lentamente se puso de pie y se dirigió hacia la mecedora, donde se arrebujó cómodamente, levantando las rodillas hasta apoyar la barbilla sobre ellas. Cerró los ojos y se permitió abstraerse lo suficiente de la habitación para unirse completamente a Aidan. Estaba donde quería estar. Donde pertenecía.

Aidan estaba bien camuflado por la niebla que Gregori había producido. El oscuro sanador tenía un dominio impresionante sobre la naturaleza. El manto pesado de niebla bloqueaba los rayos de sol, posibilitando a Aidan viajar sin incomodidad y ganar una ventaja sobre el vampiro todavía bajo tierra hasta la puesta del sol. Sobre todo, un peso terrible había sido levantado de su corazón. Alexandria estaba con él, aceptándolo completamente. Ella podía ver claramente a la bestia rugiendo por su libertad, luchando por ganar el control, y no se había alejado horrorizada. No lo había culpado por el desafío desesperado al vampiro o la forma en que Joshua había sido secuestrado. Temía por Joshua y por él, pero no se había derrumbado. Había hecho lo que él le había pedido e intentaba tranquilizar y confortar a Stefan y Marie. Alexandria se estaba volviendo su *compañera,* verdaderamente su *compañera.*

Mientras avanzaba a través de la niebla, comprendió que la amaba incondicionalmente también. Nunca había conocido una emoción tan profunda, tan apasionada. Ella se había introducido tan profundamente en él, que estaba completamente perdido. Estaba desesperadamente, completamente, desvergonzadamente enamorado. En sus fantasías más salvajes, nunca había imaginado que se sentiría así de bien. Envió al cielo una plegaria rápida para que todo saliera como había planeado, que las defensas que había tejido alrededor del niño se mantuvieran firmes hasta que pudiera destruir al vampiro.

Aidan se movía velozmente, tratando de acelerar al máximo antes de que el sol se pusiera. La niebla le había dado una oportunidad en la batalla, una ventaja, y estaba decidido a emplearla al máximo. Cruzó velozmente el cielo, fluyendo a través de las nubes, perturbando a una bandada de aves y apartándolas abruptamente con su columna de luz iridiscente. El gris sombreaba los árboles debajo, indicando que tenía sólo unos minutos antes de la puesta de sol. El viejo pabellón de caza estaba a la vista ahora, profundamente enclavado en las

sombras de los pinos altos.

Capítulo Dieciocho

Aidan supo el momento exacto en que el vampiro se levantó. La Tierra, la roca y las maderas mohosas fueron arrojadas hacia arriba en un géiser a través de la niebla gruesa y espesa. Las ratas gritaron agudamente, corriendo velozmente para abandonar las vigas podridas. Las cucarachas hirvieron de la madera putrefacta, una alfombra en movimiento sobre tablas quebradas. El ruinoso edificio se estremeció. La ráfaga rojiza y nociva del aire, una mezcla de odio y desafío, chirrió horrendamente a medida que avanzaba hacia el coche en busca del premio por su espera.

El arco iris trémulo brilló en la niebla blanca, y lentamente se transformó en la figura alta y poderosa de Aidan avanzando a grandes pasos.

El vampiro se inclinó sobre la cajuela del coche, preparado para apresar al niño dormido. Se detuvo abruptamente, repentinamente cauteloso, sus labios delgados arrugados en un gruñido, dejando expuestos sus colmillos largos y amarillentos. Su cabeza onduló de atrás para adelante en un cuello flaco y arrugado como el de un reptil. Sus ojos fríos examinaron suspicazmente la cajuela, luego la tierra ennegrecida. Siguió la huella de los pedazos chamuscados de carne. Un siseo largo y lento de aliento fétido escapó de su boca, y sus ojos de rebordes rojos giraron al advertir el acercamiento de Aidan.

El vampiro se alejó de la cajuela abierta y el niño dormido.

-¿Quieres atraparme con un truco tan barato, Cazador?- gruñó acusadoramente, un sonido chirriante reemplazando su voz antes bella, y ahora podrida por su alma decadente.

Aidan se detuvo a una corta distancia de él.

-Ambos sabemos que no tengo necesidad de trucos, muerto- dijo suavemente, su tono tan puro físicamente que lastimó los oídos del vampiro-. Eso es más de tu estilo, usar niños pequeños como peones. Has caído muy bajo, Diego. Fuiste una vez un gran hombre-. La voz se había dejado caer una octava, y, a despecho de su odio de su pureza, el vampiro se esforzó en oír las notas ondeantes.

-Hombre- se burló el vampiro-. No me insultes bautizándome como una criatura tan débil. Mikhail te ha lavado el cerebro. Durante siglos nos ha mentido, nos ha convertido en ovejas. Ha dirigido a nuestra gente a ocultarse bajo la tierra, tratando de quitarnos nuestro poder. Abre tus ojos, Cazador. Ve lo que haces. Asesinas a tu propia especie.

-Tú no eres de mi especie, Diego. Has escogido corromper y asesinar a aquellos menos fuertes que tú. Mujeres. Niños. La humanidad inocente. No soy como tú.

El vampiro contuvo la respiración con un sonido audible lleno de odio.

-Es fácil para ti decirlo, cuando el perfume de tu mujer se aferra a cada uno de tus poros.

-Soy dos siglos mayor que tú. Incluso antes de que mi *compañera* llegara y me trajera su luz, no me *transformé* como tú lo hiciste para simplificar mi vida- dijo Aidan quedamente-. No abdiques la responsabilidad por tus acciones. No fue por Mikhail o tu falta de una *compañera* lo que te ha hecho caer. Fue tu elección convertirte en lo que eres.

Los labios delgados se echaron para atrás, dejando expuestas las encías manchadas de rojo. La piel blanca del rostro de Diego se tensó apretadamente sobre sus huesos, dándole una apariencia esquelética. Levantó una mano huesuda terminada en uñas filosas como hojas de afeitar y apuntó hacia la cajuela abierta-. Piensas que eres demasiado poderoso para que yo te

derrote, pero no carezco de poderes.

Aidan escondió su miedo por Joshua en alguna parte profunda y secreta de su alma. Su cara permaneció impasible, incluso serena. En su mente, sintió a Alexandria quedarse sin aliento mientras las serpientes comenzaban a subir sobre el coche. Aidan no se movió ni habló, ni siquiera para reconfortar a su *compañera.* Se enorgulleció de su silencio, del hecho de que ella permaneciera tan silenciosa y tan confiada como siempre.

Si el vampiro creaba una ilusión, había que reconocer que era perfecta. Aidan realmente podía detectar la vida en los reptiles que se contoneaban. Parecían lo suficientemente reales, aunque ignoraba cómo el vampiro podría haber invocado tantas tan rápidamente. Trató de dominar a las serpientes para quitarlas, pero eran criaturas del vampiro, completamente esclavizadas. La primera víbora se abrió paso dentro de la cajuela. Casi inmediatamente, varias otras cayeron detrás.

El maletero se llenó instantáneamente de un chisporroteo caliente, y el olor de carne quemada llenó el aire a medida que serpiente tras serpiente acudía a su muerte. Finalmente, el vampiro levantó su mano y las serpientes restantes reptaron de regreso a la tierra, ensortijándose alrededor de sus tobillos.

-¿Qué dices si nos evitamos estos juegos infantiles?- dijo Aidan-. Ven a mí, Diego, y recuerda al hombre que una vez fuiste-. Su voz era tan imponente, tan cautivante, tan hipnótica, que el vampiro casi dio un paso adelante.

Entonces Diego gruñó, un sonido brutal y desagradable en contraste con la voz de Aidan.

-Te mataré, luego al niño, y tomaré a tu mujer-. Su sonrisa fue grotesca-. Ella sufrirá por mucho tiempo y demasiado por tus pecados.

Aidan se encogió de hombros descuidadamente.

-Si haces lo imposible y me derrotas, mi *compañera* escogerá seguirme, y no tendrás oportunidad de tenerla en tus manos. El niño estará a salvo, porque que hay otro Cazador en esta área, uno mucho más grande que yo. No puedes derrotarme. Nadie puede derrotarlo a él- dijo complacido, con confianza completa.

El vampiro gritó otra vez, una furia histérica que amenazaba consumirlos a ambos.

-¡Gregori! ¿Cómo se atreve a venir a esta tierra? ¿Qué le da derecho? Ese es un ejemplo perfecto de la hipocresía de Mikhail-. Luego la voz volvió a apaciguarse, astuta-. Gregori no es como tú, Aidan. Tú eres un hombre justo. La moralidad rige tus acciones. Puede que tu cacería sea equivocada, pero no obstante lo haces porque piensas que debes hacerlo-. El vampiro miró alrededor y habló quedo-. Gregori es un asesino a sangre fría. No tiene remordimientos. He oído historias, rumores, que otros juran son ciertos. El sanador ha matado ilegalmente. Haciéndose pasar por el mejor de nuestra gente, es el peor, y Mikhail consiente esa abominación.

Para un oído no entrenado, esa voz insidiosa habría sido seductora y persuasiva. Pero Aidan podía ver la piel gris y encogida sobre el esqueleto. La sangre seca bajo las uñas largas y amarillentas. Las encías menguantes y los colmillos exagerados. Sobre todo, era muy consciente del niño vulnerable en la cajuela de un coche, colocado allí como instrumento de venganza del vampiro.

-Tratas de ganar tiempo, muerto. ¿Por qué? ¿Qué plan tienes para hacerte pasar por mi amigo?-. al mismo tiempo que Aidan hablaba, las víboras sisearon odiosamente y salieron en enjambre hacia él, una masa reptante de contorsionados cuerpos.

A medida que las serpientes se acercaban a sus pies, cambiaron de forma, convirtiéndose en mujeres reptando hacia él con un siseo obscenamente sexual, sus largas lenguas bifurcadas lamiéndolo. Usando la niebla para encubrir sus movimientos, Aidan reapareció detrás del vampiro. A medida que Diego se daba vuelta en todas direcciones, Aidan lo atacó, con un golpe veloz y aniquilador diseñado para acabar el conflicto rápidamente. Pero en el último momento el vampiro brincó alejándose, y sus criaturas, mitad hembras, mitad serpiente, gruñeron y escupieron veneno hacia Aidan, gateando hacia él sobre

sus vientres, manos y rodillas.

No pongas atención a sus ilusiones. Nunca apartes la vista del vampiro. Él espera que te distraigas. La voz de Alexandria fue suave y dulce en su mente, despejándolo de las telarañas que el ilusionista tejía para confundirlo.

Es un experto, cara, reconoció.

No lo suficientemente experto, respondió ella con fe completa en él.

Las mujeres sobre la tierra ensamblan un gemido, un quedo y lamentable quejido triste que se levantó en el viento. Aidan sonrió al vampiro con una sonrisa perezosa, seguro de sí mismo.

-¿Tratas de llamar a Gregori a nuestra pequeña batalla? Eres mucho más estúpido de lo que pensé. Incluso yo, que no tengo nada que temer, no querría perturbar la soledad de Gregori. Con este alboroto, seguramente se unirá a nosotros-. Sus ojos dorados cayeron sobre el vampiro, encontraron la mirada opaca, muerta, y se cerraron encima de ella, sujetando al otro hombre en sus profundidades derretidas-. Trabajé estrechamente con Gregori por varios años. ¿Sabías eso, Diego? Lo que hace, lo hace serena y eficazmente. No hay otro como él. Quizá en tu momento final desearás probar tus pobres habilidades contra su grandeza.

La cabeza del vampiro onduló otra vez, el cráneo meciéndose rítmicamente. Siseó una orden, y las criaturas obscenas gimieron y se deslizaron. Cantando, ondeó una mano hacia ellas, y las mujeres gemebundas lentamente cambiaron de forma, de regreso a serpientes. Serpientes ordinarias e inofensivas de jardín.

El vampiro comenzó a moverse en un baile lento, meticuloso, siniestro. Rodeó a Aidan, los caparazones duros de las cucarachas crujiendo bajo sus zapatos. Su cabeza continuó danzando lentamente, sus colmillos brillando y chorreando saliva. Aidan enfrentó al vampiro estoicamente, rehusándose a mirar sus pies danzantes aplastando ruidosamente los insectos o en la serpiente de jardín que se acercaba por su izquierda.

La serpiente no es inofensiva, Aidan. La advertencia de Alexandria fue calma. *Es otra de sus ilusiones. No es una serpiente de jardín. Puedo sentir el triunfo del vampiro.*

Aidan se mantuvo firme y sereno, su mirada dorada sin desviarse de la figura cimbreante del vampiro. No dirigió la mirada a la serpiente deslizándose hacia él o se traicionó en ninguna forma que advirtiera el peligro que representaba. Las acciones del vampiro eran hipnóticas, una serie extraña de pasos y movimientos diseñados para mitigar los sentidos y capturar la mente.

Mientras la serpiente se enrollaba sobre sí misma para atacar a sólo unas pocas pulgadas del Cazador, el vampiro se detuvo, sus ojos perforando los de Aidan tratando de fascinarlo. Luego, con velocidad increíble, el vampiro se lanzó hacia adelante en un ataque silencioso. La serpiente también se precipitó hacia adelante, tratando de enterrar sus colmillos en la pierna de Aidan. Pero Aidan ya no estaba allí. Incluso más rápido, había brincado para encontrar al vampiro. Sus manos intentaron coger la cabeza huesuda y retorcerla. Hubo un crujido repugnante, y el vampiro aulló, las hojas de afeitar de sus garras afiladas rasguñando el pecho ancho de Aidan.

Las garras se hundieron profundamente, dejando cuatro surcos rojos. Aidan se perdió de vista ante el ilusionista y reapareció junto a la cajuela del coche. Se arriesgó a lanzar una mirada rápida hacia el niño dormido. La visión del niñito cubierto con cuerpos chamuscados de serpientes era inquietante. Deseó apartar a las malignas y repulsivas criaturas tan lejos de Joshua como fuera posible.

Aidan, no desvíes tu atención del vampiro, lo alertó Alexandria. *Todavía es peligroso. Está preparándose para matarte. ¿Estás bien? Siento tu dolor.*

No siento nada. La respuesta de Aidan fue abrupta, afilada, su atención de regreso al vampiro.

La cabeza de Diego estaba inclinada hacia un lado, su mueca la parodia torcida de una sonrisa aduladora dirigida al Cazador. Las llamas rojas titilaron en sus ojos. Jadeaba luchando por respirar, pero Aidan no se engañaba. El vampiro era más peligroso que nunca.

Aidan veía ese peligro en la neblina roja de sus ojos y las uñas sangrientas clavadas en sus palmas.

-Déjame morir en paz, Aidan. Me has aniquilado- dijo el vampiro suave, persuasivamente-. Llévate al niño y vete. Déjame mi dignidad. Encontraré el amanecer y moriré como deben hacerlo los de nuestra especie.

Aidan permaneció muy quieto, su cuerpo relajado, casi indolente, sus hombros flojos, sus brazos a los lados, sus rodillas ligeramente dobladas. El cuadro de la serenidad. Los ojos dorados no hicieron ni un parpadeo. Observó los movimientos del vampiro como el depredador que era.

El vampiro explotó en maldiciones, una expresión obscena y gutural de su frustración.

-Ven y alcánzame entonces- desafió.

Aidan solamente clavó los ojos en él, sin moverse. No permitió que la piedad por la criatura desviara su corazón o su mente. Ese camino invitaba al desastre. El *no muerto* no sentía ningún remordimiento por sus acciones. Diego agotaría a Joshua hasta dejarlo seco, lo torturaría para acercarse a Aidan, a Alexandria, y luego arrojaría a un lado al niño como si fuera basura. No había sentido en negociar con un vampiro, ninguna razón. El Cazador solamente esperó con paciencia.

Pero no tuvo que hacerlo por mucho tiempo. Los *no muertos* no tenían tanta paciencia. Él brincó hacia Aidan, su forma cambiando mientras lo hacía, su cabeza, grotescamente asimétrica en su cuello flaco, alargándose en un hocico grueso y compacto con colmillos largos, protuberantes, afilados como una navaja. En pleno aire, el tigre de dientes de sable rugió mientras brincaba.

Aidan esperó hasta el último momento posible. Evitar los colmillos largos y el peso macizo del animal fue lo suficientemente fácil, pero era imposible permanecer cerca sin que esas garras letales lo desgarraran. Cerró su mente contra todo dolor y también a Alexandria, para que ella no pudiera compartir su sufrimiento. Luego su brazo se extendió alrededor del cuello quebrado de la criatura, y se colocó a horcajadas sobre el animal, donde las garras crueles no podían alcanzarlo. Aun con su fuerza enorme, fue difícil controlar a la ululante bestia que se contorsionaba para alcanzarlo.

Lentamente, con detenimiento, Aidan pudo ejercer suficiente presión alrededor del cuello del tigre para cortar totalmente el suministro de aire. El animal se volvió loco, moviéndose agitadamente y corcoveando, tratando de derribarlo. Ferozmente, mordió y gritó con un aullido agudo y sobrenatural. Tenazmente, Aidan esperó. Su mano resbaló más bajo, buscando el latido.

Al mismo tiempo que Aidan casi alcanzaba su meta, el vampiro se torció lo suficiente como para hundir una garra llena de veneno profundamente en su cuello, apenas errando su yugular. La sangre salió a chorros, y él podía sentirla bajando por su piel. La bestia era tan fuerte y ágil que por un momento Aidan no estuvo seguro de que pudiera derrotar a la criatura. Luego algo se movió en su mente. Una quieta confianza que lo llenó de seguridad y fuerza.

Aunque había tratado de cerrarse a ella, mantenerla apartada de la brutalidad, Alexandria nunca lo había abandonado. Estaba allí, alimentando su fuerza con la de ella. La mano de Aidan encontró lo que necesitaba. Enterró su puño entero profundamente en el tigre enloquecido, más allá de los músculos y los órganos suaves y vulnerables.

El vampiro se enfureció y gritó, arañando a Aidan con su última fuerza moribunda, determinado a llevarse al Cazador con él. A medida que Aidan extraía el corazón palpitante, el tigre dientes de sable se desfiguró, cambiando de forma hasta que el vampiro marchito y de piel gris yació bajo él, quieto y silencioso.

Aidan arrojó el corrompido órgano lejos y precipitadamente puso distancia entre sí y la abominación que una vez había sido un decente hombre de la Raza de los Cárpatos. Se dio el gusto de respirar profundamente, limpiándose y se apoyó contra el tronco de un árbol. El viento murmuraba, adquiriendo fuerza para llevar el perfume gangrenoso del vampiro lejos

de él. La noche se derramaba sobre Aidan, oscura, misteriosa y bella.

¿Deberíamos ir? ¿Tienes necesidad de sangre, Aidan?

Él podía oír el cansancio en ella, igual a la suya. Era una tarea difícil mantener el contacto mental cuando ella apenas había aprendido a hacer eso, especialmente a través de una lucha tan violenta. Y la mujer estaba débil por la falta de alimentación. Le había permitido alimentarse codiciosamente, y le había otorgado su decreciente fuerza sin titubear. Aun ahora, su preocupación era por él.

Quédate, piccola, estaré en casa pronto, y llevaré a Joshua conmigo. Diles a Marie y Stefan que todo está bien. Él luchó por conservar la voz firme para que ella no temiera por él.

Su risa suave calentó su corazón.

Estoy en tu mente, mi amor. No puedes esconder tus heridas de mí.

Y hubo apenas un disturbio en el aire, simplemente un revoloteo, ninguna otra advertencia. Una gran ave de rapiña aterrizó en la rama por encima de la cabeza de Aidan y lentamente plegó sus alas. Aidan debería haber sabido que otro de su especie estaba cerca, pero no lo había hecho. Mientras brincaba fácilmente de la rama, la forma del pájaro se alteró, y fue Gregori quien aterrizó ágilmente sobre sus pies.

Se deslizó junto a Aidan para examinar el espectáculo grotesco sobre el terreno.

-Él era bueno, ¿verdad?- preguntó suavemente. Su voz era hermosa, un sonido tranquilizador que pareció penetrar en el cuerpo cansado de Aidan y renovar su fuerza. A pesar de su oscuridad, Gregori traía pureza y luz con él, pegada a él como un aura de poder-. Diego estudió con el más maligno de los vampiros. Empezaron a juntarse en grupos en nuestra tierra natal, con la intención de derrotar a Mikhail. Cuando no funcionó, se alistaron para cazar humanos. Ahora empezaron a viajar y engañar. Usan muchos métodos para tratar de derrotarnos, Aidan. Has hecho bien este día.

-Con tu ayuda-. Aidan se enderezó, una mano presionando con fuerza la herida sangrante en su cuello.

Gregori se deslizó sobre las cucarachas y las serpientes ennegrecidas, sin que sus pies tocaran nunca la carnicería mientras se acercaba a la cajuela abierta del coche.

Aidan no podía evitar dar al sanador una advertencia, por si acaso.

-Usé tus defensas para mantener al niño libre de daños-. No podía creer que el sanador alguna vez pudiera *transformarse*, pero estaba alerta de todos modos.

Gregori asintió con la cabeza.

-Añadiste tu propio toque. Has crecido estos años, Aidan. Ven aquí-. Él volteó su cabeza entonces, sus ojos extraños de pálida plata autoritarios, su voz baja e hipnótica.

Aidan avanzó a pesar del quedo grito de alarma de Alexandria. Ella no creía que el otro Cazador fuera malo, pero el sanador creía que su alma estaba ya perdida. Lo que lo hacía imprevisible. *¡No vayas a acercarte a él! Es tan peligroso, Aidan, y puedo sentir tu debilidad. Es su voz. ¿No puedes apreciar que su voz te cautiva?*

Él es un gran hombre, cara. Confía en mi juicio, la reconfortó su *compañero.*

Gregori tocó a Aidan muy ligeramente, pero el Cazador sintió el calor propagándose por todo lo largo de su cuerpo. El sanador cerró los ojos y se desprendió de su cuerpo, entrando en el de Aidan. Mientras la lengua antigua de su gente hacía eco en el aire, a través de sus cuerpos, comenzó un ritual cicatrizante tan viejo como el tiempo. Aidan sintió el dolor separándose de su cuerpo, apartado por el más grande sanador de todos. El cántico siguió durante algún tiempo, pero Alexandria continuó compartiendo su mente, rehusándose a renunciar al que era su lugar por derecho. Ella sabía que Gregori podía sentir su presencia, ser consciente de que él podía leer su desconfianza, pero estaba más preocupada por la seguridad de Aidan que por los sentimientos de Gregori.

Gregori lentamente regresó a su cuerpo, revelando la tensión del proceso cicatrizante por las líneas grabadas en su cara. Pero sin inmutarse, desgarró su muñeca con sus propios dientes y la tendió ofreciéndosela a Aidan.

Aidan vaciló, sabiendo que Gregori ofrecía mucho más que la nutrición. Ahora estaría

vinculado a Gregori, capaz de rastrearlo a voluntad si fuera necesario. La gruesa muñeca chorreando preciosas gotas de color rubí se presionó más cerca de su boca. Con un suspiro, Aidan cedió a lo inevitable. Necesitaba sustento, y Alexandria esperaba en casa, necesitándolo también.

-Es hermosa esta tierra, en su propia forma, ¿verdad?-. Gregori no esperó la respuesta de Aidan o indicó de ninguna manera que la pérdida de sangre lo afectaba-. No es salvaje e indomable como nuestras montañas, pero hay futuro aquí-. No se sobresaltó mientras los dientes de Aidan se hundían más profundamente en su piel.

Una fuerza que no había conocido en años entró a raudales en el cuerpo de Aidan. Gregori era uno de los antiguos, su sangre mucho más poderosa que la de los hombres con menos años. La nutrición reanimó a Aidan instantáneamente, hizo desaparecer el dolor y el cansancio, y le dio una vitalidad que no había experimentado nunca. Cerró la herida cuidadosa, meticulosamente, con gran respeto.

-Estoy en deuda contigo, Gregori, por haberme auxiliado hoy- dijo formalmente.

-Tú no necesitabas mi ayuda. Sólo simplifiqué las cosas. Tus defensas para el niño te habrían dado el tiempo necesario aun sin la niebla. Y tenías bastante fuerza para sobrevivir a la luz del sol en tu condición incorpórea incluso sin mí. No me debes nada, Aidan. He tenido suerte en mi vida por contar con algunos hombres a los que puedo llamar amigos. Tú eres uno de ellos-. Gregori sonó como si estuviera ya muy lejos.

-Ven a mi casa, Gregori- insistió Aidan-. Pasa un tiempo allí. Podría ayudar a aliviarte.

Gregori negó con la cabeza.

-No puedo. Sabes que no puedo. Necesito las tierras salvajes, los límites altos, donde pueda sentir la libertad. Es mi camino. He encontrado un lugar a muchas millas de aquí. Construiré allí mi hogar para aguardar a mi *compañera*. Recuerda la promesa que me hiciste.

Aidan asintió con la cabeza. Sintió a Alexandria moviéndose en su mente, ofreciendo cercanía, consuelo.

-Ve por el niño, Aidan, y tu mujer. Aun a esta distancia, siento su ansiedad por ti y por el niño. Y necesita alimentarse. Su hambre palpita en mí. No pierdas el tiempo preocupándote por mí. Me he cuidado solo durante siglos-. Ya su forma sólida estaba fluctuando, brillando tenuemente, deshaciéndose en gotitas de niebla. Su voz se volvió de nuevo incorpórea, extrañamente vacía, y a pesar de todo todavía hermosa-. Fue realmente una hazaña la que realizaste hoy, y a plena luz del día. Pocos pueden hacer lo que hiciste. Has aprendido mucho.

Aidan lo observó desaparecer, la niebla entrando a raudales en el bosque circundante hasta que también desapareció. El reconocimiento de su logro por parte de Gregori lo enorgulleció. Se sintió como un niño recibiendo la alabanza de un padre reverenciado. Y dado que se trataba del magistral Gregori, que escogía vivir solo y hacer amistad con pocos, se sintió especialmente honrado.

Muy cuidadosamente, con paciencia infinita, Aidan desenredó las defensas alrededor de Joshua, y amablemente sacó al niño de la cajuela. Las serpientes renegridas cayeron sobre la tierra, dispersándose alrededor de los pies de Aidan. Tenía mucho trabajo que hacer, pero ya no podía soportar dejar al niño en esa cajuela horrible con las criaturas del vampiro.

Aidan llevó a Joshua a la cima de una colina cubierta de hierbas, bajo un pino, y le colocó sobre la tierra, tiernamente apartando hacia atrás sus rizos rubios.

-Está bien, Alexandria, simplemente durmiendo profundamente como le ordené. Lo despertaré cuando le devuelva a casa. Luego podemos ocuparnos de lo que vio.

-Simplemente date prisa. Quiero verlo, sostenerlo en mis brazos. Y Marie apenas puede creerme cuando le digo que su Joshua está fuera de peligro. Había ansia en su voz, pero también fatiga, indicando su decreciente fuerza.

Aidan, preocupado, dejó el niño durmiendo pacíficamente mientras regresaba al repugnante campo de batalla para completar la tarea desagradable de destruir al vampiro para siempre. El corazón y el cuerpo separados, junto con toda la sangre manchada, debía ser

incinerado.

Mirando hacia el cielo, construyó la electricidad, tejiendo las venas del relámpago y aumentando la fricción hasta que se arqueó y crujió. Dirigió un rayo hacia el cuerpo del vampiro, haciendo girar una pelota de fuego de las chispas resultantes. El cuerpo del vampiro se contorsionó repugnantemente, el hedor aumentando hasta llenar el aire de la noche. A unos pocos pies de distancia, el corazón pareció moverse, una sutil, mortal palpitación que logró que Aidan hiciera una pausa.

Inquieto con el fenómeno desconocido, Aidan dirigió las llamas al corazón y lo incineró rápidamente, reduciéndolo a un manojo de cenizas. El cuerpo deformado grotescamente, casi enderezándose, y un gemido largo y triste aumentó en el viento. El sonido fue horrendo, y a medida que se desvanecía en la noche, las notas se convirtieron en una risa desagradable y burlona.

Inmediatamente, Aidan dio media vuelta, sus ojos dorados inquietos, registrando la tierra, los árboles, el cielo en busca de una trampa escondida. Su cuerpo permaneció quieto, escuchando insistentemente cualquier sonido sospechoso. En su mente, Alexandria contenía el aliento. Y entonces él lo oyó. Un siseo suave e insidioso. Sigiloso. Furtivo. Un ligero roce de escamas deslizándose sobre las agujas de pino.

¡Joshua! Alexandria explotó ante la revelación con horror igual al suyo.

Él se movió con velocidad sobrenatural, más rápido de lo que alguna vez se hubiera movido en los siglos de su existencia, cruzando la distancia hasta la cima de la colina cubierta de hierba donde había dejado al niño. Su mano encontró a la serpiente, la asió, y la arrancó con fuerza lejos de su meta. La cosa siseó y se enrolló alrededor de su brazo, desesperadamente apretando sus músculos, hundiendo los colmillos en la parte carnosa de su pulgar. Mordió una y otra vez, inyectando veneno en su cuerpo, cada uno de sus instintos ordenándole llevar a cabo la venganza del vampiro. Aidan hizo trizas la serpiente, arrojándola a las llamas que consumían el cuerpo del *no muerto*. La humareda nociva se levantó en el aire, los gases verdes retorciéndose y rodando hasta desaparecer en el humo negro.

Aidan se dejó caer al lado de Joshua y atrajo al niño a sus brazos. Hizo una inspección lenta y meticulosa de cada centímetro de piel para asegurarse de que el niño estaba ileso. Esperó la reacción al veneno de la serpiente. A los pocos minutos, sus pulmones comenzaron a luchar por aire, y tuvo náuseas, pero no fue tan malo como esperaba, dado que la fuerza del veneno había aumentado por el odio del vampiro. Le llevó un momento darse cuenta de que era la sangre de Gregori la que neutralizaba los efectos del veneno. Podía sentir la lucha en su cuerpo, pero la sangre de Gregori era mucho más fuerte que cualquier cosa que el vampiro pudiera producir. En el plazo de unos minutos, Aidan estaba bien, su corazón y sus pulmones tan fuertes como siempre, con el veneno fluyendo de sus poros.

Levantó al niño en sus brazos y se lanzó al aire, sus alas dispersándose mientras se abría paso a través del cielo hacia su casa y su *compañera* que esperaba. Apenas había aterrizado en el balcón del tercer piso antes de que Alexandria tratara de atraer al niño en sus brazos, riendo y llorando al mismo tiempo.

-¡Lo hiciste, Aidan! ¡No puedo creer que lo hicieras!-. Ella estaba mortalmente pálida, sus brazos temblando de debilidad.

Aidan podía oír su corazón esforzándose, sus pulmones respirando con dificultad, luchando por funcionar aunque su suministro de sangre era bajo. A pesar de su deseo de abrazarla y velar por sus necesidades, colocó a Joshua en sus brazos.

-Mira su pobre carita-. Ella estaba llorando, las lágrimas cayendo sobre las magulladuras de Joshua y el ojo morado-. Oh, Aidan, míralo.

-Yo lo veo maravilloso- dijo Aidan suavemente mientras su brazo rodeaba su cintura, aceptando el peso del niño-. Metámoslo en la cama y despertémoslo-. Podía oír a Marie y Stefan subiendo las escaleras para unirse a ellos. El hambre de Alexandria palpitaba en él. Todo lo masculino, todo lo protector e instintivo de su raza, se rebeló para demandar que

cuidara de ella. Joshua estaba a salvo. Era hora de velar porque la fuerza de su *compañera* fuera restaurada.

-Oh, Marie, mira su pequeña cara- sollozó Alexandria a la mujer mayor-. Esa criatura horrible lo golpeó.

Marie estaba llorando abiertamente, tomando al niño de los brazos de Alexandria. Stefan también tuvo que sujetar al niñito.

-Está bien, simplemente dormido- los reconfortó Aidan. Su preocupación era por Alexandria ahora-. Lo meteremos en su cama y lo despertaremos. Le será informado que fue un intento de secuestro, para pedir dinero. Aceptará esa explicación y entenderá por qué la presencia de los guardias es necesaria.

Stefan llevó a Joshua al cuarto pequeño junto al de ellos. Marie lo vistió con su pijama y llevó una tela fría para bañar su ojo morado. Alexandria estaba sentada sobre el borde de la cama, la mano pequeña de Joshua en la de ella. Aidan se arrodilló a su lado, un brazo alrededor de su cintura.

-Joshua, te despertarás ahora. Alexandria necesita ver tus ojos azules-. Murmuró las palabras suavemente, su voz autoritaria rezumándose en la mente del niño y llamándolo de vuelta al mundo.

Joshua estalló violentamente, peleando por liberarse. Fue Aidan quien lo dominó, protegiendo a Alexandria con su cuerpo a pesar de sus esfuerzos para acercarse al niño-. Escúchame, Joshua. Estás en casa con nosotros. Estás a salvo. Los secuestradores ya no te tienen. Quiero que estés tranquilo para que no lastimes a Marie o a tu hermana-. Su voz, como siempre, fue serena y bella, tan urgente que el niño suspendió su lucha y los miró cautelosamente. Cuando vio a Alexandria, se echó a llorar.

Ella se deslizó tras la gran figura de Aidan y alcanzó Joshua, arrastrándolo hacia a ella, a la protección de sus brazos.

-Estás seguro ahora, pequeño camarada. Nadie va a lastimarte.

-Había perros, perros grandes. Había sangre en todas partes. Se estaban comiendo a Vinnie. Lo vi.

-Vinnie fue muy valiente y trató de salvarte de los secuestradores- lo apaciguó Alexandria, acariciando los rizos rubios de su frente-. Está en el hospital, pero vivo, y se va a poner bien. También Rusty. Te llevaremos a verlos en pocos días. Deberíamos haberte contado sobre la posibilidad de que alguien tratara de apoderarse de ti-. Ella tocó su ojo con la punta de un dedo suave-. Siento no haber confiado en ti. Eres lo suficientemente mayor para saber estas cosas.

-¿Es por eso que tenías miedo de vivir aquí?

-En parte. Aidan es un hombre muy rico. Porque te ama, nos ama a ambos, siempre correremos riesgos. Algunas veces tendremos que tener guardias. ¿Entiendes lo que trato de decirte, Joshua? Es mi culpa que no te hiciera entender el peligro en el que podemos estar.

-No llores, Alex-. Joshua usaba una voz de adulto-. ¿Aidan fue y me rescató?

Ella asintió con la cabeza.

-Claro que lo hizo. Nadie va a alejarte de nosotros. Jamás.

-La próxima vez, cuando Marie y Stefan me digan que permanezca en la casa, cueste lo que cueste, voy a hacerlo- decretó Joshua. Examinó a Alexandria con ojos ansiosos-. ¿Te encuentras bien? Estás tan blanca.

-Esto ha sido terrible para todos nosotros, Joshua- dijo Aidan-. Marie y Stefan cuidarán de ti mientras meto en la cama a Alexandria. Ella necesita descansar. Y no te preocupes por Baron. Stefan lo mantuvo a salvo para ti. Tu perrito puede quedarse contigo mientras llevo a Alexandria a la cama.

Alexandria negó con la cabeza.

-No voy a dejarlo, ni por un minuto. Me quedaré aquí hasta que se quede dormido.

-No, no lo harás, *cara mia*- dijo Aidan firmemente. Se levantó, un movimiento gracioso y elocuente que hizo que los dientes femeninos empezaran a asomarse. Sus manos la

cogieron fácilmente, elevándola y acunándola contra su pecho-. Ella necesita descansar, Joshua. Te la traeré más tarde.

-Está bien, Aidan- dijo Joshua, de hombre a hombre-. Necesita estar en cama más que yo.

Aidan le sonrió abiertamente y la sacó del cuarto, sin prestar atención a que ella estuviera retorciéndose.

-Él tiene razón, lo sabes- murmuró contra su cuello-. Necesitas estar en cama. *Mi* cama-. Su respiración fue caliente y burlona, una invitación que ella encontró casi imposible de resistir.

-Creo que eres insaciable- lo acusó ella, pero sus brazos se levantaron para asirse alrededor de su cuello, y su cuerpo se relajó contra el de él.

-En lo que a ti se refiere, es cierto- concordó Aidan. Se movía rápidamente a través de la casa, dentro del túnel, su cuerpo ya endureciéndose de anticipación.

Las manos de la muchacha se deslizaron dentro de su camisa, acariciando su pecho. Su boca se movió sobre el cuello del hombre, encontró las vetas en su pecho, y su lengua vagó, y acarició, un tributo cariñoso a su coraje.

Una vez en su cámara, Aidan la bajó a la cama. Con su mirada fija manteniendo la de ella, comenzó a desabotonar su camisa.

Alexandria deslizó su propio suéter sobre la cabeza y lo echó a un lado.

Él extendió la mano, rozando sus costillas, arrastrándola cerca, casi doblegándola hacia atrás para que su boca pudiera aprovecharse de la invitación que su cuerpo ofrecía. Ella olía bien, fresca, su piel como de raso. Mientras tanto, su cuerpo clamaba de furia por la liberación, con una urgencia que se hacía familiar para él. Las manos femeninas estaban en sus pantalones, deslizando los botones, la cremallera, empujando la tela de sus caderas.

Él gimió cuando ella lo ahuecó en sus manos, acariciándolo. Sus propias manos fueron más ásperas mientras deslizaban a un lado la ropa para sentir su piel caliente contra la de él.

-Me vuelves loco, *piccola,* absolutamente loco- murmuró, y la levantó en sus brazos-. Pon tus piernas alrededor de mi cintura.

La cabeza de Alex estaba inclinada, su boca vagando a través de su pecho, su lengua lamiendo su pulso.

-Aliméntame- murmuró ella a su vez, su tono tan sensual que sus piernas casi no lo sostuvieron.

Con las manos la sujetó por las caderas para poder entrar en su funda de terciopelo. Él gritó cuando los músculos de la joven lentamente lo dejaron entrar, cuando ella se apretó alrededor de él, ardiente y tensa y suave como el terciopelo.

-Toma lo que quieres de mí, lo que es legítimamente tuyo- murmuró él, enterrándose profundamente, soldándolos junto con fuego y pasión-. Hazlo, Alexandria. Quiero que lo hagas.

El cuerpo entero de Aidan resplandeció de luz, ante el sentimiento puro, mientras los dientes de su *compañera* perforaban su piel. Él se sumergió en ella, duro y urgente, elevándose, esforzándose, ansiando remontar el vuelo. El cabello de ella los encortinó, acariciando su piel sensibilizada como mil hebras de seda. Sus manos se deslizaron sobre su espalda, trazando cada músculo. Su boca en la de él lo estimuló más aún.

Aidan redujo la velocidad de su ritmo, sus caderas empujando con fuerza, sus manos tensas, ligándola a él. Ella era suya. La compañera que había esperado soportando siglos de vaciedad. Ella era su mundo. La luz. Los colores que pensaba había perdido para siempre. Era el éxtasis que nunca había sabido que existía. Y estaría junto a él por toda la eternidad.

FIN